



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985)*. México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXV, Vol. CXLVII, Núm. 4 (julio-agosto de 1966).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 905
Teléfono 23-34-08

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
Av. Rep. de Guatemala 96

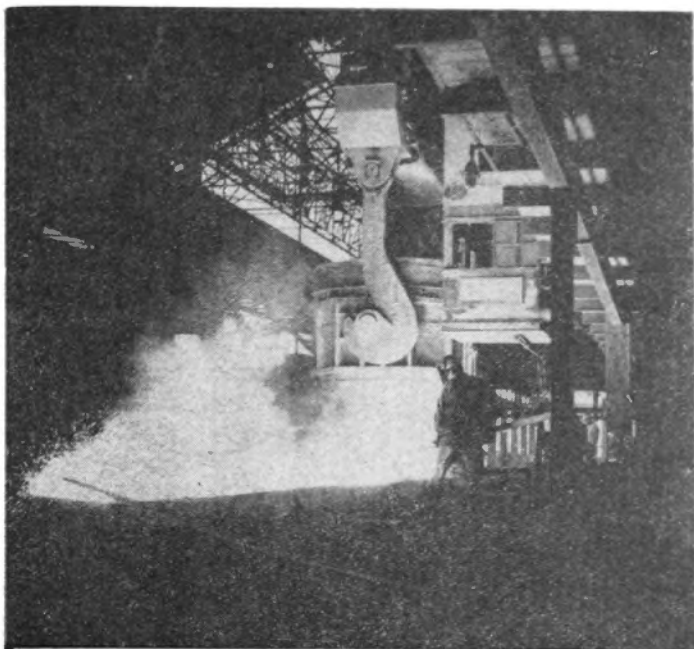
AÑO XXV

4

JULIO-AGOSTO
1966

INDICE

Pág. 3



acero

El empleo de ACERO MONTERREY que se fabrica con la maquinaria más moderna y el respaldo de 65 años de experiencia en la producción de acero en México, es una garantía para la fabricación, cada vez de mejores productos metálicos.

Productores de: Perfiles estructurales, planchas, lámina en caliente y en frío, varillas corrugadas, perfiles comerciales, alambre y alambón, rieles y accesorios.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S A



NACIONAL FINANCIERA, S.A.

OFRECE AL PUBLICO INVERSIONISTA
UNA NUEVA EMISION DE

TITULOS FINANCIEROS, MONEDA NACIONAL SERIE "SS"

Con las siguientes características principales:

EMISION: 31 de julio de 1965.

MONTO:

\$1,000,000,000.00, en denominaciones de \$100, \$1,000, \$10,000 y \$100,000.

RENDIMIENTO:

2.25% trimestral o sea 9% anual pagadero por trimestres vencidos el día último de los meses de enero, abril, julio y octubre, a partir del 31 de octubre de 1965 y hasta el 31 de julio de 1970.

AMORTIZACION:

En efectivo, en un sólo pago, el 31 de julio de 1970 (plazo de cinco años).

GARANTIA:

Acciones y obligaciones de empresas industriales de primer orden, en la proporción de 100% del valor nominal de los Títulos.

PRECIO DE VENTA: A la par (100%).

LOS TITULOS FINANCIEROS SON VALORES DE ALTA BURSATILIDAD Y FACILMENTE NEGOCIABLES

ESTOS VALORES ESTAN RESPALDADOS CON LA GARANTIA INDICADA Y ADEMAS, CON LA TOTALIDAD DE LOS RECURSOS Y EXPERIENCIA DE NACIONAL FINANCIERA, INSTITUCION NACIONAL DE CREDITO DEDICADA AL FOMENTO INDUSTRIAL - ACTIVOS TOTALES \$14,647,913,366.38.

DE VENTA EN NACIONAL FINANCIERA, S. A.

V. Carranza No. 25, México 1, D. F.

y en la Bolsa de Valores de México
Uruguay No. 68, México 1, D. F.

o con su Agente de Bolsa

DICCIONARIO LITERARIO

González Porto-Bompiani

LA OBRA MAS AMBICIOSA Y ORIGINAL DEL SIGLO XX

Doce volúmenes de 14.5 x 24 cm.. encuadernados en tela. estampada en oro. Impresos en fino papel, con caracteres perfectamente legibles. Once mil páginas de texto... 276 láminas a todo color... más de 10,000 ilustraciones.



FRUTO
DEL ESFUERZO
DE SEISCIENTOS SELEC-
CIONADOS ENTRE LOS
MAS EMINENTES ES-
PECIALISTAS, INVESTI-
GADORES Y CRITICOS
DEL MUNDO.

Esta monumental obra constituye el más completo y rico repertorio bibliográfico realizado hasta ahora con orientación unitaria y criterio moderno de gusto y de crítica. Representa un insustituible instrumento de información, de estudio y de trabajo.

Editada por
MONTANER Y SIMON, S. A.
Barcelona

LA **UNESCO** ASUMIO BAJO SU PATROCINIO EL DICCIONARIO LITERARIO DE LAS OBRAS Y DE LOS PERSONAJES COMO "OBRA DE IMPORTANCIA Y DE INTERES MUNDIAL".

De venta en las principales librerías o en:
EDITORIAL GONZALEZ PORTO, S. A.

MEXICO, D. F.: Av. Independencia No. 10 Tels. 12-55-88 y 13-26-30

GUADALAJARA, JAL.: Madero 229-A Tel. 4-63-27

MONTERREY, N. L.: Matamoros Ote. 514 Tel. 2-41-66

PIDA CATALOGO ILUSTRADO A COLORES ¡COMPLETAMENTE GRATIS!

SUR

INDEPENDENCIA 802 — T. E. 23 - 9606
BUENOS AIRES

PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL SUR

El libro por el cual el autor —el escritor ruso Andrei Sinjavsky— ha sido juzgado y condenado, en su país, a siete años de trabajos forzados.

EL PROCESO CONTINUA

Por Abraham Terz

Abraham Terz es el seudónimo de Andrei Sinjavsky, quien ha sido condenado en estos días justamente por haber escrito y enviado clandestinamente este libro, entre otra de sus obras, a Europa Occidental para ser editado. Este trabajo incluye también otra obra del mismo autor: ¿Qué es el realismo socialista?, una apreciación de la situación social, ideológica, estética de la Rusia de nuestros días. Este libro fue editado por SUR en 1960.

APARECIO LA TERCERA EDICION

LOS SIETE PILARES DE LA
SABIDURIA

Por T. E. Lawrence

ETIENNE BALASZ: Civilización China y Burocracia (4° título de la Colección "Tercer Mundo")

INGMAR BERGMAN: Cuatro Obras ("El mago", "Cuando huye el día", "Sonrisas de una noche de verano" y "El séptimo Sello", con una introducción del autor)

ROGER CAILLOIS: Poética de Saint-John Perse.

GRAHAM GREENE: Tallando una estatua

JURGEN HABERMAS. Teoría y Praxis (3° título de la Colección Estudios Alemanes)

C. G. JUNG: Paracélsica

VICTORIA OCAMPO: 338171 T. E. (Lawrence de Arabia).

V. SACKVILLE WEST: Toda pasión concluida

NATHALIE SARRAUTE: Retrato de un desconocido

TENNESSEE WILLIAMS: Caramelo fundido

Pídalos en las mejores librerías y en

EDITORIAL SUR, S. A.

Viamonte 494, 8° piso

Buenos Aires

v

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•
- CAPITAL Y RESERVAS: \$ 530.963.985.47
•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•
VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

ÚLTIMAS NOVEDADES

| | Pesos | Dls. |
|---|-------|------|
| <i>El pueblo y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México</i> , por Moisés T. de la Peña. Es un libro apasionado y apasionante; libro polémico, sincero, valiente y honrado, es una aportación valiosa para el estudio de nuestro problema fundamental independientemente de que se esté o no de acuerdo con el autor | 60.00 | 5.50 |
| <i>El drama de la América Latina. El caso de México</i> , por Fernando Carmona. El autor analiza los aspectos negativos de las inversiones extranjeras y el gravísimo problema del deterioro resultante de las relaciones de intercambio entre nuestros países y los altamente desarrollados especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica. El análisis sobre México impresiona por la acumulación de datos y la objetividad y el realismo descarnado y sin eufemismos que predomina en las páginas de esta obra fundamental | 25.00 | 2.30 |
| <i>El Problema Fundamental de la Agricultura Mexicana</i> , por el ingeniero Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano | 20.00 | 2.00 |
| <i>Diálogos con América</i> , por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a diez escritores destacados de diez naciones americanas | 15.00 | 1.50 |
| <i>Guatemala prólogo y epílogo de una revolución</i> , por Pedro Guillén. El autor fue testigo de los sucesos que relata desde la llegada al poder de Arévalo hasta la caída de Arbenz, la gloriosa victoria de Mr. Foster Dulles | 8.00 | 0.80 |
| <i>La economía haitiana y su vía de desarrollo</i> , por Gerard Pierre-Charles. Una certera visión económica de ese país, por un verdadero especialista. Los problemas de Haití interesan a todas las personas ilustradas de América y del mundo | 25.00 | 2.50 |
| <i>Inquietud sin tregua, ensayos y artículos escogidos 1937-1965</i> , por Jesús Silva Herzog. El autor recoge en este libro una parte de sus escritos durante más de un cuarto de siglo, dados a la estampa en distintas publicaciones periódicas. Empastado en tela con cubierta de papel couché | 40.00 | 4.00 |
| <i>El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson</i> , por Alonso Aguilar Monteverde. Es un libro sincero y valeroso, el autor relata paso a paso en forma sintética los acontecimientos derivados de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de la América Latina, desde la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson | 10.00 | 1.00 |
| <i>Instituto Mexicano del Seguro Social 1944-1963</i> , por Lucila Leal de Araujo | 25.00 | 2.50 |

De venta en las principales librerías

o

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965

Tel.: 23-34-68

México 12, D. F.

DIALOGOS

Revista de Letras y Arte

Ofrece en su sexto número:

Epígrafe

Poemas de: Octavio Paz, Carlos Barral.

Ensayos de: Manuel Durán, José Luis Cano y Luis Villoro.

Fragmentos del diario íntimo de Emilio Prados.

Un cuento de Severo Sarduy.

Lecturas, artes.

El eterno retorno: Séneca, Tácito.

Redacción:

ENRIQUE P. LÓPEZ — RAMÓN XIRAU — HOMERO ARIDJIS

Suscripción Anual:

México \$ 25.00

Otros Países Dls. 3.00

Precio del Ejemplar del Año Corriente:

México \$ 5.00

Otros Países Dls. 0.50

Correspondencia, Suscripciones y Canje:

AV. INSURGENTES SUR N° 504-302

MEXICO 12, D. F.

(Registro en trámite)

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS



Pesos Dls.

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por JESÚS SILVA HERZOC.

Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917.

Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política

..... 20.00 2.00

Bibliografía de la Historia de México, por

ROBERTO RAMOS 100.00 10.00

En preparación: *El Crédito Agrícola en México*, por Alvaro de Albornoz.



De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Apartado Postal 965

México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

SIGLO XXI, EDITORES, S. A.

Es la nueva organización editorial que ha nacido por la iniciativa de más de tres centenares de intelectuales mexicanos, para cumplir una obra cultural al servicio de nuestra América. Su orientación está definida por lo expresado en la cláusula Primera de sus Estatutos:

Declaran los comparecientes que con el propósito de impulsar la cultura a través de una labor editorial, han convenido en constituir una sociedad anónima que se inspirará en los principios de la libertad de pensamiento y de expresión, y dentro de la máxima excelencia y calidad intelectuales acogerá todas las corrientes del pensamiento y las tendencias de carácter científico y social; pero sin tomar parte en las actividades de grupos militantes en política, aún cuando tales actividades se apoyen en aquellas corrientes o tendencias.

Su catálogo se integrará con varias secciones entre las que figuran: EL MUNDO DEL HOMBRE — NUEVA CIENCIA y NUEVA TECNICA — TEORIA y CRITICA — HISTORIA, con una sub-sección TESTIMONIOS PARA LA HISTORIA DE LA INJUSTICIA — EL HOMBRE Y SUS OBRAS — LA CREACION LITERARIA.

Se espera poner en circulación los primeros diez títulos en el último trimestre del año corriente.

Director General
ARNALDO ORFILA REYNAL

Domicilio Social: Gabriel Mancera 65, Col. del Valle.

México, D. F.

Apartado Postal 27-506

Tel.: 23-75-04

MANEJE
AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL. 35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

AF. 512

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadernados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

| | Pesos | Dlls. |
|------------|--------|-------|
| México . | 500.00 | |
| Extranjero | | 50.00 |

Del mismo autor:

| | | |
|--|-------|------|
| "El problema fundamental de la agricultura mexicana" | 20.00 | 2.00 |
|--|-------|------|



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA



SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhomme del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscican, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco; texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería, Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas. 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00

Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Anglería por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8665
TELEFONOS: 12-12-85 y 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

| Año | Ejemplares disponibles | Precios por ejemplar | |
|------|------------------------|----------------------|---------|
| | | Pesos | Dólares |
| 1943 | Números 4 al 6 | 30.00 | 3.00 |
| 1944 | Números 2 al 6 | 30.00 | 3.00 |
| 1945 | Números 1, 4 y 6 | 25.00 | 2.50 |
| 1946 | Números 2, 3 y 6 | 25.00 | 2.50 |
| 1947 | Números 1, 2 y 6 | 25.00 | 2.50 |
| 1948 | Número 3 | 25.00 | 2.50 |
| 1949 | Número 6 | 25.00 | 2.50 |
| 1950 | Agotados | | |
| 1951 | Números 2, 4, 5 y 6 | 20.00 | 2.00 |
| 1952 | Todos los números | 20.00 | 2.00 |
| 1953 | Números 3 al 6 | 20.00 | 2.00 |
| 1954 | „ 1, 3 y 5 | 20.00 | 2.00 |
| 1955 | „ 5 y 6 | 20.00 | 2.00 |
| 1956 | „ 2 y 6 | 17.00 | 1.50 |
| 1957 | Los seis números | 17.00 | 1.50 |
| 1958 | „ „ „ | 17.00 | 1.50 |
| 1959 | „ „ „ | 17.00 | 1.50 |
| 1960 | Números 1, 2, 5 y 6 | 17.00 | 1.50 |
| 1961 | „ 2, 4 y 5 | 17.00 | 1.50 |
| 1962 | „ 2 al 6 | 23.00 | 2.30 |
| 1963 | „ 2 al 6 | 23.00 | 2.30 |
| 1964 | Los seis números | 23.00 | 2.30 |
| 1965 | Números 4 al 6 | 23.00 | 2.30 |

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

| | |
|--|-----------|
| México | \$ 100.00 |
| Otros países de América y España Dls. | 9.00 |
| Europa y otros Continentes | „ 11.00 |
| Precio del ejemplar del año corriente: | |
| México | \$ 20.00 |
| Otros países de América y España Dls. | 1.80 |
| Europa y otros Continentes | „ 2.15 |

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

AV. JUAREZ No. 92-94

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL

por
LUCILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.



PRECIOS:

| | Pesos | Dólares |
|----------------|----------|---------|
| México | \$ 25.00 | |
| Exterior | | 2.50 |

De venta en las mejores librerías.



Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXV

VOL. CXLVII

4

JULIO-AGOSTO

1966

MÉXICO, D. F., 1° DE JULIO DE 1966

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO
Pedro BOSCH-GIMPERA
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA
Manuel MARTÍNEZ BÁEZ
José MIRANDA
Arnaldo ORFILA REYNAL
Jesús REYES HEROLES
Javier RONDERO
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG
Ramón XIRAU
Agustín YÁÑEZ

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio-Agosto de 1966

Vol. CXLVII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

| | <i>Pág.</i> |
|---|-------------|
| ROBERT G. MEAD, JR. Literatura y política: imágenes iberoamericanas de los Estados Unidos | 7 |
| BENITO REY ROMAY. ¿Es México un país industrializado? | 21 |
| FEDRO GUILLÉN. Las relaciones de México con Centro América | 36 |
| JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. La modalidad rumana del socialismo | 44 |

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

| | |
|---|-----|
| ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Los naufragos de la ballena | 61 |
| LEÓN PACHECO. Albert Camus y la filosofía del absurdo | 84 |
| FRANCES BENGE. Bergson y Prado | 116 |

PRESENCIA DEL PASADO

| | |
|--|-----|
| EDUARDO NOGUERA. La metalurgia en Mesoamérica | 127 |
| SAMUEL MARTÍ. Diquiyú, Centro Ceremonial Olmeca | 133 |
| SILVIO ZAVALA. Bartolomé de las Casas ante la esclavitud de los indios | 142 |
| SANTIAGO SEBASTIÁN. Un aspecto inédito de la influencia lascasiana en Méjico | 157 |
| RICARDO GALLARDO. La obra de Las Casas vista por un jurista | 161 |
| VICENTE GIRBAU LEÓN. Entre la guerra civil y la guerra mundial | 172 |

DIMENSION IMAGINARIA

| | <i>Pág.</i> |
|---|-------------|
| CLAUDE DUMAS. <i>El siglo de las luces</i> , de Alejo Carpentier, novela filosófica | 187 |
| IVAN A. SCHULMAN. Reflexiones en torno a la definición del Modernismo | 211 |
| MAX AUB. La virgen de los desamparados | 241 |
| Una historia de la literatura española, por CARLOS RIPOLL | 246 |

LIBROS Y REVISTAS

| | |
|---|-----|
| MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas | 255 |
|---|-----|



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

| | Frente a la pág. |
|--|-----------------------------|
| Artefactos de cobre procedentes de Apatzingán, Mich. | 128 |
| Pectorales de oro | " |
| Anillo de oro encontrado en la tumba 7 de Monte Albán | " |
| Cascabel de cobre encontrado en la región huasteca | " |
| Placa en forma de ave. Procede del Cenote de Sacrificios de Chichén Itzá | " |
| Piezas de bronce que se asegura fueron encontradas en Panamá | " |
| Figura de una rana en metal dorado. Procede de la región Chiriquí | " |
| Pinza de cobre con restos de dorado y "Tarequa" de cobre, procedentes de Michoacán | 129 |
| Muro de la esquina suroeste de la Acrópolis | 136 |
| "Tlálóc", Señor de la Lluvia | " |
| Cabeza olmeca tallada en estalactita, mide 9.08 cms. de altura | " |
| Cabeza tallada en una piedra verdosa | " |
| Escultura olmecoide tallada en serpentina | " |
| Cabezas de piedra | " |
| Tres cabecitas de arcilla de época temprana, la más alta mide .06 cms. de altura | " |
| Vista frontal de una de las cuatro estelas en formas femeninas encontradas en la Acrópolis | " |
| Cerámica olmeca | " |
| Cerámica de rasgos olmecas | " |
| Colección de puntas de flecha y navajas de obsidiana | " |
| Cuentos y avalorios de piedra y concha | " |
| Ciudadela de la fortaleza amurallada de Santos Reyes Tepejillo | " |
| Vista de la Ciudadela en 1965 | " |
| Tumba descubierta en el Cerro del Gigante | 137 |
| Grabado en las decoraciones murales de la escalera de Actopan | 160 |
| Detalle de los frescos de Actopan | " |
| Reproducción esquemática de uno de los trabajos de Hércules | " |
| Detalle en los murales de la escalera de Actopan | 161 |

Nuestro Tiempo

LITERATURA Y POLÍTICA: IMÁGENES IBEROAMERICANAS DE LOS ESTADOS UNIDOS*

Por *Robert G. MEAD, JR.*

TODA broma encierra su porción de verdad, a veces una verdad amplia y profunda. Hace unos cuantos años, al estallar y luego arraigarse la Revolución Cubana de Fidel Castro, aquellos estudiosos norteamericanos que poseían un sentido de humor (y me consta que se trata de un reducido número de individuos) no tardaron en declarar que Castro a pesar de su antiyanquismo había contribuido más que nadie a renovar el decaído interés del público norteamericano en los acontecimientos iberoamericanos. Y ahora no hay quien dude de este interés entre el público ilustrado estadounidense, un interés que supera toda atención anterior en su extensión si no en su hondura. Los alborotos recientes en Panamá, el golpe militar en el Brasil, y la invasión norteamericana de la República Dominicana todos han contribuido a mantener muy vivo dicho interés por lo iberoamericano en nuestro país. Nuestros mejores periódicos, las revistas de calidad, y las grandes cadenas radiodifusoras y televisoras han dedicado más espacio y más tiempo a programas sobre Iberoamérica, a veces con gran acierto, simpatía y objetividad. No pocas veces por estos medios de comunicación, y también en nuestras universidades, se han presentado voces de apoyo y de oposición a la política oficial del gobierno, denuncias de la invasión de la República Dominicana, etc. Coetáneamente con este interés creciente, ocurre un aumento inaudito en el número de libros (escritos por americanos de todo el hemisferio) publicados en los Estados Unidos que tratan temas interamericanos. Y es de suponerse que exista como contraparte en los países de habla española y portuguesa una mayor y más aguda atención en cuanto a los problemas interamericanos entre los ciudadanos inteligentes y responsables, aunque sería más problemático demostrar dicha atención que la norteamer-

* Ampliación de un informe presentado (en inglés) en el Foro Latinoamericano efectuado en la Universidad de Connecticut el 28 de febrero de 1966.

rica debido a la vastedad geográfica y la dificultad de comunicaciones entre las naciones citadas.

Todo el Nuevo Mundo atraviesa actualmente una época de transición, de revaloración de ideas, valores y conceptos consuetudinarios, de fermentación ideológica. Esto ocurre tanto en los Estados Unidos como en Iberoamérica, aunque en el país del norte es patente que la evolución ideológica es menos rápida, violenta y visible. En cambio, en casi todas las naciones iberoamericanas para muchos la paciencia va dejando, o ha dejado de ser una virtud. Y muchos en estos países son los que creen que el tiempo también se les va acabando. Se comprende fácilmente por qué creen así.

En las veinte naciones de Iberoamérica acontecen en estos días la mayor expansión ("explosión" la llaman algunos) de población que registra la historia y, a la vez, el mayor movimiento de urbanización que se conoce hasta ahora. Los 235 millones de habitantes actuales de la región serán más de 600 millones en treinta cortos años, y crecen de un modo vertiginoso y peligroso los anhelos y los apetitos de estas masas. No todos los que mandan en estos países, su oligarquía o *power élite*, como decía C. Wright Mills, están convencidos de que deben intentar a mejorar la situación actual —o, aun, que está en su poder mejorarla— ni arrostran cabal y honradamente todos los gobiernos iberoamericanos lo que podría llamarse sus responsabilidades sociales, económicas, y humanitarias. La Alianza para el Progreso, sueño noble y generoso que honra la memoria de John F. Kennedy, tambalea, y la única luz que brilla, quizá, es el Cuerpo de Paz, en el que se reúnen gentes de culturas distintas para luchar por ideales comunes. Pero, por admirable que sea, el Cuerpo de Paz no es más que una minúscula vela, casi invisible en un océano de oscuridad. Se siente la revolución por todo el ambiente, y la experiencia cubana es sólo una de sus formas posibles. Crece el deseo de las soluciones rápidas y radicales, y los incidentes recientes en Cuba, Panamá, y la República Dominicana seguramente se empequeñecerán ante los eventos de las próximas dos o tres décadas. En fin, puede asegurarse que los acontecimientos venideros crearán problemas y disputas en todos los países del hemisferio. Y es de sobra significativo el hecho de que lo que se escribe al sur y al norte del Río Bravo muestra en un grado siempre mayor las tensiones ascendentes que se esconden bajo la superficie de la realidad aparente.

Como ya se ha indicado, en los últimos ocho o diez años se han publicado en los Estados Unidos más buenos libros de análisis de la América Latina que en los cien años anteriores. Escritos por norte e iberoamericanos, estos libros recalcan el tipo de problemas socia-

les, económicos y demográficos que acabo de enumerar, y casi todos ellos están imbuidos por la necesidad de un cambio, y un sentimiento de apremio máximo —como si los autores creyeran que hubiera llegado la hora undécima para el Nuevo Mundo. Desgraciadamente, dadas las circunstancias actuales, es de sospecharse que muchos de los norteamericanos más ilustrados no hayan leído estos libros, y uno se pregunta sobre todo si su contenido ha sido estudiado por los que determinan nuestra política en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado, y en la CIA (Agencia Central de Inteligencia). Como un análisis conciso de nuestro dilema actual en Iberoamérica, sería difícil mejorar una de las últimas observaciones incluidas por Tad Szulc, corresponsal latinoamericano del *New York Times*, en su libro reciente, *Dominican Diary* (New York: Delacorte Press, 1965): "En medio de la turbulencia que domina actualmente en Iberoamérica —y en otras partes del llamado mundo subdesarrollado— situaciones como la que se presentó a la Embajada Norteamericana en la República Dominicana muy bien podrán ocurrir repetidas veces. La tarea sutilísima de distinguir entre el peligro comunista y la verdadera revolución democrática —la que puede convertirse en comunismo si no jugamos bien nuestras cartas— no puede dejarse, me parece, a los oficiales nuestros en el país extranjero o en Washington, que sean presa fácil de los prejuicios personales que los aíslan de las realidades (p. 305)".

En estas páginas, sin embargo, no me conciernen primariamente los conceptos y las imágenes que tienen o puedan tener los norteamericanos acerca de Iberoamérica. Admitamos de una vez que éstos constituyen una mezcla de verdades, mitos, leyendas, y prejuicios. Me propongo repasar aquí un campo desconocido, una *terra incognita* para la inmensa mayoría del público estadounidense, o sean las ideas que han tenido acerca de nuestro país varios de los grandes pensadores y líderes iberoamericanos, ideas que han influido en el pasado y siguen afectando en el presente el pensamiento de muchos iberoamericanos cultos. Algunas de estas ideas son válidas mientras que, inevitablemente, otras son mitos e imágenes falsas que han llegado a convertirse en *clickés*, pero todas afectan el clima ideológico en el que debe funcionar la política extranjera de los Estados Unidos. Y en mi opinión, por ingenua que parezca, nuestra política en el Nuevo Mundo tiene que ser función del contacto entre nuestras dos grandes culturas, la iberoamericana y la norteamericana. Huelga afirmar que dicha política debe ocuparse de los factores sociales, económicos y políticos. Pero es igualmente notorio, opino, el hecho de que en cualquier política extranjera debe tomarse en cuenta el problema complicado y difícil del entendimiento inter-

cultural entre pueblos distintos, en función de sus diversos valores, actitudes y vivencias. Y es en este último respecto, creo, que nuestra política ha fracasado más rotundamente en Iberoamérica. Subrayando este fracaso, en una escala mundial, Charles Frankel ha intitulado su último libro, publicado en febrero, *The Neglected Aspect of Foreign Affairs: American Educational and Cultural Policy Abroad* (*El Aspecto Descuidado de las Relaciones Exteriores: La Política Educativa y Cultural Norteamericana en el Extranjero*), editado en Washington por la importante Brookings Institution.

La gran mayoría de los escritores, pensadores, e intelectuales iberoamericanos históricamente han sido fieles al compromiso que Albert Camus, al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1957, recomendó al escritor: a) "negarse a mentir acerca de lo que sabemos ser verdad y b) resistir siempre la opresión". En las naciones de Iberoamérica estos hombres han gozado de una influencia social desproporcionada a su reducido número.¹ Se comprende fácilmente su constante preocupación por los Estados Unidos, y en sus obras se encuentra un número apreciable de puntos de vista y opiniones repetidas acerca de la política norteamericana y de lo que ellos creen ser nuestras características nacionales.

Los Estados Unidos gozaron de un gran prestigio entre estos próceres durante los tempranos años del siglo XIX. Bastante típico del pensamiento iberoamericano de esta primera época es el parecer elogioso de Domingo Faustino Sarmiento acerca de nuestra nación. Este escritor, maestro y constructor de patrias es probablemente el mayor yancófilo o admirador iberoamericano de los Estados Unidos. Viajó dos veces a este país (1847, 1865) y le parecíamos ser el mejor modelo y guía para la América ibera. Para Sarmiento, éramos el hermano mayor de la familia novomundana de naciones. Creía que los Estados Unidos eran una nación más progresista y, por tanto, superior a Europa porque los últimos adelantos de la ciencia y del bienestar material eran asequibles a todos los habitantes. Admiraba nuestra veneración de la libertad, la confianza en sí mismo del norteamericano, nuestro anhelo de ser prósperos, el espíritu emprendedor de nuestros ciudadanos, y la fuerza moral y religiosa que él creía ser los fundamentos de nuestro carácter nacional. Sarmiento visitó casi todos los Estados al este del río Mississippi y, aunque no los consideraba perfectos, le parecían estar más adelantados en el camino del progreso que ninguna nación europea. La intensidad de

¹ Para un análisis excelente del papel extraliterario del escritor en la Iberoamérica contemporánea, véase FRED ELLISON, "The Writer", en *Continuity and Change in Latin America* (Stanford, California: Stanford University Press, 1964), pp. 79-100.

su admiración se ejemplifica en la siguiente cita: "... Quisiera decir, después de haber visitado las más adelantadas naciones cristianas, que llegué a la conclusión que el único pueblo culto que existe en el mundo, el producto último de la civilización moderna, es el norteamericano".²

A pesar de esta admiración por lo norteamericano, nunca faltaba en Iberoamérica en antiyanquismo, o la crítica y la desconfianza en los Estados Unidos. Y, en verdad, a veces se mezclaban estos sentimientos opuestos en la mente del mismo escritor. Así, Simón Bolívar, el venezolano que libertó a la mitad del continente sudamericano, era capaz de elogiar los Estados Unidos: "... el pueblo norteamericano es un ejemplo singular de virtudes políticas y esclarecimiento moral, ... la libertad era su cuna, ... el aire que respiraban era la libertad, y el alimento que comían; ... en muchos sentidos este pueblo es único en la historia de la raza humana ...".³ Sin embargo, atento al sueño de su vida, la creación de una América hispana unida, con un gobierno nacido de sus propias tradiciones y adaptado a sus propias necesidades, *no* estructurado en imitación a las teorías constitucionales y las prácticas políticas francesas o norteamericanas, y receloso de los Estados Unidos, Bolívar era capaz de observar amargamente hacia el fin de su carrera: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la Libertad".⁴

Hacia los últimos años del siglo, sin embargo, en Iberoamérica se dudaba muy gravemente de la jefatura moral y de la influencia norteamericanas. Los pensadores iberoamericanos mostraban una sensibilidad cada vez más aguda con respecto a la naturaleza de su propia existencia espiritual y a la necesidad imperiosa de desarrollar una identidad nacional. Se resentían de una manera progresivamente mayor de las incursiones del imperialismo económico y del pragmatismo norteamericano en su cultura y en su modo de ser.

El argentino nacido en Francia, Paul Groussac, por ejemplo, en 1893 y 1894 viajó por nuestro país y vertió sus impresiones de "estos vastos —y bastos— Estados Unidos" en una serie de artículos periodísticos que luego recogió en *Del Plata a! Niágara*, libro interesante que merece conocerse más. Como a tantos iberoamericanos, le impresionaron el tremendo auge material del inmenso país y el espíritu dinámico y emprendedor de sus habitantes. Pero sentía profundamente la falta de una vida espiritual bien desarrollada en nues-

² Citado en JOSÉ DE ONÍS, *The United States as Seen by Latin American Writers* (New York: Hispanic Institute, 1952), pp. 175-176.

³ ONÍS, p. 68.

⁴ Citado en "Hispanoamérica en lucha por su independencia" (México, D. F.: *Cuadernos Americanos*, 1962), p. IX.

tra civilización, y resumió admirablemente sus conceptos de esta manera: "... Y es que, respecto del pensamiento puro, del concepto ideal de la ciencia, del arte y del puro gusto estético, de la nobleza del espíritu y la delicadeza del sentimiento, de todo lo que constituye la verdadera civilización y da su alto precio a la vida, estos 'hijos de Tubalcáin' difieren en esencia de los hijos de Seth; pareciéndome, en conclusión, que entre esta América que abandono sin melancolía y aquella vieja Europa adonde voy, con la anticipada tristeza de volverla a dejar en pocos días más, media por ahora un Atlántico moral acaso tan hondo como el físico que me dispongo a cruzar".⁵

Por los mismos años, en 1900, el gran modernista uruguayo José Enrique Rodó contribuye señaladamente a la expresión de este resentimiento contra los Estados Unidos con la publicación de su *Ariel*, sin duda alguna el ensayo hispanoamericano actualmente más difundido. Siendo ya una obra clásica, *Ariel*, en común con otros libros clásicos, ha sufrido cien interpretaciones, re-interpretaciones y tergiversaciones distintas en las últimas seis décadas. Pero el mensaje esencial de la obra es indiscutible: en un estilo poético y de armonía ática, Rodó aconseja a los jóvenes iberoamericanos que conserven su individualismo y su desenvolvimiento espiritual y estético ante el poderío económico, el credo utilitario, y la tendencia niveladora de la democracia a convertirse en mediocracia, factores todos que descubría Rodó en grado mayor o menor en la cultura de Norteamérica.

Por obvias razones históricas, en el siglo veinte el *antiyanquis-mo* se explota continuamente en Iberoamérica, y no hay tópico de mayor importancia para nuestra nación. La viabilidad de esta imagen negativa de los Estados Unidos, la visión de una fuerza imperialista, explotadora y corruptora en Iberoamérica, está ampliamente demostrada por la frecuencia con que todavía se evoca, y son excepcionales los escritores que intentan alterar los contornos de la imagen, sin duda porque son tantos los que permanecen convencidos de su verdad esencial.

Por corta que sea una selección de citas o extractos parafraseados de las obras de los modernos autores iberoamericanos, tal selección recalcará con cristalina claridad el concepto poco lisonjero que tienen dichos autores de ciertas facetas de la vivencia o *way of life* norteamericana.

El mayor escritor y patriota cubano, José Martí, pasó largos años en Nueva York, conoció profundamente nuestra vida e historia, y

⁵ *Del Plata al Niágara* (Buenos Aires: Menéndez, 1925. 2ª edición), pp. 456-457.

admiró muchos aspectos de nuestro modo de ser. Sin embargo, durante el primer Congreso Panamericano convocado en Washington en 1889 nos caracterizó como "un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad... y a invocarla para privar a otros pueblos de ella". Cinco años antes había escrito, con esa asombrosa presciencia que tantas veces exhibía: "El desdén del vecino formidable (los Estados Unidos), que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América".⁶

Esta conciencia de Martí de los peligros para ambas Américas inherentes en la falta de conocimiento y el desdén estadounidense para Iberoamérica ha sobrevivido, en una forma exacerbada, hasta nuestros días. La irritación nacida de la ignorancia y la indiferencia norteamericanas con respecto a casi todo lo iberoamericano es un tópico perpetuo entre los escritores que viven allende el Río Bravo, y la siguiente cita, aunque sea anónima, representa un sinnúmero de voces:

Nosotros los escritores (latinoamericanos) que no somos comunistas nos preguntamos, con mucho candor, desde luego, ¿por qué los Estados Unidos, el otro polo del eje sobre el cual gira el mundo, ¡Dios sabe con qué velocidad!, no demuestra un interés igual o semejante al de Rusia en los escritores y pensadores de nuestra parte del hemisferio y en su obra literaria, que tiene tanto significado? ¿Por qué es que los Estados Unidos no ayuda a estos hombres a viajar en Norteamérica y por qué no traduce, publica, y distribuye los grandes libros latinoamericanos dentro de sus propias fronteras?

Rusia asigna una gran importancia a los escritores, y más a los autores extranjeros que a los rusos... ¿No cree los Estados Unidos que nosotros los latinoamericanos merecemos el lugar importante en que Rusia nos coloca??

Rubén Darío, el nicaragüense hoy tenido por uno de los más insignes poetas de lengua española, muy poco después de que se había jactado nuestro presidente "Teddy" Roosevelt de "tomar Panamá", dedicó una oda al primer mandatario estadounidense. Para Darío, Roosevelt simbolizaba a los Estados Unidos, el futuro invasor de Hispanoamérica, el país que cree que la vida es un fuego, el progreso un incendio, y que con las balas se construye el porvenir. Los Estados Unidos son grandes y potentes, y juntan al culto de

⁶ JOSÉ DE ONÍS, "Martí y los Estados Unidos", *Memoria del Sexto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* (México, D. F.: Imprenta Universitaria, 1954), p. 137.

⁷ Citado por HORACIO ESTEBAN RATTI en *Índice Literario de El Universal*, Caracas, Venezuela, 8 de septiembre de 1960.

Hércules el de Mammón. Pero jamás podrá la nación norteamericana apoderarse de y dominar Iberoamérica, la cual sueña, y ama, y vibra con la vida, porque a pesar de creer que todo lo posee, le falta a Norteamérica una cosa —¡Dios!⁸

Gabriela Mistral, la poetisa chilena que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1945, era una de las personas más dulces y simpáticas que se pueda imaginar, y pasó los últimos años de su vida enseñando el español en Queens College, New York. Mas una afirmación irónica que hizo en los primeros años de su carrera ha tenido una difusión muy amplia en Iberoamérica: "Hay dos cosas que nos unen: la lengua que nos dio Dios, y el peligro que viene del norte".⁹ Y Narciso Bassols, estadista y escritor mexicano, hace eco en 1951 de la misma nota entre seria y jocosa, al describir la Organización de Estados Americanos en una figura gráfica: "Un gato y veinte ratones".¹⁰

El mundialmente conocido poeta y diplomático mexicano Octavio Paz, en su libro *El laberinto de la soledad* explora la sique mexicana profundamente y con gran belleza lírica. Pero hace además unas observaciones agudas e interesantes acerca de la vida norteamericana.

El sistema norteamericano sólo quiere ver la parte positiva de la realidad. Desde la infancia se somete a hombres y mujeres a un inexorable proceso de adaptación; ciertos principios, contenidos en breves fórmulas, son repetidas sin cesar por la prensa, la radio, las iglesias, las escuelas y esos seres bondadosos y siniestros que son las madres y esposas norteamericanas. Presos en esos esquemas, como la planta en una maceta que la ahoga, el hombre y la mujer nunca crecen o maduran.¹¹

Otro mexicano, Carlos Fuentes, nacido en 1929, ha llegado a ser uno de los novelistas iberoamericanos más conocidos y un vocero vigoroso y elocuente de los intelectuales impacientes y frustrados que anhelan cambios rápidos y progreso hacia la justicia social y la autonomía económica en su vasto continente. El también se inclina al antiyanquismo. Niño en Washington, donde su padre ocupaba un puesto diplomático, Fuentes recuerda haber asistido a un teatro donde se proyectaba una película que glorificaba a los texanos en el sitio del Alamo. Admitiendo que era un gran chauvinista en

⁸ El poema, "A Roosevelt", apareció en *Cantos de vida y esperanza*, cuya primera edición data de 1905.

⁹ ONÍS, *Memoria del Sexto Congreso...*, p. 140.

¹⁰ *Hispanoamérica en lucha...*, p. ix.

¹¹ *El laberinto de la soledad* (México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1959), p. 23.

aquel entonces, el novelista dice que aguantó la película hasta más no poder, y luego se paró de un salto y comenzó a gritar: "¡Viva México! ¡Mueran los gringos!"¹² En 1961 Fuentes afirmó: "Todos los escritores de México tenemos una obligación. Debemos ser coléricos, abogados de los pobres e iletrados. No es para nosotros el lujo de ser 'artistas puros' ". Receloso de los Estados Unidos, Fuentes continuó: "Uds. predicán la empresa libre, pero nosotros los 'latinos' hemos tenido la empresa libre por 150 años, ¿y qué hizo para nosotros en términos de un concreto mejoramiento social? Uds. montan cruzadas contra el comunismo, ¿pero qué significa esto para los pobres, cuyos opresores han sido los terratenientes, los políticos fraudulentos, y las grandes empresas norteamericanas?"¹³

Estos conceptos de Fuentes, en su esencia, son un eco de las palabras de José Ingenieros, el gran ensayista positivista argentino, palabras que nos llegan a través de más de cuatro décadas de historia, aparecidas originalmente en su libro *Las fuerzas morales*:

... Hora es de repetir que, si no llegara a cumplirse tal destino (la federación de los pueblos iberoamericanos), sería inevitable su colonización por el imperialismo que desde ha cien años lo acecha: la oblicua doctrina de Monroe, firme voluntad de los Estados Unidos, expresa hoy su decisión de tutelar y explotar a nuestra América Latina, cautivándola sin violencia, por la diplomacia del dólar. Son sus cómplices la tiranía política, el parasitismo económico y la superstición religiosa, que necesitan mantener divididos a nuestros pueblos, explotando sus odios recíprocos en favor de los intereses creados en cien años de feudalismo tradicional.¹⁴

Al reseñar el último libro de Oscar Lewis, *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and His Family* (New York: Random House, 1964), Carlos Fuentes penetra hasta el corazón mismo de la situación humana en el mundo de hoy: el gran dilema del pueblo tanto en los países "desarrollados" como en los "subdesarrollados". Para Fuentes, Pedro Martínez "representa el agricultor-revolucionario de todos los países subdesarrollados":

Como mexicano (escribe Fuentes), comprendo que la vida de Pedro Martínez es el centro de una tormenta. Pedro está consciente trágicamente de sí mismo y de la tormenta: "Todo el que sea hombre

¹² Citado en una entrevista por CARLOS LANDROS, "Con Carlos Fuentes", *Excélsior*, México, D. F., 10 de octubre de 1965.

¹³ Citado en una entrevista con Fuentes publicada en la revista norteamericana *Look*, 18 de julio de 1961. Traduzco del texto original inglés.

¹⁴ *Hispanoamérica en lucha...*, p. 226.

de ideas es hombre de ideas desde su nacimiento. Tal hombre está al tanto de lo que pasa", dice Pedro en su declaración inicial. Quisiera, al fin, hablar de Pedro Martínez tal como él me afecta. Creo que donde la demanda de la justicia social es tan grande que desaparece la visión trágica de la vida, nos quedamos con un optimismo puramente mecánico que encubre unas verdades asquerosas. También creo que donde esta conciencia trágica de la vida no se atreve a mirarle la cara a la injusticia, nos quedamos con un conformismo vacío y, a fin de cuentas, con una complicidad encubierta pero viciosa. Mientras más se comuniza el capitalismo y se liberaliza el comunismo, comenzamos a ver las implicaciones del dilema. Los dos extremos se unen en la creación de un hombre básicamente indiferente. Visto como un producto positivo o negativo de su sociedad, este hombre indiferente es la anticipación del "robot risueño" de C. Wright Mills. Puede ser lo que es porque se conforma —como los buenos y blandos burgueses norteamericanos de Cheever o los jóvenes y rectos *kolkhozianos* del cine soviético; o porque se rebela como los *beatniks* de Kerouac o los nuevos nihilistas opulentos de Rusia. Pero éstos son indiferentes, y su símbolo futuro bien pudiera ser el de un *voyeur* desencarnado que manipula los objetos en un *nouveau roman*.¹⁵

La pasión suscitada en toda la América ibera por la intervención de las fuerzas norteamericanas en la República Dominicana ha sido muy grande, y ha afectado todos los grupos de la gama política, de los izquierdistas extremos hasta los ultraderechistas. Carlos Pellicer, notable poeta mexicano y ganador del Premio Nacional de Literatura en 1964, demuestra la gran intensidad de sus sentimientos en una carta abierta a Fulton Freeman, embajador estadounidense en México. Aunque es obvio que la orientación política del señor Pellicer es izquierdista, podemos estar seguros de que una indignación semejante a la suya fue despertada entre individuos y grupos de distintas orientaciones políticas. El poeta presenta su "protesta firme y violenta" contra la amenaza de una intervención armada norteamericana motivada por las sospechas del gobierno nuestro "de una 'infiltración comunista' ". Sigue el señor Pellicer: "No, no hay tal cosa, señor Embajador. Lo que pasa es que la América de la que yo formo parte está dando señales de no estar conforme con la situación general de nuestros países. . . . Los Estados Unidos, de acuerdo con los traidores nativos, hacen o deshacen a voluntad, mantienen vivos en nuestras patrias el hambre y el atraso y obligan la venta a bajo precio de nuestros productos, para que en los Esta-

¹⁵ Citado en "Revolutionary Man", *The New York Review of Books*, 25 de junio de 1964, p. 4.

dos Unidos se pueda vivir con el paso de cada día en un nivel cada vez más alto. Pero, como Ud. sabe, nuestra América, la América de Cuauhtémoc y Bolívar, ha decidido vivir de otro modo. Las fuerzas guerrilleras que afortunadamente luchan ahora en casi todos nuestros países representan la voluntad de la gran masa de nuestro pueblo explotado por millonarios nacionales y las grandes empresas norteamericanas'.¹⁶

Merece citarse, acatando los requisitos de la más elemental justicia, el comentario de otro autor respecto de la intervención dominicana de abril de 1965. Me refiero, claro está, al ex Presidente Juan Bosch, conocido primariamente en nuestra nación como el único primer mandatario dominicano constitucionalmente electo. Bosch analiza la invasión en los siguientes renglones:

Los Estados Unidos embotelló la revolución, apreciando la situación en términos de fuerza... Es fácil pensar en términos de fuerza en estos tiempos, sobre todo en los Estados Unidos, donde una batería de calculadoras electrónicas produce respuestas creíbles a este tipo de problemas en unos cuantos minutos, y, a veces, en unos pocos segundos. Sin embargo, una revolución es un acontecimiento histórico que no se presta bien a esta clase de razonamiento automatizado. Su poder se deriva de los corazones y las mentes del pueblo. Ninguno de estos elementos es susceptible a los cálculos de aparatos electrónicos... Una revolución no es una guerra... Era patente que la política del gobierno norteamericano en Santo Domingo era la defensa del *status quo*... La revolución dominicana de abril de 1965... estaba gestándose desde fines de 1959... Lo que estalló era, y es todavía, una revolución democrática y nacionalista... Fue un costoso equívoco político considerarla como una revolución que corría el peligro de virar hacia el comunismo. Los Estados Unidos pagará un precio muy alto por este desatino político.¹⁷

Para resumir, entonces, cuando la intelectualidad iberoamericana de hoy contempla los Estados Unidos, la imagen que mira es la de una nación cuya política está arraigada en una red extensa de características nacionales: nosotros los norteamericanos nos inclinamos hacia lo práctico y pragmático, hacia la fuerza como medio de resolver la mayoría de los males sociales, hacia una valoración fundamentalmente utilitaria y cuantitativa más que espiritualizada e

¹⁶ Citado en *El corno emplumado*, México, D. F., enero de 1966, p. 171. Traduzco del texto original inglés.

¹⁷ Citado en *The New Republic*, 24 de julio de 1965. Traduzco del texto original inglés.

individualizada de las acciones humanas, y hacia un concepto de las relaciones extranjeras como una lucha para adquirir rango, y prestigio entre las naciones del mundo. Piensan los iberoamericanos ilustrados que es difícilísimo para nosotros, tanto como individuos que como arquitectos de nuestra política, comprender en verdad o, a veces, hasta tomar muy en serio las culturas que no nacen de ideales y valores semejantes a los nuestros. Y quisieran estos iberoamericanos, junto con un número creciente de críticos y comentaristas en nuestra nación, que halláramos en nuestra vida norteamericana una manera de aumentar las sensibilidades estéticas, espirituales, y artísticas de nuestros ciudadanos individuales, y así acercarnos más en nuestro Mundo Nuevo a esa vida ideal que tanto ha soñado el hombre —esa última y mejor de las esperanzas que renace en cada generación humana.

Me doy cuenta, desde luego, que muchos norteamericanos se sentirán ofendidos y, en algunos casos, hasta enfurecidos por estas imágenes iberoamericanas de nuestra gente y nuestra política. Podemos discutir largamente en cuanto a su validez, sostener que nacen de la ignorancia y de prejuicios antiquísimos, o aun dejar que nos hieran en lo más recóndito de nuestra sensibilidad patriótica, sobre todo si somos chauvinistas. Pero tales reacciones, opino, indicarían que no se ha comprendido el punto esencial del debate. La validez relativa de las opiniones iberoamericanas acerca de los Estados Unidos importa, indudablemente, pero la realidad de su existencia es más importante —y es irrefutable. Si algún día confiamos en lograr una mejor comprensión intercultural entre las naciones de nuestro hemisferio, me parece que debemos comenzar por estudiar de un modo desapasionado las imágenes que unos tenemos de otros, y luego proceder a corregirlas, empleando todos los medios a nuestro alcance, en un ambiente de libertad, serenidad, cooperación, y con un respeto mutuo por nuestras diferencias.

Así parece creer un vocero de los mejores elementos norteamericanos, el senador J. William Fulbright, jefe del Comité de Relaciones Exteriores de nuestro Senado. El 22 de marzo de 1966 el senador Fulbright vino a la Universidad de Connecticut a pronunciar el Discurso Anual en memoria del finado senador por Connecticut, Brien McMahon. Habló con una elocuencia y una pasión arraigadas en sus hondas convicciones, y al terminar, después de una hora y media, el público (4,000 profesores y estudiantes) se puso de pie para brindarle una larga y calurosa ovación. Fulbright desarrolló el tema de "Las dos Norteaméricas", o sean dos países opuestos, simbolizados de un lado por Lincoln y Stevenson y del otro por Teddy Roosevelt y MacArthur. El senador señaló toda una serie de

contrastes entre los dos países: generosidad y humanitarismo vs. egoísmo estrecho; modestia vs. arrogancia; buen sentido y moderación vs. pompa y pasión; previsión y largueza vs. mezquindad y rencor, etc. Repasó la política exterior de los Estados Unidos, criticándola de un modo muy severo con referencia a los acontecimientos y problemas del Lejano Oriente (Vietnam y China) y de Iberoamérica. En cuanto a nuestras relaciones iberoamericanas, entre otras cosas recalcó lo que él consideraba ser el efecto ambivalente de estas dos Norteaméricas en nuestra política iberoamericana. Creo que algunos de los párrafos del senador Fulbright merecen citarse *in extenso*:

La Alianza para el Progreso nutrió la esperanza en Iberoamérica que los Estados Unidos no sólo tolerarían sino que apoyarían activamente la revolución social en las otras naciones americanas. La intervención dominicana, por algún tiempo cuando menos, ha destruido esa esperanza. Se me informa que por primera vez algunos líderes católicos progresistas hablan de un modo serio de unirse a los comunistas en la creencia de que es la única manera posible de realizar una revolución y, en verdad, la única manera de evitar que los comunistas lleguen a dominar dicha revolución.

Todavía no es demasiado tarde para que los Estados Unidos cumplan un papel importante y positivo ayudando a los iberoamericanos a lograr sus anhelos de un régimen democrático y de la justicia social. Estas metas, después de todo, son las mismas que buscamos para nosotros mismos en nuestra propia sociedad. Aunque ahora no somos una sociedad revolucionaria, ha sido una tradición norteamericana simpatizar con las aspiraciones de todos los pueblos a la democracia y a la justicia social. A pesar de la hebra de áspero puritanismo tejida en nuestro genio nacional, sigo creyendo que hay una hebra todavía más fuerte de humanismo democrático, una virtud elemental que nos ha motivado, no obstante varios lapsos, a buscar la justicia social en nuestra propia sociedad y de alentarla en otras, no sólo porque era una acción prudente sino porque, y quizás primariamente, porque era lo que en toda decencia nos incumbía hacer.

Por tanto, está en consonancia con lo mejor de nuestro carácter nacional, y porque claramente nos interesa, debemos mostrarnos amigos de la revolución social en Iberoamérica. Esto requerirá un compromiso renovado y un aumento en las contribuciones nuestras a la Alianza para el Progreso—contribuciones mayores que, lamento tener que decirlo, me parece que el Congreso no aprobará en el futuro inmediato. También será necesario alejarnos de las oligarquías económicas y militares, cualquiera que haya sido la ventaja transitoria de haberlas

amparado. Quizá requiera esto la aceptación por nuestra parte de la expropiación progresiva de varias empresas norteamericanas en Iberoamérica. Seguramente requerirá la aceptación de cambios rápidos y grandes, no todos el fruto de medios pacíficos.

También requerirá la aceptación del hecho de que Iberoamérica ha llegado a un estado de autonomía en el mundo contemporáneo y ya no puede considerarse como una huérfana particular sujeta al mando norteamericano. Debemos prepararnos para ver a los países iberoamericanos, cuyos canales de comunicación con el mundo exterior por tantos años han corrido por Washington, establecer nuevas relaciones con Europa, Asia y Africa, relaciones que a veces nos puedan desagradar. Tenemos que reconocer de una vez y para siempre que el paternalismo ya no sirve de base para las relaciones interamericanas. Como dijo el Presidente Frei de Chile, en Francia el verano pasado, los pueblos de Iberoamérica "desean una verdadera independencia económica y política; quieren un sistema interamericano sin hegemonía".¹⁸

Estas palabras valerosas expresan sentimientos compartidos por todos los buenos americanos del Nuevo Mundo. Son palabras que recogerán los historiadores más perspicaces del porvenir en sus libros porque nacen de una profunda y generosa comprensión de la realidad actual del Hemisferio, y porque asientan las bases necesarias para la tan anhelada solución de los problemas más apremiantes de las Américas. Son palabras que recordará el destino cuando se haya olvidado la verborragia rimbombante de los nimios políticos de todos los días. Son palabras, en fin, que demuestran claramente a cuál de las dos Norteaméricas pertenece J. William Fulbright, y cuáles deben ser los principios que guíen la futura política interamericana.

¹⁸ Traduzco del texto original inglés.

¿ES MÉXICO UN PAÍS INDUSTRIALIZADO?

Por Benito REY ROMAY

I

Introducción

EN los últimos años se ha venido afirmando insistentemente que México tiene ya una economía de tipo industrial. Se ha hecho frecuente también oír y leer en declaraciones oficiales y en diarios y publicaciones nacionales y extranjeras, que la economía mexicana ya no es subdesarrollada, pues se ha separado de la larga y sinuosa pista del subdesarrollo por haber iniciado el "despegue autosostenido" que el economista norteamericano Rostow ha propalado.¹

Analizando estas afirmaciones a la luz de la objetiva realidad económica del país, así como a la de la situación social que esta realidad condiciona y comparando nuestra situación económica con la de países de ingreso *per capita* de nivel medio y bajo en la escala internacional de los desarrollados, no se puede estar de acuerdo con ellas y, si no contribuyeran a nublar el panorama nacional que todo mexicano tiene derecho y obligación de ver claro para poder orientar la necesaria acción económica y política con objetividad y precisión, sólo podrían juzgarse positivas en la medida de los factores psicológicos propicios al desarrollo que pudieran haber generado artificialmente.

La realidad demostrable es que en la economía mexicana están presentes todavía aquellas características generales típicas de una economía de estructura primaria y, por ello, subdesarrollada y que, dichas características, van desapareciendo lentamente en algunos casos y, en otros, se mantienen haciendo cada vez más difícil su eliminación futura. En efecto, nuestra realidad económica es: un bajo ingreso *per capita* cuya evolución, en términos reales, es muy lenta; una mayor parte de la fuerza de trabajo dedicada a las actividades primarias, predominando en la agricultura y ganadería; un

¹ Obviamente mal entendiendo, mal utilizando o ignorando lo que con tal terminología designa Rostow.

bajo producto *per capita* en términos reales y evolución lenta de los niveles de productividad, tanto en el sector agrícola como en el industrial; un comercio exterior cuya estructura estriba en la exportación de materias primas y productos alimenticios en forma mayoritaria y en la importación predominante de bienes de producción y partes componentes o materiales industriales para el ensamble o fabricación de la mayor parte de los productos industriales finales que la industria nacional produce; una crónica escasez de técnicos y obreros y campesinos calificados; ausencia de técnica nacional en la mayor parte de las actividades industriales; elevado porcentaje de analfabetas dentro de la producción total y totales anuales cada vez mayores de iletrados; una tasa de crecimiento demográfico de las más altas del mundo; una participación política de las grandes mayorías que sólo es supuesta; bajos niveles de consumo, no sólo de productos industriales, sino, incluso, de cereales y de otros artículos de primera necesidad; y, finalmente, una muy amplia y creciente participación de empresas monopolísticas extranjeras en las principales actividades industriales y en buena parte del comercio, que, aunada a las crecientes contrataciones de créditos en el exterior, contradicen el calificativo de "autosostenido" de la situación que pretende ser señalada como de "despegue" y que menguan en una gran medida el carácter nacional del crecimiento registrado.

Sin embargo, junto a las inconsistentes y peligrosas afirmaciones sobre la situación de la economía de nuestro país, también han llegado en los últimos años a un alto nivel, cuantitativo y técnico, las discusiones e investigaciones serias sobre los resultados obtenidos con los esfuerzos de industrialización del país, así como sobre las medidas que se podrían adoptar o adaptar en el campo industrial para conducir el desarrollo de la economía hacia etapas superiores de grado y de objetivos con mayor celeridad. Este interés nacional por la industrialización acelerada coincide con el existente en el ámbito mundial, el cual se afirma, cada vez más, ante la justificada inconformidad de grandes masas de población que viven en extensas zonas de estancamiento económico en que privan las actividades primarias y cuya diferencia de niveles de vida respecto a la población de los países industrializados es cada vez mayor.

Sin embargo, este tan difundido afán por la industrialización que compartimos los mexicanos, es muchas veces poco comprendido por los propios nacionales y todavía frecuentemente objetado por los países industrializados. Estas objeciones en algunos casos se refieren al propósito de los subdesarrollados de cubrir todo el campo que el concepto industrialización comprende y, en otros, las más extremas, al intento sólo de introducirse en ese campo.

Independientemente del hecho de que estas objeciones no han sido atendidas, existe un sólido sustento teórico, que la realidad sigue confirmando, en apoyo de la afirmación de que en la actualidad sólo es posible para un país salir del subdesarrollo mediante un proceso de industrialización de su economía, entendido éste no sólo como un fenómeno extensivo sino de profundización. Esta afirmación se basa en que el desarrollo cuantitativo y cualitativo de las actividades primarias no puede, por sí solo, liberar del subdesarrollo a una economía, ya que estas actividades, por la propia índole de los factores productivos que intervienen en ellas y por la poca dinamicidad de su técnica de producción, determinan una mayor sujeción de las economías en que privan a los rendimientos decrecientes. Por el contrario, la flexibilidad de los factores productivos que emplean las actividades industriales, así como el avance de la técnica industrial, permiten una cantidad de cambios en las funciones de producción prácticamente ilimitada con lo cual se hace posible a la actividad económica producir siempre en el sector de los rendimientos crecientes e, incluso, ampliar el margen en que las actividades primarias empiezan a caer en los rendimientos decrecientes.

Además, la industria requiere, cada vez más, de una mayor variedad de insumos que las actividades primarias, lo cual permite una expansión de la economía en mayor grado.

Por otra parte, la baja elasticidad de la oferta de productos agropecuarios internacional, es un elemento altamente desfavorable que se hace cada vez más evidente en el deterioro constante que sufren los países subdesarrollados en sus relaciones de intercambio con los industrializados, situación que se agrava por los excedentes de cereales y materias primas de origen agrícola que donan o rematan en el mercado internacional los países desarrollados.

Todas estas razones justifican el esfuerzo industrializador de los mexicanos y aunque, como ya se señaló anteriormente, estamos todavía lejos de podernos considerar como poseedores de una economía industrial, sí podemos afirmar que el crecimiento industrial que hemos logrado en los últimos 20 años es muy importante y constituye ya una sólida base para un desarrollo ulterior.

La verdadera preocupación respecto a la situación actual de la industria mexicana en general no debe ser si ésta crece o no, ya que la respuesta es afirmativa y perfectamente justificable como veremos más adelante. Las cuestiones realmente importantes por discutir, aclarar y precisar deben ser, por una parte, el verdadero nivel a que ha llegado este crecimiento industrial así como su dinámica pasada y presente y, por otra, si en realidad está determinando un desarrollo económico del país en el verdadero sentido del término y si

puede ser acelerado. La cuestión de si puede ser acelerado implica un análisis de todos aquellos elementos y circunstancias que se han erigido en obstáculos y de los que constituyen factores de impulso para establecer las medidas necesarias para eliminar los unos y aprovechar y fortalecer a los otros. Por su parte, el determinar si el crecimiento industrial está representando el papel que de él se espera, o sea el de ser el generador del desarrollo económico en el verdadero sentido del concepto, estriba en precisar si está significando la elevación de niveles de vida de mayorías, así como el grado en que el excedente que genera es autoaprovechado por la economía nacional o por economías extranjeras.

El contribuir con un breve examen de estos elementos es objeto del presente trabajo, para lo cual se partirá de una descripción resumida de la situación a que ha llegado el desarrollo de la industria mexicana, haciendo, en cada caso, además de la apreciación cuantitativa, mención de los aspectos cualitativos de relevancia.

*El desarrollo alcanzado por la industria
mexicana en el período 1959-1963*

CON el propósito de hacer la exposición más clara y además poder hacer más adelante algunos comentarios sobre algunas interrelaciones de interés, dividiremos este capítulo sobre la apreciación del desarrollo industrial en dos partes: una correspondiente a las ramas más representativas de la industria denominada básica y, la otra, a la industria en general.

En ambos casos se ha considerado conveniente que la exposición y análisis se limiten hasta el año 1963, ya que 1964 debe ser considerado un año anormal si se toman en cuenta la tasa de crecimiento económico general que registró (11%) —inusitada respecto a las tasas anuales así como promedio (5%) de los años anteriores— y el gran descenso de dicha tasa al nivel que, según los indicadores divulgados, se registró en 1965 (6%). Sin embargo, en los casos que se ha considerado útil, se hace referencia a cifras correspondientes a 1964.

1.—La Industria Básica.

La industria básica del país, de acuerdo con las cifras oficiales publicadas, muestra, en sus principales ramas componentes, un crecimiento continuo e importante como ilustraremos a continuación:

A) Producción de hierro y acero.

La industria siderúrgica nacional alcanzó, en 1963, las siguientes cifras de producción de productos primarios: hierro de primera

fundición, incluyendo fierro esponja, 1.002,300 Ton.; lingote de acero, 2.016,900 Ton. Estas cifras, comparadas con las registradas cuatro años antes, o sea, con las del año 1959, significaron un incremento del 58.6% en lo que respecta al hierro y de 51.8% en lo que corresponde al acero, o sea, crecimientos promedios anuales de 14.7% y de 13.0% respectivamente.

Este importante crecimiento de la producción nacional de materiales siderúrgicos primarios, se hace más elocuente si tomamos en cuenta que los índices del consumo aparente de hierro de primera fusión y de lingote de acero, elaborados con base en el año de 1953, ascendieron, en 1959, a 229.5 y 260.9 respectivamente y a 341.9 y 384.5, en 1963.

Si bien las cifras citadas sobre la evolución de la producción y consumo de hierro y acero son elocuentes por sí solas, es importante señalar también las correspondientes al aprovechamiento de la capacidad de producción instalada. En 1963 la capacidad nacional de producción de arrabio solamente, calculada con base en 350 días de operación normal, fue de 1.005,000 Ton. De acuerdo con esta cifra la producción de ese año significó un aprovechamiento del 80%. Para el mismo año de 1963, la capacidad de producción de fierro esponja, que era de 245,000 Ton. anuales, se utilizó en un 70%. Por lo que respecta al lingote de acero, la capacidad instalada para su producción, estimada en 2.465,000 Ton., con base en 300 días normales de operación, fue utilizada en un 80%.

Cabe señalar que los anteriores coeficientes de operación, ya de por sí elevados desde el punto de vista técnico de operación, fueron superados, en los casos del acero y del fierro esponja, por la producción del año 1964, lo cual ha determinado que existan proyectos de ampliación de las empresas existentes, en vías de ejecución, que elevarán la capacidad productiva nacional para 1968 a 3.855,000 Ton. de lingote de acero, 440,000 de fierro esponja y 1.955,000 de arrabio. Sin embargo, según estimaciones del consumo nacional, la demanda interna para 1970 alcanzará la cifra de 5 millones de Ton., lo cual requerirá de mayores expansiones en este sector y, lógicamente, también en la producción de arrabio y fierro esponja, si se quiere que, como sucede ahora, la demanda nacional de lingote sea abastecida totalmente con producción nacional, e impedir que crezcan indebidamente las importaciones de chatarra y material relaminable.

Sin embargo, como ya apuntábamos al principio, no sólo tienen interés los aspectos cuantitativos en el desarrollo de una actividad industrial. En el caso de la siderurgia mexicana existen aspectos cualitativos que es necesario destacar aunque sea brevemente.

En primer lugar señalaremos que la rama siderúrgica es una de aquellas pocas en que se ha desarrollado una técnica nacional de fabricación, lo cual ha sucedido en el sector de la producción de hierro esponja. En segundo lugar debemos citar también que las plantas principales han contribuido importantemente a la creación de nuevas zonas industriales como es el caso de la de Veracruz. Por otra parte, un importante elemento cualitativo que a mi juicio hay que señalar y que indudablemente ha contribuido al crecimiento de la rama, es la participación directa, principalísima y creciente del Estado en la producción de hierro y acero, así como de laminados y fundición y, dentro de poco, en los aceros especiales.

Sin embargo, la política siderúrgica que establezca el Estado para el futuro debe tener muy presente que el total de las reservas de mineral ferrífero calculadas del país se reducen solamente a 600 millones de Ton. y que, de éstas, sólo 370 están bien investigadas. Aun suponiendo que los 600 millones de Ton. estimadas fueran reales, sólo serían suficientes para 43 años. Además, los yacimientos principales conocidos—Peña Colorada y Las Truchas—, representan, en conjunto, una tercera parte de las reservas totales del país. Estos dos hechos deben influir en la política siderúrgica nacional en el sentido de aprovechar racionalmente y hacer crecer al máximo las reservas de tan importante recurso que parece escaso, en lo cual la investigación geológica y técnica desempeñarían un imprescindible papel y de precisar hasta qué punto debe permitirse la expansión de las plantas integradas del Norte de la República, tan alejadas de los principales yacimientos citados. A este respecto, debe tenerse presente que los períodos de depreciación de las plantas siderúrgicas deben ser los más largos posibles para mantener los costos y precios al mínimo nivel.

Estas consideraciones respecto a las plantas del Norte de la República deben seguirse teniendo en cuenta a pesar de que se pudiera tener un abastecimiento de mineral desde el exterior con base en los enormes yacimientos que, según se ha propalado, se han descubierto en Australia y que amenazan con desplomar los precios internacionales del mineral, puesto que, llegado este caso, la política más acertada sería aquella que hubiera atendido a establecer plantas integradas en zonas costeras que pudieran utilizar, al mismo tiempo, minerales nacionales cercanos, como sería el caso de las que podrían crearse en las costas de Colima, Jalisco y Michoacán.

B) Producción de combustibles petroleros.

En el año de 1959 la producción de petróleo crudo y líquidos de absorción del país fue de 16.8 millones de m³. Para 1963 esta

cifra de producción se elevó a 20.0 millones, con lo cual se registró un aumento de 25% en los cuatro años. Adicionalmente la producción de gas natural pasó de 9.3 millones de m³ en 1959 a 11.4 millones en 1963 representando un incremento porcentual semejante al registrado en la producción de crudos.

Por otra parte, el número de pozos perforados en 1959 fue de 440 frente a 554 en 1963 y los pozos en producción pasaron de 2,932 en 1959 a 4,264 en 1963.

La capacidad de refinación, a fines de 1964, era de 578,000 barriles diarios, o sea 211,000 más que en 1958, lo cual significó un aumento de más del 36%. La producción de derivados pasó de 16.1 millones de m³ en 1959 a 18.7 en 1963 y a 19.6 en 1964.

Sin embargo, debe advertirse que las anteriores cifras por sí solas, no obstante que son relevantes, no deben ser base para hacer un juicio cuantitativo del crecimiento de PEMEX como empresa, ya que en esa forma se subestimaría su desarrollo como lo demuestra la comparación de las ventas totales que pasaron de 4.588 millones de pesos en 1959 a 6.704 en 1963, registrando un aumento cercano al 50% sin que se hubieran presentado aumentos correlativos en los precios de combustibles en ese período. Por el monto de sus ventas y de sus activos, Petróleos Mexicanos sigue ocupando el primer lugar dentro de las empresas del país, siendo, además, digno de mención el avance logrado entre 1959 y 1964 en su integración con los pasos que dio y que está dando en el campo de la petroquímica básica que la llevarán a muy superiores niveles de ventas, redituabilidad y posibilidades internas de expansión y, al mismo tiempo, que contribuirán indirectamente al desarrollo del país a través de un importante volumen de exportaciones y de sustitución de importaciones.

En el terreno de la evolución cualitativa registrada, deben señalarse también el cambio estructural que desde 1953 se empezó a operar en la producción de combustibles al ir adquiriendo mayor importancia el gas natural. También es importante la sustitución de importaciones de combustibles lograda. Para el futuro, el desarrollo de la petroquímica, así como la vuelta a la política nacionalista dada el año pasado en la propia petroquímica y en la exploración y perforación, serán las principales bases del desarrollo racional de la empresa petrolera, la cual, por otra parte, se encuentra en una etapa de reorganización administrativa, operativa y de jerarquización de inversiones sumamente necesaria para dicho desarrollo.

C) Energía eléctrica.

Los incrementos registrados en la producción manufacturera, así como la extensión del servicio para uso doméstico efectuada en

el período 1959-1963 y años anteriores fueron posibles —y al mismo tiempo la determinaron—, gracias a una agresiva política de ampliación de la capacidad de generación en dicho período.

En efecto, la capacidad instalada a fines del año de 1958 que era de 2.7 millones de Kw. fue ampliada hasta llegar, a fines de 1963, a 4.2 millones de Kw. y a 5.3 en 1964. De acuerdo con esto la capacidad de generación se duplicó en sólo 6 años. Para hacer posible la extensión del servicio, el número de plantas se incrementó de 2.752 en 1959 a 2.816 a fines de 1963.

La energía generada aumentó también a una tasa elevada al pasar de 9.693 millones de Kw-hora en 1959 a 13.567 millones en 1963 y a 15.763 en 1964, aunque el coeficiente de operación —relación generación a capacidad— se ha mantenido estable. En el período 1959-1963, la generación se incrementó a una tasa promedio anual cercana al 10%. Sin embargo, el consumo fue aún mayor debido a la importación de energía en zonas fronterizas. En 1963 esta importación fue de 907 millones de Kw-hora, con lo cual el consumo nacional en ese año ascendió a 14.454 millones de Kw-hora, frente a 10.203 en 1959.

También en la industria eléctrica se han registrado importantes cambios cualitativos en los últimos años que serán base para una mayor expansión y eficiencia. En primer lugar debe destacarse la nacionalización y estatalización de las plantas de generación. En segundo término la reestructuración de tarifas benéfica para los agricultores, así como la disminución de la participación relativa de la energía importada dentro del consumo total y los estudios iniciados con fines a uniformar los ciclajes en todo el país.

Para el futuro la política de electrificación debe tender a elevar la participación de plantas hidroeléctricas para lo cual existen oportunidades de reaprovechamientos hidráulicos y de nuevos aprovechamientos principalmente en la cuenca de los ríos Grijalva y Usumacinta, con un potencial hidroeléctrico estimado como mínimo en 5 millones de Kw. y cuyo aprovechamiento contribuiría a extender a zonas más atrasadas los beneficios de la industrialización y pondría en elevado grado de actividad los ricos recursos de una vasta región.

D) Producción de cobre electrolítico.

El consumo de cobre electrolítico del país ha venido creciendo, aunque con marcados descensos en 1957 y 1959, a una tasa anual acumulativa de 15.4% en los últimos 10 años. Este crecimiento del consumo interno ha sido el principal impulsor y estabilizador de la producción nacional. Aproximadamente el 85% de la producción se destinó en 1963 a abastecer el consumo internc.

En 1959 la producción de cobre electrolítico alcanzó un volumen de 29,261 Ton. para ascender en 1963 a 30,682 Ton. y a 34,867 en 1964. Aunque las tasas anuales que arrojan estas cifras muestran un crecimiento muy lento, no por ello ha carecido de importancia si se toma en cuenta que el producto está sujeto a un mercado internacional de precios sumamente erráticos y que el consumo interno ha tenido un crecimiento sumamente importante como lo demuestra el hecho de haber pasado de 7,065 Ton. en 1953 a 27,903 Ton. en 1963. Por otra parte, la eficiencia de esta industria básica ha venido mejorando al evolucionar constantemente el porcentaje de aprovechamiento de su capacidad.

E) La Producción de Acido Sulfúrico.

La capacidad de producción nacional de ácido sulfúrico aumentó en el período comprendido entre principios de 1959 y fines de 1963, en 186,325 Ton. al pasar de 286,715 a fines de 1958, a 473,040 a finales de 1963. En términos porcentuales el incremento registrado en los cinco años fue de 65%. Adicionalmente y según los proyectos conocidos e instalaciones en construcción hasta fines de 1963, en 1965 la capacidad productiva debe haber llegado a una cifra superior a 670,000 Ton.

El aumento de la eficiencia productiva en este sector industrial ha sido importante puesto que la capacidad aprovechada ha evolucionado del 68.7% en 1950 al 81.9% en 1957 y al 82.4% en 1963.

Es importante señalar como hechos saludables, que la mayor parte del crecimiento de la capacidad productiva ha tenido como origen etapas de integración que han cubierto las industrias de transformación consumidoras de este ácido y que los aumentos en su producción han tenido como origen principal un incremento en el consumo de fertilizantes.

F) Producción de Sosa Cáustica.

Respecto a 1962 la producción nacional de sosa cáustica se elevó en 6.8% en 1963. Esta elevación se produjo al pasarse de 83,425 Ton. a 89,138. Sin embargo, en relación con 1959 la producción en 1963 se elevó en 31,163 Ton. que, en relación a ese año, significó un incremento de 60% en 4 años. Las cifras de 1964 revelan una producción de 94,886 Ton.

El consumo aparente de este producto básico para la industria de transformación ha sido desde 1950 hasta 1963 mayor que la producción nacional; o sea que en todos estos años el país ha realizado importaciones, aunque éstas han venido perdiendo importancia absoluta y relativa en el abastecimiento nacional. En 1963 las impor-

taciones alcanzaron un volumen de 13,153 Ton., frente a 37,199 en 1959. El consumo aparente de 1963 fue de 102,291 Ton. y de 89,174 en 1959.

La capacidad de producción en 1963 era de 102,410 Ton. que, en relación a la producción de ese año revela un aprovechamiento de más de 87%. Este alto aprovechamiento de la capacidad es un fenómeno propio de la industria debido a que la producción de sosa está determinada por la demanda de dos productos que se obtienen casi en cantidades semejantes en el proceso a partir de los mismos insumos: la propia sosa y el cloro. En esta forma los productores no instalan mayor capacidad que la correspondiente a la demanda marginal, que en el caso de nuestro país es la del cloro, lo cual es posible dada la divisibilidad de los equipos que se utilizan. Debido a estas características de producción simultánea las cifras correspondientes a la producción de sosa y de capacidad instalada son prácticamente válidas para el cloro, el cual tiene también una gran importancia en la industria de transformación y es base principal en la producción de insecticidas para usos agrícolas.

Debe señalarse finalmente que en México se producen todos los tipos de sosa que la industria requiere, tanto por lo que respecta al estado físico como a grados de pureza.

G) Producción de Celulosa y Pastas Celulósicas.

El número de plantas fabricantes de pastas celulósicas en México es de 17, de las cuales 8 venden toda su producción y 9 utilizan la mayor parte en su propia producción de papeles. De las 17 empresas sólo dos contribuyen con más del 60% de la producción nacional.

La producción en cuanto a tipos y calidades, se halla diversificada. De esta manera la industria nacional produce celulosa al sulfato blanqueada y sin blanquear; pasta mecánica para papeles periódico; celulosa al sulfito para papeles finos; y celulosas de bagazo de caña. En este último tipo de celulosa se ha desarrollado una técnica nacional de fabricación.

En 1960 la producción nacional de celulosas y pastas alcanzó la cifra de 245,700 Ton. y, en 1963, 303,522, o sea que se registró un aumento de 57,882 toneladas que significó un 23.5% de incremento en 3 años. Respecto a 1962, la producción de 1963, registró un aumento de 18,088 Ton. o sea cerca de 6%. En 1964 el aumento respecto al año anterior fue de cerca del 8%.

Debe señalarse que la oferta interna todavía no abastece el consumo nacional. Las importaciones, que consisten principalmente en pastas químicas para la producción de papel y fibras artificiales,

así como desperdicios de papel, han sido, en 1963, de 33,752 Ton. y de 43,167 en 1964. Cabe advertir que gran parte de estas importaciones pueden ser substituidas, lo cual, aunado a las grandes posibilidades de substituir también las importaciones de papel periódico, determinan un amplio margen para la expansión a corto plazo de la producción nacional de celulosas y pastas.

H) La Industria del Cemento.

La producción nacional de cemento desde 1953 a 1963 ha tenido el siguiente desarrollo en millones de toneladas: 1953, 1.7; 1959, 2.6; 1963, 3.7. En 1964, el tonelaje llegó a 4.3 millones de Ton. Estos aumentos significaron en términos porcentuales: más del 50% en 1959 con respecto a 1963; 42% en 1963 en comparación con 1959; y 16% en 1964 con relación a la producción obtenida en 1963. El incremento de la producción, salvo dos pequeños descensos en 1958 y 1961, ha sido no sólo ininterrumpido sino que se ha venido acelerando en el transcurso del período.

El aprovechamiento de la capacidad instalada ha sido siempre muy elevado, aunque debe señalarse que, al igual que en todos los países, siempre existe un excedente que obedece a razones que pueden considerarse normales ya que debe preverse que la ampliación o instalación de una planta de cemento requieren de 2 a 3 años para entrar en operación. En 1964 se llegó en México al caso inusitado de que el porcentaje de aprovechamiento llegara a más del 90%. Las importaciones de este producto, aunque nunca representaron más del 3% del consumo nacional, prácticamente han desaparecido. También se registran exportaciones pequeñas, aunque mayores a las importaciones. El consumo aparente llegó a 2.6 millones de Ton. en 1959 y a 3.7 en 1963.

El número de plantas en producción llegó a fines de 1965 a 24, empleando la gran mayoría el sistema de producción en seco. Debe mencionarse que la producción se ha venido diversificando y que, en el transporte del producto así como del concreto elaborado con él, se han operado cambios técnicos que han reducido los costos.

Si bien en el crecimiento de la producción de cemento las obras públicas han sido un substancial elemento de impulso, debe señalarse que la importancia de la construcción para fines privados ha desempeñado un vigoroso papel como lo demuestra el nivel alcanzado en la producción de otra industria cuyos abastecimientos al Gobierno son menores y que está íntimamente ligada también a la actividad constructora. Este es el caso del vidrio plano cuyo volumen producido en 1963 fue de 8.3 millones de metros cuadrados, frente a 4.3 millones en 1959.

Si bien los datos anteriormente expuestos, así como los cambios cualitativos principales señalados, referentes a 8 ramas del sector básico de la industria, ponen de manifiesto un crecimiento continuo de dicho sector durante los últimos 4 ó 5 años en que se cuenta con estadísticas, también dichos datos y cambios son indicadores del crecimiento industrial general del país ya que revelan el crecimiento de una gran parte de los insumos más importantes e imprescindibles de las actividades industriales de transformación. Del desarrollo de la industria en general hablaremos a continuación en forma muy resumida. Sin embargo, antes de pasar a ello y con el fin de ilustrar el nivel en que se encuentra la industria básica mexicana respecto a otros países, haremos una breve comparación de los volúmenes de producción *per capita* de nuestro país de algunos de los comentados productos básicos, con los respectivos de dos países que poseen altos grados de crecimiento industrial, regionalmente hablando, que son Argentina y Brasil y con los de dos países de ingreso por habitante de niveles medio y bajo, dentro de los industrializados y de acuerdo con la escala internacional, como son Austria y Japón, respectivamente.

PRODUCCIONES PER-CAPITA EN 1963*

| | Lingote de acero (Kg.) | Energía Eléctrica (Kwh) | Acido Sulfúrico (Kg.) | Sosa Cáustica (Kg.) | Celulosa y Pastas (Kg.) | Sumas indis- criminadas para fines de compa- ración |
|-----------|------------------------------|-------------------------------|-----------------------------|---------------------------|-------------------------------|---|
| Austria | 843.98 | 2,571.11 | 27.88 | 9.26 | 95.43 | 3,547.66 |
| Japón | 207.32 | 1,670.54 | 52.04 | 11.28 | 47.69 | 1,988.87 |
| Argentina | 45.65 | 570.70 | 5.02 | 2.68 | 3.32 | 627.37 |
| Brasil | 26.33 | 429.33 | 3.61 | 1.23 | 5.43 | 465.93 |
| México | 52.50 | 353.16 | 12.31 | 2.32 | 7.90 | 428.19 |

* Datos de los países extranjeros proporcionados por las correspondientes Embajadas en México.

Datos nacionales obtenidos de la publicación *El mercado de valores*.

Los datos de la tabla anterior son algunos indicadores, a pesar de lo alcanzado, del verdadero nivel industrial en que se encuentra nuestro país al cual ya hicimos referencia al principio de esta expo-

sición y apoyan nuestra negativa a aceptar que nuestra economía esté a punto de ocupar lugar dentro de las industrializadas y que, por tanto, tenemos la condición para dejar de ser un país subdesarrollado muy en breve. Adicionalmente y respecto a esto último, las diferencias entre el ingreso *per capita* mexicano y los correspondientes a Japón y Austria, así como a Brasil y Argentina que se señalan a continuación, revelan, aunque sólo en cierta forma, la magnitud de nuestro subdesarrollo, lo que hemos alcanzado en el ámbito regional latinoamericano y lo que nos falta por alcanzar frente a países desarrollados de nivel medio y bajo.

Para el año 1963, de acuerdo con datos del Fondo Monetario Internacional y de las Naciones Unidas, los ingresos anuales por habitante en dólares de los Estados Unidos, fueron los siguientes: Austria, 818; Japón, 508; Argentina, 352; Brasil, 172, y México, 362. Desafortunadamente no fue posible obtener estos datos en términos reales, lo cual hubiera sido de especial importancia en los casos de Brasil y Argentina y hubieran dado mayor ventaja a la situación de México respecto a ellos.

Pero terminemos esta digresión y regresemos al análisis del desarrollo general de la industria mexicana que ya habíamos iniciado.

El desarrollo industrial general de México

LA industria mexicana, en su conjunto, ha registrado un muy importante avance cuantitativo y cualitativo en los últimos 25 años, produciendo, a su vez, cambios estructurales en el Producto Nacional del país.

Este crecimiento cuantitativo y los cambios estructurales dentro del producto nacional bruto quedan demostrados si tomamos en cuenta que el índice del volumen de la producción industrial, elaborado con base en el año de 1930, pasó de 142.5 en 1940 a 469.3 en 1960, registrando una tasa de crecimiento promedio anual del 6% y que la participación de la industria en el Producto Nacional Bruto evolucionó del 31.9% al 32.6%; aunque debe advertirse que los sectores de las manufacturas, petróleo y electricidad, experimentaron un aumento superior en su participación al pasar en conjunto, del 19.8% en 1940 a 23.8% en 1960.

Por lo que respecta al período 1959-1963, el índice del volumen de la producción industrial, calculado sobre la base del año 1950, evolucionó de 182.0 a 235.0 y, en 1964, mostró un crecimiento sorprendente que lo llevó a 266.0. Sin embargo, si este índice general evolucionó en tal forma, es muy importante señalar que el corres-

pondiente al sector de las manufacturas experimentó un crecimiento superior al pasar de 187.3 en 1959 a 244.2 en 1963 y a 278.8 en 1964. El valor total de la producción de manufacturas, a precios de 1950, alcanzó, en 1963, la cifra de 20,597 millones de pesos; o sea el 24.4% del Producto Nacional Bruto.

Además del crecimiento antes ilustrado, es importante destacar que el ritmo de aumento del producto manufacturero se ha venido incrementando desde 1940. Para ilustrar este fenómeno en un período más reciente, se puede señalar que, a precios de 1950, su valor ha experimentado las siguientes tasas de crecimiento: en 1959, 8.9%; en 1963, 9.2%; en 1964, 14.2%.

Por su parte, los cambios cualitativos experimentados en el desarrollo de la industria mexicana son aún más importantes y han sido los responsables principales de la evolución cuantitativa descrita. Sin embargo, estos cambios cualitativos no se han producido en forma ininterrumpida en el transcurso del avance industrial sino por épocas.

En efecto, cambios cualitativos fundamentales se efectuaron en el período 1937-1945 en el que se nacionaliza el petróleo, se inicia la participación del Estado en la industria eléctrica, se amplía el mercado con un importante apoyo a la Reforma Agraria y, por condiciones creadas por la Segunda Guerra Mundial, surgen nuevas ramas industriales en el país en el sector de la transformación. Después de este período, se puede decir que sólo existe otro en que se realizan cambios de este tipo en la industria, que es el que queda comprendido entre los años 1960 y 1964.

En este período se estataliza la industria eléctrica; se reorganizan en forma sumamente importante y trascendente las dependencias gubernamentales que intervienen en la regulación y fomento industrial y se les nutre de personal técnico; se fomenta y surge la industria fabricante de maquinaria y equipos y se reglamenta, en sentido nacionalista y promueve la petroquímica; se amplía en forma muy importante la planta industrial nacional, no sólo como un fenómeno extensivo sino con unidades industriales que producen el mayor avance que el país registra en la integración vertical de su industria y, finalmente, se inicia la programación del desarrollo industrial con diversos Decretos y Acuerdos gubernamentales, así como un serio intento de fomentar la exportación de productos industriales y se establecen algunas medidas para atenuar los efectos negativos de la inversión extranjera directa en la industria que estriban en lograr una mayor cantidad de inversiones con capitales extranjeros y nacionales asociados.

En este período también se desarrolla, más que en ninguna época pasada, la fabricación de bienes de consumo durable como refrigeradores, lavadoras y todo género de aparatos eléctricos y electrónicos y se inicia la verdadera fabricación nacional de automóviles y camiones que sigue siendo, aún hoy, uno de los sucesos más importantes de los últimos 4 años en el ámbito industrial y cuya trascendencia en el futuro inmediato será muy considerable.

Algunas cifras oficiales sobre la producción de bienes de consumo duraderos pueden dar una idea del desarrollo actual de este sector: en 1964 se produjeron cerca de un millón de aparatos de radio, 190,000 aparatos de televisión; casi 100,000 refrigeradores y 72,000 automóviles y camiones. Es importante señalar que antes de 1960 las industrias fabricantes de estos productos sólo realizaban las etapas finales de fabricación o bien sólo un puro ensamble de componentes importados y que, ahora, la mayor parte de sus materiales y demás insumos son de origen nacional.

DEL repaso general que hemos hecho hasta aquí sobre el desarrollo y situación actual de la industria nacional se pueden extraer conclusiones muy optimistas sobre su pasado y futuro. Sin embargo, analizando este desenvolvimiento industrial dentro del marco de la economía general, debemos convenir en que los frutos que nos ha brindado como elemento eliminador de las características de subdesarrollo de nuestra economía son exiguos. A este respecto debemos tener presente que la población ocupada en la industria sigue representando casi el mismo porcentaje que en 1940; que la participación del producto industrial dentro del P.N.B. apenas se elevó en 0.7% entre 1940 y 1960 y que el sector de las manufacturas —el más importante y dinámico dentro del producto industrial— aumentó su participación dentro del P.N.B. en sólo 2.8% entre 1952 y 1963, valuado a precios de 1950. Estos hechos y otros más como el de que los salarios reales industriales promedio no se han incrementado prácticamente desde 1940, nos llevan a considerar que, si bien el crecimiento industrial ha sido y es un hecho, éste no ha sido suficiente y que lo que corresponde es acelerarlo, para lo cual se deben utilizar todos los medios de que se pueda disponer y no sólo de los que se dispone, con el fin de abatir los factores obstaculizantes que se oponen a ello y que existen en el panorama industrial actual del país.

De estos obstáculos nos ocuparemos en la segunda parte del presente trabajo.

LAS RELACIONES DE MÉXICO CON CENTRO AMÉRICA

Por *Fedro GUILLEN*

ECHAREMOS un vistazo sobre las relaciones de México con Centro América, a las que contingencias de un destino —ser hijo de un emigrado maderista— y haber llevado un hondo, arraigado anhelo de unidad en nuestros pueblos, nos han hecho colaborar en la amistad con el vecino Istmo, en viajes, libros, conferencias, artículos.

Lo anterior impone una mira de objetividad y cariño, si se desea entrar al campo de análisis libre de prejuicios, y de esa hojarasca del localismo a que somos tan dados. Veamos, pues.

Hablar de relaciones México-Centroamericanas supone un distinguido. Guatemala, caso aparte. Los otros países del Istmo, en general, han mantenido una equidistancia nacida de la naturaleza de sus regímenes políticos casi siempre militaristas o, de fijo, dictaduras con toda la barba. Salvo Costa Rica que ha podido mantener su pequeña República como islote de civilismo.

A Panamá no la consideran en la nómina oficial de Centro América. No está, por ejemplo, en la Organización de Estados Centroamericanos. Igual, en otras entidades. Por ello no aludimos al sitio donde Bolívar soñó alguna vez como centro de un mundo. Aunque bueno será decir que los anhelos de Panamá —la herida de su Canal— son compartidos por todo mexicano consciente de su deber americano y que todos esperamos ver la reivindicación de sus derechos escamoteados por Estados Unidos.

El islote costarricense, tan admirado, sucumbió a las tentaciones del llamado Ejército Interamericano que invadió República Dominicana en 1965 y los pocos gendarmes ticos fueron habituallados para el zafarrancho de combate, como se dice en lenguaje castrense. En mala hora. . .

Las anfractuosidades con Guatemala son cosa vieja. Tienen la ondulación de la Sierra Madre que nos atraviesa y las aristas de los plurales volcanes que se yerguen como alfilerero en nuestra vecina, sacudida tres veces por terremotos que casi no han dejado piedra sobre piedra.

Esas anfractuosidades las han producido las mareas de la política y la historia. Otros factores podrían agregarse. A la primera corresponde la labor de tirarnos que, no sólo en Guatemala, se empeñaron en mantenernos a distancia, a veces aconsejados por conspícuos embajadores del país grande que maneja mejor sus negocios si estamos desunidos.

A la historia toca la discrepancia en torno a la Anexión de Chiapas a México, o en tiempos modernos a la disputa por Belice, a la que Guatemala ha puesto el mayor énfasis en recuperarlo totalmente desconociendo los derechos mexicanos. Aunque los beliceños parezcan inclinarse por su independencia de todos, lógica autodeterminación que merece la mayor simpatía.

Las relaciones con tiranos como Estrada Cabrera y Jorge Ubico —para hablar de este siglo— siempre fueron tensas hacia México. El primero llegó a poner tropas alrededor de la Legación de nuestro país y cuando el Ministro presentó su protesta el ladino dictador dijo que se trataba de medidas de protección.

(Lo mismo volvió a suceder, esta vez sin protesta de la Misión de México, en 1954, cuando se asilaron los principales funcionarios guatemaltecos a la caída del régimen del coronel Arbenz).

Con diplomáticos del pasado como Federico Gamboa, Estrada Cabrera tuvo incidentes públicos hasta provocar el retiro del novelista. Que concluyó su obra, *Santa*, bajo cielo guatemalense.

Con embajadores más recientes, como del Río Cañedo, Ubico terminó en pleito; tras haber sido compañero, nuestro diplomático, de las aparatosas jiras que realizaba en motocicleta el imitador de Mussolini.

Manuel Estrada Cabrera —"El señor Presidente" de la magistral novela de Asturias— mandó matar a Manuel Lisandro Barillas, en pleno centro de nuestra ciudad. La víctima había subido a la Primera Magistratura a la muerte en Chalchuapa de Justo Rufino Barrios, varón de ideas liberales.

Ubico gustaba caracterizarse por su antimexicanismo. Había vivido de niño entre nosotros acompañando a su padre y quién sabe qué hondura patética lo llevó a malquerer a México. Cuando fue jefe político de un Departamento cercano a la frontera, persiguió mexicanos. Parte de su gestión como Presidente coincidió con la del general Lázaro Cárdenas y era natural que contemplara los pasos revolucionarios con prevención, poniendo en la orilla fronteriza un cordón sanitario.

A un grupo de universitarios presos por constituir una asociación cultural los amonestó el tirano invocando el nombre del Lic. Lombardo Toledano —cuya fama de líder obrerista estaba ascen-

diendo como supuesto director de conciencias, a distancia. Después, jóvenes fusilados por supuestamente sediciosos se les colgó el milagro de *comunistas*, cuando empezaba por el ancho mundo la funesta cacería de brujas y el morbo, claro, según la conseja chapina, llegaba de México.

Centroamérica de entonces

EL Istmo de Morazán y de Sandino padecía a la sazón tiranos en competencia. Jorge Ubico en Guatemala, Maximiliano H. Martínez, en El Salvador; Tiburcio Carías Andino, en Honduras y, Anastasio Somoza, en Nicaragua. Cuatro figuras como para la lente siquiátrica, distintos entre sí, incluso con escasas simpatías entre uno y otro, unidos por la fama bárbara de pisotear a sus pueblos.

Ubico y Carías eran notoriamente fríos, individualistas. Somoza, padre, populachero, simpático, anecdótico. Martínez, tocayo del dicente emperador de México, la pasaba de ocultista sin título y vegetariano como un yogui. Solía dar conferencias con citas de Madame Blabatzky y Annie Bessant, la viajera de India. A los pocos meses, sin embargo, de su sala de orientalismo salió la orden de asesinar a miles de campesinos en clásica "operación anticomunista".

Costa Rica se ha salvado de la plaga bíblica por su formación social. Carece de masa indígena, no tiene ejército regular y pesa en el ánimo de la ciudadanía una tradición democrática.

Ha sido país de escritores, maestros, artistas. No por azar salió de San José durante cuarenta años la flama de *Repertorio americano*, del patriarca García Monge, que era director, jefe de redacción, corrector de pruebas y todo, dentro de su gabinete solitario. Un gran ciudadano y un modelo de publicista.

Cuando en el resto del Istmo los presidentes se hacían acompañar por cohortes románicas, sirenas anunciando su paso y demás signos fachendosos, en Costa Rica un ciclista atropelló en la vía pública al Jefe de Estado y ambos fueron a declarar a la comisaría.

Por algo se hablaba de la "Suiza de América", en tiempos remotos, románticos, endulzados por un europeísmo que trajo antes influencias de toda índole y cuando al mismo nivel lírico se señalaba a Colombia como la "Atenas" . . . ¡Cuánta agua ha pasado bajo los puentes! Ahora hemos visto hasta sacerdotes dejar la sotana y tomar el atuendo de guerrilleros.

Dentro de la gama de simpatías populares hacia México seguramente El Salvador se lleva las palmas. Acaso por oposición a Guatemala, con la que mantiene constante rivalidad o por afinidades de carácter, de idiosincrasia hacia nosotros. El viajero que haya

pasado por aquellas tierras tremantes puede dar fe. Tenemos personal experiencia del trato amigable, desde el Visa de Aduanas al advertir con síntomas de cordialidad el águila estampada en el pasaporte.

En los buenos tiempos de Vasconcelos, cuando inició una peregrinación para reunir fondos para la revista *Antorcha*, en El Salvador un rico cafetalero contrató dos conferencias al viajero y le pagó con una cartera que contenía mil dólares. El dato figura en la autobiografía del escritor y consignarlo es revelar la simpatía suscitada por el Guía de entonces y su labor mexicanista y americana.

Creemos que Honduras no mantiene alegato alguno contra México. Antes bien, hombres ilustres de allá han convivido con nosotros. Turcios, uno de los voceros de Sandino, halló en tierra mexicana eco a sus mensajes. Y si remontáramos el hilo de la historia daríamos con el sabio José Cecilio del Valle, hondureño, que en la etapa de nuestra Unidad —dieciocho meses— figuró destacadamente en la vida pública de Anáhuac.

El pueblo de Nicaragua ha de recordar en el futuro la hospitalidad y comprensión que tuvimos hacia Augusto César Sandino, el mayor héroe centroamericano de los lustros que corren. Igualmente dio asilo a presidentes depuestos —recordamos al Dr. Leonardo Arguello, o al Dr. Madriz, cuyos restos fueron devueltos a su patria, solemnemente, en 1965.

Un poco de historia

LA influencia cultural y política de México hacia Centro América se ha ido filtrando a través del flujo de hombres de allá llegados por destierros políticos; por interés en nuestros cambios sociales; por estudios superiores en nuestros institutos y facultades o en la búsqueda de un medio mayor que ha movido y sigue moviendo a infinidad de estudiantes, escritores, artistas, políticos o, en tiempos modernos, todo un río ancho de turismo.

Emigrados de regímenes de la primera quincena del siglo se encontraron con otros del año '30 en adelante. Algunos de los últimos echaron unas bombas "Molotov" sobre muros diplomáticos, en México, cuando Guatemala y El Salvador se apresuraron a reconocer a Franco, en tiempos en que la ola nazifascista parecía alzarse para envolver al mundo. Los muchachos fueron a dar con sus quimeras republicanas a la cárcel y ahí los visitamos.

Médicos, abogados de universidades mexicanas han formado el pie veterano del bloque de simpatía hacia acá. Intelectuales for-

mados en nuestro medio, algunos de ellos inquilinos para siempre del Valle, hecho de ósmosis social que debe ser visto con simpatía y no con púas de provincialismo.

Una lista larga y selecta debería encabzarse con nombres como Enrique Martínez Sobral, Vicente Sáenz, Carlos Mérida, Luis Cardoza y Aragón, Rafael Heliodoro Valle, Alfredo Cardona Peña, etc., hasta llegar a la pléyade de escritores que conviven con nosotros desde la caída de la Revolución Guatemalteca en 1954.

A influencias culturales —la plástica, sobre todo, a veces la poesía y en el orden popular la música— México aleccionó, además, a jóvenes que compartieron la Era Cardenista. Movimientos posteriores de El Salvador y Guatemala, contra dictaduras que hemos mencionado, tuvieron alguna inspiración mexicana en medidas legislativas, obreras, agrarias. Sobre todo en la Guatemala de Arévalo y Arbenz. Técnicos mexicanos asesoraron los pasos de allá y algo de eso nos tocó presenciar desde un escritorio diplomático que no nos vedaba asomarnos a la calle para olfatear los pasos de la Revolución.

La influencia cultural ha aumentado con el envío de libros, revistas a Centro América, carente, en general, de grandes editoriales. Aunque los sismos de la política impidan muchas veces, Suchiate abajo, el paso de los embajadores de papel.

Los más jóvenes, sobre todo, mantienen interés y conocimiento de lo que acá sucede. Leen a los novelistas, discuten nuestros avances y retrocesos, censuran la indiferencia mexicana hacia la política en una zona —Centro América— donde ella, la diosa política, es pan de cada día.

Los altibajos políticos de allá son conocidos. Son, lamentablemente, casi endémicos como la malaria. En Guatemala salvo los 10 años de revolución y de uno que otro régimen semidemocrático en los otros países del Istmo, hay una marca de distancia hacia México acentuada por regímenes exageradamente pro yankis, como el de Castillo Armas o casi increíbles como el del folklórico Ydígoras Fuentes, que provocó la ruptura de relaciones diplomáticas con su hazaña de mandar asesinar a indefensos camaroneros mexicanos.

En la Carta Política que lanzó el ex Presidente Arévalo, al aceptar su nueva candidatura —México, 1964— se lee lo siguiente:

"De los grandes países latinoamericanos, es México la república con la cual Guatemala guarda mayor afinidad por razones étnicas, económicas, políticas, culturales y de conquista. Cuando el arevalismo gobernó Guatemala no hubo fronteras entre las dos naciones, como tampoco las hubo con El Salvador. Las fronteras

con Honduras estuvieron cerradas mientras gobernaron el dictador Tiburcio Carías Andino y el abogado de la United Fruit Company, Juan Manuel Gálvez. . . .”

A lo anterior, el periodista Clemente Marroquín Rojas, director de *La Hora* y conocido por su antimexicanismo, comentó:

“Aquí viene el mero cuento. Juan José Arévalo, señores guatemaltecos todos, olvida de México los ingratos recuerdos de Chiapas, de Soconusco, de Lacandón, del Distrito de San Antonio y de sus pretensiones sobre Belice. Eso nada nos debe extrañar en don Juan José, porque fue el arevalismo el que aceptó tácitamente la reserva de México sobre dicho territorio, en la Habana y el que después estuvo a punto de poner bajo el control de PEMEX el imaginario petróleo del Petén. . . .”

¡Para muestra, en verdad, basta un botón!

Nuestras culpas

MÉXICO se ha preocupado poco por clarificar históricamente la Anexión de Chiapas, piedra miliar de las discrepancias guatemaltecas. En nuestro propio Estado —Chiapas— en vano hemos propuesto a sucesivos gobiernos la edición de un trabajo de nuestro padre en torno a la Anexión. Y cuando algún historiador sugirió un congreso con hombres de las dos orillas, para enjuiciar insobornablemente la verdad de los hechos, la propuesta cayó en el vacío.

Pensamos que lo mismo ha sucedido con los otros problemas, incluyendo Belice. No ha habido divulgación de los alegatos de México, uno o dos libros al respecto yacen en bibliotecas de especialistas de Derecho Internacional, y la acusación de Guatemala de que alguna vez declinamos hacer valer nuestros derechos, debe ser tomada en cuenta.

En otro orden de acción, la diplomacia mexicana de antaño, tan respetada no sólo en Centro América, ha venido a menos. No sólo por la poca calidad de los Enviados, sino por su escaso interés en los problemas de allá y por la divulgación de nuestros oros culturales y artísticos que son, a la postre, inmejorables embajadores.

Alguna vez hemos reseñado en un libro* la importancia de diplomáticos mexicanos en la lucha contra dictaduras del Istmo. Con sólo proteger vidas de ciudadanos y mostrar arrojo ante las intervenciones, a veces descaradas, de los diplomáticos norteamericanos.

Escritores como Alfonso Cravioto, Antonio Médez Bolio, Efrén

* "Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución", *Cuadernos Americanos*, 1964.

Rebolledo, jurisconsultos como González Roa, revolucionarios como Eduardo Hay, Romeo Ortega, dieron lustre a la diplomacia mexicana en Centro América.

La Casa de México era vista con respeto y jamás se negaba asilo a ningún perseguido.

Es verdad que se dejaba entonces mayor libertad al Ministro o Embajador para actuar. Pero también lo es que el Servicio Exterior como Carrera, estereotipa al hombre, lo transforma en simple mundano y el desarraigo consiguiente provoca que uno encuentre a embajadores que no desean tener un retrato de Zapata en la Misión...

Otro grave problema que afrontamos en las relaciones con Centro América ha sido la falta de una política efectiva de acercamiento, emanada directamente de los Poderes Ejecutivos y secundada por la llamada gran prensa. La última —como pudimos ver en la visita del Presidente de México a Centro América, enero de este año— festina los móviles de la visita, habla de "conquista de mercados" y provoca, hasta con caricaturas dentro de la línea oficialista, la cólera y prevención de sectores del Istmo, donde todavía se oye hablar del "imperialismo mexicano" como en tiempos del general Filísola.

El mal cine, que nos acerca paradójicamente a sectores populares de América, nos distancia de otros donde hay un poco de buen gusto. Y a veces la afición por las truculencias de Jalisco y sus héroes protervos allega una influencia en modismos y vocablos, motes y canciones, pero, como reacción, una acerba censura de prensa y público que no concibe que se siga falseando la realidad mexicana con estampas anacrónicas y caricaturescas.

Cómo orientar nuestras relaciones

EN la actual etapa de regímenes militaristas en Centro América nos parece indelicado intentar acercamientos oficiales. Cuando allá se lucha por devolver al cauce a gobiernos apoyados por Estados Unidos y por sectores capitalistas y clericales.

La política de acercamiento debería intensificarse culturalmente y con base en enviados diplomáticos idóneos. Las Misiones de México tienen Agregados Culturales en Europa y no en Centro América. Ello lo dice todo.

Limar las asperezas históricas con Guatemala será obra del tiempo y de generaciones futuras. Cuando la verdad se imponga tanto en querellas del pasado, como en las relaciones del presente.

Juzgamos que México obra de buena fe hacia Centro América, pero que tropieza con enemigos locales, allá, e internacionales conocidos en el mundo por su doctrina barbarizada en República Dominicana y en Vietnam. Para hablar sólo de hechos contemporáneos.

Gobiernos civiles y progresistas en el Istmo estrecharán relaciones con México, como sucedió con los regímenes de Arévalo y de Arbenz, en Guatemala. ¿Tardará mucho para que ellos retornen a Centro América, esa laya de presidentes, dentro de todos los matices pero apuntando hacia la redención de las mayorías...?

Difícil duda, México, que quiere ser amigo de todos los pueblos de la tierra, pero especialmente de sus vecinos y compañeros de jornadas históricas del pasado, desea que pronto Centro América halle un mejor camino y él nos acerque a una franca amistad, indisoluble dentro del respeto a lo ajeno que proclamó el varón de Guelatao.

LA MODALIDAD RUMANA DEL SOCIALISMO

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

DESPUÉS del XXII Congreso del Partido Comunista Soviético, la tesis de la dirección suprema del movimiento comunista mundial a cargo de los rusos, comienza a encontrar una cierta resistencia de parte de otros países y partidos alineados hasta entonces a lo largo de las posiciones marcadas por Moscú. Es un acontecimiento de una importancia capital dentro del conjunto del proceso revolucionario iniciado en 1917 con la Gran Revolución de Octubre. Iba a afectar considerablemente no sólo el movimiento estrictamente comunista, sino a la totalidad de la izquierda mundial.

Había sido precisamente la conquista del poder por el proletariado, conducido a la victoria por Lenin en un país cuya madurez para el socialismo era disputada consecuentemente por algunos de los mejores pensadores marxistas, la que había dado a la U. R. S. S. por el espacio de cuatro décadas una incuestionable autoridad de Estado socialista guía.

Dicha autoridad recibe un primer golpe con el asalto a "la era staliniana", comenzado en el XX Congreso y llevado adelante con una mayor impetuosidad en el XXII Congreso, al cual asistí.

Desde la tribuna de la prensa pude observar la sorpresa primero, el desagrado después con que algunos de los delegados Internacionales oían a Khrushchev volver a hacer de la crítica y la condenación de Stalin el tema central de su intervención. El desacuerdo chino sobre ese punto se manifestó entonces de una manera espectacular al depositar Chou En-lai una corona ante la tumba de Stalin igual a la dedicada a la memoria de Lenin. Pero, en una forma menos apercibida ciertos titubeos en el aplauso de parte de algunos de los representantes más destacados de los partidos extranjeros, eran ya como un signo anticipador de una crisis de confianza en la dirección rusa que al demoler implacable y apasionadamente a un jefe tan fervorosamente exaltado en un pasado todavía reciente, introducía en el conjunto del movimiento mundial un elemento de inseguridad y de duda difícil de eliminar.

Un año después del XXII Congreso no eran ya sólo China y Albania quienes tomaban sus distancias respecto de la U.R.S.S. En un plano distinto, sin llevar su afirmación de independencia de Moscú al terreno de la controversia ideológica, consiguiendo mantenerse igualmente amigo de los rusos que de los chinos, un país que generalmente apenas suscitaba la curiosidad de los comentaristas de asuntos internacionales, Rumania, atraía de pronto una atención creciente al elegir su propio camino de progreso y de consolidación de sus esfuerzos para construir una nueva sociedad.

Era la modalidad rumana del socialismo cuyo interés para el trabajo que habíamos comenzado, destinado a describir en sus grandes rasgos la marcha ascendente del proletariado, con todos sus avances, y sus retrocesos, quien nos llevó a dos visitas sucesivas al único país socialista de Europa latino, y por consiguiente tan cercano a España y a la América de habla española.

Vamos aquí a resumir nuestras impresiones directas. Como es sabido, Rumania era de siempre un país agrícola. Durante mucho tiempo nada más que eso. En la distribución de funciones que algunos dirigentes soviéticos hubiesen deseado ver adjudicadas a los distintos Estados de un régimen político y económico similar, Rumania era principalmente concebida como una suministradora de productos del campo. No se la veía industrializándose rápidamente.

Pero, Rumania poseía petróleo y materias primas que aguardaban únicamente una planificación adecuada. Tenía un equipo de técnicos formados desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Imaginación e iniciativa. Una mezcla afortunada de ideología marxista y de genio latino. En una palabra, difícilmente podía aguardarse de ella que se resignase a ser predominantemente el granero y el pastor del Este, estrangulando sus otras posibilidades en un horizonte de actividades más vasto.

Leal al sentimiento de la solidaridad socialista y del internacionalismo proletario, Rumania estimó que ambos eran compatibles con la dedicación a los intereses de la nación rumana. Y supo hacerse finalmente respetar en su determinación de seguir la ruta escogida.

La agricultura no fue en ningún modo descuidada. Ya en mi primera visita pude comprobar que la adhesión del campesino —en todos sitios el más difícil de ganar para una política de colectivización— no era artificial, o una actitud recomendada o impuesta frente a un extranjero. Respondía a la contribución del gobierno rumano al bienestar de la población del campo, y, como parte de ello, el haber puesto a su servicio los utensilios, los abonos, y los expertos agrónomos necesitados para sacar de la tierra el mayor

beneficio posible a través de una agricultura modernizada y mecanizada.

En una cooperativa agrícola a unos cuantos kilómetros de la frontera tuve mi primer contacto con el campesino rumano. Una parte de su superficie bastante extensa para una cooperativa de tipo medio, estaba dedicada al cultivo de la uva. Es conocida la calidad del vino rumano que constituye un renglón considerable en las exportaciones.

Más tarde iba a visitar la granja experimental "Statiunea Experimentală Viticolă Valea Calugărească", para el cultivo de la uva y su mejora, de una automatización muy desarrollada, fundada hace quince años, pero que últimamente está trabajando con tal éxito, que ha duplicado la producción por hectárea.

El resto de la producción de la primera cooperativa visitada, maíz, arroz, remolacha, avicultura. De lo último en un año habían pasado de 5,000 gallinas a 25,000. Pero, las cifras aunque importantes, no dan idea del ambiente de la cooperativa, del estado de ánimo del campesino en Rumania. La inteligencia de los dirigentes del país se refleja en la forma con que saben atraerse al campesino. En mi segunda visita, recorriendo el interior, escuché en la radio del coche ayudado por un amigo que hablaba un español excelente, el discurso con que el Secretario General del Partido, Nicolae Ceaușescu, presentaba la nueva Constitución. Al campesino se le aseguraba no sólo una parte de propiedad privada, producto de su trabajo después de cumplir con sus obligaciones hacia la cooperativa, sino el derecho de herencia en beneficio de los suyos. Yo me detuve en el camino para cambiar impresiones sobre ello con campesinos que no estaban preparados para nuestra visita. Nos hallábamos en una región donde se habla abundantemente el alemán y pude entenderme directamente con ellos. Estaban encantados con la innovación respecto al derecho de herencia.

Las cooperativas agrícolas de producción se han revelado la forma más adecuada de organización del trabajo unido del campesinado, del desarrollo de la agricultura sobre bases socialistas y del aumento continuado de la producción.

En otra de las cooperativas visitadas, la "Cooperativa I. Lenin", en la aldea de Herman, cerca de Brasov, tuvimos como guía a su presidente, Girceag Ion, un campesino con el que discutimos a fondo el pasado, el presente y el porvenir de la agricultura rumana. Durante el recorrido de las tierras, luego en una comida extraordinariamente simpática, en la que se brindó por la liberación de España, yo no me cansé de tomar notas de lo oído de él y de sus consejos técnicos.

Fue una verdadera lección sobre Reforma Agraria. Las fallas de otras Reformas Agrarias emprendidas en otros sitios, lamentablemente débiles como en España, de 1931 a 1936, al advenimiento de la República, o inicialmente, en otras partes, valerosas y revolucionarias, pero sin continuidad en el curso de los años, aparecían aquí a través del contraste de los métodos seguidos.

El éxito de la cooperativa agrícola se debe principalmente a que la Reforma Agraria no se limitó en Rumania bajo el nuevo régimen a la expropiación de la tierra de manos de los grandes terratenientes que representaban "la explotación del hombre por el hombre" para citar las palabras del presidente de la "I. Lenin". "Si hoy somos mucho más ricos y hemos alcanzado un relativamente elevado nivel técnico —continuó diciéndonos Girceag Ion— es porque se nos ha facilitado por parte del gobierno socialista, no sólo la tierra, sino los medios de trabajarla con un resultado positivo". La cooperativa había comenzado con 44 familias, que representaban el 6 por ciento de las familias de Herman, y 180 hectáreas que representaban el 7 por ciento. Toda la fortuna ascendía entonces a 109,000 lei. Actualmente la cooperativa reúne a 738 familias, la superficie cultivada se extiende a 2,600 hectáreas y la fortuna colectiva es de más de diez millones de lei.

Setenta por ciento de mecanización en los cultivos alimenticios. Doce tractores. Ayuda de cuadros especializados. Ingenieros agrónomos. Un ingeniero ganadero, veterinarios. Planificación rigurosa. Resultado: En el cultivo principal de esta cooperativa, el trigo, producción media por hectárea, tres mil kilos, frente a 1,200 cuando se producía individualmente. Remolacha, veinticinco mil kilos por hectárea, frente a 9,000, a 12,000, máximo, cuando se trabajaba individualmente. Patata, veintidós mil kilos por hectárea, frente a 14,000 cuando se cultivaba individualmente.

En su informe sobre las Directivas del IX Congreso del Partido Comunista Rumano, que acababa de celebrarse, el primer Ministro, Georghe Maurer, había fijado el crecimiento de la producción agrícola en un 20 por ciento, dentro del nuevo plan quinquenal. Para 1970, la agricultura recibirá más de 1.1 millones de toneladas de abonos químicos, y tendrá a su servicio más de 26,000 especialistas con preparación superior, y 63,000 especialistas con preparación media.

Así no es ninguna fantasía, ni juego oficial con las cifras, prever para 1970 una agricultura veinte por ciento superior a la del momento de iniciarse el nuevo plan.

Todo se dirige hacia un desarrollo de la base técnico material de la agricultura. A los fondos propios de las cooperativas agrícolas

de producción, el Estado añade sumas por valor de 35,000 millones de lei, es decir 1.6 veces más que en el quinquenio precedente.

Gran importancia es concedida a la extensión de la superficie de regadío utilizando en su capacidad máxima los ríos interiores. La cuestión de la utilización de todo lo que el área nacional dé de sí, es, en el ejemplo rumano, una lección para ser aprendida por los países en vías de desarrollo. Algunos de ellos han preferido la solución aparentemente más fácil de vivir de prestado. Pedir a los Estados financieramente fuertes, o a las grandes compañías extranjeras el dinero necesario para ir tirando, en vez de buscar la salida a sus dificultades económicas en una planificación que en la segunda mitad del siglo XX, para ser eficaz, ha de orientarse en un sentido socialista.

Para 1970, habrá empleados en la agricultura más de 115,000 tractores, 47,000 cosechadoras combinadas para gramíneas, y un gran número de otras máquinas de lo más moderno existente en la materia. Y la mecanización será rigurosamente extendida a las zonas montañosas.

La segunda visita a Rumania la convertí en un amplio reportaje llevado a cabo sobre el lugar y a lo largo de las directivas del mencionado IX Congreso. Habían sido presentadas en un sólido informe por el sucesor de Gheorghe Gheorghiu-Dej el poderoso dirigente muerto, Nicolae Ceausescu. Unas concernientes al ritmo del desarrollo de la economía nacional en el período 1966-1970; otras estableciendo la valoración de las fuerzas energéticas y la electrificación del país en el período 1966-1975.

Tomadas en su conjunto permitían enfrentarse con el problema, decisivo para los países en vías de desarrollo, de cómo crear una base propia de construcción, que, aun aprovechando todas las posibilidades ofrecidas por las relaciones entre países socialistas y con el mundo en general, no hiciesen el avance de la economía nacional enteramente dependiente de la benevolencia del exterior. En el caso preciso de Rumania, no depender de la aprobación o del desacuerdo de las potencias mayores. Ni tampoco esencialmente de su ayuda. Marchar por su propio pie.

Hemos dado nuestras impresiones sobre el estado y las perspectivas de la agricultura. Agricultura, industria, comercio exterior, turismo se combinan y completan en el ánimo de los gobernantes y los planificadores rumanos con un criterio realista y fueron expuestas en las conversaciones que tuve con unos y otros, sin arrogancia pero con una segura confianza en la realización de los planes.

Tratándose de un país originalmente agrícola es naturalmente el empuje dado en el dominio industrial lo que completando el auge

del campo le impresiona a uno más. Justifica la anticipación de una Rumania en vías de convertirse rápidamente en una de las naciones, en relación con el volumen de su población, más prósperas de Europa.

El progreso es ya de talla si se mira hacia atrás, a la época en que una barriada extensa de Bucarest, no alejada del centro y en la que hoy se alzan edificios modernos de alojamiento y oficinas de servicios técnicos avanzados, era popularmente llamada "el agujero de los gitanos".

Una arquitectura, por lo demás, al nivel de la de cualquier otra nación que se envanezca de haber introducido un urbanismo sin extravagancias, pero moderno y encajado en el ambiente de cada localidad. Con la bella Bucarest conservando sus rasgos típicos y los centros de turismo como Mamaia, Sinaia y Brasov extendiendo y ampliando sus hoteles, y construyendo otros nuevos, ya que cada año el turismo internacional aumenta, seducido por la variedad de atracciones, los monasterios de Moldavia, el Danubio, la Delta de los Pájaros, los Cárpatos.

El turismo va ligado al desarrollo industrial, y no es sólo el turismo extranjero facilitado hasta el punto de que si alguien llega de París, Londres o Nueva York, a un aeródromo o a un lugar de frontera sin visado rumano, le es concedido en el acto, sino el turismo interior, nueva prueba por su extensión, por la forma en que va vestida la gente, por los sitios de recreo en que se les encuentra de que el rumano es hoy bien vestido y bien comido.

- Respecto a lo último, el director de la gran presa construida sobre el río Arges, Stefan Nicolae, nos decía, sonriendo: "Hace diez años el problema en nuestro país era comer; hoy es adelgazar".

La gran presa en cuestión, la Hidrocentrala "Gheorghe Gheorghiu-Dej" estaba cuando la vimos, en 1965, muy adelantada. Subimos a su lugar más alto, acompañados de un ingeniero de 24 años, Vlad Mihai, con quien hablamos de su carrera, de la formación profesional de una juventud llena de deseo de dominar la técnica más moderna, de sus ambiciones personales. Podía ahorrar de su sueldo 1,000 lei al mes y tenía sus ojos puestos en un coche. El pequeño Fiat, muy popular en Rumania, cuesta 33,000 lei. En treinta y tres meses, hecho.

De momento esta presa, con sus labores básicas comenzadas en 1961 y cuya construcción final iba a ser llevada a cabo en poco más de cinco años, era la más grande de Rumania, emplazada en un paisaje espléndido de río y montaña, y presentando problemas técnicos cuya solución había puesto a prueba la capacidad de la dirección y de los 107 ingenieros al frente de 8,500 obreros, de los

cuales saldrían también especialistas graduados gracias a las clases nocturnas. Pero, con ser una central hidroeléctrica de considerable rendimiento, según nos explicaron sobre los planos y gráficos, constituirá pronto una más al lado de las que se proyectan sobre el mismo río Arges y en los ríos Lotru, Sebes, Somes, Siret y Olt, todas ellas orientadas sobre los principios modernos de concentración de los caudales y caídas de agua en un número reducido de usinas hidroeléctricas de gran potencia y elevadas producciones de energía, con sus ventajas económicas evidentes.

La importancia concedida por la dirección rumana al desarrollo de la energética, ha justificado el que haya sido añadido al plan quinquenal para el conjunto de la economía, un plan decenal especial que se extiende de 1966 a 1975, y que deberá resolver el problema de suministrar a una producción moderna, cimentada sobre el equilibrio entre la industria y la agricultura, la posibilidad de continuar su curva ascendente sin tropiezos mayores.

No entra en la manera de ser de los dirigentes rumanos, el descansar sobre las realizaciones logradas, poniendo únicamente el énfasis en los éxitos y silenciando los errores y tropiezos inevitables en una renovación nacional de tales dimensiones. En el mencionado informe de Nicolae Ceausescu, se habla de la necesidad de superar el atraso de la industria electrotécnica, marcándola un ritmo de corrección a base de un aumento de su producción de un 16 por ciento en el futuro.

A resolver ese problema y otros está encaminado el plan decenal para el desarrollo de la energética, cuyos objetivos concretos son:

Intensificar los esfuerzos para descubrir nuevas reservas de combustible y aumentar la eficacia económica de los trabajos de investigación geológica.

Aumentar la producción de energía primaria, teniendo en cuenta la situación de las reservas geológicas, para satisfacer con recursos internos en la mayor medida de lo posible las demandas de energía exigidas por el desarrollo incesante de la economía nacional.

Extender la valoración en elevada proporción de los recursos hidroenergéticos del Danubio, en colaboración con los países ribereños vecinos.

Comenzar a utilizar la energía nuclear para producir energía eléctrica y térmica.

Extender la electrificación. Extender la termificación industrial y urbana, valorando al máximo las instalaciones existentes.

Asegurar el nivel técnico más elevado posible por todas partes en la explotación de las instalaciones energéticas, preparando cuadros de obreros, técnicos e ingenieros altamente cualificados.

La extracción del carbón se acrecentará muchísimo en los próximos diez años.

El incremento de la producción de energía eléctrica y el desarrollo de las redes de transporte y distribución contribuirán poderosamente al proceso de electrificación rural. Es la revolución técnica completa en el campo dando un contenido real a la Reforma Agraria y sacando plenamente la lección de lo ocurrido con la Reforma Agraria en otros países.

En cifras el plan decenal para el desarrollo de la energética se expresa así, conforme a los cálculos de sus autores: para poder asegurar la producción establecida —32,34 mil millones de kwh. en 1970 y 55-60 mil millones de kwh. en 1975— en las centrales eléctricas se instalarán unos 4,000 mw. en el período 1966-1970 y aproximadamente 6,000 mw. en los años 1971-1975. La nueva potencia instalada en las centrales eléctricas en los próximos diez años, ha de ser cuatro veces mayor que la potencia instalada en los diez años anteriores (1956-1965).

Teníamos en nuestro cuestionario la situación actual de las fábricas y conforme a nuestro propósito de ir completando la documentación que íbamos reuniendo en nuestras conversaciones con miembros del gobierno y expertos en las diversas ramas, con una visión directa, nos desplazamos a la "Usina Tractorul" de Brasov.

Se abría al mismo tiempo otra perspectiva, la del comercio exterior. Recorrimos la parte vieja y la parte nueva de la fábrica. Fundada en 1927 por un consorcio francés, para construir aviones, en los años treinta fue recuperada por el Estado rumano y transferida a una compañía nacional, que comenzó a producir aviones.

La aviación americana la castigó duramente en la guerra mundial, pero, su reconstrucción fue rápida. El campo tenía una gran necesidad de tractores y los aviones fueron olvidados. Uno de los ingenieros jefes nos muestra la fotografía del primer tractor salido de los talleres, en diciembre de 1947. Desde entonces más de 150,000.

Ahora se fabrica el U-650, con un motor de 35 caballos. Para los trabajos pesados, otro particularmente fuerte, el S-1300.

La producción anual de 1965, de 15,650, subirá a 27.000 en el curso del nuevo plan quinquenal.

No sólo la cantidad. La calidad. En la última Feria de Leipzig el tractor rumano obtuvo la medalla de oro. No es extraño,

pues, la acogida que tiene en el extranjero. El 35 por ciento de la producción de "Usina Tractorul", se reserva hoy a la exportación. Entre los clientes, las dos Alemanias, Francia, China, Hungría, Bulgaria, Iraq, Brasil, Birmania.

El comercio exterior aumenta de año en año. Durante nuestra primera visita, el ministro de Comercio Exterior, Gogu Radulescu —una impresión de fuerza y humor— nos habló del comercio con los americanos, Rumania tenía ya entonces relaciones comerciales y de pagos con treinta y dos países del mundo capitalista. Un tercio con los países capitalistas; dos tercios con los países socialistas.

Un buen conocedor, el ministro Radulescu, de los problemas y de los hombres. Me emocionó como habló de Enrico Mattei, "una gran pérdida", dijo. Yo compartía con él la admiración hacia el notable planificador y organizador italiano.

En conformidad con el proyecto de Directivas, al que nos hemos frecuentemente referido, el volumen de los intercambios comerciales exteriores aumentará en 1970 en más del 40 por ciento, en comparación con 1965.

Rumania está extendiendo cada año más sus relaciones económicas con todos los Estados, sobre la base de la independencia y soberanía nacionales, la igualdad de derechos, la ventaja recíproca y la no ingerencia en los asuntos internos. Por todas partes donde fuimos recibimos la confirmación de esa política. Incluso en la visita a la primera Exposición Internacional de Apicultura, reunida en el verano de 1965 en Bucarest. Debido a su excelente calidad, la miel rumana se exporta a quince países y yo escuché de labios de un viejo apicultor belga que asistía a la exposición: "Si sigue así este país, va a ser muy rico. Lo es ya".

Entre los artículos de exportación, los farmacéuticos y en destacado lugar la medicina de la doctora Ana Aslan, de renombre mundial, directora del Instituto Geriátrico de Bucarest y cuyas curas de reumatismo y circulación hacen que se la invite constantemente al extranjero. En los días que fuimos a verla, estaba a punto de partir para el Brasil.

Las exportaciones farmacéuticas se inscriben en el renglón de la petroquímica, que es a su vez y lo será en el futuro más, uno de los fuertes pilares de la economía rumana.

Un lugar especial es en efecto, acordado a la industria química en general. El corriente plan quinquenal la asigna un aumento de 2.3 veces mayor, a razón de un 18.5% anual, superando así, todas las otras ramas de la producción. Es colocar la industria química a la vanguardia de la economía nacional. Y transformarla

en un elemento clave en la edificación del socialismo, garantizándole una base técnico material, capaz de hacer frente a las dificultades inherentes a la industrialización de un país anteriormente atrasado.

El énfasis es puesto en el desarrollo de la petroquímica, cuya producción se calcula que va a multiplicarse por cuatro, antes de finalizar el año de 1970. Rumania posee grandes reservas de valiosas materias primas, como el petróleo crudo y el gas natural, que sometidas a un proceso químico, dan los productos más variados, lo mismo para el consumo interno, que para la exportación.

De ahí el interés de nuestra doble visita a Ploiesti, el centro de la industria petrolera. La segunda excursión en la que nos acompañaba el jefe de la Sección de documentación del Ministerio, un veterano de las Brigadas Internacionales, Basil Serban. Su jefe, el entonces ministro de Química, Mihail Florescu, había luchado también en España, no había olvidado nada el español, y la entrevista que me concedió fue para mí de un extraordinario valor informativo, precediendo mi viaje a la región petrolera.

Ploesti es el centro petrolero de Rumania. Trasciende de allí una sensación de dinamismo y fuerza, que nos recordaba Bakú, donde en 1961, el optimismo ruso desmentía la incertidumbre de otros países occidentales productores de petróleo, abrumados por las perspectivas de una disminución en los recursos naturales, o por inquietantes hundimientos en los beneficios y los precios, las compañías privadas viendo rivales amenazadoras por todas las esquinas.

En Ploiesti, como en Bakú, la nota dominante era una recia confianza en el futuro.

Estaba justificada aquí por la rapidez con que la última de sus instalaciones, la "Combinatul Petrochimic Ploiesti", que recorrimos bajo la guía experta del ingeniero Josif Andrici, había sido puesta en marcha sobre un antiguo de maíz. El lugar escogido era como un reto de la Rumania moderna a la Rumania económicamente primitiva de antaño.

Podía decirse ultramoderna, teniendo en cuenta el grado de automatización de esta fábrica tan jovencita, como nos decía Serban, pues llevaba sólo dos meses de haber sido inaugurada. "Los hombres desaparecidos", observa orgulloso el ingeniero, al mostrarnos cómo todo se reducía a un par de ellos en el centro de comando. El cerebro electrónico en funcionamiento seguro. En el peor de los tropiezos, defecciones de tres a cuatro segundos inmediatamente corregibles.

Viendo la maquinaria de procedencia tan diversa, uno se daba cuenta de cómo Rumania se halla hoy en condición de comprar lo mejor, un aparato de fabricación japonesa, un aparato de precisión suizo, cueste lo que cueste. "Esta fábrica es oro". "Son divisas en dólares que entran", observa otro ingeniero.

Es un círculo constante. Con lo que se percibe en moneda extranjera exportando, se importa.

La exportación más importante que sale de esta nueva fábrica, cuyos almacenes rebosaban de sacos con el rótulo "Made in Rumania", es la polietilena.

Su calidad, la primera en el plano internacional, es, se nos dice, ya hoy impecable. Muchos países quieren transformarla, pero pocos países como Rumania, además de ser capaces de transformarla, poseen la materia prima.

La polietilena reemplaza los metales no ferruginosos, que son muy caros. En cambio con ella la industria cosmética puede ser rebajada en su precio de producción y competir favorablemente con la de fuera.

Diversos nuevos productos petroquímicos a base de petróleo son ensayados en los laboratorios de la fábrica, donde químicos y químicas son un nuevo testimonio de la incorporación de la juventud a la técnica. "Es la realización de nuestro sistema socialista", comenta el ingeniero jefe.

Justamente por aquellos días el Comité Central del Partido y el Consejo de Ministros habían decidido la creación para el curso de 1966-1967, de una nueva Universidad, la Universidad Craiova, con una facultad para química, otra para matemáticas, otra de ciencias económicas, otra de agronomía, otra de filología. El estudio de lenguas extranjeras es sistemáticamente alentado. En Rumania se habla mucho francés, lo cual facilitó grandemente nuestra labor informativa, sobre todo en las discusiones en las que un intérprete puede fallar. El ruso, hace años, casi un idioma obligatorio, está cediendo terreno al inglés. La curiosidad intelectual es extraordinaria. Las librerías excelentes, bien surtidas de autores extranjeros.

Muy conscientes de que "hoy se vive en una época de grandes transformaciones revolucionarias, igualmente caracterizado por una revolución científica y técnica de una amplitud sin precedente", para citar a Nicolae Ceausescu en su Informe al IX Congreso, los dirigentes rumanos prestan una atención acrecentada al desarrollo y perfeccionamiento de la investigación científica y de la enseñanza en todos sus niveles. Grandes sumas son reservadas a la investigación científica. Más de siete mil millones de lei, previstos en el nuevo plan quinquenal. Hasta 1970, en los institutos de investigación

trabajarán más de 30,000 personas. Pero, esto supone la continua elevación del nivel de preparación de los nuevos investigadores, y, para servir al socialismo, el conjugar armoniosamente la investigación fundamental con la aplicada. El punto de arranque la escuela. Considerada en Rumania la principal fuente de cultura y factor de civilización, abarcará en el país en los próximos cinco años casi la cuarta parte de la población.

Era interesante comprobar cómo el tema de la cultura apasionaba a unos hombres que tenían a su cargo el producir más artículos derivados del petróleo. Fue un tema de conversación alrededor de la mesa de café, antes de dejar la fábrica para ir a visitar, por segunda vez la Refinería de Brazi, cuya capacidad actual de refinamiento es de 4 millones de toneladas, lo que representa un tercio de toda la producción nacional.

Al despedirnos de él y felicitarle, el ingeniero jefe nos informa de que para 1970 habrá tres fábricas más del mismo estilo.

El desarrollo de la petroquímica devuelve al circuito económico una gran cantidad de productos de excepcional utilidad para la agricultura, como pesticidas, bioestimulantes, drogas para la veterinaria, e incluso materias alimenticias. De ese modo, lo mismo que en otros órdenes de la producción, agricultura e industria no sólo no se estorban una a otra, sino que se completan con provecho de todos.

Ayudará igualmente al fomento del sector ganado. Se prevé que a fines de 1970 se llegue en el conjunto del país, a unos 5 millones de bovinos, a más de 6.5 millones de porcinos, a unos 13 millones de ovejas, de los cuales un 70 por ciento de lana fina y semifina.

País durante mucho tiempo indiferente a sus recursos naturales, vive hoy en una verdadera fiebre de investigación geológica. El nuevo plan quinquenal se señala a sí mismo para 1970 metas ambiciosas en lo que se refiere a los hidrocarburos, petróleos y gases. La explotación de los yacimientos de carbón beneficiará el aumento del presupuesto destinado a asegurar reservas industriales en una medida que excluya una interrupción del ritmo a que ha sido lanzada la economía rumana en general.

Otra rama mayor de la industria petroquímica, es la producción de fibras sintéticas. Una producción que no sólo reemplaza con éxito la lana, el algodón y la seda, sino que hace al mismo tiempo posible el perfeccionamiento en la calidad de una serie de artículos muy variados. Es una poderosa inyección dada a la industria textil.

La producción de plásticos y sintéticos va a aumentar considerablemente, de 90,000 toneladas al comienzo del nuevo plan a 200,000 toneladas calculadas para 1970.

Dado el porvenir que en Rumania tiene la petroquímica, no es sorprendente la cantidad de dinero que va a ser invertido en ella durante los próximos años. Los fondos previstos en las Directivas del IX Congreso suponen un aumento de un 45% de lo gastado durante el precedente plan quinquenal. Y no hay que olvidar el aspecto del mejor empleo de los recursos, resultado de la experiencia acumulada en los años de construcción socialista y del aprendizaje en la industrialización.

La eficacia económica de las inversiones ha crecido paralelamente al dominio de los planificadores de los problemas que plantea la necesidad de marchar de prisa pero sintiéndose bien seguro de cada pisada. Se refleja, entre otras cosas, en el progreso realizado en la concepción y el dibujo de las nuevas fábricas, suprimiendo todo gasto innecesario, introduciendo una distribución de funciones que asegura su rendimiento al máximo. El tiempo de construcción acortado. En la fábrica de ácido sulfúrico del combinado químico de Turmu-Magurele, con una capacidad de 200,000 toneladas al año, todo quedó terminado en el espacio de veinticuatro meses.

Un amplio programa de inversiones viene a resolver la cuestión clave de cómo financiar la determinación inquebrantable de los dirigentes de seguir adelante en el camino de la independencia económica y de la edificación del socialismo, sin temor de crisis de crecimiento que vengán a interrumpir la realización de planes de tal envergadura, como la habilitación de 750 objetivos industriales de 1966 a 1970. El desarrollo de la producción material, la utilización del potencial económico del país aseguran en el período del quinquenio un volumen de inversiones de fondos estatales de 250-260 mil millones de lei, lo que equivale al total de las inversiones en los últimos diez años. A fin de garantizar la mayor eficiencia económica de las inversiones, de atender a las necesidades de la industrialización y del progreso de la agricultura, pero también y en primer término, como corresponde a un país socialista, a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, los campesinos y la población en general, se multiplican las recomendaciones tendientes a promover una mayor productividad del trabajo, reducir el precio de costo y los gastos de circulación, administrar inteligente y severamente los medios materiales y el dinero que haya sido adjudicado a cada rama de la economía.

Que nadie tema al ir a Rumania encontrársela "desrumaniza-

da". Su progreso no lleva consigo el olvido de lo mejor del pasado. La arquitectura moldava, con su carácter inconfundible y distintivo del arte gótico y del arte bizantino, está ahí como una afirmación de la continuidad cultural, con sus edificios cuya grandeza no reside en la magnitud de las dimensiones, sino en su armonía y su gracia. Ahí están los monasterios que visitamos, con sus murallas pintadas al exterior al fresco, testimonio vivo de la imaginación y del sentido artístico de los artesanos y los campesinos de su época —los monasterios Humor, el primero pintado al exterior, año 1535, el de Moldavita, año 1537, Arbore, año 1541, Voronetz, 1547, el de Suchevisa, 1601— con sus temas del "Ultimo Juicio", "El Sitio de Constantinopla", "La Escalera de la Virtud", resistentes a cuatro siglos de lluvias, de nieves, y con sus colores, particularmente un azul delicioso, en algunos trozos como si hubiesen sido pintados ayer. Al cuidado de religiosas que nos obsequian con sus dulces conventuales y de monjes que nos elogian el comportamiento del gobierno rumano hacia ellos y la contribución oficial al buen mantenimiento de un tesoro artístico, único en su género en el mundo.

El haber creado una base propia para llevar adelante su programa de construcción socialista sin tener necesidad de preocuparse si sus iniciativas serán bien o mal vistas por otros, el independizarse económicamente permite a Rumania seguir también la línea que le marca sus convicciones en política exterior. Se ha visto, y comentado mucho, en las sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde Rumania votó en más de una ocasión, distinto de la Unión Soviética. Fue en la XX sesión de la Asamblea, la única del campo socialista, junto con Albania, en firmar la moción pidiendo la inclusión de la cuestión de China —representación en la ONU— en el orden del día y al llegar el momento del voto, el viceministro de Relaciones, Mircea Malitza, pronunció uno de los discursos mejores de todo el debate.

Con un equipo diplomático de primera calidad, Rumania se ha conquistado una posición de autoridad que emana justamente de esa independencia y libertad de movimientos a que nos referimos. Su actitud frente a la diferencia chino-soviética, la capacita como a pocos otros para poner un día, si la oportunidad se presentase, su amistad con todos los países socialistas, al servicio de un intento de superación de las dificultades presentes dentro del movimiento comunista mundial.

En los últimos días de la XX sesión de la Asamblea de las Naciones Unidas, Rumania obtuvo un éxito de resonancia, al ser aprobada por unanimidad una proposición suya encaminada a hacer

más estrechas las relaciones entre países europeos, de regímenes políticos y sociales diferentes, una manera de hacer frente indirectamente a los estragos causados en el dominio de la cooperación internacional y de la lucha por la paz, por la política de agresión de los Estados Unidos.

En Rumania se sabe valorar bien la importancia de los movimientos de liberación, y en el caso de España, encontramos una adhesión cordialísima a los esfuerzos del pueblo español en su lucha de tantos años .

Ultimamente la voz de Rumania volvió a hacerse oír, esta vez en Ginebra, con ese mismo tono de independencia que acabamos de señalar. Fue en la Comisión de los Dieciocho del Desarme, de la que forma parte México. Su delegado en la Comisión, el embajador rumano en Berna, Vassil Dumitresco, partiendo de la idea que la no diseminación de las armas nucleares, objeto principal de la presente reunión, no es sino un aspecto del desarme general y de la disminución de la actual tensión mundial, declaró: "Según nuestra convicción, el camino hacia el saneamiento de la situación internacional reclama la liquidación de las bases militares".

Para Rumania, insistió el embajador Dumitresco, debe de preceder a cualquier otra decisión de la Conferencia, una toma de posición inequívoca de las potencias atómicas comprometiéndose a no ser las primeras en utilizar armas nucleares. Recuérdese que al estallar su segunda bomba, China, que en cualquier momento hará estallar la tercera, hizo una declaración oficial en ese sentido.

En su intervención el delegado rumano manifestó que la primera condición para que un acuerdo sobre el desarme ofrezca una perspectiva de eficacia, es que se ajuste a los principios de derecho internacional. "La paz y la seguridad general —precisó— no serán sólidamente establecidas más que sobre el respeto estricto de la independencia y la soberanía de los Estados, sobre la igualdad de los derechos y sobre la no intervención". El jefe de la Delegación de los Estados Unidos, Foster, que le escuchaba, debía pensar en Vietnam y Santo Domingo. Nosotros pensábamos en la bomba caída en España de uno de los aviones del ejército norteamericano de ocupación.

Coexistencia pacífica, sí, viene a decir Rumania, pero sin ser explotada para llevar adelante impunemente la agresión. Es esta manera de enfocar y de practicar una política exterior socialista, sin hacerla depender necesariamente demasiado de los acomodamientos y los intereses de los Grandes, la que está dando a Rumania tal autoridad a lo que es llamado "el Tercer Mundo", con posibilidades muy interesantes para el futuro,

Aventura del Pensamiento

LOS NAUFRAGOS DE LA BALLENA

Por *Alvaro FERNÁNDEZ SUÁREZ*

SUPONGO que, en la mayoría de los países occidentales, habrá pasado más bien inadvertida la fractura moral —al modo de esas quiebras que dejan los terremotos— producida en el duro suelo de ciertos grupos del catolicismo —los llamados *integristas* y *tradicionalistas*—, por efecto de la proclamación del esquema sobre la libertad religiosa —y sobre la libertad, simplemente—, votado por el Concilio Vaticano II.

Supongo que habrá pasado inadvertida, ante todo, porque sólo un diez por ciento de los miembros del Concilio —como se recordará— votaron en contra del texto. Evidentemente, en los países donde los católicos son minoría, habrán sentido, por razones obvias, alivio y satisfacción; porque, principios aparte, no era para ellos cómodo el "privilegio" indeseado de gozar una libertad que algunos de sus correligionarios no concedían, en las mismas circunstancias, y que la doctrina vigente de la Iglesia católica no reconocía. En otras naciones donde el catolicismo, sea cual fuere el número de sus adictos, carece de influencia en el Estado o las libertades políticas constituyen un *status* indiscutido, las actitudes "integristas", siempre posibles, quedan relegadas al suburbio donde habitan ideas "sectarias", es decir, marginales. Y, verdaderamente, en cualquier sitio y circunstancia, para una mente liberal, y aun para cualquier mente no poseída por la pasión, parece impensable que existan gentes capaces de resistir y hasta de alzarse en rebeldía contra un principio tan obvio como el de la libertad religiosa.

Pues bien: por increíble que parezca, las decisiones conciliares han provocado, al menos en alguna sociedad católica, una reacción bastante parecida al cisma y aun a la herejía. Respuesta extrema en creyentes que hacían profesión de obediencia fanática a la autoridad eclesiástica (en particular, claro está, al Papa), pone de manifiesto la violencia del trauma que han sufrido por efecto de las decisiones conciliares. No es sólo que estas personas aludan, ahora, con sarcasmo y con desprecio, a sus obispos, y pongan motes agraviantes al Pontífice que, para ellos —se supone— es el Vicario de Cristo: algunos afirman que la Iglesia entera, aunque y

precisamente con todas las formalidades canónicas y por aplastante mayoría, y en concordancia todos sus órganos de poder, así como la muchedumbre de los fieles, se ha extraviado en la herejía. Así, evocan los primeros siglos, cuando la Iglesia misma —dicen—, y no una facción, estuvo prácticamente comida por la secta de Arrio. Pero, casualmente gracias a un obispo español, Osio, prelado de Córdoba, que había sufrido tormento por la fe en la persecución de Maximiano, la pureza del dogma se salvó en Nicea. Osio fue el presidente del Concilio niceano y su inspirador; Constantino fue el robusto brazo armado... No hay que decir que quienes así rememoran el pasado son integristas y tradicionalistas españoles, personas de carácter, sin duda, de una pieza, y dispuestos, al parecer, a esperar, enquistados en sus posiciones, unas cuantas centurias, si fuere preciso, hasta que otro Osio restablezca la ortodoxia.

Ciertamente que, en el aspecto formal, es decir, como proposición, no se discute, que nosotros —inexpertos— sepamos, ningún dogma del catolicismo, como las sutilezas sobre la naturaleza del Verbo no "consustancial con el Padre". Pero de alguna manera el pleito es más serio que un dogma formal (hoy esa suerte de enunciados ya no apasionan): lo que se ventila es un modo de sentir, de entender, de vivir todo el sistema, con los dogmas y lo demás, y otros intereses no religiosos, sociales y políticos.

Que la Iglesia haya concedido su carisma —como antaño a los reyes— a los principios liberales y democráticos es, para los tradicionalistas, una traición; pero que esos principios queden ahora asentados, como dice el texto conciliar, "*en la dignidad misma de la persona humana, tal como se conoce por la palabra revelada de Dios*", es peor aún: una blasfemia y una apostasía en que, por asombroso que parezca, ha incurrido la Iglesia. Una referencia a la libertad religiosa como práctica aconsejable en el mundo moderno les habría dejado impropicios, quizá airados, no consternados. Lo intolerable es que el Concilio haya invocado a Dios —nada menos— para fundamentar una doctrina filosófica y política infernal y aborrecida.

Alguien se preguntará si vale la pena de comprender unas reacciones de tan insensata apariencia. Pues claro que sí. En primer lugar —conviene no olvidarlo— nada del hombre nos es ajeno, y todos somos, en algo o alguna vez, "integristas" de lo que nos apasiona. Nadie camina por el mundo rodeado de luz porque ninguno de nosotros es el sol, y el mismo sol no entra en las cuevas ni en los sótanos. Por lo demás, estoy seguro de que un intento de esclarecimiento de estas posiciones extremas y de feroz vehemencia, nos será pagado en útiles perspectivas.

Ante todo, debemos tratar de representarnos el golpe recibido por gentes instaladas firmemente, como sobre una roca, en su doctrina religiosa y política, ésta derivada de la primera. Toda una filosofía, y —lo que es mucho más— todo un modo de vivir, de sentir, se han venido abajo bruscamente. No se trata, sólo, de una ruptura intelectual, es decir, de la quiebra de una creencia sino de una tremenda frustración afectiva. La Iglesia no era sólo la seguridad de estar en lo cierto sino la madre que les daba un calor reconfortante. Esa gente se durmió en el seno de su Madre y, al despertar, vio que tenía a su lado una fría serpiente.

Si venimos del plano afectivo profundo, al orden de la ideología política —y de los intereses, políticos, y otros—, esas personas se parecen a aquellos náufragos de historieta cómica que confundieron los lomos de una ballena dormida con una isla, y construyeron sobre ella una choza donde guarecerse. Ya se sabe lo que sucede cuando la ballena despierta y se pone en marcha por la inmensidad marina, sabe Dios hacia qué horizontes, por qué latitudes y en busca de qué borrascas e inimaginables países y aventuras. . . Una navegación muy peligrosa. Por ese rumbo se puede ir a cualquier lugar indeseado. La navegación misma, este ponerse de cara al futuro, ha de ser ya ingrato para quienes profesan una ideología, tan vital como se quiera, dirán ellos, tan llena de juventud, precisamente de juventud y de ánimo intrépido como, en cierto aspecto, pueda estar, pero, en fin, también convertida hacia atrás, hacia el pasado, con una fuerte nostalgia del pasado que es inmovilidad; una ideología muy alusiva a la tierra, no al mar, una ideología con gran sentimiento de raíces y amor a la estabilidad de las cosas, hasta las cosas materiales que uno toca y frecuenta con la mano y el corazón, y también, desde luego, a ciertas instituciones y viejas creencias. . . Una ideología que alude a una casa de fuertes muros construida en un valle apaciblemente joven y antiguo, hecha para uno mismo y para los nietos lejanos de la estirpe. No, en verdad, la navegación de altura, a lomos de un místico cetáceo que no se sabe a donde va, que va —esto sí, se sabe— en malas compañías, es la más indeseada e inesperada aventura que haya sido infligida, alguna vez, a quienes aman una continuidad casi vegetal con el suelo nutricio: el de la tierra material y el de la historia. Precisamente lo que había, para ellos, de más seductor en la Iglesia, era el ser como un reducto ahistórico, la única institución que, al menos, en la vorágine de un mundo que muda locamente, podría ser reconocida, por un hombre resu-

citado desde cualquier época, de cualquiera de los siglos cristianos...¹

Pero, a nuestro parecer, esta inmovilidad de la Iglesia y este espíritu de la Iglesia católica, como perpetuamente vinculada, en suma, a las instituciones tradicionales —concretamente, a las instituciones políticas y sociales del *ancien régime*— no era sino una ilusión, un equívoco. El error consistió en haber tomado una actitud circunstancial de la Iglesia por una posición esencial y religiosa (casualmente, de una religión que era el cristianismo). Es cierto que la Iglesia fue sorprendida por el filosofismo racionalista del siglo XVIII y por la Revolución y respondió a la formidable ofensiva de la modernidad enquistándose, por de pronto, en una actitud que coincidía con los intereses "reaccionarios" en sentido estricto. Fue una alianza de circunstancias. Pero los Xavier de Maistre y otros ingeniosos pensadores, elaboraron, con los datos de una simple coyuntura, todo un sistema en el que el antiguo régimen vino a injertarse, como perennemente, en el catolicismo. Está claro que el credo tradicionalista, aunque armado de un sistema doctrinal nada desdeñable, por cierto, y con las más solemnes pretensiones de intemporalidad, deriva de la Revolución, en particular de la Revolución Francesa. Hasta tal punto que la propia escuela, en una primera fase, y aun ahora mismo, se considera y a mucha honra, *reaccionaria*, es decir, lo contrario de *revolucionaria*, *Contrarrevolucionaria*.

Y aquí viene la falla de la soldadura entre la Iglesia y el tradicionalismo. La Iglesia no tiene por qué ser "reaccionaria", aun cuando lo haya sido hasta bien entrado el siglo XX. No es un sistema político y social sino una religión universal y, por lo mismo, apta para vivir en cualquier régimen y en cualquier clima. Precisamente la expansión de la Iglesia en los países protestantes y en Africa y Asia, habría de ser un factor decisivo en la operación de ruptura de amarras del Concilio Vaticano II. En efecto, para los católicos de origen protestante y para los de las nuevas iglesias del llamado Tercer Mundo —el de la "descolonización", precisamente— las ideas y los intereses del tradicionalismo europeo, es decir, de los reaccionarios europeos del tiempo posterior a la Revolución del siglo XVIII, era algo sin sentido o bien con un sentido precisamente hostil a ese llamado "Tercer Mundo" cuya emancipación se ha realizado en el clima del humanismo liberal y, en gran medida, merced a la presión de las naciones comunistas, a causa de su rivalidad con Occidente, en fin, por obra de las ideas

¹ Esta idea no es mía: oí el concepto del Prof. Rafael Gamboa, un tradicionalista beligerante.

y concepciones que la doctrina tradicionalista considera como pasajeros extravíos. En tales condiciones, la filosofía tradicionalista no podía ser, para la Iglesia, más que un residuo provinciano de un pasado reciente, del corto tramo que va desde la Revolución, seguida por el enquistamiento de la Iglesia, a la incorporación de ésta a la modernidad.

Por lo demás, en la medida en que la religión católica es una religión cristiana, tenía que entrar en conflicto con las posiciones tradicionalistas que no derivan, creo, tanto del cristianismo como de arrastres primitivos y de las religiones antiguas, presentes en la cultura occidental. Si se atiende al proceso histórico tal como se ha desarrollado, todo indica que la modernidad occidental, con sus notas características —ciencia positiva, liberalismo, democracia y socialismo—, procede derechamente del cristianismo, estaba en el cristianismo como el dragón en el huevo sagrado. Pero apresurémonos a rectificar, una vez soltada la violenta metáfora. No decimos, claro está, que se tratara de una fatalidad, de una predeterminación, de un mecanismo automático, al modo de una gestación que lleva, ya sea a una criatura previsible con estructura específica o al aborto. Certo que, entre los caminos impensables de la Posibilidad, otros podían haber seguido la evolución histórica, a partir del cristianismo primitivo. Pero esto, sí, podemos decirlo, y con tal alcance hablamos antes del "huevo sagrado": que el mundo del humanismo liberal y del socialismo es más congruente con el espíritu del Evangelio que el antiguo régimen, aun cuando éste se declarase cristiano y aquél se proclame ateo o simplemente "laico".

Si esto es así, como creemos —a nuestro modo de entender, fundadamente—, el tradicionalismo político europeo lo que hizo fue equivocarse de religión. Este error es muy importante. Cualquiera de las religiones antiguas le hubiera servido mejor al tradicionalismo, y la única que no podía servirle, en el supuesto de un despliegue efectivo de sus contenidos originarios y de sus virtualidades, era el cristianismo. Por algo el cristianismo resultó ser, históricamente, *de facto*, coherente con las ideologías que el tradicionalismo considera como sus enemigas. Por lo demás, no exageremos nosotros, no caigamos en apasionados excesos de juicio: es cierto que el tradicionalismo católico está más cerca de la paganía romana que del cristianismo pero no es antitético, en términos lógicos, ni tampoco de hecho, respecto al cristianismo y, por otra parte, la monarquía europea anterior a la Revolución, ya era, a su modo, liberal, y estaba avanzada en el camino de serlo sin ninguna reserva, cuando estalló la Revolución.

Trataremos de mostrar aquí cómo se desplegaron las virtualidades del cristianismo para dar nacimiento, en un proceso histórico concreto, a la libertad política occidental y también al socialismo y, en múltiples aspectos, al mundo moderno.

Pero conviene dejar registrado, ante todo, porque es la verdad misma, que el cristianismo tiene, claro está, otros contenidos, precisamente los de índole religiosa y, por eso, su importancia supera a cualquier movimiento limitado al terreno social o político estricto. El cristianismo era y es un credo religioso de salvación que se dirige a todo hombre y no a una clase de hombres, fluye por encima, por debajo y más allá de las contiendas y aún de las contradicciones sociales y políticas que no eran ni son los intereses genuinos del cristianismo, en cuanto credo religioso y sociedad religiosa. Es más: el cristianismo predicaba, como aún predica, en el fondo, la resignación ante la injusticia misma (el "opio de los pueblos", claro), si bien —y esto tiene su importancia— no por ser injusticia sino por ser, a la postre, un mal pasajero o, de otro modo, una prueba, una ocasión para ganar los bienes imperecederos y perfectos. Así, San Pablo invitaba a los siervos a obedecer a sus amos carnales, "como al Señor", porque del Señor recibirían la herencia (Colosenses 2-22-24); pero les invitaba, también, a liberarse... "inas también si puedes hacerte libre, procúralo más" (Corintios 1-6-21). Naturalmente que esta mansedumbre cristiana fue una bendición para los que —ávidos, soberbios, los del orgasmo de la dominación— tienen asiento de honor en el presbiterio. La mansedumbre, claro está, fue convertida por los violentos en otra cosa, en su especie antípoda, en servilismo, en cobardía cuajada, institucionalizada, hecha una virtud propia de los siervos, buena para los siervos. E hicieron otra cosa quienes —clérigos y seglares— administraron y explotaron, como materia prima, la mansedumbre cristiana, y fue que vistieron a la Víctima, al Cordero, con los árreos del pretoriano, del que lo había crucificado, y lo movilizaron, al Cristo, como soldado romano, es decir, como soldado del orden. Todo esto hubo de hacerse con la colaboración de clérigos que han sido, constantemente, los intérpretes, de hecho la aduana que no deja pasar a Cristo.

Pero, con todo, en el cristianismo —aun pasados los siglos desde su origen y apenas conocidos sus textos por el pueblo (este es un hecho en el que no se para atención)— alentaba su inconfundible y vigoroso espíritu de religión proletaria (Toynbee), expresión del dolor y de los sueños de cuantos fueron golpeados impiamente por la máquina del Estado romano: la que sometió a los esclavos, la que mantuvo en la obediencia al populacho de la ciudad, la que

cortaba las manos de los jóvenes de las ciudades bárbaras que tomaban las armas contra Roma, y aplastó, aventó y dispersó al pueblo judío y a tantos otros pueblos... La impotencia de esas criaturas, la imposibilidad de liberarse, la misma dominación asentada no sólo en el terror —todo hay que decirlo— sino, también, en la admiración y la adhesión a los valores del Estado imperial romano, todo eso se refugió en el cristianismo, en las primeras comunidades cristianas —¡oh reconfortante unión de los ateridos, secreto concierto, fuerza del misterio, ritos ocultos en subterráneos ignorados de los amos!—; y en el seno de aquellas "iglesias" o reuniones, se elaboraron y fijaron actitudes poderosamente creadoras que iban a regir el futuro mundo. Aquellos desdichados con hambre y sed de justicia hab'án buscado la liberación, primero, naturalmente, en la violencia, la querida violencia que ensancha los pulmones y nos ofrece, al fin, el paraíso del desahogo. Pero fracasaron una y otra vez. Aquella sociedad romana, inicua, disponía de una máquina militar invencible, como los dioses felices e inmortales, y de un Estado admirable, como no hab'a conocido ni habría de conocer otro la humanidad; hasta hoy. Era tan perversa y abyecta y tan fuerte, aquella sociedad, y tan brutal y cruel aquel Estado, que más valía amarlos. La vía de la expansión del odio y del resentimiento quedó bloqueada, anonadada, y entonces, apareció una religión que mandaba amar a los enemigos p enfrentarlos con una mansedumbre intrépida, heroica. Es lo que hicieron los desarraigados judíos de la diáspora de Vespasiano, los pobres y los esclavos que se juntaron en el fraternal secreto de las primeras comunidades cristianas. El Dios, Hijo de Dios, que había muerto en la cruz, como podían morir ellos mismos cualquier día (pues todo estamos vocados a la desgracia, y ellos lo estaban, particularmente, a tal forma de desgracia y a otras propias de su condición), el que había muerto en la cruz era ellos mismos, y era sus padres y sus hermanos, en la cruz, el terrible símbolo de su frustración, de su constante derrota en el mundo. Sabían que cualquier rebelión estaba llamada a terminar allí. Y la adoptaron como signo. No adoptaron la garlopa y la sierra del carpintero (la hoz y el martillo), aunque eran proletarios en el sentido más desfavorable de la palabra. Adoptaron la cruz, el vil y espantoso suplicio que tenían tan presente, demasiado presente. Fue un acto de milagrosa valentía, no dudamos en afirmarlo, algo muy extraño, este mirar de frente y adorar y amar el atroz instrumento de muerte vil —frecuentado por esclavos rebeldes—, y un extraño acierto, desconcertante, una antítesis psicológica, impar, según creo, en la carrera humana, al menos en lo que sabemos hasta hoy (tal vez la adopción del remoquete de "gueux", por los amotinados de Flan-

des, contra Felipe II, responda a un mecanismo remotísimamente parecido...) Y así, las cruces clamorosas que bordeaban la Vía Apia, vencido Spartaco, y la muchedumbre de cruces en que murieron caudillos y soldados de los pueblos sometidos por Roma, y las constantes cruces del desprecio, donde colgaron oscuros criminales y oscuros inocentes, eran la misma cruz de Cristo y la de cada uno de nosotros.

Esta miseria es la miseria incalificada que acompaña al hombre, siempre, la miseria de los asesinos, ladrones y robados e inocentes sin filiación, y la de todos, verdugos o víctimas; pero también es, con su particular definición, la miseria del grupo o de los grupos menos favorecidos, más desgraciados aún o con peculiares desgracias, la de quienes sufren un estatuto de inferioridad, condicionante que, de hecho, resulta ser, en tiempo y lugar, verdadera fatalidad total del hombre, como la joroba y la lepra, estatuto de inferioridad que afecta a los bienes y a las personas, en grado mayor o menor, con unas combinaciones u otras: significativamente, el estatuto del Hijo de Dios, el crucificado, era el de un súbdito colonial.

Si todo ello no significara nada, si todo esto fuese neutro relativamente al sentido del cristianismo, tendríamos motivos para asombrarnos. Pero, la verdad, creemos que todo eso es significativo para el espíritu del cristianismo y, desde luego —sobre lo que ya no puede haber duda puesto que se trata de un hecho— fue entendido como cargado de cierta y determinada significación, por los pensadores y los pueblos de la historia occidental que tomaron del cristianismo los derechos, "evidentes", "naturales" (el Concilio volvió a invocar esta filiación "natural" de la libertad) del hombre. . . ¿De dónde vinieron tales evidencias? Porque, en realidad, nada del orden moral es evidente a la razón. ¿Por qué habría de serlo si no se trata de cosas puestas ahí que se ven con los ojos? Se trata de "valores" que, por sí mismos, no son evidentes. Tampoco son "naturales" sino históricos y humanos. ¿Porqué los vieron como si fuesen realidades, cosas puestas al sol, los hombres del siglo XVIII, del siglo XIX? Me parece que no hay sino una respuesta sensata; porque el cristianismo, inhibido durante siglos, por así decirlo, reprimido para que pudiera ser compatible con una sociedad "cristiana" desigual y violenta, llena (no lo olvidemos) de contradicciones y feroces conflictos, no menos inicua que otras sociedades, viajó por los estratos profundos del alma social, impregnó esos estratos poco a poco, acabó por empapar el terreno, y un día se puso a manar, empezaron a manar miles de fuentes de agua iluminada y evidentísima, y estas fuentes parecían venir de las altas nieves blancas de la razón, pero venían, en realidad, de la dolorida inmediatez o interio-

ridad cristiana de las gentes, incluidos los "filósofos" y los revolucionarios.

La razón sería impotente para producir tales evidencias éticas, porque no es asunto suyo, dado que las evidencias de la razón sólo pueden proceder de la percepción sensible o empírica directa o de una deducción sencilla. La razón puede operar, con sus peculiares instrumentos, a partir de la convicción liberal e igualitaria o a partir de cualquier otra, por ejemplo de un supuesto descubrimiento *científico* de que el hombre, al pertenecer a diferentes razas, nace desigual por naturaleza, como les sucede a todos los animales, y entonces la organización social más acorde con la razón sería una jerarquía social zoológica o racista. No es más racional el amor al prójimo o la simple generosidad con los demás o la honradez en los tratos —y aun es menos racional muchas veces: depende de las circunstancias— que el odio al prójimo, el egoísmo o la mala fe. Para quien ejerce el poder y no desea, como no suele desear, verse privado de él, lo más racional es la intolerancia con sus adversarios y lo irracional concederles facilidades para que lo combatan y lo derriben. Cabe muy bien, por supuesto, que los sistemas morales se funden en el instinto social, pero no por eso son más "racionales", precisamente, sino menos. Personalmente, no creo que las doctrinas políticas reaccionarias y totalitarias sean menos racionales que las doctrinas liberales y democráticas. Todo lo contrario. Estoy convencido de que son más "racionales", más ajustadas al orden de la naturaleza, en todo caso; lo que son es menos "humanas" y, en lo que toca a la civilización occidental, menos cristianas o nada cristianas. Porque el cristianismo es una peligrosa extravagancia que, a pesar de sus absurdos, se va abriendo camino, aunque siempre inhibido a causa de su peligrosidad. Esas peligrosas fuerzas del cristianismo han asaltado a la Iglesia, en cierto modo desde fuera de la Iglesia, y han logrado el reconocimiento de algunos de sus principios, al fin y al cabo, ya en vigencia civil. Pero hay otros principios en el cristianismo absolutamente claros y también inhibidos, resistidos, que aún no han salido a la plaza, que aún no obtuvieron pasavante municipal. Es el caso de la *no violencia* que sólo tuvo expresión social y política merced a un profeta indio, Gandhi, cuya estrategia no violenta procede, como él mismo explicó, de sus contactos con cristianos reformados. La *no violencia* que Cristo afirmó y exigió, sin excepciones, pero a costa de su vida, claro está, podría destruir, en apariencia al menos, a la sociedad misma y desde luego al Estado, si la adoptaran. O no. Pero se comprende que el Estado y la sociedad le tengan más miedo a la *no violencia* que a la bomba atómica, porque la *no violencia* (absoluta, como la de Cristo), or-

dena el desarme material completo, no sólo frente a los mansos, claro está (esto no sería peligroso), sino frente a los violentos, y a todo riesgo... Porque Cristo no prometió que quien desarmara y adoptara la mansedumbre ganaría la batalla del mundo (el propio Cristo perdió esa batalla al ser crucificado). Se comprende muy bien que esta doctrina, aunque evidente en el texto evangélico, haya sido inhibida en la conciencia, olvidada, puesta de lado, como en otras épocas fue inhibida la libertad, la igualdad, la advertencia patética contra la perdición que lleva el poseer riquezas... Por claros que estén los textos, frecuentados desde hace dos milenios por millones y millones de seres humanos, la mansedumbre radical del cristianismo sigue inhibida y está muy lejos de ser "evidente por sí misma". Aquí la inhibición funciona desde todos los campos —y no sólo desde el campo de una minoría reaccionaria— porque la mansedumbre radical amenaza a todo el mundo, a todas las sociedades, a las reaccionarias y a las comunistas, y también a las democráticas y a las autoritarias. Por el momento, la única respuesta posible de un grupo humano amenazado en su existencia, en su seguridad o en sus intereses vitales, es morder y gritar y, si puede, matar y destruir. No se ve otra posibilidad. Y tal es la "evidencia".

Pero volvamos al asunto de la gestación de la libertad política occidental en la civilización europea. Hemos visto cómo esa actitud progresó a través del terreno duro y seco de muchos siglos de cultura cristiana. Sin embargo, claro está, el fenómeno no fue tan sencillo ni tan oscuro como lo hemos dejado entender con nuestras metáforas. Intervinieron ciertos condicionantes institucionales, por lo demás bien conocidos que aquí sólo queremos, por lo mismo, recordar sin insistencia.

Ante todo, será bueno decir que, desde el punto de vista institucional, la aparición de la libertad política fue una resultante no deseada, como una débil planta nacida en la tierra de nadie, entre dos fortalezas y dos ejércitos: el Imperio por un lado y la Iglesia por otro. Si el cristianismo hubiera sido una religión de la *polis* o de la tribu, como lo fueron las religiones antiguas, la libertad europea no habría encontrado suelo donde arraigar. Pero Cristo no se interesó por salvar a la sociedad ni al Estado que no tienen alma —son, literalmente, desalmados— sino por salvar al hombre real y, por eso, fundó su religión fuera de ese reducto social y político, por así decirlo. De otro modo, más exacto: lo político no era esencial al cristianismo, como bien se ha dicho. Al ser erigida la Iglesia, con propia soberanía, al lado de la soberanía del Imperio, reivindicó para sí la plena jurisdicción sobre la esfera religiosa, espiritual y moral, de sus fieles, dejándole, a su antagonista, el Estado, la

esfera llamada "temporal". Este reparto fue una fortuna para la libertad. Enfrentó a los colosos e hizo posible que la aterida planta creciese casi clandestinamente o inadvertidamente. Porque si la Iglesia pretendía liberar al hombre del poder del Imperio era para atribuirse, ella misma, la jurisdicción sobre esa libertad. Pero el primer paso, y el fundamental, estaba dado: el Estado había perdido la facultad de intervenir coactivamente en la vida espiritual de los ciudadanos salvo, por el momento, como comisario de la Iglesia que por eso, en último extremo, "relajaba" a sus fieles, es decir, los entregaba al enemigo, los tiraba a las fieras.

Lo que había aparecido, en realidad, hasta ahora, era una instancia organizada a donde acudir contra el poder del emperador o del rey. Esta instancia era nueva, ciertamente. Suponía la existencia de unas leyes superiores a la leyes humanas y a las que éstas debían subordinarse. Sin embargo, la idea de que existen unas leyes divinas por encima de las leyes del Estado es anterior al cristianismo y la encontramos en la Antígona de Sófocles, cuando la heroína recurre a ellas, a esas leyes, contra la orden de Creón que le prohíbe enterrar a su hermano. Pero había una dificultad: que los dioses de Antígona, aunque autores de leyes piadosas, no habían creado una jurisdicción ante la que se pudiera interponer recurso contra Creón y contra los ciudadanos de Tebas. Por lo demás, si bien eran dioses de Antígona (la valiente muchacha, solitaria), eran, también, sobre todo, los dioses de la misma Tebas y al fin y al cabo Tebas estaba, para ellos —dioses sociales, dioses políticos—, por encima de la pequeña Antígona. Por eso la acerada muchacha tebana, hija de Edipo, de corazón intransigente con la mentira, como su padre, fue al martirio en disposición mucho más trágica que sus sucesores, los cristianos sacrificados en el circo, porque el dios de los cristianos estaba con ellos, sin duda posible, y no era el dios de Roma (la Dea Roma) y por eso no ponía a Roma por encima de un esclavo pues Roma carecía de un alma inmortal que salvar. Si insistimos en los antecedentes de una instancia eclesiástica frente al Estado, encontramos, también, la del colegio sacerdotal de Jerusalem que tenía bajo su mano, a menudo intolerante y ávida, a los reyes de Judá y de Israel. Pero, justamente, en ese punto está la diferencia con la Iglesia cristiana: la Iglesia aspiró muchas veces, como los sacerdotes de Jerusalem, a gobernar al Estado y lo hizo alguna vez. Sin embargo, el hecho de que el cristianismo no fuese una religión de la *polis*, y Cristo no fuese político, evitó, por fortuna, la confusión teocrática, aparte de que los emperadores y los reyes —desde las fuertes posiciones de la doctrina y del poder— no se dejaron devorar por los eclesiásticos.

Pero este enfrentamiento del Imperio y la Iglesia sólo condujo a un equilibrio y a un reparto del campo. La historia de la secularización de la libertad cristiana, por de pronto reclusa, es complicada y tiene su origen en una contradicción entre dos elementos del cristianismo: el elemento místico emocional, afirmativo, y el elemento racionalista griego —y del período de disolución helénica—, crítico. Estos dos elementos no podían entenderse perfectamente, a pesar de los esfuerzos para casarlos de un Tomás de Aquino. Así, el racionalismo griego creció y echó brotes en la Edad Media, y empezó a digerir a su "partenaire" en un largo proceso que coincide con el viaje del propio cristianismo a través de la conciencia social, durante la Edad Media. La acción corrosiva racionalista iba a preparar la gran operación consistente en el golpe en virtud del cual el cristianismo, los aspectos sociales y políticos implícitos en el cristianismo, se desgajaron del cristianismo religioso y fueron secularizados. La Iglesia resistió a este despojo de su tradicional potestad, defendida secularmente contra el Imperio y el Estado, para ver ahora cómo se la arrebataban unos cuantos "filósofos" burgueses y las turbas plebeyas desarrapadas. La operación de los filósofos y de los revolucionarios del siglo XVIII fue relativamente sencilla. Estaba claro que la esfera religiosa y moral no era atributo del Estado —"al rey la hacienda y la vida se han de dar..."—, pero tampoco tenía derecho a administrarla la Iglesia. Era cosa del hombre. Por supuesto, a esta secularización ayudaron, decisivamente, teorías como la de Leibnitz, de las mónadas, y la de Locke sobre las esencias espirituales incommunicables, y el sentido común, en cuanto invocaba, frente a las comunidades protestantes y frente a la Iglesia católica, la incertidumbre de las cosas del espíritu (que carecen de las evidencias y de las certezas de la razón y la percepción) que, por ser inciertas e indemostrables, no pueden ser comunes pues sólo la razón es común, no la creencia. Pero estas reflexiones filosóficas o los razonamientos del buen sentido, las unas demasiado abstrusas y no del todo afortunadas, por cierto, y los otros, seguros, pero susceptibles de ser reprimidos, no hubieran hecho el milagro por sí solos. Fue preciso que la Iglesia hubiera creado, antes, la libertad del cristiano como "la resistencia a la opresión" (por cierto que abundan los antecedentes, ya políticos, de las ideas del siglo XVIII, en los teólogos, por ejemplo en el padre Mariana), para que, hecha la secularización apareciese, inmediatamente, el catálogo de los "derechos del hombre".

Del mismo modo que los "derechos del cristiano" fueron secularizados por la Revolución, el sentido igualitario y proletario

que latía en el cristianismo, pasó a ser convertido, también por secularización, en la mística socialista.

¿Qué hizo la Iglesia ante este nuevo ataque a su patrimonio? Hizo lo mismo que antes con la secularización de la libertad. Se opuso. Formó alianza con las clases sociales amenazadas por la nueva forma secular del cristianismo, que acudieron a la Iglesia en busca de amparo y de milicias para combatir a su enemigo. Pero estas clases dominantes del siglo XIX y del siglo XX disponían, además de los recursos del cristianismo eclesiástico y religioso, enquistado, es decir, separado y a la orilla de la gran corriente, de otras ayudas, más "en activo", como la misma ciencia positiva: por ejemplo, el darwinismo, la selección natural, aplicada al campo de la sociedad (es curioso: fueron, en este caso, los socialistas de la filosofía "materialista y atea", los que defendieron la tesis cristiana y humanista, es decir, que el hombre pertenece a un nivel histórico y no son aplicables las leyes naturales al orden social). Finalmente, las mismas clases dominantes o parte de ellas, en determinadas circunstancias, acogieron el refuerzo de Hitler, un hombre elementalmente lúcido que vio cómo el cristianismo —otro alemán de superior rango lo había visto también: Nietzsche— era el verdadero enemigo, el origen de todas las degeneraciones liberales, democráticas y socialistas, y que se hacía preciso volver a las religiones tribales, a los dioses de la sangre del pueblo y de la tierra, para limpiar al mundo de las piadosas suciedades de la compasión, el respeto al débil, la mansedumbre de los esclavos impotentes, y el obsceno amor a la paz.

Entretanto, la Iglesia empezó a salir de su enquistamiento en el que apenas había dado entrada a la ciencia y ni siquiera al arte de su tiempo: un símbolo de tan triste pobreza es la arquitectura seudogótica de los templos, hasta hace pocos años, las imágenes de escayola pintada... Esa actitud era muy peligrosa para la Iglesia, pues estaba expuesta a quedarse a quedarse en las playas del olvido reducida a una secta sin contacto con la dirección del mundo que, en otros siglos, le correspondiera en cuanto rectora de las obras de toda suerte que se hicieron en Occidente, incluso los grandes progresos técnicos en la agricultura y en la racionalización de muchos procesos de acción material. Empezó, pues, a salir a la calle, como solía antaño, y a cosechar triunfos, quizá inesperados para ella misma, con la incorporación de fuerzas vivientes, como intelectuales "modernos", no pocos procedentes del protestantismo, y de muchedumbres de todas las naciones. Desde este momento la Iglesia católica empezó a reconciliarse, de hecho, con la modernidad, y ya la misma reconciliación formal se hizo inevitable.

Pero la modernidad no es sino el cristianismo secularizado. Por tanto, prescindiendo de consideraciones estrictamente religiosas, lo que hizo la Iglesia católica gracias a la admirable inspiración de Juan XXIII y de quienes le han seguido después fiel y valerosamente, fue asumir como propio el cristianismo secularizado, rescatarlo por el único medio posible que consistía en incorporarse a él, acercarse a él lo bastante para poder echarle las redes de Pedro y repescarlo. Esta operación permite a la Iglesia recuperar, de alguna manera, el papel o al menos un papel, en la dirección del mundo. Así, nos parece significativo que, en seguida, iniciase el Papa una serie de viajes y arriesgara intervenciones en cuestiones de política internacional, vivas y candentes, como el problema del Vietnam, una intervención con acento nuevo y sin distancia. . . .

Esto parece bastante claro para que se haga difícil rechazarlo aunque cada cual puede ponerle sus propias apostillas. En cuanto a los católicos que combaten este nuevo espíritu de la Iglesia, de su Iglesia, pueden decir que tal desemboque en la corriente mundana del liberalismo, la democracia y el socialismo es un hecho, pero sólo un hecho histórico, un accidente, tal vez dictado por el miedo de la Iglesia a la soledad o por causas políticas oportunistas, pero en modo alguno significa que el cristianismo, en su más profunda esencia que no es histórica sino eterna, es decir, en cuanto religión, sea liberal, democrático o socialista.

Pues bien: no nos cuesta gran cosa darles la razón si nos situamos en un punto de vista estrictamente religioso o teológico. En la medida en que pueda ser lícito abstraer la esencia religiosa del complejo histórico cabría decir que tal esencia es heterogénea respecto a las ideologías. Nosotros no somos teólogos. Pero teólogos eran o, en todo caso, gentes de iglesia, padres de la Iglesia, quienes escribieron y votaron el Esquema sobre la libertad, del Concilio, y desde su modo de ver y de enfocar la cuestión estatuyeron, como consta en otro lugar de este ensayo, que la libertad deriva de la dignidad humana "tal como se conoce por la palabra revelada de Dios", lo que nos releva a nosotros, incompetentes, de todo esfuerzo de argumentación en ese terreno.

Por lo demás, el influjo del cristianismo —y es lo que importa— se ejerce como un complejo histórico y no sólo en cuanto religión. Y así, en cuanto complejo histórico, fenómeno riquísimo de contenidos y consecuencias, puede ser visto y entendido por todo el mundo, creyentes y no creyentes, con independencia de la verdad o no verdad histórica de sus hechos fundacionales.

¿Qué dice el cristianismo visto en los dichos y los hechos de su origen tal como se narra en los textos, los Evangelios y los hechos?

¿Cuál es su sentido o, mejor, qué sentido fluye de la narración? Por cierto, una narración "periodística" y muy moderna, donde se cuentan ciertos sucesos ocurridos en un protectorado romano del Medio Oriente entre el reinado de Augusto y el de Tiberio. Y —es curioso— se cuenta con una extraña sensibilidad —extraña en aquella época— para el tiempo, medido día a día y, cuando se acelera el pulso, cerca del final, hora a hora: "Desde la hora sexta fueron las tinieblas..." "Y cerca de la hora nona, Jesús exclamó con grande voz..."

Pero dejemos los dichos, por importantes que sean. Tanto o más expresivos son los hechos. Así, el hecho de que el héroe de esta crónica no sea un príncipe ni un sabio ni siquiera un funcionario cuyo nombre queda en los archivos. De Cristo no quedó nada en los cajones donde se guardan las escrituras públicas ni tampoco quedó nada en las historias de la época o de épocas posteriores inmediatas (como la de Josefo sobre la guerra judía). Es un héroe que está al margen de todo lo que era importante, destacado, relevante, en su tiempo. Es como un apartamiento a una zona marginal y rústica. Algo debe querer decir este apartamiento respecto a las potestades sociales y políticas. Es notable tal apartamiento: un Profeta que predica durante la mayor parte de su carrera en aldeas y sinagogas campesinas (era hijo de un carpintero de aldea), rodeado de parientes y amigos aldeanos y pescadores. Además, confirma este modo de distanciamiento, respecto a los poderes vigentes y a los poderosos, respecto a lo que era importante, socialmente elevado, respecto a lo ortodoxo, precisamente, el dato revelado hoy, sin género de duda, creo, por los escritos del Mar Muerto, de que el Precursor de Cristo, San Juan Bautista, y los cristianos redactores del Evangelio y de los Hechos, fuesen personas en contacto con la secta esenia hasta el punto de que preceptos del Manual de Disciplina esenio, ideas cronológicas y fórmulas de expresión, de origen esenio, hayan pasado a los documentos fundamentales del cristianismo. Todo esto configura una actitud cuando menos de no participación en apoyo del orden social y político existentes, a los que, por otra parte, tampoco combate el cristianismo naciente, lo que resulta más significativo: significa, pura y simplemente, un colocarse aparte, relativamente a la clases y grupos dominantes o revestidos de cualquier suerte de autoridad en la sociedad y en el Estado. Esta posición marginal no es sólo una circunstancia material o de filiación o afinidad respecto a una secta religiosa separada, como lo eran los esenios. Es, sobre todo, una actitud cuidadosamente cultivada y mantenida por el Maestro. En efecto, sus relaciones con los ricos, los sacerdotes y demás príncipes de su pueblo son dis-

tantes sin llegar a la hostilidad explícita, salvo con respecto a los virtuosos en *titre*, los que tienen tranquilas sus conciencias y se sienten en posesión de la *verdad* y aun de algo más que la *verdad*, porque eran muy estrictos, verdaderos integristas, literalmente, pues integraban en la ley lo que era accesorio y hacían del sábado un laberinto de prohibiciones y de obligaciones. Es patente que aludimos a los fariseos. Para con éstos, sí, fue hostil el Maestro.

Todo parece indicar que Cristo era como "indiferente" a lo social y lo político, aunque lo político y lo social no dejaban de tener importancia para Cristo —a esa importancia hace referencia la propia muerte del Maestro a manos de los poderes sociales y políticos—; pero todo ello, con la importancia que tuviese, quedaba como al margen de la nueva religión que no nacía puesta "sobre" la sociedad y el Estado, como los dioses de la Acrópolis, ni tampoco "debajo" o subordinada, pero menos que nada "al servicio" de la sociedad y del Estado. Esto, evidentemente, no.

La marginación, evidentemente deliberada y cuidada, minuciosa, diríamos, incluso llegó tan lejos que nos causa asombro. En medio de un pueblo candente de pasión nacional y de odio a los gentiles que profanaban la ciudad santa, aposentados en la Torre Antonia, y pisaban las losas en los alrededores del Templo (incluso entraron un día en el recinto sagrado y llegaron hasta el mismo tabernáculo que abrieron por curiosidad para hallarlo, según dicen, vacío); en medio de este pueblo de corazón frenético, Cristo, el Profeta, a quien sus discípulos creían el Mesías anunciado, tuvo la posibilidad, al decir de los textos, de mantenerse, de cierta manera, neutral respecto a los romanos y aun con una, como si dijéramos vaga simpatía hacia el "ocupante". En verdad, Jesús no era lo que se diría, en tiempos de la "resistencia", un patriota. Cosa extraña. Hasta tal punto, que uno piensa si esta sutil disposición como benévola para Roma ("dad al César lo que es del César..." y aquello del buen centurión...) no habrá sido un fruto de las comunidades cristianas del siglo III, donde convivían judíos y gentiles, todos ya romanizados, todos ya absorbidos e incorporados al orden romano, en cuerpo y alma, porque Roma acabó por integrar, también en alma y corazón, a sus víctimas, cuyos nietos lloraron el fin de todo cuanto valía la pena, al ver a los bárbaros dentro de las murallas de la urbe. (Parece que hay alguna contradicción entre el trato infligido por Roma a los desarraigados, los pobres y los esclavos, y esta adhesión a Roma y, sin embargo —baste por el momento—, ambas efusiones se han dado al mismo tiempo, según lo que desde aquí podemos entender). Pero aún si se trata de una elaboración tardía, pongamos del siglo

III, en vísperas de la canonización de los Evangelios sinópticos o poco antes, en todo caso, la narración se presenta sorprendentemente ajustada, sin contradicciones, al menos notorias para nosotros, en particular en cuanto al juicio de Pilatos, deseoso de no condenar a muerte a Jesús, disposición poco verosímil si hubiera visto en él —inocente o culpable—, a un un enemigo del orden romano.

Siendo las cosas así, como dejamos dicho —y así parece que son— está claro que Cristo no fue un revolucionario como ha querido pensar algún anarquista o socialista. Pero si no era un revolucionario tampoco era un conformista y mucho menos el fundador de una religión puesta al servicio del poder, social o político, o de ambos. En realidad tuvo que sugerir, siempre, en los seguidores ingenuos o sinceros de Cristo, cuando menos, la misma actitud de marginación y de inesencialidad del Estado, del rey, y no digamos de los "príncipes" y nobles, respecto al cristianismo. Pero ya hemos visto que tal actitud está en el punto de arranque y en los desarrollos posteriores del proceso que condujo, primero, a la jurisdicción exenta y propia de la Iglesia sobre la religión y la moral de sus fieles, no obstante ser éstos súbditos y, después, ciudadanos de un Estado, de un rey, jurisdicción que bastó secularizar y transferir al "hombre" para convertir los derechos del cristiano en los derechos revolucionarios del hombre.

Por otra parte, este Profeta, Mesías y Salvador, fue ejecutado en suplicio vil por la sociedad, por el Estado y por el Imperio, por magistrados de la ortodoxia religiosa y de la otra, respaldados por los gritos de un populacho, ciertamente, significativamente... Lo más elocuente y diríamos que terrible del caso es el carácter irrepudablemente legítimo del tribunal que condenó a Jesús, el Sanhedrín, formado por jueces legítimos que aplicaron una ley sagrada y vigente. El Sanhedrín defendía la unidad religiosa comunitaria de la nación judía, como después haría la Inquisición cristiana, y también podía decir, el Sanhedrín, que estaba en posesión de la *Verdad* contra el error y que el error y la *Verdad* no podían tener —y no tuvieron— los mismos derechos en Jerusalem. Y estaba en lo cierto el Sanhedrín, pues la *Verdad* (cristiana) aún no había sido promulgada como Ley (iba a nacer en virtud de la sentencia inicua que el Sanhedrín pronunciaría, legítimamente, en nombre de la *Verdad*). El suceso prueba que ni la verdad con minúscula ni la Verdad con mayúscula preservan el crimen y también prueba, por lo mismo, que la libertad religiosa, de haber regido en Jerusalem, habría evitado el deicidio, al menos aquella forma de deicidio.

Sin embargo —es una muestra más de la capacidad de tergiversación del hombre y de sus facultades para inhibir los más explícitos enunciados y el más patente lenguaje de los hechos—, los cristianos de siglos posteriores, católicos y protestantes, durante mucho tiempo, siguieron repitiendo, con la conciencia tranquila, el esquema de la tragedia de Cristo. Hubo, sí, algunos cambios, pero no esenciales (el suplicio de la cruz fue sustituido por el suplicio del fuego) y Cristo estaba en dos lugares a la vez: en el lugar del reo o víctima que es donde había estado cuando se celebró, en Jerusalem, el juicio prototípico, y al propio tiempo en el trono de Caifás donde lo sentaron los inquisidores del nuevo Sanhedrín cristiano.

Pero esta monstruosa repetición del juicio en que Cristo fue condenado, no podía, al fin y al cabo, prevalecer siempre, y la queja de la víctima habría de ser, finalmente, oída. Esta voz, hecha materia emanada de la conciencia, como una corriente viva, fue bloqueada por la sociedad civil y por la Iglesia, pero hizo presión contra el sistema, y acabó por abrirse paso en la versión del cristianismo secularizado. Finalmente, inundó el reducto donde la Iglesia católica se había instalado en la compañía de la "guardia suiza" del antiguo régimen, y la Iglesia se avino a entrar ella misma, en la corriente como quien vuelve a su verdadero sentido, en tanto que la "guardia suiza" quedó abandonada y desconcertada.

Es muy sugestivo examinar las opciones que se ofrecen a estos supervivientes, sugestivo y misterioso, como todos los cruces de camino en el tiempo, caminos —justamente— nunca explorados, sin mapas, sin referencias itinerarias, caminos que sólo se transitan una vez. No es que esta situación sea algo insólito. Todo lo contrario. Se les ha presentado la misma prueba, en el pasado, a muchos grupos religiosos e incluso a pueblos enteros. La decisión, la elección entre un camino y otro, no la dicta nunca un razonamiento lúcido y explícito. Esto es imposible. Las grandes decisiones en que se juega el destino son siempre —creo que prácticamente en todos los casos— actos inspirados por fuerzas emocionales, anudadas a fórmulas conceptuales que reciben el nombre de "tradiciones" o de convicciones religiosas o filosóficas o que aluden a la "idiosincrasia" del grupo y de los individuos que lo forman. Lo que decide son automatismos sociales de respuesta más o menos corregidos por el individuo, modificados en el sentido del automatismo o contra el automatismo. En todo caso, sin embargo, prevalece, en tales decisiones, lo irracional, como es lógico que prevalezca.

Cabe suponer que la autoridad oficial de la Iglesia deje a estos elementos integristas, tradicionalistas rebeldes, una libertad bastante amplia o no los apremie a entrar en la disciplina. Es lo más probable. En estas condiciones les será fácil enquistarse en su disidencia sin mayores riesgos ni incomodidades. Pero, a la larga, el quiste será disuelto. Porque una tal actitud es una forma demasiado pasiva de hacer frente a la prueba que se les ofrece. Otro camino —más sugestivo, más rico y más audaz, pero poco practicable de hecho para elementos demasiado apegados a sus "tradiciones"—, consistiría en apearse de la mística ballena del cristianismo, en el que no pueden encontrar ningún porvenir y donde serán fatalmente arrastrados a una incierta aventura adversa e incómoda para quienes aman el pasado y la estabilidad. Tendrían que apearse del cetáceo y pasar, de verdad, a una auténtica isla inmóvil, de suelo estable. Esta isla de roca y barro, está en los mitos antiguos y en las oscuras evocaciones primitivas de donde, en realidad, y no del cristianismo, extraen los amantes de la tradición sus más íntimas fruiciones, sus encantamientos del pasado, cueva de cuya oscuridad se alzan los sueños, dulcemente iluminados, calor fraterno que damos y que nos dan, en el viejo grupo aterido de la caverna, donde nos reconfortamos al fuego comunal y con los comunes cantos y encantos —fuera, la inmensa noche glacial—, comunes y maravillosos (¡qué formidable conciencia debieron tener aquellos hombres lejanos, del misterio y de la magia que hay en el hombre, realmente!). Es el amor y el terror a la Tierra, con sus bosques, sus ríos, esta madre lentamente eterna pero agitada y viva, locura del cambio incesante de toda las cosas que, sin embargo, se aquieta al hacer referencia al retorno, a todo cuanto vuelve, otra vez joven, sin perder en cada vuelta nada de su inagotable virtud. Pero la mera repetición, sin formas que merezcan un nombre único, una identificación exclusiva, sería horrorosa, como la rueda de Buda, y por eso se busca la permanencia de la comunidad, inmortal, puesta en el molde de instituciones, de costumbres y de repeticiones calificadas, de un año a otro, de una a otra fiesta, siempre idénticas y cada una de ellas distinta y única, en el tiempo no continuamente informe sino cortado, acotado, señalado, diferenciado por los nombres de los papas y de los reyes. . . Estas líricas emociones no son caprichos negativos sino estimulantes de la vida, necesarias fluencias del corazón humano, y no pertenecen como patrimonio exclusivo ni siquiera pueden tenerse como especial característica del cristianismo. Todo lo contrario, pues los elementos definitorios o diferenciales de la fe cristiana son, muy al revés, desvelados conflictos, aventureras insinuaciones, ni remotos ensueños

ni arrullos maternos sino futuro y aventura. Por eso decimos que una respuesta lógica, sobre todo de lógica pasional, en esos grupos decepcionados, sería la vuelta a su verdadera y añorada patria primitiva y precristiana. Pero semejante viaje es imposible, nos parece imposible. ¿Cómo hacer un verdadero viaje al pasado? Nadie podrá nunca remontar esa corriente por su propia voluntad: sólo alguna enorme catástrofe podría realizar semejante milagro, probablemente a costa de que los viajeros, así transportados, perdieran la conciencia lúcida del hecho a causa de la enormidad de un golpe.

Nos inclinamos a creer que el camino más fácil —por ser un camino a favor de corriente—, para quienes se encuentren en este trance, sería, aparte del mero encastillamiento sin futuro, el adoptar un racionalismo escéptico, pero tal escepticismo no sería, por desgracia, aquel de los días adolescentes de la Razón, entusiasta y alegre, alegría del descubrimiento y la expansión de la conciencia, sino el escepticismo del desengaño, rencoroso y triste.

¿Habrá alguna otra respuesta más vital? No lo sabemos, fuera, naturalmente, de la pura y simple aceptación de la historia y de sus mutaciones con buen ánimo, precisamente con ánimo creador.

La mayor dificultad de supervivencia de la posición "tradicionalista", no meramente reaccionaria (la mera reacción es un sentimiento "natural", como el futurismo, y durará tanto como el hombre), reside en que se ha cumplido, de cierta manera, aunque decepcionante y adversa para tales ideologías, su aspiración a una sociedad integrada en torno a la Iglesia. Espero que no se tomen estos conceptos en sentido estrictamente literal. Hablamos de un nivel de realidades que no encajan o no son encajadas, más bien, por los conceptos de la sociología, sin duda válidos para fenómenos menos difusos y menos singulares. Nos referimos a una probable e impar manera de integrar el mundo moderno que, por el momento, consiste en la incorporación a ese mundo, más que su captación por la Iglesia. Pero no sabemos hasta dónde puede llegar en el futuro semejante movimiento. Por de pronto, sucede que la Iglesia brinda su propia base religiosa a la libertad y a la democracia que, antes, en los países de tradición católica, sólo podían apoyarse en una filosofía racionalista, lo que es, siempre, tratándose de creencias que no pueden ser producto de la razón, un soporte demasiado débil y, sobre todo, demasiado frágil. Otra cosa sucedía, por cierto, en los países de tradición protestante porque las propias Iglesias reformadas o bien el trasfondo, llamémosle místico, a falta de otro nombre, de la sociedad, servía y sirve de fundamento a la filosofía política e incluso al Código constitucional democrático (es el caso de los Estados Unidos de América del Norte y, en parte,

también, del Reino Unido y de otras comunidades nacionales del mundo anglosajón). Creo que este injerto de la libertad política y de la democracia en un viejo tronco religioso, ha fortificado decisivamente las instituciones políticas de la democracia moderna, en esa parte del área de la civilización occidental (también en los países escandinavos, pues el hecho de que las religiones positivas cuenten allí con muy pocos fieles no impide que la tradición protestante conserve una virtualidad tan cierta como la que tiene el catolicismo difuso en sociedades de tradición romana donde haya muy pocos católicos profesos). Al basamento racionalista de la fe liberal y democrática, característica de las sociedades de tradición católica, se debe, en buena parte (sin ser la única causa del fenómeno, naturalmente, pues hay muchas causas generales además de otras particulares de cada país) la precariedad de las instituciones democráticas en esta otra provincia occidental, debilidad y precariedad que comparte —y de qué modo!— una nación bien desarrollada y, por otra parte, gran matriz del liberalismo racionalista, como Francia. Apenas se repara, en efecto, en que las —algunas efímeras— Repúblicas francesas, han vivido siempre más o menos "pericolosamente", en riesgo de ser asaltadas por fuerzas reaccionarias tradicionales o por otras fórmulas antidemocráticas más modernas que nunca dejaron de tener —significativamente— poderosos aliados en el Ejército. Baste recordar la época de las Ligas, en los años del frenesí de la violencia, entre las dos guerras mundiales, y aun ayer mismo, con el pretexto de la descolonización de Argelia. Sin embargo, Francia no es un país cuyos condicionantes económicos y sociales determinen ninguna clase de inestabilidad política. ¿Por qué ha de ser más frágil la democracia en Francia que en los Estados Unidos, Inglaterra o las naciones escandinavas? Para explicar esta suerte de diferencia se acude a alguna palabra, como "idiosincrasia" o "tradicción" que nada explica. Parece necesario acercarse más al mecanismo que mueve la cosa.

En efecto, toda creencia —y las ideologías políticas no son más que creencias, es decir, posiciones, en el fondo, irracionales— es tanto más firme cuanto más hondos sean los cimientos en que descansa. Lo que es irracional en sí (aunque a veces no lo parezca), se fortifica en la medida en que se alimente de una savia venida de regiones a donde no alcance el análisis. Por eso la debilidad de las instituciones políticas francesas era debida a que se apoyaban, en gran parte, en "razones", en una filosofía racionalista. Pero invocar a la razón para que venga en auxilio de una creencia es llamar a un peligroso guardián muy capaz de devorar a su protegida. Un fundamento racionalista es un pedestal fundente, hecho con una

substancia que se digiere a sí misma, que se desintegra en virtud de sus propios ácidos. Por fortuna para la democracia francesa, sin embargo, contaba con algunos recientes aliados irracionales, como la vigorosa emocionalidad del patriotismo jacobino y la idolizada "gloire" napoleónica, sin los que hubiera acabado más bien mal. Para ser exactos, añadiremos que el sustentáculo racionalista explícito, a su vez, claro está, y tal como hemos repetido muchas veces a lo largo de este ensayo, tomaba su fuerza, digamos popular, del cristianismo en su versión secularizada. Y por lo que toca a las ideologías socialista, comunista y anarquista, también del mito precristiano del paraíso terrenal. Pero, en fin, explícitamente, las ideologías que ganaron vigencia general en la modernidad occidental invocaban, efectivamente, un fundamento racionalista y alguna vaga —y por lo demás poco certera— tradición de la antigüedad griega.

Se dirá que la democracia es racionalmente defendible por los servicios "prácticos" que presta a una sociedad. Es cierto. ¿Pero qué sucede cuando en vez de beneficios prácticos, produce pérdidas, en determinada coyuntura, o supone un inconveniente para fructíferas empresas, pongamos, de rapiña? Una creencia política (una ideología) debe poder resistir sus crisis y las resistirá mejor en cuanto se apoye en un substrato irracional profundo.

Pues bien: el Vaticano II les ha ofrecido a las sociedades de tradición católica un fondo religioso en el que plantar la democracia liberal y aun socialista, hasta entonces arraigada precariamente en el movedizo suelo de una filosofía del siglo XVIII. Pero con esta particularidad: que el trasplante no se hace en tierra nueva sino en la misma tierra común y natural del cristianismo. Ha sucedido, justamente, lo que querían que sucediese los reaccionarios europeos, desde Chateaubriand y Xavier de Maistre, pero la integración se llevó a cabo, no al servicio de su doctrina "ancien régime" sino contra esa doctrina. Una curiosa conversión. . .

Así, pues, el sueño de los reaccionarios de comienzos del siglo XIX, se ha cumplido: la civilización occidental europea va camino de una "época orgánica", según la expresión de Xavier de Maistre, una época "dogmática", en la que la sociedad se integra en torno a una fe religiosa. Esto es verdad, en un plano sociológico, incluso aunque la religión, como tal, retroceda y pierda terreno en Occidente. Es lo mismo. Lo que importa, para el caso, es la existencia de un núcleo de *fijaciones* emocionales básicas de la comunidad, en torno a las cuales se anuden las demás creencias del organismo social, y de las que tomen su energía los automatismos sociales de respuesta.

Vemos, una vez más, que la historia suele mostrarse generosa para con los deseos y los sueños humanos y así supo colmar, también, a los grupos "tradicionalistas" e "integristas". Pero lo que no hace la historia es realizar los sueños y propiciar los deseos tal como fueron soñados y deseados sino de otra manera, irónica, a veces cruel.

Por eso es recomendable que sepamos muy bien, los soñadores, lo que verdaderamente soñamos y deseamos, sin equívocos, sin quitar o inhibir riesgos o males temidos, sin sabrosos añadidos tácticos, porque la historia es brutalmente literal en su modo de entender nuestros ruegos, y nos exponemos a sufrir algún gran desengaño, cuando nos diga: "Tú lo pediste. Tómallo". Y nos hienda con la espada que realmente habíamos pedido (para nuestros enemigos) o nos eche encima a un buey muerto.

ALBERT CAMUS Y LA FILOSOFÍA DEL ABSURDO

Por León PACHECO

LA muerte de Albert Camus es el fin lógico de un hombre que vivió en los extremos de la conciencia: la retención vital y el desborde incontrolable de la razón. Cuando su cuerpo yacía inerte entre los escombros del auto que lo conducía a París, en enero de 1960, su existencia era aún una interrogación del destino. El ensayista de las situaciones sorpresivas del mundo encontró en el hecho de la inanidad física su correlación trágica que es la muerte. Camus había afirmado en *La Peste* que si "los hombres no viven en el amor, en el sufrimiento y en el exilio" quizás sea más duro pensar en "el hombre culpable que en el hombre muerto". Pero en el caso suyo sucede todo lo contrario. Albert Camus muerto es el límite humano si no la cesación del tiempo en el tiempo de la angustia. De aquí que su seducción como escritor, como esteta y como pensador sea más intensa después de su muerte, que si aún anduviera por el mundo buscando la razón de ser de no importa qué ideología. Pero nos percatamos que Albert Camus odió toda ideología, farsas de la historia, porque amó los hechos concretos más allá de las abstracciones y de los mitos. El suicidio es negación. La muerte, como la existencia, son hechos concretos, tangibles, mensurables. Quizás por esta conciencia de la lucidez humana, que tiene su asidero en el deslazamiento angustioso del tiempo, pudo afirmar en su vigoroso libro *El Mito de Sísifo* que "no existe sino un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio". ¿Será el azar el asesino del hombre? ¿En verdad existe el suicidio? ¿No es éste una forma irónica de la muerte? Pero exactamente aquí nos asalta el problema de la libertad que más que un problema filosófico es un problema vital, telúrico, plenamente umbilical.

Albert Camus, en sus especulaciones sobre el absurdo, no toma como base la actitud tan característica de las posturas de los pensadores de la última posguerra, es decir, "una conclusión de la libertad" sino un punto de partida del "destino". Es algo así como el ananké de los griegos que hizo que se estrellara la lucidez de su razón en su lucha contra la superstición. En efecto, cuando afirma

que el suicidio es "el problema verdaderamente serio" no piensa en esta actitud extrema como el punto extremo de la acción. El suicidio es, pues, acción, porque siempre es un acto comprobatorio de que la vida vale más que las ideas. La conciencia vigilante de la existencia es la perenne preocupación del hombre y esta conciencia sólo se puede alcanzar o por el sentido común o por el lirismo. Para el hombre siempre es un valor primordial su pasar cotidiano y su exaltación vital porque ambos son fuerzas creadoras. Camus afirma que "el suicidarse es, en cierto sentido, confesar que la vida nos ha sobrepasado y que no la comprendemos". Quizás el sueño sea una etapa del suicidio, quizás lo sea la euforia del amor, quizás también lo sea el automatismo que se apodera del hombre cuando se deja poseer por el instinto. Porque en el ser humano hay una aspiración hacia la nada, que la permanencia en la tierra justifica por la desintegración incesante del cuerpo, y cuyo consuelo lo resuelven las religiones en el sentimiento de la inmortalidad. Quizás el contraste de la nada y la inmortalidad sea el drama del hombre. Jesús, en el Monte de los Olivos, resuelve este problema a su manera, destruyéndose conscientemente, ante el dilema de su permanencia transitoria en la tierra o su eternidad en el cielo, y le dio al hombre la preeminencia concreta de la eternidad. Tal vez sea en este sentimiento de la eternidad que Camus encuentra la relación entre el suicidio y el absurdo. Las contradicciones en esta fase del deslinde de la libertad humana son muchas, pues no hay que olvidar nunca el cuerpo, que es una forma del espíritu. Es innegable que el acto de existir es anterior al hábito de pensar. Pero también existe la esperanza, primera forma de la inmortalidad. Así, pues, para Camus la esperanza y el suicidio son dos evasiones. Pero uno piensa que si el absurdo reclama la muerte esta afirmación hay que ponerla en evidencia. Sin embargo, es fácil ser lógicos, lo difícil es llegar vitalmente hasta los extremos de la lógica.

Pero el sentimiento del absurdo sólo se puede alcanzar en los mundos diferentes pero fraternos de "la inteligencia del arte de vivir o de dejarse existir". Para lograrlo se debe vivir conscientemente. Es lo mismo que decía Renán en su desconcertante relato de "le bonhomme système sur la bourrique pessimisme". Navegamos en el tiempo, como el personaje de Renán, pero hay momentos en que cargamos el tiempo, en que el tiempo se hace costumbre, es decir, se convierte en una categoría absurda. Hay algo de inhumano en el mundo que nos rodea, entonces nos protegemos con la indiferencia, y en este caso el ambiente de inhumanidad se hace más extraño. El hombre, a consecuencia de esta conciencia del tiempo absurdo, comienza a segregar su "inhumanidad": es la

"náusea" que inquietó a Jean-Paul Sartre en su temprana juventud. Es el malestar que sentimos ante la imagen de lo que somos y que nuestra esperanza, nuestra ansia de inmortalidad, nos dice que no somos.

Es ante esta perspectiva desesperanzada que Albert Camus reflexiona sobre la muerte. Hay una especie de ósmosis entre la muerte y el absurdo. Lenta evolución de la una hacia el otro, sea cualquiera de ambos el que coja la delantera. Es esto lo que se siente en el extraño personaje de la novela de Pär Lagerkvist, *Barrabás*. Es la lucha por saber qué es la fe, dónde está el drama tras de haber sufrido, ajeno a los hechos de que se es actor, toda la transformación del espíritu, es decir, sentirse un ser carente de espíritu. Cuando Barrabás encuentra la verdad, esta verdad es la muerte, porque ha llegado al convencimiento, al final de sus días, del absurdo en que ha vivido a lo largo y a lo ancho de su aventura absurda. Y fue entonces cuando quizás se preguntó si tendría qué morir voluntariamente para probar el absurdo de la muerte. Es la incógnita angustiada que posiblemente atormentó a Barrabás cuando confesó, a sabiendas de que no era cierto, ser uno de los esclavos cristianos que habían incendiado a Roma.

Sin embargo, el hombre busca, por todos los medios, la comprensión lógica del mundo que lo rodea, del mundo que él mismo está en la obligación de realizar, es decir, busca reducir el mundo a la medida humana. Porque vivimos en la dimensión propia del hombre y nos movemos en sus consecuencias materiales y espirituales, que son la cultura y la civilización. Es indudable que la concepción de un perro es perruna y sin embargo, el perro y el hombre viven juntos, el uno sometido a su exclusivo instinto y el otro a la inteligencia y al instinto que a ambos une biológicamente. El perro nos es extraño en la misma medida en que nosotros le somos extraños cuando ahondamos en nuestro espíritu. No existen, pues, ni una cultura ni una civilización perrunas porque el hombre ha dominado la tierra y le ha impuesto su sello humanístico: todo conocimiento es antropomórfico y a pesar de esto, vivimos en un desacomodo de las ideas y la realidad. En este plan de ideas Camus se nos presenta sólo aparentemente racionalista, pero constantemente analiza la posición de la antirrazón. Lo que en su pensamiento significa más bien una perturbación del espíritu, en cuyas profundidades se ha nutrido, una vez más, la angustia de nuestro siglo.

Camus define el absurdo diciendo que "es la confrontación de la irracionalidad y del deseo infinito de claridad cuyo llamado resuena en lo más profundo del hombre". A partir del momento

en que se le reconoce el absurdo es una pasión, "la más desgarradora de todas las pasiones". Es ésta la gran contradicción humana: la confrontación entre la unidad del espíritu y la del mundo en que se mueve, y que el absurdo destruye, sin que se sepa cuándo ni cómo. Es lo que Camus llama "la pasión del hombre desgarrado entre el llamado de la unidad y la visión clara que puede tener del muro detrás del cual vive prisionero". Este problema es el que aborda directamente en su desconcertante novela *El Extranjero*, sobre todo cuando su personaje central, Mersault, encerrado en su celda y en vísperas de ser guillotinado, se halla frente a frente, y en soledad, con su conciencia. El drama de esta angustia absurda encuentra su máxima expresión cuando Mersault discute con el sacerdote que trata de convencerlo de su necesidad de un consuelo en Dios. Nada puede el sacerdote contra el muro que lo separa del alma lúcida y lavada de Mersault. Es la lucha del absurdo contra la razón, que se basa "en este universo indecible en que reina la contradicción, la antinomia, la angustia o la impotencia".

Camus nos conduce por esta vía al clima de su propia lucidez que en el fondo no es más que la lucidez de la conciencia frente a todos los problemas que la asaltan. No hay vida sin lucidez. La razón y aun el instinto deben ser lúcidos para gozar de la plenitud de sus fuerzas creadoras. La angustia camusiana, cualquiera que sea el ángulo desde el cual se la mire, es esta claridad de la conciencia. El mismo lo dice: "La angustia es la preocupación cuando toma conciencia de sí misma; clima perpetuo del hombre lúcido en el cual la existencia se reencuentra". Es aquí donde la muerte halla su ambiente, el ambiente de la conciencia, porque es su fin, es decir, "retorno angustioso al *ser* anónimo". Y es aquí donde Camus se alinea con el pensamiento existencialista de nuestro tiempo. Pareciera que el pensador que verdaderamente lo ha influenciado en esta corriente de ideas es el filósofo ruso Chestov. El planteamiento total de Camus, por lo menos en sus reflexiones de *El Mito de Sísifo* y de sus más características novelas, es el mismo de Chestov, compensado, eso sí, por el genio literario de uno de los más grandes escritores franceses de nuestro tiempo. Para ambos toda contradicción racional concluye en lo irracional y la lucha del hombre es contra éste irreconciliable. No se apartará nunca de este principio que vive plenamente en novelas tan opuestas como *La Peste* y *La Caída*. Sin embargo, Kierkegaard es para Camus el más angustioso de los hombres no porque polemice sobre el absurdo, en el sentido de la lucha entre lo racional lúcido y lo irracional no menos lúcido, sino porque sufre el absurdo en carne viva. La vida de Kierkegaard es, en efecto, una vida absurda en

lucha perenne con la realidad más allá de todas sus posibilidades. Es decir, que para él el drama humano no es sino una lucha entre tres fuerzas que se neutralizan: la nostalgia, lo irracional y el absurdo. Es la búsqueda de la lógica por los caminos espinosos de la existencia, que en sí misma es una negación sin tregua del tiempo. Es el clima destructor del ser existencial: o se sale de él por el suicidio o se permanece en él en lo que don Miguel de Unamuno llama "la agonía". El absurdo camusiano no es más que la constante confrontación consciente de lo racional y lo irracional. Así, pues, aunque parezca una paradoja, y puesto que existimos gracias a esta conciencia lúcida de todo nuestro ser en sus conflictos con el mundo que nos rodea, el suicidio no es, porque es negación del drama humano. Quizás sea por esto que todas las filosofías proponen la evasión, nunca el nihilismo, para afrontar el ser en nuestro paso por este mundo. La esencia religiosa, en primer término, que es tan antigua como el hombre, se agarra de la divinización de lo que fatalmente tiene que destruirse. Es una realización en la trascendencia. Hay la evasión filosófica que ya Descartes planteó en el *cógitio*, no como sinónimo de ser, sino como consecuencia del ser: aquí está toda la base del racionalismo moderno. Y hay la evasión existencial que nadie ha sentido más hondamente que Kierkegaard en su afán por escapar de la condición humana. Buscó incesantemente una esperanza y no encontró sino la desesperanza, porque siempre se movió en las fantasías de su propia conciencia: nada se ha probado, luego todo puede ser probado y para ello tenemos que existir muriendo sin cesar.

Camus llega a una conclusión alarmante en esta vía de las evasiones, acuñada en una expresión que parece una frase, pero que es una verdad profunda, sobre todo cuando pensamos en el fin absurdo de su vida: "El absurdo es el pecado sin Dios". Por esto es que el personaje de *El idiota*, de Dostoievsky, se pega un tiro para demostrar que es Dios: este es un pecado sin Dios. El mismo Dostoievsky, que vive en la angustia religiosa, que se revuelca en el pecado con histeria filosófica, afirma que si Dios no existiera habría que inventarlo para justificar los pecados. A tanto no llega Camus, cuyo ateísmo fue invariable, eso sí, un ateísmo sin sobresaltos ni dolores. Recordemos nuevamente el fin del personaje de *El Extranjero*. Coloca, pues, el absurdo, que a veces en su esperanza desesperanzada coincide con la conciencia de la muerte, en el tiempo, que se adhiere pegajosamente a nuestro ser y que es esencia de nuestra existencia. Por eso afirma que el ideal del hombre absurdo es "el presente y la sucesión de presentes ante un alma permanentemente consciente". Para explicar este presente, que es

experiencia sin repetición, que es jadeo inútil de la conciencia en su afán de inmortalizarse, evoca el donjuanismo justamente porque el amor, desde cualquier punto de vista que se le considere, es la pasión absurda por excelencia. "—En fin —le dice una de sus amantes a don Juan— yo te he dado todo el amor". "—¿En fin? No —le responde don Juan—, solamente una vez más". Don Juan es un hombre práctico, no es un hombre absurdo. Por esto don Juan no es triste, pues no espera nada, no vive de abstracciones, vive en lo concreto y realiza sus actos en el tiempo exacto de su dimensión. Don Juan no ignora nada, no especula. Don Juan simplemente vive y en esto consiste su grandeza. Don Juan detiene el tiempo en la sonrisa de una mujer, con su simpatía o con su antipatía, según que inicie una aventura o que le ponga fin: el tiempo no tiene, para este insaciable goloso de bocas y almas, ni principio ni fin, sólo tiene presente, y su fortaleza consiste en poseer la conciencia de este presente en su profesión de ser voluble y sólo aparentemente intrascendente. Su absurdo consiste, pues, en que tiene conciencia de su ciencia y nunca echa mano del instinto. Aunque actúa para el presente de sus sensaciones, vive fuera del tiempo y de aquí le viene su simpatía de seductor. Para don Juan el amor es conquista, posesión evidente y agotamiento físico. Quién sabe por qué le vino esta ciencia del amor consciente que las Escrituras llaman "conocimiento". Para don Juan este "conocimiento" consiste en saber que de "todas las glorias la menos engañosa es la que se vive".

También existe el absurdo del actor que, al contrario de lo que sucede con el agotamiento intemporal de don Juan, no encaja nunca en la propia experiencia. En efecto, encarnar seres no es vivirlos. El dramaturgo que puso todo su genio en acción es quien les dio toda su vida creadora. Sin embargo, hay veces en que creemos que conviven el personaje y el actor: esto se siente sobre todo en la comedia, el género más difícil del teatro. Pero lo interesante es que el teatro moderno, que se ha dado cuenta de esta contradicción estética, ha pretendido crear el teatro del absurdo. ¿Lo ha logrado? Sí, en cuanto logra despertar en el espectador, por medio de situaciones irreconciliables, la conciencia del absurdo. Es decir, la situación es lo que hace posible que el espectador piense en su propia circunstancia, y ahonde en las contradicciones que alientan en el drama que contempla su propia conciencia. Es lo mismo que hizo en la novela Franz Kafka. Es una novela del alma humana, pero la novela que coloca, en posición consciente, al personaje en la circunstancia de quienes lo rodean, sin nexos con la realidad. Es el proceso de la evolución del alma arrastrada por la tormenta

del tiempo lúcido hacia un fin que no soluciona ningún problema planteado al personaje por las situaciones en que lo ha puesto el destino.

La evolución posterior del pensamiento de Albert Camus, que encuentra su expresión en su libro polémico *El Hombre Libre*, nos lleva a discordar con sus puntos de vista sobre su posición intelectual. Se coloca, en efecto, del lado de su experiencia para discutir su angustia intelectual, que nada tiene que ver con el plano del absurdo, según su alegato. Sin embargo, su muerte, la más concreta de sus experiencias, es la más absurda comprobación de sus tesis paradójicas. Pareciera, en su egotizar sobre la experiencia intelectual, en la que ha machacado el pensamiento actual, que es lo que Ortega y Gasset llamó "la deshumanización del arte": es la forma de su individualización que se obtiene conforme el hombre marcha hacia su destino, o lo que es lo mismo, hacia la conciencia de su tiempo. En este caso no sabe dónde comienza el tiempo ni dónde termina, es decir, se deshumaniza como la muerte deshumaniza al ser humano. Y el tiempo sigue siendo la dimensión humana del arte. En cualquier forma de la deshumanización el hombre histórico, el hombre que camina acorde con su tiempo, que forma parte de la circunstancia de su situación, ya sea que coincida con los demás seres o no, es un simple objeto. Y es más conmovedora para él esta condición porque entonces, con la certeza de su destino, unido al destino de los demás hombres en una especie de deshumanización perenne, en su fin está su muerte concreta y no la muerte abstracta. Y el hombre, después de todo, es su fin y su fin único: es su tiempo, es su situación, es su circunstancia. Es el ser "humano, demasiado humano" que Nietzsche exaltó. Porque ser consciente no es resolver un destino sino vivir el destino del cual se tiene conciencia. Hay que poseer, pues, un destino vital, hay que ser humano, demasiado humano.

Desde luego, Albert Camus, que fue un artista que abordó todas las expresiones del pensamiento literario, tenía que plantearse la creación de la obra absurda. Toda su obra, sobre todo sus novelas y su teatro, respira el ambiente del absurdo, es decir, el ambiente que es consecuencia de la situación del hombre frente a su conciencia como su destino inmediato. Afirma que para el artista su obra es "la muerte de una experiencia y su multiplicación". Es la cristalización de la lucha entre las pasiones y la razón, pues en la obra debe predominar la forma sin contradecir, lo que sería ilógico, el fondo de la vida. Desde luego, para que el absurdo nutra una obra de arte es preciso que la lucidez más nítida de la conciencia vigile su creación, sin menoscabo del elemento intuitivo.

tivo que le da la gracia de su espontaneidad. No se trata de un ejercicio intelectual, de un oficio más o menos consciente, pues el artista no es nunca prisionero de sus obras, como no lo es el filósofo de su sistema, sino de la actitud que toma frente a ella. La novela es el género literario en que mayormente se ha realizado esta experiencia de la conciencia lúcida. No la prevén los románticos ni mucho menos los clásicos, aunque haya obras tan lúcidas como *La Princesa de Cleves* de madame de La Fayette, y *El Adolfo* de Benjamín Constant, que gestan el amor únicamente en la situación de sus conflictos psicológicos. En la novela del absurdo no se trata de explotar elementos psicológicos: lo que interesa es la actitud del hombre frente a la circunstancia de su vida, que puede ser mediocre, insignificante, o también heroica. Y es que se dijera que ya las "historias novelescas" están agotadas. La novela actual trata de despertar un nuevo universo latente en la conciencia humana, que a su vez se halla maniatada al mundo en que se manifiestan sus hechos por los lazos eficaces del tiempo. En el fondo este nuevo universo novelístico es el destino consciente del autor en la confrontación de su espíritu con el mundo que él mismo construye y destruye a un mismo tiempo. Sin embargo, Camus no alcanza en sus novelas este ideal, si se exceptúa *La Caída*, sin duda la mejor de sus narraciones.

TRES han sido los escritores que influyeron en la formación del pensamiento de Albert Camus: en su juventud André Gide con sus inquietudes estéticas y sus interrogantes morales, además de los atractivos de su prosa morbosa; en su etapa siguiente Federico Nietzsche, que le descubrió el vitalismo y el sentido de la fuerza como preeminencia del hombre en rebelión contra todos los valores establecidos; luego Dostoievsky, con su honda y desconcertante penetración de los conflictos religiosos en el alma humana. La influencia de Dostoievsky ha sido la que más profundamente marcó este espíritu, aun cuando Camus rechaza, por instinto estético, los estados psicológicos, como condición del comportamiento humano. Tan honda ha sido en Camus la influencia del novelista ruso que hizo una adaptación escénica de una de sus más representativas novelas: *Los Poseídos*. Es muy dudoso, en este margen inevitable de las predilecciones literarias, que Franz Kafka haya ejercido una influencia poderosa en Camus, aunque cuando escribe *El Extranjero*, ya el luminoso escritor checoslovaco había muerto y toda su obra despertaba la curiosidad de las nuevas generaciones euro-

peas. Sin embargo, hay un ambiente muy kafkiano en las obras de ficción de Camus.

Camus descubrió en *Los Poseídos*, de Dostoievsky, lo que él llama "el suicidio lógico", extraño caso de afirmación en la negación del supremo valor humano que es el religioso. En efecto, el personaje de esta novela, Kirilof, siente el suicidio lógico. Kirilof intuye que Dios es necesario y que sin él el hombre no podría vivir, pero al mismo tiempo presente que no existe; luego, llega a la conclusión de que el suicidio es la única solución que le queda. Pero lo absurdo de esta posición tan clara no está en su suicidio, sino en que es un ser que se rebela y para rebelarse siente urgencia de demostrar que él mismo es Dios, pues la muerte es lo que lo ha echo vivir en esta tierra como una afirmación de la eternidad del hombre. Lo importante es que, fuera de esta obsesión insensata del suicidio para demostrar que es Dios, Kirilof es un ser sumamente cotidiano, mediocre: lo salva de esta mediocridad su posición tajantemente religiosa. Es algo parecido a lo que le sucede a Don Quijote, que es el más señorial de los hidalgos mientras no se acuerde de los libros de caballería: el suicidio para Don Quijote está en su manía caballeresca. Si no queda tendido en un campo de batalla de los que su insensatez urdía es por su mediocridad de hombre cotidiano: es así como se atreve a morir en estado de estulticia con Dios y con los hombres. Kirilof fue más audaz, pues murió como dios sin ser dios. La divinidad que busca Kirilof es terrestre, mientras que la que ansía Don Quijote es eterna. El mismo personaje de Dostoievsky dice en qué consiste el atributo de la divinidad, que en el fondo no es más que el deseo de que lo dejen en paz con su conciencia: "He buscado durante tres años el atributo de mi divinidad y lo que he encontrado: este atributo de mi divinidad es mi independencia". Don Quijote busca la substancia de su cordura y también la encuentra cuando afirma arrogantemente: "¡Yo sé quien soy!". La diferencia está en que busca atributos y el otro busca la substancia: es un problema de teología en Don Quijote y de angustia humana en Kirilof. Pero no deja de haber una confusión en todos estos conflictos de la conciencia en dos seres de excepción, cuando piensan en sus problemas fundamentales, y tan humanos, cuando se ponen a vivir con la simplicidad de cualquier hijo de vecino.

Camus dice muy cuerdamente, dentro de la temeridad de su pensamiento, que "el hombre ha inventado a Dios para no matarse". ¡Dios nos libre de este pensamiento atroz que nos dejaría sin la angustia de nuestra propia responsabilidad! Porque todo lo que sucede en este mundo está bien, es lógico, aunque parezca a

veces absurdo, siempre y cuando tengamos conciencia de cuanto sucede; pero en el mundo de Dostoievsky lo absurdo sucede en un mundo absurdo, lo que nos saca del dominio de la historia y nos arroja en el de la soledad humana. Sin embargo, el hombre busca la divinidad con impaciencia y cuando no la encuentra crea mitos que pueden ser groseros como en el caso de la Revolución Rusa, que tiene una antesala en la oscuridad morbosa del mundo de Dostoievsky. Pero si a los mitos de la gran Revolución Rusa se les da contenido material, lo que la une fatalmente al mundo occidental, la esencia de "los humillados" de Dostoievsky es la vergüenza de vivir en la atmósfera del pecado que los aleja de Dios. Por eso es que las novelas de Dostoievsky no son absurdas sino que plantean el problema del absurdo.

Por el contrario, a veces encontramos en Camus, como en su novela *La Peste*, un simbolismo muy parecido al de Kafka. Pero con la diferencia que Kafka nunca trató de justificar el absurdo como sí lo hace Camus: los personajes de Kafka viven absurdamente con la misma naturalidad con que la mayoría de las gentes mediocres pasan su existencia. Quizás en este sentido no tenga razón Nathalie Sarraute cuando afirma que el arte novelístico de Camus fue un momento fugaz de su carrera, no sin trascendencia cuando publicó *El Extranjero*, la primera novela de tipo kafkiano del Occidente. El extranjero es un ser absurdamente absurdo, aun cuando carezca de simbolismo en su descarnada angustia. En cambio *La Peste*, sí es una narración kafkiana en la ensoñación de su simbolismo. Aquí, como en Kafka, bulle un derroche de simbolismos: la novela relata la vida de héroes insignificantes con una fuerza inagotable y generalmente sus consecuencias van más allá de lo que el autor previó. Sentimos el desasosiego de vivir en un mundo absurdo, pero los hechos son tan cotidianos y tan vulgares que su desarrollo los hace más absurdos. Es la herencia estética de Kafka, a quien la historia habría de darle la razón, pocos años después de su muerte, pues el universo de sus seres no tardó en convertirse en una realidad en la Alemania hitlerista y en la Rusia staliniana ¿Existe nada más absurdo que un campo de concentración? ¿Y qué son los ambientes de las novelas de Kafka si no prefiguraciones de los campos de concentración? Camus, por su parte, no hace otra cosa que describir el mundo en que se movió durante la última guerra una generación víctima de una filosofía absurda. Lo importante en Kafka es la conformidad con que sus personajes aceptan las aventuras en que se ven comprometidos, y que no entienden, pero que viven con la plena conciencia de la realidad. Hay en ellos una compensación entre lo universal y lo particular, entre lo universal

comprensible y lo particular incomprensible. Son dos mundos en conjunción, sin que se sepa cuál es el más importante de ambos: el de la vida cotidiana o el de la inquietud sobrenatural. Nietzsche había afirmado acertadamente que "los grandes problemas se encuentran en media calle" Jean Paul Sartre llama a este mundo cotidiano lleno de magníficas posibilidades "el mundo de la esperanza". Lo importante de esta esperanza es que es inaccesible por su misma lucidez. Como todo nos es dado y nada nos es explicado, esta esperanza consciente en que vivimos no necesita ninguna metafísica, pues en su mecanismo toda metafísica es noción carente de sentido.

¿Existe una estética del absurdo? Por más que penetremos en las hondanadas del pensamiento actual esta estética no aparece con la misma solidez con que sí se nos ofrece una estética del romanticismo. No puede haberla porque en esta filosofía del absurdo que exige una conciencia siempre alerta en el deslizamiento crítico del tiempo, arquitecto de la historia cotidiana, lo importante es existir. La obra de arte es nada más que una forma de este existir. Por lo demás toda estética es cuestión de forma y la forma es lo menos importante en la existencia que se nos escapa por todos nuestros poros, pero que al mismo tiempo nos aprisiona. Camus afirma que quizás el único filósofo que llegó a las consecuencias extremas de una estética del absurdo fue Nietzsche, puesto que su "último mensaje reside en la lucidez estéril y conquistadora y en una obstinada negación de todo consuelo sobrenatural", pero este no es un principio estético, sino una postura nihilista.

ALBERT Camus dice en la segunda edición de su libro *El Anverso y El Reverso* que "su fuente se encuentra en estos ensayos, en este mundo de pobreza y de luz en que he vivido durante largo tiempo y cuyo recuerdo me preserva de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción". En estas bellas páginas de su lejana juventud africana está, en efecto, todo su genio. Camus es un escritor mediterráneo y sin este precedente literario no se entendería la calidad de su estilo poético y definido. Toda la luz de su Argelia nativa se transparenta en estas páginas escritas al calor de un humanismo hondo, enraizado en la fusión de dos razas que se excluyen por sus tendencias exclusivas y se unen por sus esperanzas no menos exclusivas: la francesa y la española. En efecto, Camus es por su madre, de origen español y por su padre, de origen francés. Pero fue bajo el sol del Mediterráneo, en la tierra que vio nacer a San Agustín, que endureció

sus huesos. Su formación intelectual es clásica, pues en su juventud estudió justamente a San Agustín y la filosofía griega, en especial a Plotino, es decir, el cristianismo agustiniano del santo africano y la intuición platónica del filósofo alejandrino. Toda el Africa del Norte. Más tarde habrá de acercarse a los moralistas franceses de siglo XVII, con quienes tiene notables puntos de contacto. Y cuando las inquietudes del mundo en que le toque actuar lo asalten irá hasta las más hondas raíces filosóficas de la Europa Central y de Rusia, cuyas angustias renacen en sus obras de ficción. Pero sobresale en su genio el permanente influjo español que afluye a su espíritu con la misma naturalidad con que afluye al de Montaigne. No es el senequismo literario de que tanto han abusado los españoles del ocaso final de la vieja nación, es el realismo con que alimentó su miseria en un territorio colonial francés donde el pan no era de todos los días. Entre la luz y la miseria africanas, pues, se formó el espíritu de este nuevo moralista francés. En la miseria que impide creer que todo anda bien en este mundo, y bajo el sol, en su invariable realidad optimista. No es la aventura de Camus, sin embargo, la misma de Odiseo, el trágico Odiseo, a quien el azar dicta la substancia del humanismo homérico, es más bien la aventura de Aquiles, sombrío frente al cadáver de Patroclo; alimentó su sangre, desnudo en medio de las olas del Mediterráneo, en un mar y bajo los rayos de un sol que no cuestan nada. Aprendió, en este anverso y reverso de su niñez espontánea, el secreto de vivir plenamente y de gozar de los bienes de la naturaleza "ahora, porque mañana será tarde". Melancolía salomónica bajo el chisporroteo solar que vio pasar a Hércules y a Teseo, cuando civilizaban a estas regiones clásicas en hombros de la leyenda. Porque el sentimiento sensual de la vida no deja sitio a las ambiciones que enturbian los encantos gratuitos de la naturaleza y la limpidez de nuestro auténtico genio humano. Es el primer descubrimiento que hace Camus de la libertad, que hasta ahora nadie ha logrado definir y que sólo unos cuantos privilegiados han logrado disfrutar. Es el descubrimiento alegre de la libertad que expresa nuestro autor justamente cuando dice que "amo la casa desnuda de los árabes o de los españoles. El sitio donde prefiero vivir y trabajar (y cosa rara, donde me sería indiferente morir), es un cuarto de hotel".

Sólo la luz física y la lucidez clara que esa luz deja en la conciencia son expresión de la serenidad. Y la serenidad nos hace marchar hacia nuestro destino con la confianza de que nada ni nadie nos engañará, aun cuando la historia nos enrede en su tela sutil y resistente. Odiseo, mediterráneo hasta la médula de los huesos, sabe lo que quiere y a dónde va aunque en un instante de su

vida se deje engañar por la ciencia de Circe. Y como Odiseo son todos los que le hacen frente con valor a la existencia, pues su ser está más allá de los límites de la moral. Bien lo dice Camus: "Soñar de moral cuando se es hombre de pasiones es como entregarse a la injusticia, al mismo tiempo que se habla de justicia". Ya comienza a definirse en estas páginas primigenias el ateísmo camusiano, cuyos avatares los hallamos en Mersault, de *El Extranjero*, en el Dr. Rieux, de *La Peste*, en Clamence, de *La Caída*. Transposiciones semejantes de un mismo sentimiento sensual de la vida que se complica cuando el hombre piensa en lo que los demás hombres han inventado para degradar la conciencia, que siempre nace limpia cuando lanza su primer grito vital a la naturaleza. En la narración "La Ironía" de *El Anverso y el Reverso*, a propósito de la vieja inválida, Camus precisa ya su idea de Dios: "El único bien digno de amor, sumergido, en fin, y sin esperanza, es la miseria del hombre en Dios. Pero que renazca la esperanza de la vida, y entonces Dios no tiene ninguna fuerza contra los intereses del hombre". No olvidemos que el cristianismo es una religión mediterránea, la religión de la angustia mediterránea, a la cual le dio ese viajero de la pasión que fue San Pablo, todo su contenido humano al incorporarlo al mundo clásico al cual, a su vez, sus sandalias de judío errante le agregaron el secreto de la Revelación. Es la trágica descripción del ser que se queda solo frente a Dios cualquiera que sea la idea que tenga de Él. Es el mismo sentimiento de la vejez, ligado al sentimiento de la soledad, cuando el personaje del relato camusiano llega a la conclusión de que al final de cuentas la vejez se convierte en una náusea.

Se perfila así, en Camus, cada vez con mayor hondura, el hombre del destino que parecen animar todas las religiones. Es muy importante esta etapa de su pensamiento, porque en el relato de *El Anverso y el Reverso*, en que llega a la conclusión de que en la familia que describe ya no existe ninguna razón para el amor, se siente la nostalgia de una juventud que se va. Para Camus hay "una especie de coraje desesperado en la lucidez y en el rechazo del amor". Curiosamente se manifiesta ya el sentimiento de absurdo al término de la vida de la vieja comediente. En este relato, de un realismo sorprendente, está en germen la técnica novelística de Camus. Además del tema del absurdo asoma aquí el tema de la muerte, tan presente en toda la obra de nuestro autor, en el sentido de la negación. La muerte es la que le da unidad a la vida y esta unidad no es más que el contraste entre la alegría de la naturaleza y el destino mortal de todos los seres. "Después de todo —dice uno de los tres personajes de la narración—, el sol calienta

nuestros huesos". Camus nos da a entender que el sentimiento que se siente en estas páginas es la actualización de una angustia pasada, de su tiempo infantil, cuando sentado frente a la vieja madre, anegada en el silencio silencioso de quien sabe que su dolor es ancestral, tuvo la emoción de la muerte como inmovilidad. Pero al mismo tiempo lo es también de su estado de hombre, pero ya en función de una angustia experimentada en una dimensión trágica por consciente. *Entre sí y no* es una de las más bellas páginas de este pequeño libro de relatos. Camus llega aquí a la conclusión de que "el hombre termina por instalarse en el destino", y este destino es la muerte. Es lo que llama "la simplicidad", es decir, "un intervalo entre sí y no".

Es impresionante la comprobación del ser mediterráneo que poseía a Camus cuando, en pleno goce del placer plástico bajo los cielos de Italia, se diluye su alegría en su conciencia agustiniana. En efecto, Camus tiene la misma pasta africana de San Agustín, pues para ambos el problema de la libertad priva sobre todos los demás, pero en el santo es lucidez y en el novelista contemporáneo regusto del pecado. El mismo título de la narración, *La Muerte en el Alma*, basta para situar esta angustia, quizás la primera en la larga serie sintomática de su ascensión hacia su nihilismo lírico. La escena sucede en Praga, ciudad kafkiana. El contraste del recuerdo de una ciudad solitaria y la soledad de la región italiana a donde se dirige el autor, hace más intensa la sensación del repliegue de la conciencia sobre sí misma. Recuerda a Argel y recuerda un pequeño cementerio y que, desde la altura en donde éste se encuentra, se puede disfrutar del paisaje claro de la bahía bañando su pereza en un mar azul y sereno. En uno reposa "la esperanza desesperada", y en el otro, la alegría en espera de la desesperación. Pero el hombre no puede escoger: la selección es afán de idealistas y no de seres que viven en función de la luz. Camus grita entonces, impúnemente, su amor a la vida, que es amor de luz, ambiente de formas claras y volubles como las sombras que proyectan estas formas en reto furioso, al haz luminoso que limita graciosamente su geometría. Camus, que se siente africano, con reminiscencia de francés y de español, se atreve a decir que "quizás ningún país, sino un país mediterráneo, me ha llevado a la vez tan lejos y tan cerca de mí mismo". No es la contemplación sistemática enamorada de sí misma, como en el tema de Montaigne, lo que descubre el hombre, es la naturaleza, que se entrega impunemente, como se les entregó a a los griegos vagabundos del helenismo y a los italianos aventureros del Renacimiento. Es la naturaleza que Cervantes descubrió en la isla de Cerdeña, donde el hombre vivía tan inocente co-

mo en los idilios de Teócrito. Es en Mallorca donde se le revela este instinto descarnado, este pecado de los sentidos hasta entonces inocentes, porque aún no entendían, con amargura, la tristeza de la carne que enturbia la luz y obnubila la conciencia. Es el amor de vivir que "es pasión silenciosa, que es como una amargura bajo una llama". Desde luego, las páginas de *El Anverso y el Reverso*, que fueron escritas en su infancia literaria, tratan de negar la claridad formativa del pensamiento mediterráneo. Pero, a pesar de su opinión en contrario, Camus desde entonces posee el genio transparente del Mediterráneo.

No es sino más tarde que volverá a su pasión primitiva, pero ya en otro tono del de su angustia juvenil que, en el fondo, no fue sino el inevitable sarampión romántico de todo gran escritor. Por ahora, mientras su espíritu desencantado por exceso de vitalidad navega en el mar de la civilización, exclama: "Admito que se puede encontrar a orillas del Mediterráneo certidumbres y reglas para la vida, lo que me intrigaba entonces no era un mundo a la medida del hombre sino lo que se ocultaba dentro del hombre... No eran acciones de gracia las que podían subir de mis labios, sino esta *Nada* que no ha podido hacer su aparición en estos paisajes anegados de sol. No existe amor de la vida sin desesperación de la vida". Al fin encontramos el dolor cristiano. Pero la noción pecaminosa del pecado nace tardíamente, cuando los hombres se alejan de la vendimia celeste que es vendimia esencialmente mediterránea: que el vino, como Venus, nació en una isla griega y el cristianismo arrulló su poesía primitiva en los más bellos parajes de la tierra de Dios, no lejos del mar de Homero. Camus llega a una conclusión unamunesca, al reflexionar sobre este mundo en que hizo su aparición la medida del hombre: "No me quejo porque me miro nacer". Unamuno dice en su sentimiento trágico de la vida y de la muerte que "morir es desnacer". Camus no siente el tiempo como una tumba que nos acompaña fatídicamente, adherida a nuestra conciencia. Sin embargo, este pensamiento del "mirarse nacer" será más tarde contradicho en *El Mito de Sísifo*, cuando Camus niegue la eternidad como un fin de la vida. Lo importante en la evolución de esta conciencia, que se busca en la lucidez de su realidad y de su irrealidad simultáneas, es que ya está vigente en ella la angustia de la vigilia. "¿Cuándo soy más verdadero —se interroga Camus—, que cuando sigo el mundo? Me siento entonces colmado antes de haber deseado. La eternidad existe y ya yo la esperaba. No es ser dichoso lo que ahora más deseo, es únicamente ser consciente. El gran valor es permanecer con los ojos abiertos ante la luz como ante la muerte".

No termina aquí todo lo que entraña el prodigioso destino de haber nacido a orillas del Mediterráneo. Camus permanece en el genio de las regiones que le enseñaron, al no más nacer, que "el hombre es la medida de todas las cosas", como lo afirmaron los sofistas atenienses. "El conócete a ti mismo" socrático es, en estos paisajes, una risa esplendorosa que nos envuelve con sus alas sensuales y nos incita al pecado, si es que hay pecado en amar con pasión la naturaleza.

Camus continúa las afirmaciones de su genio mediterráneo en su diminuto libro *Bodas*. Son las nupcias del hombre en trance de devenir consciente y de la naturaleza que sigue siendo serenamente natural. No es simplemente una descripción del paisaje argelino, tan grato a Camus, es la vivencia íntima de su clima transparente, en cuyo ambiente los sentidos se deleitan con su agresividad telúrica. Abandona entonces, por un instante, el orden y la medida, para permitirle a sus sentidos que gocen de una naturaleza que lo acapara de cuerpo entero en una sabrosa posesión de todo su ser. Cabalmente es así como quiere sentirse. Lástima que los antiguos quisieron gozar de estos parajes poblándolos de mitos religiosos que son creaciones de la inteligencia inspiradas para atajar la muerte. Sin estas fantasías supersticiosas de la imaginación, gozaríamos aún de lo que es grato, pero que el terror de la muerte nos escamotea con terquedad inhumana. Camus, olvidándose de estos mitos, aprende en estos sitios únicos el prodigio del cuerpo, con sus nervios, con sus vísceras, con sus músculos, con sus órganos que lo reatan a la naturaleza para que, en su abrazo, prolongue sus bienes en esta tierra tan fecunda. Más tarde, cuando revive nostálgicamente esta espiritualidad del cuerpo, quizás recordó estas páginas magistrales de *Bodas en Tipasa*. "Me basta vivir con todo mi cuerpo —dice luminosamente— y testimoniar con todo mi corazón". Pero a veces este abuso del testimonio corporal frente a la naturaleza, que es siempre avara, conduce a lo que el novelista italiano Alberto Moravia llama "el hastío". El secreto está en la limitación, en detenerse a tiempo en las orgías del cuerpo y del espíritu. Moravia ve con claridad el hastío, que no es otra cosa que la conciencia en sí misma, al reflexionar sobre la tiranía del goce sin freno de los sentidos: "El hastío, pues, además de la incapacidad de salir de sí mismo, es la conciencia teórica de que yo puedo evadirme, quizás, de no sé qué milagro". Es casi lo mismo que afirmará Camus, tras sus embriagueces juveniles bajo el sol del África del Norte, cuando ya comience a replegarse con cansancio espiritual sobre sí mismo, del absurdo, sólo que en el plano de una incipiente metafísica de la angustia. El absurdo, en las primeras etapas

de sus investigaciones, cuando disfruta con plenitud de sus paisajes familiares, no es otra cosa que la incomunicabilidad entre el hombre y el mundo en que vive, la contradicción de su sentimiento consciente que busca, por medio de los actos, su expresión en el tiempo. No es aún el absurdo como situación de la conciencia. El personaje de Moravia se quedó en este goce como en un laboratorio de exageraciones insatisfechas, en una especie de gnosticismo de los sentidos, y Camus fue a dar con sus huesos en brazos de la muerte absurda por lógica. Moravia, sin embargo, lleva su tesis del hastío a extremos existenciales que no dejan de ser inquietantes: "El aspecto principal del hastío era incapacidad práctica de permanecer frente a mí mismo, única persona en el mundo, por lo demás, de la que no podía deshacerme de ninguna manera". Pero cuando el personaje de la novela de Moravia, ya agotadas todas las perspectivas de su propia realización en la posesión total de la mujer que lo obsesiona, quiere suicidarse, se salva definitivamente, pues su obsesión es lo único que fenecer en el accidente voluntario del auto que conduce. En cambio Albert Camus sí queda tendido definitivamente cuando choca el auto que lo conduce a París: su angustia tiene un fin lógico, porque no era la angustia del hastío sino la angustia de la medida, la angustia que aprendió en la claridad de la luz mediterránea, bajo cuya gracia las cosas se dibujan en su plenitud y provocan, con sus formas perfectas, el espíritu y no las ansias freudianas que se acurrucan en el fondo de la subconsciencia.

Albert Camus, pues, ama su tierra, Argelia, paraíso terrenal donde el placer del cuerpo es la simplicidad misma. Pero no es la vida bajo los soles ardientes del Africa del Norte para someterla al orden y a la medida, sino para ser amada con la pasión ardiente de las entrañas. En ella se vive y nada más. Sin embargo, por sus arenas ha pasado el fatalismo árabe y ha hecho su nido el pecado cristiano, raíz de la tristeza de nuestra civilización. Por esto es que Camus se atreve a decir que en el Africa del Norte la noción del infierno no es sino una broma amable. "Se existe en el presente, se ama en el presente, se olvida en el presente: la esperanza no es un don del goce en acción, del goce cotidiano y lírico". Esta alma mediterránea, ajena al pecado, ha echado por la borda todos los mitos que nutren a los hombres sin imaginación. Y el Mediterráneo, donde todas las aventuras del hombre han sido posibles, es un mar diminuto, limitado como la vida humana. La unidad de este mundo, azul y sereno, donde se bañan las sirenas frente a los barcos de los hombres enfermos de castidad, se expresa en su esencia de sol y agua salada. No cabe aquí, pues, el concepto del pecado sino el alumbramiento perenne de la belleza. El pecado vendrá a sus

ondas castas con la resaca del cristianismo deformado por el agustinismo: el libre arbitrio del santo africano es la lanza que apunta directamente al corazón inocente del hombre. Tiene razón Camus cuando se enfrenta a este fraude que se le hace al alma humana y dice, enmarcando su noción de la inocencia humana en estos parajes apacibles que arrullaron su infancia: "Existen palabras que no he logrado comprender bien, tales como pecado. Creo saber, sin embargo, que estos hombres no han pecado nunca contra la vida. Pues si hay un pecado contra la vida, no es tanto desesperar como esperar otra vida, y rehuir la implacable grandeza de la nuestra". El castigo por el pecado cometido, es decir, la desesperanza de un reino cuyos encantos son muy hipotéticos, que es meta de la filosofía cristiana, lo lleva a considerar el infierno como la conciencia concreta del presente.

Hay un atisbo de lo que serán sus puntos de vista veinte años más tarde, en unas interesantes reflexiones sobre la pintura que encontramos en este libro. *El Desierto*, el último ensayo de sus *Bodas africanas*, lo piensa en Italia aun cuando los vientos de los arenales se acumulen en los ambientes por donde pasa su ruta de ser angustiado. En efecto, este pequeño ensayo lo dedica para demostrar, por medio de las artes plásticas, la lucha temporal de la razón y la no razón. Es un anuncio de su futuro pensamiento fenomenológico. Tendrán que transcurrir veinte años para que en su ensayo fundamental *El Mito de Sísifo*, el ensayo sobre el absurdo, desaparezca completamente la noción del espacio con la ventaja de la noción del tiempo. Este ensayo sobre el desierto no tiene como escenario el Africa del Norte, sino Italia, en donde la naturaleza, aunque siempre es más fuerte que el hombre, ya está domesticada por un pasado demasiado definido. Expresa, en frases del más puro lirismo, el contentamiento de las fiestas de la tierra y de la belleza. Es un adiós vibrante a la juventud para penetrar en las profundidades de la conciencia, como escenario y como personaje central de la vida.

El libro más polémico de Albert Camus es *El Hombre Rebelde*. Es, sin embargo, el menos interesante, quizás porque trata de sistematizar una actitud vital, apoyándola en la historia de las ideas justamente para condenar, en última instancia, a la historia. Cuando publicó *El Hombre Rebelde*, ya sus novelas habían aparecido, había participado virilmente en su "tiempo", había renunciado al partido comunista francés y trataba, con su nueva obra, de integrarse a un mundo aparentemente sereno. Pero libro tan polémico,

escrito por hombre tan polémico, no contiene ni una filosofía, ni un sistema, ni una estética, sino que es más bien una colección de pensamientos que continúan la misma línea iniciada en *El Mito de Sísifo*, sin la fuerza lírica de este magistral ensayo sobre el absurdo. En vano explica Camus cuál es el objeto de su libro, que lo escribió en las primeras etapas de la guerra fría. "El propósito de este ensayo —dice en el prefacio—, es aceptar una vez más la realidad del momento, que es *el crimen lógico*, examinar precisamente sus justificaciones: es este un esfuerzo para comprender mi tiempo". Se enfrenta así, después de haber participado activamente en los hechos trágicos de su época, a las ideas que sustentaron este tiempo y que André Malraux llama "el tiempo del desprecio". Afirma que aceptar estas ideas es "estar en regla con el crimen". Sin embargo, Camus no cambia la actitud que había adoptado frente al suicidio como solución del absurdo. Su hombre rebelde no está muy distante de Sísifo. No sale de lo concreto, de lo tangible, porque sus puntos de vista tienen la rigidez que él mismo llamó "la medida", que no es otra cosa que el orden humanista de cada época. Pero ahora el absurdo está en "las reglas del crimen". Si Camus abandona, por lo menos en este alegato, el círculo vicioso de sus concepciones existenciales —razón y no razón, absurdo y esperanza, nada y ser— es para hacerle frente al problema humano de por qué es posible que en menos de 50 años se hayan asesinado más de 70 millones de seres para justificar ideologías crueles, aduciendo siempre el principio de que "el hombre es libre".

Si nada tiene importancia todo es posible en este mundo en perenne mutación, pero con la condición de que el hombre deje de ser libre en esta inestabilidad y se transforme en el esclavo de su indiferencia o de su desprecio. Los campos de concentración nazis y comunistas son el momento convincente de esta sumisión del "tiempo del desprecio". De este dilema se desprende que si nada tiene importancia, el bien y el mal, las reglas de oro de toda moral, desaparecen para ser substituidas por la eficiencia, que en el fondo no es sino el derecho del más fuerte. Pero a su vez la conciencia se convierte en un automatismo del que con víctimas tanto los fuertes como los débiles, los eficientes y los torpes. Es decir, el hombre puede decidirse por un mundo de esclavos, pero con la plena conciencia de que fatalmente así debe ser, aun cuando se inquiera una justificación de esta etapa del desprecio humano. Este punto de llegada de la indiferencia ante el destino del hombre privado de libertad, y fundado en la eficiencia de una ideología que se consideró como infalible, lo ilustró plenamente el suicidio colectivo de los jefes nazis en 1945: los amos y los esclavos llenaron la misma

fosa común. Fue así como la eficiencia en que se fundaba este régimen, que eliminó la libertad por ser el enemigo esencial de la raza superior—el superhombre de Nietzsche en su forma caricaturesca—, lo derrumbó la misma eficiencia de sus métodos.

Para demostrar la contradicción de este mecanismo tan sencillo, Camus emplea el método cartesiano cuando no la pasión del moralista. Parte del punto de vista de que "el ser es un pasaje vivido"; afirma luego, como absurda, la negación de esta vivencia del ser. Es decir, niega el absurdo como una conquista del pensamiento, pero no como una contradicción vital. El absurdo en estas páginas, que se enfrasca en la discusión de hechos de la historia actual, es más hondo que en *El Mito de Sísifo*: Camus investiga, protegido por sus experiencias humanas y artísticas, al hombre rebelde en el instante mismo de su rebeldía. Sin embargo, su afirmación de que roto el encanto del absurdo no queda sino la rebeldía, es poco audaz, pues la rebeldía es enfrentamiento y el absurdo, en el pensamiento camusiano, es evasión consciente. El drama intrínseco de la rebeldía consiste en que "el hombre es la única criatura que busca ser lo que ya es". En efecto, un hombre que se rebela es un hombre que dice "no", pero este "no" es una afirmación de una existencia que halla su razón de ser en la construcción o de la destrucción, tanto da. Camus diferencia la rebelión de la revuelta. La primera es una actitud afirmativa, la otra es el resultado del resentimiento en el sentido que le da Scheller a esta palabra. La revuelta es una manifestación del hombre occidental, el hombre del desprecio, que se lanza en su torbellino demoleedor porque se cree superior a la condición humana. No creemos que su afirmación tan limitada de la revuelta sea cierta, pero se dijera que en este caso se refiere exclusivamente a la revuelta política. En efecto, la civilización occidental es individualista, tendencia original que la afirmó aún más el cristianismo cuando colocó al hombre, en su búsqueda de la gracia, sentimiento de limitación de la libertad, frente a su propia angustia. Sólo así podríamos comprender que la revuelta, más que la rebelión, sea el clima de la civilización actual. En *La Peste* Camus desarrolla la tesis de la revuelta colectiva, sólo que llega, simbólicamente, al sacrificio individual en contradicción flagrante con sus principios. La santidad reflexiva de Jean Tarroux encarna esta contradicción: este hombre cotidiano, que un día se entrega al servicio de los demás sin creer en la bondad humana, no cree tampoco en nada y muere justamente por esto. Su fin es trágico porque parece lejos de la esperanza y en medio de la peste cuando ya ésta toca a su fin. Jean Tarroux parece ser la voluntad de la acción en los momentos más áridos de la his-

toria, cuando a la acción la entraban sus propios resortes. Así, pues, la rebelión no es distinta de la revuelta porque el destino, en todos los casos, siempre condiciona al hombre.

Si la revuelta se entraba en la acción, la rebelión metafísica es aún más desesperante, porque por medio de sus recursos el hombre trata de explicarse su condición y la de los demás seres. Entonces siente la nostalgia de un orden, pues no se puede pensar en el vacío ni vivir fuera de lo concreto. En este caso la rebeldía es contradictoria porque trata de explicarse por qué una vez derrumbadas las causas del desorden, es preciso que se construya un nuevo orden para destruirlo nuevamente. Fue el caso del fascismo, que se vio obligado a vivir incesantemente en peligro para poder llegar a su meta, que no fue otra cosa que la aniquilación de un régimen político y de un estilo de vida por fuerzas nihilistas. Todas las afirmaciones del fascismo llevaban en su seno la energía de su propia destrucción: nunca tuvo mañana ni había posibilidad que lo tuviera. Quizá fue Jesús quien más sintió esta angustia aterradora de la destrucción incesante de la conciencia humana, pero Él la resolvió en el principio de la Resurrección, que en el fondo plantea el mismo problema de la inestabilidad de la rebeldía metafísica, pero en un plano trascendente. Por esto es que la libertad es una conquista del cristianismo, pues el hombre necesita apoyarse en el sentimiento religioso monoteísta en el cual Dios es el resumen de todas las fuerzas constructivas y destructivas: a él confía la solución de sus problemas y se queda con la angustia de la libertad para pelear su derecho a la vida. San Pablo, pues, al universalizar el cristianismo, es el primer rebelde de la historia occidental. Los griegos, que vivieron en una sociedad fundada injustamente sobre la esclavitud, equilibraron esta lucha entre la construcción y la destrucción en el orden, porque para ellos el destino del hombre, en la limitación, era una parte de la naturaleza. Camus nos explica esta diferencia entre los griegos y los cristianos cuando dice que "la agonía sería frívola si sólo estuviera sustentada por la esperanza eterna. Para que Dios sea un hombre es necesario que el Hijo desespere". La obra del cristianismo es justificar, pues, el dolor y la injusticia universales personificándolas en un ser concreto e impercedero. Sin el proceso lastimoso de Jesús el cristianismo hubiera sido una filosofía más y no la filosofía del hombre occidental, que vive agonizando entre la razón y la no razón. "Sólo el más miserable sufrimiento de Dios podía aligerar la agonía de los hombres" —exclama Camus.

Es la rebeldía romántica la que mayormente se acerca al estado amorfo de nuestro tiempo, pues el romanticismo, al apoyarse

sobre la sensibilidad como fuente de todas las energías creadoras, plantea el problema del bien y el mal como substancia subjetiva. Es cierto que en sus viajes hacia la edad gótica había encontrado al diablo, encarnación física del mal e instrumento de dominio. Goethe humanizó demasiado esta encarnación supersticiosa hasta convertirla en un amable caballero. Ya el Renacimiento, por su parte, había intuido esta exaltación de las fuerzas del mal cuyas facultades eran, para sus pensadores, simples manifestaciones del alma humana. Pero el romanticismo, en esta confusión legendaria del bien y el mal, cayó en la noción de la fatalidad que no explica nada porque es un principio abstracto. Es entonces cuando el mal, según Camus, se encarna lógicamente en el hombre de carne y sangre: por fin aparece la noción de la historia como principio de la limitación humana. Este es el origen virginal del hombre técnico —el robot de nuestros días—, en cuya esencia todo se está destruyendo permanentemente, porque todo en él tiende a sustituir las fuerzas ajenas a la vida. Es el hombre frente a Dios en su empeño por reemplazarlo, como fuerza demoniaca. El romántico se decide sin vacilaciones por el individuo y desconoce a Dios para demostrar su propio poder creador. Es Dostoievsky quien llega a los límites de este debate de sustitución de valores. Lo hace cuando Ivan Karamazof toma una posición definida a favor del individuo y de su inocencia y se enfrenta revolucionariamente contra la propia muerte. Ivan Karamazof defiende al individuo, sin negar a Dios, pero sin aceptar la injusticia que se comete contra la inocencia. Todo es permitido, menos la muerte de un inocente. Camus defiende esta misma tesis, quizás influenciado por Dostoievsky, en *La Peste*. La víctima más trágicamente de la peste es la del padre Daneloux que buscó toda su vida la gracia sin que se supiera si por fin la encontró, pues en su agonía recuerda lo que le oyó decir al doctor Rieux: "Es el hecho inexplicable de la injusticia inexplicable la que conduce a la incredulidad". Y esto como comentario de la muerte de un niño. El padre Daneloux acaba por dudar si es justa o injusta la muerte de aquel niño. Sus razonamientos fallan y con ellos la gracia de su fe.

Dostoievsky, en su célebre novela *Los Hermanos Karamazof*, opone la justicia a la verdad, cuando termina por aceptar que la verdad existe. Aquí se vislumbra el *Todo o Nada* de la filosofía del absurdo. Pero Karamazof pide otra cosa más concreta: *Todos o Nadie*. Ivan Karamazof vive entre los hombres y sabe intuitivamente que entre ellos la verdad y la justicia son hechos concretos. Es decir, para él la vida continúa en el hombre aun cuando niegue la inmortalidad, "Vivo a pesar de la lógica —dice Ivan Karamazof,

Si no tuviera mi fe en la vida, si dudara de una mujer amada, del orden universal, persuadido, por el contrario, que todo no es más que un caos infernal y maldito, aún así siempre desearía vivir". En este razonamiento audaz de Ivan Karamazof está el fin del romanticismo y el comienzo de la edad contemporánea, que se inicia en los campos de concentración, y que aún tiene pendientes sus cuentas con el destino al cual los hombres le han robado hasta el secreto constitutivo de la materia. Tal vez cuando el mundo desaparezca por la insensatez humana y por su empeño en la injusticia, una flor nazca sobre los escombros de los átomos en regeneración como un reto de la terquedad vital.

No se puede vivir en rebelión sino estando dispuesto a aceptar sus consecuencias finales, y la rebelión actual es la destrucción de Dios y su reemplazo quién sabe por qué. Y es que los hombres, por pereza o cobardía, entre Dios y César, han escogido a éste último, en la creencia de que se escogen a sí mismos. Es decir, se repliegan sobre sí mismos, como si fueran un fin infalible, lo que significa la creación de nuevos mitos basados sobre hechos concretos, entre los cuales el más peligroso es el Estado. El Estado, en este sentido de divinización, es la encarnación histórica del Espíritu, según Hegel. En la lucha entre Dios y el Estado, abstracción ésta que tiene sus raíces en la inconstancia humana, es a lo que se reduce, en síntesis, el proceso de la historia como determinismo. En este desatino del nihilismo absoluto es donde encuentra su clima el pensamiento de Nietzsche, pues este filósofo, precursor involuntario de los modernos hombres de Estado—quienes deformaron a su favor su filosofía vitalista—, llegó a la conciencia clara de la total negación. Para Nietzsche nada es cierto, si todo es posible: peligroso principio moral más audaz aún que el *Todo o Nada* y el *Todos o Nadie* de Dostoievsky. Pero casi podríamos afirmar que Nietzsche, en su probabilismo temerario, no destruyó a Dios, pues ya lo encontró muerto en el alma de sus contemporáneos. Nietzsche se dio cuenta del inmenso abismo que existe entre el mensaje de Jesús y el cristianismo histórico, sobre todo en sus más recientes etapas. La historia es el peor enemigo de este mensaje que, por lo demás, está patente en el espíritu apolítico con que Jesús se ofreció a sus discípulos.

Para Nietzsche el nihilista no es el que no cree en nada, sino "el que cree en lo que es". Por eso nunca pudo ser marxista, porque esta doctrina política cree demasiado en el hombre, hasta el punto de querer transformarlo para destruirlo. Para Nietzsche ser libre es abolir los fines: el socialismo se coloca en la historia que no tiene ningún fin porque es lo que fue. Quizás el único fin de la

historia, que proclama la libertad como anegación del individuo, es lo que estamos viendo a nuestro lado, sin el menor logro para el ser humano. En este sentido los discípulos de Marx son más listos que su maestro, pues al divinizar a la historia no les importa para nada su poder creador sino su poder mítico. Que el hombre y el mundo vengan de donde vinieren poco importa: lo que interesa es lo sucedido una vez que son. Es decir, instalan en la tierra el concepto de la eternidad que es concepto propio del cristianismo. En síntesis, Nietzsche, quien indudablemente conoció a Marx, proponía el Superhombre, es decir, lo que es, y Marx el hombre histórico, es decir, lo que deviene. Este devenir es una estafa metafísica que comete la física en detrimento de la libertad humana. Así, pues, junto a la inanidad del ser humano frente al creador, todos los nihilistas se han esforzado en crear, en réplica tenaz, un mundo material en que reine la armonía que en vano esfuerzo se ha tratado de encontrar en el mundo trascendente. Es un nuevo mundo metafísico que se busca en el deseo y el poder.

En toda rebelión se halla la protesta del hombre contra el desorden, contra la inarmonía, contra la muerte. Toda rebelión, paradójicamente, busca la unidad. No es una actitud cobarde, es más bien el afán por encontrar la razón de ser de la vida. En esta tendencia hacia una moral más allá de la moral, el siglo XX es el siglo de la justicia, como el siglo XIX, que comenzó con la Revolución Francesa y terminó con la Revolución Rusa, fue el de la virtud. Marx es el gran profeta de la transición entre la rebelión y la revolución, cuya diferencia es básica en su filosofía: la rebelión, actitud romántica por excelencia, es el enfrentamiento del hombre a sus problemas de todo orden, mientras que la revolución es la inserción del espíritu de protesta en la historia. En toda revolución predomina la dialéctica política. Por esto los grandes revolucionarios legislan basándose en esta dialéctica y todos ellos terminan invariablemente por ser reaccionarios, pues destruyen el desorden para fundar un nuevo orden concreto y estable. La historia debe ser siempre la razón de esta lucha revolucionaria; pero la historia es devenir, es decir, cambio perenne.

La noción de estabilidad histórica, anterior a este concepto marxista, se fundó sobre la gracia, principio para alcanzar la eternidad. Esta es la razón por qué el marxismo se enfrenta encarnizadamente a toda filosofía fundada sobre la gracia, cuya mayor monstruosidad, según sus fines revolucionarios, consiste en el poder material que Dios le otorga a quienes gocen de su bendición privilegiada. Esta es una justificación de la injusticia fundada sobre un totalitarismo celestial. El marxismo busca, por el contrario, la justicia en

la historia, que es un hecho humano. Aquí es donde se separa y se junta al mismo tiempo con su enemigo teológico, pues también es totalitario y trata de imponer sus puntos de vista a sangre y fuego. En esta vía competitiva el marxismo y el cristianismo tratan de destruirse para prevalecer el uno sobre el otro: la eternidad y la historia son antagónicos.

Es fácil comprobar, en el debate en que sangra el mundo actual, que la historia se ha convertido en un fin. El hombre no es una criatura acabada, es un ser en devenir, está en hechura permanente, es "una aventura de la que en parte él mismo puede ser creador". En síntesis, el hombre es un ser temporal cuya única dimensión es el devenir. Esta noción borrosa de su destino es la que lo está destruyendo, y esta misma noción es la base de la historia, la que deja de tener importancia desde el momento que es un hecho consumado. El hombre, aun cuando es, justamente por su devenir incesante, "será más", según Hegel. Se ha planteado entonces la dialéctica del amo y el esclavo: el que venza en esta lucha histórica a muerte será al final quien tenga la razón. César o Espartaco. Es la pelea de dos conciencias: la del que no quiere renunciar a la vida y la del que, gozando de sus privilegios, defiende su independencia, dicho de otra manera, la conciencia del esclavo y la del amo. En la historia una debe prevalecer sobre la otra: o por el crimen o por el sometimiento. En este caso la historia se ha convertido en un conflicto entre el trabajo y la rebelión. En este aspecto Lenin reformó a Marx; el dilema soldado u obrero lo redujo a la síntesis dialéctica: soldado-obrero.

Pero si el hombre es su propia meta todos los medios que emplee para manifestar su inmanencia son buenos. Lo son en cuanto se realizan en la historia, dimensión esencialmente humana, cuya categoría se nutre en el tiempo. Hegel afirmaba, con su idealismo, que "si la realidad es inconcebible es necesario que creamos conceptos inconcebibles". Tal vez sea mejor crear nuevos mitos, pues por lo menos en el mito existe la belleza de la concepción y la amable mentira poética que arrulla la imaginación. Pero en la historia no pueden existir los mitos a no ser que ella misma no sea un mito monstruoso como el de las Gorgonas que venció Teseo. La verdad histórica es persuasiva por sí misma, mientras "los conceptos inconcebibles" no pueden conducir por las vías de la persuasión, sino hacia el error. Por eso el mismo Hegel, que no puede justificar el error, confía su demostración a la historia, es decir, al devenir político. Sobre esta demostración hegeliana se basó el materialismo histórico. Pero el resultado, o la prepotencia de la historia como fin humano, es decir, la afirmación de que es histo-

ria todo cuanto tiene éxito, conduce al predominio de la fuerza. En este sentido son marxistas las dos concepciones políticas que actualmente se enfrentan. Bismark, hegeliano a la manera prusiana, afirmaba "que la historia la escribe el vencedor". Y los grandes vencedores que han escrito la historia del siglo XX son el oportunismo y el conformismo. Pero el hombre cotidiano, el que hace la auténtica historia, no puede constituir este monstruo hegeliano, pues sería aceptar la inmortalidad del Espíritu en detrimento del Ser. Hay, pues, un acto de rebeldía contra la pasividad histórica que justifica la realidad cualquiera que ésta sea. Aun el marxismo táctico es antihegeliano. El devenir contradictorio del hombre alcanzó su auge en la Alemania hitlerista con el auxilio del terror y el conformismo, fuerzas que terminaron por destruir, por su misma naturaleza nihilista, lo que se proponía defender para un período de mil años, es decir, a millones de seres que pertenecían a la raza superior. Y también el mismo fenómeno sucedió en la Rusia de Stalin que también construyó una nación sobre el terror y el conformismo. ¿Y los Estados Unidos? Este es otro fenómeno del nihilismo hegeliano cuya respuesta tal vez la está dando el calvinismo materialista de la gran nación.

Para Albert Camus sólo hay dos soluciones para este devenir nihilista incrustado en el flanco vulnerable de la historia considerada como derivación del determinismo económico: o la destrucción total del mundo o su conquista indefinida. Pero es más, Camus, en cierta forma, sin negar el mundo en que le tocó actuar, preconiza su fe en las fuentes del pensamiento griego, es decir, en las dimensiones de un universo limitado. Los griegos, para él, no fundaron su filosofía sobre valores porque vivieron fuera de la trascendencia. Su concepción de un tiempo finito se vio comprometida por el pensamiento judío, esencialmente trascendente, pero lograron reducirlo a las dimensiones humanas. Las reflexiones de Camus sobre el devenir piden la necesidad de la medida, en esta trascendencia de orden semita, porque no sólo se existe sino que se comienza y se termina. Afirma que "Heráclito, inventor del devenir, le daba un límite a este deslizarse perpetuo. Este límite estaba simbolizado por Némesis, diosa de la medida, fatal para los que no sabían limitarse". Y continúa diciendo en estas perspectivas del pensamiento griego: "El hombre no es culpable porque comenzó la historia; ni completamente inocente porque continúa haciéndola". Camus propone el retorno a la medida en el orden político actual, y cree encontrar este orden en el sindicalismo revolucionario. Para él "el sindicalismo parte de una noción concreta, la profesión, que es al orden económico lo que la comuna al orden político, la célula viva,

sobre la cual el organismo se construye, mientras que la revolución cesariana parte de la doctrina y obliga a que se entre en ella por medio de la fuerza real". Por eso es que cuando desaparece la medida en el orden, cuando el fin de la historia es ella misma, a la organización política le sucede lo que le sucedió a la Iglesia católica: se convierte en Inquisición.

A pesar de la fuerza de sus argumentos en defensa del espíritu de rebeldía, de sus análisis brillantes de las filosofías y doctrinas que la sustentan, de sus ataques al "crimen lógico", Albert Camus llega a un conformismo que justifica la historia como empresa absolutamente humana. En efecto, afirma que "la rebeldía choca incesantemente contra el mal, a partir del cual no le queda sino tomar nuevos impulsos. El hombre puede dominar en sí mismo todo lo que debe ser. Debe reparar en la creación todo lo que puede ser. Después de todo este esfuerzo, los niños seguirán muriendo injustamente, aun en sociedades perfectas. Con su esfuerzo máximo el hombre no puede proponerse suprimir sino disminuir aritméticamente el dolor del mundo". Y concluye su alegato, que tiene el sabor de los frenos y la melancolía profundo en que sentía Bossuet que su corazón se anegaba, con esta coda amarga y terrible de que los rebeldes, los que rehusan comprometer su espíritu en la muerte de sus semejantes, "elijan y nos den como ejemplo la única regla que es original hoy en día: aprender a vivir y a morir y que, para ser hombre, hay que rehusar ser Dios". En cuanto a él, Albert Camus, el extraño viajero de su nave mediterránea cuyas velas las empujan los vientos clásicos, ha escogido ya a "Itaca, la tierra fiel, el pensamiento audaz y frugal, la acción lúcida, la generosidad del hombre que sabe. En la luz, el mundo sigue siendo nuestro primero y último amor".

No se ha nacido, pues, impunemente a orillas del Mediterráneo, acariciada toda la desnudez del cuerpo y del alma por la luz más transparente de la tierra, mientras las infinitas Nausicaas bañan sus formas virginales en las olas que vieron cruzar las naves de Odiseo. Los mitos arrullaron la infancia de Camus como a otros las leyendas del terror. Albert Camus, que participó como todo un hombre en la más terrible de las guerras que han azotado al mundo, que buscó la peligrosa clandestinidad mientras el terror desafiaba en plena luz las morbideces humanas, vuelve a su Cólquide amada, sin olvidar la injusticia, porque hay un mundo donde mueren los niños sin que nadie, ni aun la divinidad, justifique este sacrificio inútil.

El Hombre Rebelde, ensayo de pretensiones filosóficas que no plantea ninguna autenticidad del pensamiento camusiano, separa

dos períodos de la vida de nuestro autor. Cuando lo publicó hacía ya varios años que había renunciado al Partido Comunista Francés, que había publicado sus obras de ficción más significativas, *El Extranjero* y *La Peste*, que se habían representado sus obras de teatro y que sus teorías sobre el absurdo habían ejercido su influencia a través de las páginas de su hermoso libro *El Mito de Sísifo*. Las aventuras azarosas de la resistencia habían templado su silueta de africano ágil y generoso. El periodismo había quemado sus pupilas cuando trató de explicar lo que él llama "el crimen lógico de nuestro tiempo". Sólo le faltaba por escribir la mejor de sus narraciones, *La Caída*, obra maestra de la literatura contemporánea. En síntesis, Albert Camus hacia este momento había anclado en su Itaca, isla de reposo y paz, tras el desasosiego de su anterior aventura humana. Su muerte absurda era el único acto que le tocaba realizar, pero otro fue quien lo realizó por él, en la ruta de su destino, como una ironía de las fuerzas que condicionan al hombre. Se marchó a las sombras de la negación por el camino de la luz engeguecedora de una afirmación muy discutible. ¿Qué hubiera sido su obra después de su crisis?

ALBERT Camus es un prosista que se incorpora a la mejor tradición de la literatura francesa. Tiene la sequedad de los grandes moralistas del siglo XVII, la precisión de los escritores políticos del siglo XVIII. Además, su inteligencia asimiló la experiencia literaria de Bossuet, maestro del buen pensar en el mejor escribir y la ironía amarga de La Bruyère. También la melancolía distante de Chateaubriand sin cuya elegancia el romanticismo francés carecería de la emoción que lo hace una de las corrientes artísticas más importantes de Europa. Con estos elementos del genio de su raza su mensaje adquiere la virilidad de que carecen algunos de los más agudos escritores contemporáneos, entre otros el maestro de su juventud africana, André Gide. Es un mensaje sencillo, cuyo escalofrío ya había hecho estremecerse los huesos de varios estetas europeos, sobre todo a los rusos y a los alemanes: "*El hombre no es sino una afirmación estoica extraordinaria que termina con un grito vital, es decir, la urgencia de vivir*".

A partir de Montaigne los pensadores meditan sobre el ser, considerado en su esencia humana y que el gran moralista descubrió en la incesante contemplación de su conciencia. A partir de los románticos el problema de la naturaleza del ser unida al hombre, según ellos, por el cordón umbilical de la melancolía. En Camus hay además de esta herencia estética, el sentimiento del españolismo

que los escritores de la generación del '98 bautizaron con el nombre del senequismo. Pero el sentimiento de la muerte, en Camus, no es trágico porque se resume en la alegría, en "su grito vital", aun cuando la muerte camine a nuestro lado, por delante y por detrás, a la izquierda y a la derecha.

Albert Camus nació en 1913, en los umbrales de un siglo que iniciaba su marcha a los compases de una obertura wagneriana y con los ritmos de las danzas del folklore ruso. Hace su aparición en el ambiente tardío de la melancolía romántica y en el frenesí de las estéticas revolucionarias que ya languidecían en espera de la angustia existencial. Era verdaderamente revolucionaria la posición que buscaba entonces el nuevo humanismo, es decir, la situación del hombre en su desamparo total, dentro de los límites humanos, siempre que estos límites no sean un fin sino un medio para resolver problemas que no tienen solución. No era la búsqueda proustiana del tiempo perdido, pues no se trataba del tiempo que se ha vivido sino del tiempo que se ha recorrido con la inconsciencia con que se atraviesa un rayo de luz. Es la vivencia del tiempo que nos envuelve por que sí y que por lo tanto nos arrincona en un cruel anonimato, del cual no salimos sino a fuerza de una clarificación de la conciencia. Así fue como Camus deseó que Proust y Dostoievsky se unieran en el absurdo. Es necesario aclarar que la angustia de la generación que llegó a los 25 años al terminar la Segunda Guerra Mundial, fue la ausencia de un sentido concreto de la libertad que, sin embargo, sistemas de toda índole le ofrecía como una posibilidad futura basada en un presente demoníaco. La suya fue la libertad de la prisión, la ignorancia de por qué se les obligaba a hacer el proceso de una civilización de que no eran responsables y de cuyas ventajas, sin embargo, se les privaba: comprobaban, a simple vista, que el hecho de haber nacido judío por un capricho de la biología, era un crimen que se pagaba en un campo de concentración cuando no en una cámara de gas. Asistían a la lucha paradójica contra la muerte, mientras se adoptaba cualquier forma de ella para justificar una doctrina: la pena de muerte, el martirio lento, el campo de concentración. Camus encarnó esta angustia impotente en la muerte de los inocentes, entre ellos los niños, el más desvalido de todos los seres. Por eso esta generación lanzó su grito de que si la libertad es imposible que por lo menos desaparezca la esclavitud. Pero la esclavitud tomaba ante sus ojos angustiados nuevas formas: la derrota, el conformismo, la propaganda. Albert Camus, ante el cansancio de una civilización mecánica, creyó que el verdadero humanismo de nuestro tiempo, el que será la señal de todas nuestras

conquistas y de todos nuestros fracasos, es el enfrentamiento del hombre con su propio destino: un individualismo solitario entre el ruido de las máquinas y la desesperanza.

Para el mundo clásico y para los hombres del Renacimiento, la vida es el conjunto de valores con los que se puede contar. Para los hombres de las nuevas generaciones la vida es angustiada justamente porque carece de valores estables. Quizás quien mejor ha expresado este desencanto, que no se apoya sobre valores prácticos y eficientes, desde el punto de vista del humanismo, sea Jean-Paul Sartre: "El hombre es una pasión inútil". Pasión e inutilidad: he aquí el campo de acción en que actúa el hombre cuyo desamparo es cada vez más intenso, pues le toca vivir en un mundo sin valores. José Ortega y Gasset parece ser el único pensador occidental que se atrevió a establecer, en su libro *La Rebelión de las Masas*, un valor estable capaz de equilibrar el mundo en mutación en que el hombre se mueve en nuestros días. Pero este valor, la rebelión de las masas, es un enfrentamiento de la técnica con el hombre, en un plano en que la conciencia humana no juega sino un papel muy secundario. Todo es anónimo en la masa, que en su rebelión, sólo se conforma con los beneficios de la técnica, sin percatarse que esta nueva divinidad destruye, sin ella quererlo ni saberlo, sus propias conquistas. Esto significa que en la rebelión de las masas el hombre concreto, el elemento fundamental de esta rebelión, no suma su drama personal al drama total que lo está anonadando. Ortega y Gasset, por lo demás, toma en cuenta un fenómeno sociológico donde Camus no ve sino un fenómeno humano. La historia más reciente le ha dado en parte la razón a Ortega y Gasset; pero Camus, al contrario de la actitud que tomó el pensador español en la guerra civil de su patria, durante la cual se acogió a un silencio cómplice, sí participó en la rebelión de su siglo como miembro activo de la resistencia.

Lo concreto, lo vivo contra lo abstracto. No se puede afirmar, sin embargo, que Camus sea el tipo representativo de nuestra época. Su angustia es profundamente cristiana, pero en el sentido inverso del paulismo, es decir, es una angustia que perdió a Dios en el ruido positivo del mundo. Pero a pesar de que Camus busca cómo escapar del mundo angustiado en que todos agonizamos, un mundo sin trascendencia, su espíritu no se aleja mucho del de Jean-Paul Sartre que representa las tendencias agudas del hombre actual. Para Camus el hombre no es, como sí lo es para Sartre, una pasión inútil, es más bien una afirmación inútil. Camus no piensa en la desventura del hombre cuando plantea, en el drama humano, el mito de Sísifo sino en el drama del Hijo del Hombre. Porque

Jesús subió con su pesada carga hasta la cumbre del monte de su martirio, y plantó allí el árbol de sus angustias para colgar en sus brazos su cuerpo adolorido. Es la auténtica muerte de la inocencia más la voluntad del sacrificio. Jesús volvió luego al valle donde padecen los hombres para luchar por sus pasiones, pero nunca con el gesto inútil de dios pagano. Es verdad que a Sísifo le faltó su Noche de Getsemaní: pensar sin fe no es pensar, como sufrir sin amor no es amar.

Marx interesó a Camus como teórico de la política y no como filósofo. Muy pronto se dio cuenta, quizás por este interés en su pensamiento político, de que todo sistema de ideas que se convierte en dogma conduce fatalmente a la frustración de la conciencia. Pero en el caso del marxismo político, convertido en dogma por el oportunismo de los comunistas, su crisis fue más honda. En efecto, la flexibilidad del oportunismo a que redujeron el marxismo sus sacerdotes de turno, fue para él más peligrosa, pues este oportunismo se funda sobre "el materialismo histórico", el mal de nuestro siglo. Este realismo es una desviación muy cómoda porque su acaecer es fundamentalmente histórico, en que el hombre se ve forzado a asumir una posición sumisa para justificar errores como si fueran verdades. Es el mismo pecado de todos los dogmas, con la diferencia que en el mundo actual existe una noción difusa de la libertad solamente condicionada por los complejos económicos. Es la tesis de *El Hombre Rebelde* en que Camus se decide por "los universales concretos, lejos de todos los mitos falaces por dogmáticos". Camus rechaza toda actitud carismática. Fue este libro el que provocó la polémica más interesante de los últimos años porque en ella intervino su antiguo amigo Jean-Paul Sartre, quien defendió brillantemente la tesis contraria. Aun entonces no había tenido lugar la massacre de Hungría, ni el drama de Argelia, ni los hechos del Congo y de Vietnam. Camus añadió a su tesis anticarismática su escepticismo de buena cepa, el mismo que puso Montaigne en sus reflexiones sobre las guerras de religión del siglo XVI.

En toda la obra de Camus se siente el encanto de todo lo que queda inconcluso. Recuerda en este sentido *Los Pensamientos* de Pascal. Sólo que Camus, uno de los más brillantes moralistas contemporáneos franceses, no explicó su obra, mientras que Pascal sí lo hizo. *Los Carnets* de Camus, que comprenden las notas que tomó de 1935 a 1958 son, con su nerviosismo rápido, reflexiones sobre obras no escritas y sobre instantes de su vida, de sus emociones, de sus ideas surgidas, en el hilo del tiempo. No hay en sus páginas ningún atisbo sistemático. Sin embargo, la muerte, esta prolongación nefasta de la vida, no dejó a ambos escritores escribir su pos-

trer mensaje. Camus fue un escritor, un hombre de acción, un polemista. Pascal le lleva ventaja porque además de estos aspectos de la vida intelectual, fue hombre de ciencia. Para nosotros la obra de Camus sigue siendo un vivero de sugerencias, una angustia prolongada, que tuvo su comienzo y careció de fin.

Esta obra es importante porque refleja su época y por su valor propio, pues su autor es parte integrante de la angustia de nuestro mundo. Se enfrentó apasionadamente a los problemas de su tiempo y lo hizo desde un punto de vista muy personal. Fue más allá de las posturas humanas en un momento de anarquía mundial. Tiene esta actitud la desventaja de la dispersión del espíritu, pero está superada por su gran claridad artística. Sostiene en toda ella, como unidad estética, fuera de la inmanencia religiosa, la felicidad del hombre, a quien mira con nostalgia dionisiaca. Para Camus el hombre encuentra su felicidad en la realización se diría absurda de sus acciones, pero esta felicidad consciente de sí misma, no es sino un equilibrio en el cual se juega la existencia total del ser. Poco importante, cuando el hombre logra esta luminosa acción consciente, sus consecuencias en el mundo externo. Esta amable filosofía, que no deja de ser acomodaticia y que es como el resultado de la digestión que en sus años de madurez hizo de la luz y del sensualismo que su juventud africana disfrutó a orillas del Mediterráneo, está muy viva en todas sus novelas, más aún que en sus piezas de teatro y en sus ensayos. Es un grito perenne de su amor por la vida. Pero a pesar de su optimismo vital no podemos olvidar que Camus creció, valiente y vigoroso, en las encrucijadas del pensamiento moderno cuya esencia es la angustia. Para él, además de la alegría de vivir, existe la conciencia "en donde todo comienza y fuera de la cual nada tiene valor". Pero esta conciencia crece desmesuradamente en función de su lucidez cada vez mayor. En este lente de aumento que es la conciencia camusiana mirándose en sus más nimios detalles, está su drama que lo llevó, en los últimos años de su vida, a la soledad, cual si él mismo fuera un personaje salido de sus novelas. Por eso es curiosa su tesis académica, *El Helenismo y el Cristianismo en Plotino y en San Agustín*, pues plantea ya, desde su extrema juventud, el dilema entre el orden y la libertad. Camus está más cerca de San Agustín que de Plotino, aun cuando lo atraiga el sentido del orden del pensamiento helénico. La lucha agustiniana por descubrir la libertad es la misma suya, pues ambas conciencias, en su plenitud, fueron iluminadas por la luz más clara del mundo.

BERGSON Y PRADO

Por *Frances BENGÉ*

I

A Don Antonio Caso:

Las grandes tendencias y modalidades del pensamiento del hombre mientras pasa por el plano de la existencia humana, aparecen como fenómenos, como el fruto de semillas misteriosas que caen del cielo y siguen germinando simultáneamente en muy lejanas y diversas tierras del mundo.

Dentro del pensamiento filosófico contemporáneo se destaca una corriente que sin desacreditar los enormes progresos de las ciencias positivas, va no obstante en contra de la marcada tendencia intelectualista de nuestro siglo, negando la eficacia de las disciplinas científicas para llegar al conocimiento de la realidad. Relegando la inteligencia y la razón al rango de facultades de segundo orden, cree hallar en el hombre facultades de un valor superior para alcanzar el dominio de la verdad. La ciencia, fruto de la inteligencia y la razón, no llega a la esencia de las cosas. De ahí que la ciencia sólo permite cierto dominio sobre la naturaleza asegurándonos satisfacciones de un orden material. El verdadero conocimiento debemos hallarlo en el fondo irracional de nuestro ser — en la intuición.

Esta modalidad del pensamiento contemporáneo, que es en su esencia una reacción contra el materialismo del siglo, se ha sistematizado en la estética de un filósofo francés que es a la vez literato: ENRIQUE BERGSON. Mas se ha cristalizado en una forma más sutil en las fórmulas de arte de un literato chileno que es a la vez filósofo: PEDRO PRADO.

ENRIQUE BERGSON-PEDRO PRADO. Para ambos la metafísica se resuelve en una penetración artística-mística en lo absoluto por medio de la intuición. Es pues la suya una filosofía de cultura que conserva todo su brillante arreo espiritual, religioso y metafísico. En consecuencia, es una filosofía de incomparable magnificencia, sobre todo bienvenida para los artistas.

II

SEGÚN la estética de Bergson, la filosofía no es una simple continuadora de la ciencia, sino que debe colocarse por encima de ésta buscando el conocimiento absoluto y puro de lo real y empleando como método propio la intuición:

Por medio de la intuición la filosofía puede llegar a la esencia de las cosas, a lo que dure y se halle en perpetua movilidad, regiones a donde no puede alcanzar la ciencia, obra de la inteligencia que se ocupa de lo inerte de lo material y divisible.

—*Evolución Creadora*

El principio de la actividad no se busca en la ciencia; se encuentra más allá de la ciencia en la fuente de toda la acción, en el impulso vital creador de la evolución, en la intuición de la conciencia activa que es la forma superior humana del instinto. Es, empero, una filosofía que da amplia expresión a la personalidad y que aconseja actitud abierta entre la transformación perpetua de los hechos. En su finalidad es la estética del "devenir perpetuo" de la movilidad que nos invita a que veamos y sintamos, a que nos preocupemos no tanto de sistematizar como de contemplar. Mejor que sistema, la filosofía de Bergson es un camino, el maravilloso uso de un método introspectivo que él parece haber puesto de nuevo en boga.

En el concepto de Pedro Prado, sólo por la vía de la intuición se llega al conocimiento absoluto:

Pensar, derivar, obtener una conclusión— ¡oh, Sócrates! El pensamiento es como el agua. Dame un ligero desnivel y llevo el pensamiento donde tú quieras. Creemos juzgar por riguroso razonamiento lógico y no hacemos sino rellenar a posteriori el espacio que media entre el caso que se nos presente a examen y nuestra intuición inmediata sobre él. Se engaña o miente quien cree construir razonamientos como algo ajeno a la conclusión espontánea que entrevió desde el primer instante. No por quedar oculta a los que no saben observarse, ella deja de estar menos presente. Después, para fingir una aparente continuidad que dé vigor a lo que decimos o que nos libre de culpa por las consecuencias al parecer deducidas, rellenamos el espacio en blanco con huecos trabazones lógicos.

—*Alímo*

Para Prado la vida encierra una actitud dinámica para ensanchar los horizontes del saber, para penetrar a la visión interior de los

seres y las cosas, sin otro objeto que la misma verdad que inunda el alma. El mundo físico, lo de afuera, lo que recoge sus sentidos, contiene su propia imagen y contemplar es para él una forma de introspección. El juez rural en su afán de "conócete a ti mismo" ahonda en su propia alma buscando por medio de la intuición depurada la suprema comprensión.

Los ojos de los hombres tiñen de hombre a las cosas que observan; los sentimientos de los hombres visten de sentimientos humanos lo que es indiferente; las ideas de los hombres reducen el mundo a una cosa que se parece al hombre.

—*El Juez Rural*

Este aforismo nos da lo fundamental de la filosofía de Prado. En su afán de descubrir y armonizar, busca las semejanzas interiores de las cosas. Es como el peregrino de una de sus parábolas que viajó por la tierra y supo al fin que eran mayores las semejanzas internas que las diferencias exteriores. Contemplando la naturaleza, Prado es un intuitivo de sensibilidad depurada que llega sutilmente a la belleza recóndita de todas las cosas. Es una de esas almas que la naturaleza engendra sólo de vez en cuando obsequiándoles cierto modo singular y original de ver, oír y pensar. Para él existen mundos en la corola de una flor; basta que el hombre sepa descubrirlos, descubriéndose a sí mismo:

Saber es lograr que las cosas se tornen transparentes como cristales. Entonces la mirada lejos de tropezar en ellas, las atraviesa y sus contornos son como marcos de ventana que se abren.

—*El Juez Rural*

III

PARA Bergson la vida es fluir, un constante amontonar de sensaciones, una evolución creadora. Este perenne crecer y avanzar del universo, esta evolución creadora se lleva a cabo por un aliento vital que le es inherente y que él denomina "elan vital". Es ante todo una continuación dinámica de progreso cualitativo. Luego es esencialmente una duración, un ritmo irreversible, un trabajo de maduración interior. Es también esfuerzo de invención perpetua, generación de novedad incesante. El "aliento vital" original es Dios. Ni la razón ni los conceptos pueden llegar a su última esencia; lo

único capaz de captar ese continuo fluir y crear es lo intuitivo. Es el tiempo lo que contiene la esencia de la vida y el tiempo para Bergson es duración, acumulación, un eterno progreso del pasado hacia el futuro. El "yo" varía constantemente y este fluir de la vida, esta duración real permanece inaprehensible para los conceptos del intelecto cuya idea de tiempo es mecanista y por lo tanto, espacial y vacía.

Los conceptos científicos semejan una red por entre cuyas mallas escapa la realidad que está en continuo movimiento. . . El "yo" vive en sus vacilaciones y sus oscilaciones hasta que la acción se desprende de él como la fruta madura del árbol.

—*La Evolución Creadora*

Toda la obra de Pedro Prado está compuesta en torno de un motivo invariable: la contemplación de la naturaleza y la meditación ante el fluir del tiempo:

Del pasado remoto al futuro infinito vuela el juicio. No olvides que ni la duda ni la ignorancia lo detienen. No olvides que necesariamente en fuerza de ser quien eres juzgarás, lo deseas o no, lo poco que sabes, lo mucho que ignoras.

—*Alsino*

Contemplando al mar:

Es mundo formado de sólo las cosas mejores que nunca descansan en tedio de rasgos por siempre seguros y quietos. Jamás satisfecho, ondula buscando por todo un abierto e infinito camino.

Meditando ante el tiempo pasajero, atento al latido de los fenómenos, su espíritu cautiva lo incorpóreo y fugitivo. El viento vive en su pensamiento y en su arte "para indicar el paso de las cosas invisibles".

A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo escucho i lo palpo. Sólo el tiempo más flúido se escapa; él es como un viento en el viento. . .

Un grano de vida hizo tierra del paso del tiempo! Oh, puñado de tierra morena que tengo en mis manos, te palpo, te observo, te escucho inmóvil i muerto pareces i fuiste el canto del viento que sopla

en la tarde, el vuelo invisible del tiempo impuesto que nadie doblega!

—*Alsino*

IV

PARA Bergson, en el fondo la realidad aparece como una corriente continua e incesante, un impalpable temblor de matices fluidamente cambiantes, un flujo perpetuo de ondas fugaces que se revuelven sin choques las unas en las otras. La medida de un estado mental no es su número de minutos sino la plenitud e intensidad de las sensaciones que despierta en nosotros:

El tiempo, duración medida por el reloj, no es en absoluto la duración real como es revelada por nuestra conciencia. El simple hecho de ser mensurable muestra que pertenece meramente al espacio porque sólo el espacio está sujeto a la medida.

—*La Evolución Creadora*

Esta concepción del tiempo alado y viajero forma parte del principio fundamental de la filosofía de Bergson.

Volar, volar, volar, he aquí la inspiración dominante de las páginas de Pedro Prado, arte viajero de dinamismo espiritual. No ajeno a la concepción bergsoniana es el siguiente himno de Alsino, maravilloso por su sutileza filosófica:

Oh, trágica angustia, la de saber en este vuelo nocturno que no hay sino presente! El está ante mi tan inmutable i eternamente idéntico que se diría tu rostro. El tiempo no es sino la medida de los breves pasos de un hombre recorriendo un camino que reposa, por siempre, a sí mismo igual.

—*Alsino*

V

PARA Bergson el hombre es espíritu y busca dones espirituales porque son los que más plenamente le satisfacen:

El hombre no es en grado sumo materia, y no obra, por lo tanto, bajo el determinismo inherente a la materia.

Le seduce la acción y lo nuevo, las ideas nuevas, los paisajes nuevos. Desea ante todo sentirse libre y henchido de su propio ser:

En el hombre—y sólo en el hombre—se libera la conciencia. Toda la historia de la vida hasta aquí, había sido la de un esfuerzo de la conciencia para elevar la materia y la de un aplastamiento más o menos completo de la conciencia por la materia que caía sobre ella... Se trataba de crear en la materia un instrumento de libertad de fabricar una mecánica que triunfara del mecanismo... Somos libres cuando nuestros actos emanen de nuestra personalidad entera, cuando tienen con ella esa indefinible semejanza que se encuentra a veces entre la obra y el artista.

—*La Evolución Creadora*

Debemos librarnos de todo lo que sea puro materialismo porque nuestro espíritu, nuestra propia vida, están muy por encima de él. Busquemos los goces del espíritu que nos enseñan más y mejor. Mas afirma el filósofo que a veces la vía hacia el goce espiritual es la vía ardua y dolorosa:

De un modo general en la evolución de la vida como en la de las sociedades humanas y como en los distintos individuales, los mayores éxitos han sido para los que han corrido los mayores riesgos.

En tales conceptos descansa lo fundamental de las bellas idealizaciones de Pedro Prado. La historia de *Un Juez Rural* es la de un viaje espiritual a través de las pasiones humanas en obediencia a un deseo doloroso de conocer otras gentes y otros pueblos. Y la doctrina bergsoniana del libre albedrío y de la depuración del materialismo, ¿no es ese el idealismo espiritual tan magistralmente realzado en Alsino? Alsino, un pobre chico rústico, hijo de borrachos, quiere volar y lo intenta sólo para fracasar dolorosamente. Sólo por la vía del dolor y de la depuración espiritual puede realizar el goce espiritual supremo:

Siempre el vuelo fue para mí un goce doloroso!

Alsino cae, para probar el ascenso, para ascender ya alado y afinado hasta hecho inmaterial hacia su elemento natural y para dejar en fin su espíritu difundido en las alturas, simbólicamente.

VI

EL símbolo domina la filosofía de Bergson porque es lo que mejor representa la intuición. El símbolo es la unidad por medio de la cual hallan expresión un gran número de sensaciones y de hechos diversos, es la unidad que explica lo individual sin dejar escapar la esencia de verdad que cada cosa en sí posee. Su filosofía es pues en su resumen una magnífica solicitud de actuar y crear, a poner en juego todos nuestros propios valores vitales para así tomar parte en esa constante evolución creadora cuya última esencia escapa a los conceptos y al intelecto mismo, que sólo se alcanza por medio de la intuición.

El lenguaje de la intuición es el lenguaje metafórico. La propia obra de Bergson es la realización de su sutil doctrina metodológica, una bella serie de metáforas unidas por el hilo de la razón. En sus páginas, filosofía y poesía viven en íntimo consorcio. El artista nos ha demostrado que el arte es sugerencia, revelación.

En el arte por el símbolo se llega a la expresión acabada del sentimiento interior de la vida —a una revelación y no a una mera pintura. Así, se llega al último término del concepto y admite la síntesis. De ahí que es el medio de expresión preferido de Pedro Prado. En las manos de un maestro el símbolo es instrumento de arte. Nada más bello y más sentido que el símbolo trazado en *Alsino*, obra de idealismo espiritual por excelencia. Aquí el símbolo está siempre artísticamente cincelado. En su creación la sutileza del artista ha sabido lograr sólo los alicientes más suaves del arte y la razón. Por medio del símbolo ha alcanzado la perfecta armonía de la palabra y la intuición. He aquí la inconfundible belleza de su arte que es un arte revelador, una hermosa serie de sutiles metáforas hiladas con trabazón ideológica.

VII

LA suprema comprensión es el fin deseado de la filosofía de Bergson y la busca por la vía de la intuición depurada. En la filosofía de los racionalistas hay una especie de inercia, un detenimiento de la actitud creadora que en vez de continuar adelante, se repliega sobre sí mismo perezosamente. A la orden estática del viejo intelectualismo ha puesto Bergson una armonía dinámica, o sea, la convergencia de toda la actitud hacia un ideal de perfección absoluta. Su estética responde definitivamente al anhelo de espiritualidad que caracteriza su época, descubre y utiliza una nueva actitud psíquica

y restaura la venerable metafísica. Para él la filosofía no es solamente una intuición que se expresa; es sobre todo una intuición que actúa, que poco a poco se determina y se realiza.

Romper los límites de esta concepción absolutista, fría y estática, dar un sentido a la espontaneidad viva de la voluntad, he aquí la empresa que constituye la gloria de Enrique Bergson. Ha concretado su estética en un sistema que por su magnificencia quedará indeleble en las páginas de la historia del pensamiento del hombre.

El verdadero arte es una síntesis de la vida, y en la vida el hombre es la medida de todo. El arte es universal cuando la huella del genio hace que la acepte todo el mundo. Nos obliga el deseo de ver desinteresada y sinceramente. La sinceridad es comunicativa, es la vía hacia la comprensión. El arte tradicional sólo dio conciencia a la naturaleza inexpresiva. Fue esencialmente un arte de imitación y por lo tanto, arte impresionista. Formas literarias y artísticas tradicionales resultan estériles y disecadas por imposibilidad de hallar para ellas nuevo alimento por su falta de perenne comprensión.

Lo bello del nuevo arte es una visión interior en la que el mundo se reviste de cualidades super-eminentes. El pensamiento creador busca sobre todo la cualidad esencialmente estética, la que da su verdadero valor estético a la obra en que se revela —la comprensión. Prado en su afán creador la busca como finalidad estética de su arte. La busca por la vía de todas las facultades de la razón y la intuición.

Mas Prado ha ido más allá y la ha buscado por la vía de la depuración espiritual. Así su vida —así su arte— una hermosa voluntad creadora hacia la perfección absoluta, hacia la suprema armonía de la existencia universal. Su voluntad creadora se ha concretado en un arte que perdurará no sólo por la belleza de su forma sino por la profundidad de su fondo, por la cantidad de humanidad contenida y expresada en él de una manera visible y para siempre

Esto constituye la gloria de Pedro Prado.

Presencia del Pasado

LA METALURGIA EN MESOAMÉRICA

Por *Eduardo NOGUERA*

EN contraste con el alto desarrollo alcanzado por las altas culturas prehispánicas en todos los campos: la arquitectura, la escultura, talla de la madera, cerámica, artes menores, que produjeron desde los más antiguos horizontes, la metalurgia fue conocida en muy tardías épocas.

En efecto, todas las referencias nos indican que la metalurgia llegó a Mesoamérica alrededor del año 900 d. de C., o sea, a principios del horizonte histórico. A continuación observamos dos centros principales en donde se fabricaron objetos de metal. Uno fue la Mixteca de Oaxaca y el otro en el área tarasca dentro de territorio de Michoacán. Sin duda fueron los mixtecos los que alcanzaron mayor auge artístico como lo vemos por la profusión de piezas de extraordinario valor estético como lo atestiguan los magníficos ejemplares que se exhiben en los museos nacionales y en el extranjero, entre los que sobresale la famosa colección de la tumba 7 de Monte Albán. Esta perfección llegó al grado de que artistas, autoridades en el arte, en el Renacimiento y que tuvieron la oportunidad de contemplar esas joyas sin par al ser llevadas a Europa recién conquistada América, como fue Durero quien asombrado exclamara: "Pero en todos mis días no había visto nada que regocijara tanto mi corazón como estas cosas. Pues entre ellas vi asombrosos objetos de arte, y me maravilló el sutil ingenio de los hombres de estas tierras. En verdad, no puedo decir bastante de las cosas que allí tuve ante mí".

No sólo su valor artístico por sí mismo es extraordinario, las técnicas usadas en la elaboración de objetos son dignas de mencionarse. Usaban dos técnicas. Una era el martillaje hasta dejar láminas muy delgadas de oro, empleadas en especial en brazaletes, coronas, discos, etc., en magnífico repujado, o sea, objetos ornamentales. La otra técnica, conocida como "cera perdida", ha sido descrita por diversos autores desde Sahagún, quien habla de esta técnica con ciertos detalles. Consistía en modelar primero la figura que se quería representar por medio de un núcleo hecho de una mezcla de carbón y arcilla, el que se cubría de una ligera capa de

cera que lo envolvía en su totalidad. Enseguida se le recubría de una masa de barro con dos orificios o tubos de salida, uno inferior y otro superior. Por el superior se vertía el oro fundido que expulsaba la cera por el orificio inferior. Al solidificarse el metal se rompía el molde de barro y el núcleo de carbón y arcilla para después pulir y afinar la pieza resultante. Con estas técnicas realizaron infinidad de espléndidas joyas que causaron, como dijimos, el asombro de los primeros europeos que las vieron y que son todavía hoy motivo de admiración.

Ahora bien. ¿Cómo llegó a Mesoamérica el conocimiento de la metalurgia? Todas las indicaciones y las evidencias son de que vino del sur, procedente de Colombia, Ecuador y Perú, donde estaba muy avanzada y allí apareció desde épocas muy tempranas. Al parecer llegó por dos caminos: a través de Panamá, como lo señalan los objetos de un típico estilo propio de esas regiones sudamericanas en objetos hallados en Yucatán y Oaxaca. Por otra parte, en especial objetos de cobre tan típicos y característicos del occidente de México proceden, como está por comprobarse de manera precisa, en una forma directa del Ecuador y por la vía marítima. En los últimos años se han hecho muy detenidas investigaciones que abordan el problema acerca de las relaciones Ecuador Mesoamérica y se ha llegado a la conclusión de que hubo cambios directos como así se había sospechado. La presencia de objetos de metal en el occidente de México señala una amplísima distribución geográfica. Ocurren desde Guerrero hasta Sinaloa, como lo indicaremos más adelante. Es más, existen piezas de idéntica forma y quizás iguales funciones en tan distantes regiones junto con muchos otros rasgos cerámicos y arquitectónicos que nos demuestran un idéntico común origen.

Como sea que los objetos de fino acabado, de sentido artístico y de notable belleza estética son ampliamente conocidos y se han publicado en varias obras y revistas, como es en el caso de la extraordinaria colección encontrada en la Tumba 7 de Monte Albán, de los hallazgos en el Cenote de Sacrificios de Chichen-Itzá y en otros lugares, de ejemplares magníficos encontrados en Veracruz, en este estudio sólo nos referiremos al material más sencillo, menos vistoso y el que tiene ciertas finalidades utilitarias.

Si es un hecho que los pueblos mesoamericanos vivían en una edad de piedra, puesto que sus utensilios eran esencialmente de este último material y de madera, hay las sospechas de que en ciertas regiones aprovecharon con éxito herramientas de metal que irían poco a poco a reemplazar las de piedra. De haber continuado unos años más esa nueva adaptación, hubieran llegado a un dominio completo de los metales. Es sorprendente observar las extraordinarias

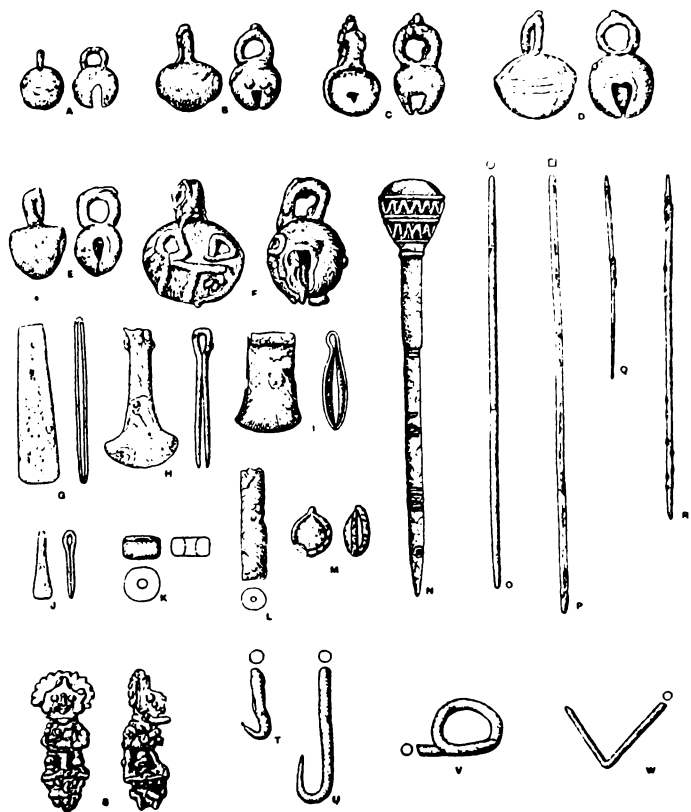


Fig. 1.—Artefactos de cobre procedentes de Apatzingan, Mich.
(Según I. Kelly)

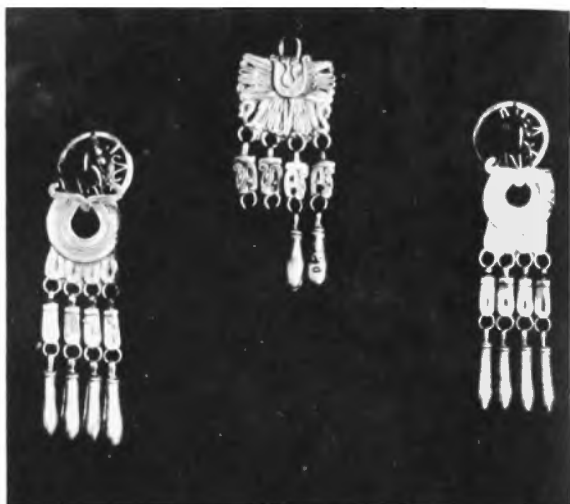


Fig. 2.—Pectorales de oro. Excelente muestra de la orfebrería mixteca.



Fig. 3.—Anillo de oro encontrado en la Tumba 7 de Monte Albán.



Fig. 4.—Cascabel de cobre encontrado en la región huasteca.



Fig. 5.—Placa en forma de ave. Procede del Cenote de Sacrificios de Chichen-Itzá.



Fig. 6.—Piezas de bronce que se asegura fueron encontradas en Panamá.

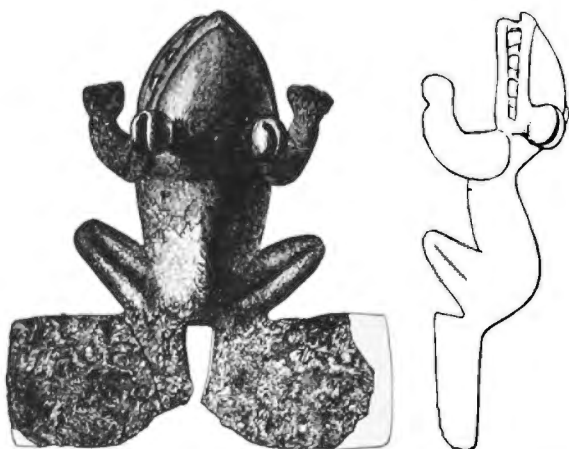


Fig. 7.—Figura de una rana en metal dorado. Procede de la región Chiriquí. (Según Holmes).



Fig. 8.—Pinzas de cobre con restos de dorado y "Tarequa" de cobre, procedentes de Michoacán.

esculturas y ornamentos arquitectónicos, en especial en el área maya y entre los aztecas, hechos solamente con herramientas de piedra. Sin embargo, junto con esos artefactos aparecen otros de cobre y bronce también utilizados en la manufactura de sus excelentes obras de arte, lo que sugiere que estaban dando el paso para substituir los de piedra. Es así como vemos que entre los tarascos de Michoacán se trabajó en especial el cobre siguiendo las técnicas de martillaje, fundición, cera perdida, filigrana, dorado sobre cobre. Ahora bien, lo más interesante para nuestro objeto es observar el hallazgo en la región tarasca de muchísimos objetos de cobre que tenían funciones utilitarias tales como agujas, hachas, leznas, azadones, pinzas para depilar que guardan estas últimas mucha analogía con las de Suramérica, además de muchísimas otras piezas de carácter ornamental. Este hecho no debe sorprendernos mucho, debido a que en Michoacán y Guerrero, donde florecieron las culturas de occidente, contienen minas de cobre, exploradas desde épocas prehispánicas, hecho que se ha invocado para explicar por qué apareció allí primero el uso del cobre en toda Mesoamérica, aunque también puede haber sido a que aquí llegaron primero las influencias recibidas directamente de Ecuador en donde la metalurgia estaba en pleno desarrollo.

En contraste con la mayor variedad de artefactos utilitarios que se encuentran en varias regiones del occidente de México, casi no hay objetos de alto valor artístico, con excepción de unos cuantos en la región tarasca.

El conocimiento más amplio y la abundancia de objetos de metal encontrados en el occidente de México se debe en gran parte a que las áreas arqueológicas han sido mejor exploradas, donde se han practicado reconocimientos y exploraciones de cierta intensidad, lo que hace sospechar, de intentarse igual investigación en las otras regiones arqueológicas de Mesoamérica se obtenga también buen número de ejemplares de metal. Esto tiende a sugerir que ya para finales del siglo XIV y principios del XV en Mesoamérica se iniciaba en muy modesta escala un cambio hacia una edad de metal y que se reconocía la superioridad de éste sobre la piedra.

Veámos cómo son los objetos típicos de cada una de esas regiones.

Desde luego, en Michoacán existen muy buenos ejemplares. Ya hemos señalado la habilidad de los tarascos en trabajar los metales, en especial el cobre. En la zona lacustre de Pátzcuaro se han encontrado diversos objetos, unos de utilidad práctica y otros de valor artístico; entre estos últimos mencionaremos una gran campana con el adorno de una tortuga en la espalda, brazaletes, figurillas, pinzas

muy ornamentadas. A orillas del lago de Chapala, en sus márgenes sur y dentro de terrenos de Michoacán, por medio de excavaciones Lister encuentra algunas piezas de cobre que guardan mucha analogía con las de Pátzcuaro y de Apatzingán, como veremos. Ocurren cascabeles, agujas, cuentas, leznas, etc., piezas que son descritas con algún detalle por ese autor.

En el mismo Estado de Michoacán, en Apatzingán, la arqueóloga Isabel Kelly y como resultado de intensas exploraciones en esa área, descubre y describe varias piezas de metal, exclusivamente de cobre, entre las que figuran: sonajas, cascabeles, pinzas, cuentas, botones, figurillas, anzuelos, agujas, leznas, que se pueden observar en la figura 1. Se nota, en cambio, ausencia de hachas de cobre, en especial la típica "tarequa" que es una forma de azada, implemento que es más frecuente en el altiplano michoacano. Por otra parte aquí los objetos de metal son diferentes a los de la región tarasca y, como lo afirma Isabel Kelly, no se encuentra repujado ni plata, oro o piezas doradas ni en general piezas elaboradas como en otras regiones. Además el material parece ser obra de la localidad y no se notan contactos comerciales con otras áreas del mismo Michoacán.

Igualmente en Jalisco, Isabel Kelly explora en el área de Autlán-Tuxcacuesco donde sólo hay objetos de cobre como cascabeles, algunos muy ornamentados, anillos de alambre, hachas y orejeras. Aunque fueron pocas las piezas encontradas, se observa cierta variedad y también parece ser un producto local si tenemos en cuenta la existencia de minas de cobre en la misma región.

Más al norte, en la comarca de Culiacán, la misma investigadora norteamericana describe el hallazgo de objetos de metal, pero en muy corta cantidad. Se trata de alambres de cobre y cascabeles del mismo material.

Dentro del mismo Estado de Sinaloa, en Guasave, el arqueólogo Ekholm explora con alguna intensidad en esa región y descubre variados ejemplares de metal, casi todos de cobre, entre los que figuran cascabeles, orejeras, anillos, cuentas tubulares, botones.

Esta enumeración de objetos de cobre en especial los procedentes del occidente de México indican que su abundancia es mayor en esas regiones en contraste con su escasez en el centro del país, lo mismo que entre las culturas del Golfo. Igual cosa puede decirse respecto a Oaxaca y Yucatán, donde ciertamente abundan más las piezas de artístico acabado, en especial en la primera entidad, aunque también cabe la posibilidad de que los exploradores ante el hallazgo de magníficos ejemplares de alto valor estético, no hagan suficiente relación de las pequeñas y más humildes piezas de metal más pobre que el oro.

Se desprende por estas relaciones que el objeto más constante y abundante, en especial en las costas de occidente, es el cascabel de cobre al que siguen las agujas y en menor cantidad las hachas de ese metal. A estos tenemos que agregar la amplia lista de implementos de metal que consigna Caso en su reciente estudio.¹ Entre ellos figuran azadas, hachas, azadones, azuelas, cerbatanas, punzones, pinzas, clavos, agujas, alfileres, lanzas, flechas, hachas-moneda, espejos, pipas, embocaduras para cerbatana, arcos, hebillas, bastones, mangos de abanico, estatuillas humanas y de animal, máscaras, cascos, escudos, penachos, cinturones, y de carácter francamente ornamental figuran diademas, cinturones, ornamentos para los vestidos, suelas para las sandalias, sonajas, pendientes, broches, pectorales, narigueras, brazaletes, ajorcas, orejeras, bezotes, anillos y uñas artificiales.

Por esta amplia relación de implementos podemos deducir que ya hacían un uso muy grande de objetos de metal, pero dependían de los de piedra seguramente para la elaboración de sus notables obras de escultura. Posiblemente algunas de carácter utilitario se hacían con herramientas de metal como se observa por las famosas "tareguas" de cobre de Michoacán y de muchos de los implementos citados por Caso que sí tenían funciones específicas y reemplazaban con ventaja los de piedra.

Como se ha dicho en párrafos anteriores, es de creerse que iban adquiriendo un mejor conocimiento y descubriendo las ventajas de la herramienta de metal por lo que de haberse retrasado la llegada de los españoles a México, hubieran pasado a una verdadera edad de los metales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASO, ALFONSO. *Lapidary Work, Goldsmith and Copper Work from Oaxaca*. Handbook of Middle American Indians. Vol. 3. University of Texas Press, Austin, 1965.
- COVARRUBIAS, MIGUEL. *El águila, el jaguar y la serpiente*. Arte Indígena Americano. América del Norte. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1961.
- EASBY, JR. DUDLEY. *Fine Metalwork in Pre-Conquest Mexico, Essay in Pre-Columbian Art and Archaeology*. Cambridge, Mass., 1961.
- EKHOLM, G. F. "Excavations at Guasave, Sinaloa, México". American Museum of Natural History. *Anthropological Papers*, Vol. 38, part 2. New York, 1942.

¹ CASO, 1965.

- KELLY, ISABEL. "The Archaeology of the Autlán-Tuxcacuesco area of Jalisco. *Ibero-Americana*, N° 26, Berkeley, 1945.
- , "Excavations at Culiacán, Sinaloa". *Ibero-Americana*, N° 25, Berkeley, 1945.
- LISTER, ROBERT H. "Excavations at Cojumatlán, Michoacán, México". University of New Mexico. Publications in *Anthropology*, N° 5, 1949.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE. *Historia general de las cosas de Nueva España*. México, 1938.

DIQUIYÚ, CENTRO CEREMONIAL OLMECA

Por Samuel MARTI

EN nuestros informes sobre Diquiyú, que significa en mixteco "sobre las piedras", señorío prehispánico ignoto localizado en los pliegues de la Sierra Madre del sur en el Estado de Oaxaca (Boletín INAH, marzo 1964, *Cuadernos Americanos* enero-febrero y marzo-abril de 1965; *México en la Cultura*, mayo 16, 1965), subrayamos la importancia de esta nueva zona arqueológica y la hipótesis que su origen se remontaba a la época prehistórica muy anterior a las culturas clásicas. También insistimos en los rasgos estilísticos olmecas que acusan las construcciones más tempranas y las cuatro estelas encontradas al pie de la acrópolis. Recordemos que los albores de los pueblos olmecas arqueológicos se remontan cuando menos a 1500 años a. de C. y su apogeo en La Venta, Tabasco a 800 años a. de C.

En esta ocasión paso a comentar el material arqueológico que han recogido en sus milpas los nativos de Diquiyú, ya que el INAH no ha podido, o querido, ni siquiera mandar uno de sus técnicos a investigar la zona o nombrar a alguien que la cuide.

Todos los objetos encontrados hasta ahora vienen a confirmar el origen olmeca de Diquiyú y su antigüedad. Estos datos son de suma importancia para la historia de México, ya que hasta ahora se conocen pocos sitios arqueológicos importantes olmecas. Además, en ninguno de los sitios se han encontrado construcciones de gran envergadura como las que hay en Diquiyú. Pero pongámonos al día respecto a los misteriosos olmecas consultando la excelente obra de Román Piña Chan y Luis Covarrubias *El Pueblo del Jaguar, los olmecas arqueológicos* publicada por el Museo Nacional de Antropología en 1964.

Escribe Piña Chan (1964:5): "En la llanura costera del sur de Veracruz y norte de Tabasco, húmeda, tropical y pantanosa, existen sitios arqueológicos como La Venta, El Trapiche, Cerro de las Mesas, Tres Zapotes y otros, cubiertos de una exuberante jungla que contrasta en algunas partes con la flora propia de las ciénagas y marismas. A pesar de esas tan adversas condiciones, allí se originó un estilo artístico vigoroso que, en el curso del tiempo, influyó so-

bre muchos pueblos vecinos, dejó su huella hasta en lugares muy lejanos y propició el surgimiento de las grandes civilizaciones del México prehispánico.

"Olmeca significa 'habitante de Olman'; es decir, habitante del país del hule, de la tierra baja tropical en general, y especialmente, de la costa sur del Golfo de México, donde se producía el mejor hule en tiempos prehispánicos. Tal es el sentido que dieron al vocablo los cronistas del siglo XVI; designaban con él a varios grupos costeros que ocupaban esa región en tiempos cercanos a la conquista. En las fuentes históricas casi siempre se mencionan juntos a los olmecas, uixtotin, nonhualcas y otros grupos. Estos nombres significan respectivamente 'gente del país del hule', 'los de las salinas' y 'los que no hablan (náhuatl)'. Como afirma Gonzalo Aguirre Beltrán, 'hule o caucho', 'salinas' y 'lengua distinta', son connotaciones que convienen a la región y a los habitantes de la costa sureña del Golfo de México.

"Estos olmecas históricos o tardíos se relacionan, a su vez, con los olmecas que ocupaban Cholula a la caída del imperio tolteca, los cuales desde fines del Horizonte Clásico, se habían asentado en tierras de Tlaxcala, Huejotzingo y alrededores del valle de México, de donde fueron a poblar hacia la costa del Golfo; pero hasta ahora no se han hallado nexos entre éstos y los habitantes de La Venta, Ties Zapotes, San Lorenzo y otros sitios olmecas que existieron fundamentalmente durante el Preclásico y Clásico Temprano. Así, resulta confuso y erróneo aplicar el término olmeca a aquellos grupos históricos o tardíos.

"Decir pre-olmeca, proto-olmeca, paleo-olmeca, es acuñar términos que implican un desarrollo gradual de la cultura, o supone que de esos grupos arqueológicos se derivaron los olmecas históricos. En realidad, las notables manifestaciones culturales de La Venta y sitios similares cesan prácticamente en los comienzos del Horizonte Clásico, y no hay elementos comparables de los olmecas históricos que indiquen en éstos una continuación de aquella cultura arqueológica.

"Al discutirse el problema olmeca, en 1942, Miguel Covarrubias decía que el estilo estaba conectado, lejana, pero evidentemente con el arte teotihuacano más antiguo, con el estilo llamado tototnaco, con las formas más viejas del arte maya y con los objetos zapotecas, los cuales, mientras más antiguos, tendían a ser más olmecas. De ahí la apreciación de que esta cultura era tan antigua, que bien podía ser considerada como la madre de todas las mencionadas. Para Covarrubias la olmeca debió haber sido la cultura madre más importante, si no la única, del desarrollo de la civiliza-

ción en Mesoamérica. Consideraba que esta cultura era el producto de un tipo de sociedad urbana, de una aristocracia intelectual formada por dirigentes misticorreligiosos o por brujos y hechiceros capaces de pronosticar el tiempo por sus conocimientos de la astrología y por el uso de una forma primitiva de calendario. Covarrubias también relacionaba esta cultura con las preclásicas y consideraba que todas las culturas básicas mesoamericanas participaban, en alguna medida, del influjo olmeca.

"En términos generales, el nebuloso origen de los olmecas se ha tratado de explicar de diversos modos. He aquí algunos de ellos:

"1. Es la cultura más antigua de Mesoamérica, madre de la teotihuacana, la maya, la totonaca y otras culturas (Caso, Palacios, Covarrubias).

"2. Hubo una temprana ocupación olmeca en la costa del Pacífico, especialmente en Guerrero, de donde pasó a la costa del Golfo (Covarrubias).

"3. Existió un substratum cultural común desde la Huasteca hasta la región maya, del cual surgió lo olmeca como una variante menor y tardía (Morley, Thompson, McNeish).

"4. Hubo un patrón cultural común desde las tierras bajas de Honduras hasta la Huasteca, y los olmecas fueron una serie de culturas locales contemporáneas, especializadas a partir de esa tradición cultural común (Drucker, Hiezer y Squier, 1959)".

Continúa diciendo Piña Chan (10): "En realidad el origen de la cultura olmeca arqueológica está ligado a una tradición cerámica especial muy extendida en Mesoamérica. Los alfareros olmecas hacían vasijas con bases planas; usaban la decoración de rocker-stamp o estampado de mecedora; la impresión de cuerda y de textiles; el punzonado y el excavado o la escisión; el achurado o cuadrulado por incisión; el asa de estribo; el cocimiento de la cerámica en atmósferas reductoras; la cerámica negra con bordes blancos; los motivos simbólicos relacionados con el jaguar; la decoración de uña; los motivos colocados en paneles... y otros rasgos que se observan desde los comienzos de la cultura en La Venta, Tres Zapotes, El Trapiche, San Lorenzo, Viejon, Alvarado y otros sitios de la costa del Golfo; pero también se encuentran en Pánuco, Chiapa de Corzo, Mazatlán, Izapa, Ocos y aún en sitios de Panamá, Ecuador, Perú y los Estados Unidos; pero los netamente olmecas de la costa del Golfo su característica principal la constituye el jaguar como motivo de decorado, el cual se usó primero en figurillas y después pasó a las esculturas.

"Al declinar la cultura, hacia fines del Clásico Temprano, otros pueblos adoptaron muchos de los logros olmecas, especialmente los

conocimientos del calendario y la habilidad en el trabajo de la piedra. Es posible decir que los mayas, los zapotecas, los teotihuacanos y los grupos del centro de Veracruz, no les fueron en zaga a sus antecesores y maestros, ni en la concepción ni en la maestría de sus estilos artísticos.

"El arte olmeca se halla bien diferenciado. Se caracteriza 'por su simplicidad y realismo de la forma, por sus conceptos vigorosos y originales'; pero saturado de un espíritu felino que constituye su elemento básico; y esta obsesión por lo felino, dictada por las motivaciones magicorreligiosas del grupo tribal, se observa en todas las manifestaciones estéticas, lo mismo en el barro que en la piedra".

Otro gran investigador y conocedor de los pueblos Olmeca Alfonso Medellín Zenil, director del Instituto de Antropología de la Universidad de Veracruz nos asegura (*La Tradición Olmeca*, 1963. Museum of Fine Arts, Houston): "La extensión territorial que conserva restos de esta cultura, abarca todo tipo de climas y condiciones ecológicas, exceptuando el desértico. Un intento de sistematizar y ordenar, de un modo general, nuestro actual conocimiento, ha llevado a proponer cuatro focos principales que se ubican en las subáreas de La Venta-Los Tuxtlas, Morelos-Puebla-Guerrero, Oaxaca-Chiapas, y Guatemala-Salvador; cada una de ellas con ciertas peculiaridades distintivas dentro de un patrón general de unidad cultural.

"Podría extrañarse la omisión de la Cuenca de México en esta reseña, por lo cual se considera conveniente aclarar que, en toda la Cuenca, es Tlatilco el único sitio donde hasta la fecha, se han descubierto importantes vestigios olmecas, llevados allá aproximadamente durante la fase media del Horizonte Preclásico, fechable entre los siglos XII-VII a de C.

"De estas subáreas la más desarrollada y espectacular, es sin duda alguna la de La Venta-Los Tuxtlas, donde se ubican los cuatro centros principales ceremoniales conocidos, que son: La Venta, Tabasco; San Lorenzo Tenochtitlán, Tres Zapotes, y Cerro de las Mesas, Veracruz. A estos sitios habrá que agregar otras veintenas de nombres importantes; pero basta con citar a Piedra Labrada, Pilapan, Pajapan, y Laguna de los Cerros, del municipio de Acayucan, en Veracruz; y Ogarrío, en las cercanías de La Venta, Tabasco".

Ninguno de estos distinguidos especialistas o sus colegas parece tener conocimiento de Diquiyú o lo menciona en sus obras como centro olmeca, y Diquiyú fue dado a conocer al mundo hace casi tres años.

El señorío de Diquiyú se encuentra enclavado en la parte más escabrosa de la Sierra Madre de Oaxaca. Su aislamiento y olvido

MURO DE LA ESQUINA
SUROESTE DE LA ACRO-
POLIS.

Fotografía del Dr. Sigvald
Linné.



'TLALOC SEÑOR DE LA
LLUVIA

Escultura con rasgos olmecas
adorada en la "Cueva de la
Lluvia" cercana a la acrópo-
lis, mide 93 centímetros de
altura Fotografía de Bodil
Christensen

CABEZA OLMECA TALLADA EN
ESTALACTITA, MIDE 9.8 CMS. DE
ALTURA. Fotografía de Irmgard Groth
Kimball.



CABEZA TALLADA EN UNA PIE-
DRA VERDOSA.
Pieza con marcados rasgos orientales que
mide 4.5 centímetros de altura. Foto-
grafía de Irmgard Groth K.



ESCULTURA OLMECOIDE TALLADA EN SERPENTINA.
Esta escultura mide 24 centímetros de alto por 6.5 de ancho
y parece proceder de Mezcala, Guerrero. Fotografía de Bodil
Christensen.



CABEZAS DE PIEDRA
La más alta mide 12 centímetros de altura y 9 centímetros de ancho.
Fotografía de Bodil Christensen



Tres cabezas de arcilla de época temprana la más alta mide 6 centímetros de altura. Fotografía de Bodil Christensen.



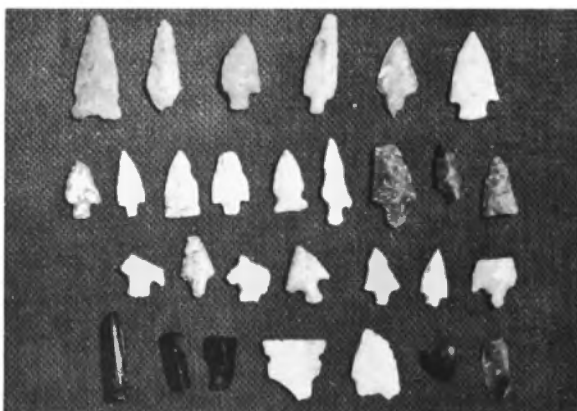
Vista frontal de una de las cuatro estelas en formas femeninas encontradas en la acropolis. Mide 1.40 mts. Fotografía del Dr. Sigvald Linné.



CERAMICA OLMECA
Fotografía de Bodil Christensen.



CERAMICA CON RASGOS OLMECAS
Fotografía de Bodil Christensen.



COLECCION DE PUNTAS DE FLECHA Y NAVAJAS DE OBSIDIANA
 La punta más grande mide 3 ½ centímetros de largo. Fotografía de Bodil Christensen.



CUENTAS Y ABALORIOS DE PIEDRA Y CONCHA
 Diámetro de la concha a la derecha con vestigios de pintura roja 6 centímetros. Fotografía de Bodil Christensen.



**CIUDADELA DE LA FORTALEZA AMURALLADA DE SANTOS
REYES TEPEJILLO**
Fotografía tomada hace 30 años por el Ing. Gabriel Benítez, localizada y
facilitada por su hijo José Benítez Muro.



VISTA DE LA CIUDADELA EN 1965
Fotografía de Bodil Christensen.



TUMBA DESCUBIERTA EN EL CERRO DEL GIGANTE
Fotografía de Yolanda Sanfeliz.

desde épocas pretéritas se debe en gran parte a su encajonamiento entre los riscos de la Sierra Madre y que hasta hace poco no existían comunicaciones con el exterior, aunque Diquiyú está situado a escasas cinco horas de la capital y a dos horas de la carretera Panamericana. Otro dato que confirma el retraimiento de Diquiyú se puede deducir del hecho que no obstante su extensión y evidente poderío, Diquiyú no aparece mencionado en ninguna relación, códice, o en los mapas del siglo XVI. Tampoco figura entre las conquistas de los aztecas en su marcha hacia el sur, o entre los tributarios de Moctezuma II registrados en el Códice Mendocino.

Resulta inquietante que aunque Diquiyú se encuentra actualmente en una zona mixteca y todos sus habitantes (aproximadamente 30,000) hablan este idioma, hasta ahora toda la evidencia arqueológica tiende a identificarlo con pueblos olmecas en su época temprana y zapotecas (Monte Albán IIIc o sea aproximadamente 271 d. de C.), en su última época. En todo caso podemos estar seguros que los señores de Diquiyú lograron conservar sus valles, bosques y el caudaloso río que hoy se conoce como el río Mixteco, así como sus templos, y palacios y fortalezas, fuera del alcance de sus vecinos y de extraños. Diquiyú es una zona arqueológica virgen, inexplorada, y un legado inapreciable a la historia, a la arqueología y al pueblo de México.

La acrópolis del señorío de Diquiyú se encuentra casi en el centro de su territorio, protegido por imponentes fortalezas en la parte sur, que colinda con la Mixteca Baja y el Estado de Guerrero, y por los picos impregnable de la Sierra Madre en los linderos del norte, este y oeste. El Señorío se extiende desde Huajuapán de León hacia el norte hasta Santos Reyes Tepejillo y Juxtlahuaca a través de la sierra.

Precisamente de la acrópolis de Diquiyú y de un santuario ceremonial cerca del pueblo de San Juan Diquiyú, en donde se encuentran muchos entierros es de donde proceden las piezas más interesantes que han recogido en sus milpas los nativos.

Como se puede ver en las ilustraciones, la mayoría de las características del estilo olmeca señaladas por Piña Chan están presentes en el material de Diquiyú, desde las más primarias hasta las más desarrolladas. Podemos afirmar que Diquiyú fue un centro ceremonial de pueblos olmecas arqueológicos desde su fundación hace aproximadamente 3,500 años hasta su abandono en fecha perdida en los arcanos de la prehistoria. Pero, ¿cómo explicar el desconocimiento u olvido de fortalezas amuralladas, magníficas explanadas y escaleras, gigantescas columnas monolíticas que pertenecieron a templos y palacios, que según Caso parecen ser de origen zapoteco,

y, desde luego la carencia de vestigios mixtecos? Y todo este tesoro histórico-arqueológico-turístico, está casi intacto y a flor de tierra.

Las hachas ceremoniales de piedra talladas con representaciones de personajes que se asemejan a las famosas "cara de niño con expresión de tigre", según decía Miguel Covarrubias, abundan por todas partes. También han aparecido máscaras de barro y de piedra, los enanitos o niños sensuales, abundante cerámica y piedras semi-preciosas, generalmente de color verde que es el color sagrado, algunas adornadas con relieves dignos de estos grandes artífices. En nuestros informes y artículos hemos descrito las cuatro estelas encontradas en la acrópolis labradas en formas femeninas rudimentarias, tal vez antiguas deidades de la fecundidad o de la Tierra, y también la estupenda escultura conocida en la región como "Tláloc" que adoran en la "Cueva de la Lluvia" cercana a la acrópolis.

Provoca indignación que las autoridades de la Secretaría de Educación y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, de la Secretaría de Comunicaciones, del Departamento de Turismo y del Instituto Nacional Indigenista no hayan tomado en cuenta la importancia social, histórica y económica de la nueva zona de San Juan Diquiyú, cuya protección y exploración sistemática podría resolver muchos de los enigmas de la prehistoria y la arqueología de México, y a la vez proveer de medio de vida a miles de mexicanos de origen mixteco que hasta ahora han permanecido al margen de la Revolución Mexicana. Además, Diquiyú puede transformarse en un atractivo turístico de primer orden y sin par en el mundo, dada la riqueza de sus edificios, desde templos y palacios hasta cerros ceremoniales con escalinatas y magníficas fortalezas amuralladas. En cuanto a la belleza del paisaje montañoso, a dos mil metros sobre el nivel del mar, los vallecitos encantadores y el majestuoso Río Mixteco, solamente visitándolos y gozándolos se pueden apreciar debidamente.

Sabemos que el INAH tiene localizados más de doce mil sitios arqueológicos en el país, pero ninguno de ellos se puede equiparar con Diquiyú en cuanto a su cercanía a la capital y a una carretera nacional; a su estado de conservación, y sus atractivos arqueológicos y naturales. Solamente el beneficio social y económico que implica el salvar a miles de mexicanos de la ignorancia y de la miseria compensaría el costo exiguo de su conservación y reconstrucción. ¿Hasta cuándo comprenderán nuestros funcionarios que así como seguimos medrando con el indígena y lo indígena, también tenemos el deber y obligación de ayudar a sus descendientes en toda ocasión y forma posibles? Sobre todo, debemos ayudarlos a ayudarse a sí mismos, ya

que nunca han solicitado dádivas o regalos, solamente justicia y la oportunidad de vivir decorosamente.

Esperemos que cuando menos el C. gobernador de Oaxaca y todos los oaxaqueños radicados en la capital tomarán cartas en este asunto y harán llegar noticias de Diquiyú al C. Presidente de la República, solicitando que las instituciones mencionadas reciban los medios necesarios para incorporar todo un jirón abandonado de la patria a la comunidad mexicana. Lo más urgente es el nombrar conservadores-vigilantes, tanto en la acrópolis como en el llamado Cerro del Gigante, cerca de San Juan Diquiyú, para que no ocurran actos de vandalismo como los que he denunciado al INAH y a las autoridades del Estado de Oaxaca.

Por si alguien duda del origen olmeca del señorío de Diquiyú, publicamos algunas fotografías de las piezas encontradas en la acrópolis. Desde luego es notable por su tamaño y fábrica la escultura conocida como el "Tlálóc", a la cual rinden culto todos los pueblos de los alrededores en una cueva situada al lado de un precipicio que se conoce como la "Cueva de la Lluvia". Por cierto que emplean el vocablo náhuatl "Tlálóc", en vez del "Tzahui" mixteco o "Cosijo" zapoteco.

Se trata de una soberbia escultura tallada en piedra basáltica con una técnica muy superior a la que se aprecia en las cuatro estelas de formas femeninas localizadas en la parte alta de la acrópolis. Según los nativos "vino" de la acrópolis y Alfonso Caso la calificó como de origen olmeca. El personaje o deidad tiene las manos cruzadas sobre el pecho y lleva grandes orejeras y un casco parecido a los de las grandes cabezas olmecas de La Venta y las cariatides de Tula. Sus facciones son arrogantes y sus rasgos son olmecas: mentón ancho, nariz corta y ancha, y labios prominentes de tipo negroide. Esta escultura mide 93 centímetros de altura y 17 de diámetro.

La mayoría de los pueblos y rancherías de la región le rinden culto al "Tlálóc" y le llevan ofrendas de flores, dinero y gallinas, algunas de las cuales se pueden apreciar en la fotografía.

Como extraordinaria podríamos considerar la magnífica cabeza labrada de una piedra durísima, posiblemente estalactita, que representa un personaje típico olmeca. Esta escultura pertenece al período de oro de estos grandes escultores, cerca de 800 a. de C. y tiene una gran fuerza y dinamismo en su composición y en su modelado. Sus facciones son las que caracterizan el estilo olmeca destacándose la ranura en el cráneo, los ojos mongoloides, y la expresión felina. Es admirable una perforación minúscula en las fosas nasales, posiblemente hecha para colocar una nariguera como adorno. Esta pieza

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS ANTE LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS

Por *Silvio ZAVALA*

EL 2 de agosto de 1530, la reina expidió una cédula en la que hacía memoria de que, al principio de los descubrimientos, los reyes permitieron cautivar y hacer guerra a ciertos indios que resistían con mano armada al rey y no querían acatar la fe católica. El propio Carlos V, en cuyo nombre se dictaba la cédula a que nos referimos, autorizó el cuativerio "como cosa que por derecho e leyes de nuestros reinos se podría sin cargo de nuestra conciencia hacer e permitir"; pero considerando los muchos e intolerables daños y la desenfrenada codicia de los conquistadores, mandaba ahora que, en adelante, nadie en tiempo de guerra, aunque fuera justa y mandada hacer por el rey o por quien tuviera su poder, fuese osado de cautivar a los dichos indios. Se prohibía también adquirir los indios esclavos por rescate. En cuanto a los esclavos existentes antes de la fecha de la cédula, se haría una matrícula de ellos ante la Audiencia.

De este modo serían conocidos los esclavos anteriores y, como se prohibía en adelante reducir los indios a la esclavitud, podía esperarse el pronto fin de la institución.

Apenas la Segunda Audiencia publicó en Nueva España la cédula y comenzó a cumplirla, los soldados y los pobladores protestaron. Estas quejas solían ser patrocinadas por los cabildos de las ciudades españolas.

Los colonos razonaron que se les privaba de lo que el derecho permitía. A consecuencia de la prohibición de hacer esclavos, morían más indios en las guerras, porque los soldados no tenían interés en cautivarlos vivos. Las expediciones de conquista se habían organizado, en su mayoría, a base de un sistema económico individualista de costas y aportaciones de los capitanes y los soldados, es decir, no eran empresas a sueldo del Estado ni hechas por ejércitos profesionales comparables a las entidades modernas de combate; y si los expedicionarios ponían en la guerra sus armas, caballos, alimentos y costeaban sus curaciones, ¿de dónde iba a salir el provecho si la Corona impedía que, como un beneficio final de la expedición,

los prisioneros fuesen hechos esclavos y como tales pudiesen utilizarlos los soldados o venderlos?

En lo tocante al rescate, argumentaban que los esclavos indios que entregaban los caciques a los españoles se convertían a la fe cristiana y abandonaban sus costumbres bárbaras.

Estos razonamientos no dejaron de impresionar a la Corona española; en el año de 1534 dio otra cédula que revocó la de 1530 y volvió a permitir el cautiverio de indios en las guerras y el rescate, pero ni las mujeres ni los niños menores de 14 años en el momento de ser hechos prisioneros podrían ser cautivados conforme a derecho.

Apenas llegó a México la nueva orden favorable a la esclavitud, los religiosos y juristas que habían protestado anteriormente contra esa institución elevaron al trono sus voces condenatorias. Entre ellas se hizo oír la de Bartolomé de las Casas.

Escribió a un "muy excelente señor", desde la ciudad de Granada de la provincia de Nicaragua, a 15 de octubre de 1535, que: "Una de las vías inicuas con que la gente desta prouincia e reyno de Nicaragua en tan breve tiempo ha sido miserablemente assolada, ha sido la triste licencia que ese Real Consejo ha dado para que puedan hacer esclavos". Se muestra asombrado de "cómo puede tanto la malicia de los que tal informan, que baste a engañar a una tan egregia y admirable sabiduría...". Afirma que no hay esclavo indio en las Indias que justamente lo sea o lo haya sido. Ahora está por averiguar que ninguna guerra, desde que las Indias se descubrieron hasta hoy, ha habido justa de parte de los cristianos. Lo que dicen los españoles de que se les dé licencia para hacer esclavos a sólo los que los mismos indios tienen por esclavos, es diabólico, porque su color de uno que los indios tienen, hacen ellos esclavos a la mitad y a las dos partes de los vasallos del cacique. Así han llevado de dos años acá más de 12,000 ánimas al Perú y "todos son muertos" y no escapó alguno, y éstos están escritos en los libros del rey. Añade que se han llevado de Nicaragua a Panamá más de 25,000 almas y "todos son muertos". Y al Perú, antes de los años dichos, más de otros 15,000 y "todos son muertos". No va nao de estos puertos que no lleve más de 300 ánimas y "todos" mueren antes de llegar al Perú, de sed y hambre. No hay derecho natural, humano o divino en que esto pueda fundarse. Estos infieles no son moros que resisten la fe, sino que la reciben; ni detienen tierras ajenas, sino suyas; no infestan a los cristianos, sino que éstos los han invadido y les hacen daño y ponen en cautivero. Aquí habla del canonista Ostiense "que más duramente habló contra los moros", pero no contra los indios, y sin embargo reconoce que si los infieles

acatan la autoridad de la Iglesia no deben perder sus bienes. Y Osetiense es singular, porque Inocencio, y los que después de él vinieron, que todos le siguen, tienen opinión contraria y está fundada en verdadera teología y en la suave ley de Cristo y piadosa costumbre de la Iglesia. Los indios "son lo que fuimos en España antes que nos convirtiesen los discípulos de Santiago, y aun haito mejores en esto y más aparejados para recibir la fe que nosotros". Pide que se quite el hierro que ahora vino concedido para marcar esclavos, porque hacen esclavos a chicos y grandes y los llevan a vender a Panamá y al Perú. Y no se olvide la gobernación de Guatemala, que se asuela y destruye. Él y sus compañeros, para convertir infieles, "queríamos estar donde no nos estorbasen cristianos". Y termina con una alusión agresiva a "aquella fiera bestia de Lutero".¹

Los vaivenes en la legislación acerca de los esclavos indios se encuentran mencionados en forma viva y personal por un testigo que participó en los acontecimientos. En efecto, en carta a Felipe II, escrita al parecer hacia 1559, el fraile dominico Bernardino de Minaya refiere que habiendo pasado de México a Nicaragua, fue al Perú y encontró que los españoles que se ocupaban con Pizarro en la conquista de esta tierra, querían enviar en navíos los indios que habían recibido para su servicio, a fin de venderlos en Panamá, y así traer vino, vinagre y aceite. Como Minaya supiese esto, les notificó un traslado autorizado por el cual mandaba el Emperador que no pudiesen hacer esclavos a los indios aunque éstos fuesen los agresores, y así lo pregonaron y cesó el venderlos. Este episodio parece estar relacionado con la cédula prohibitiva de la esclavitud de 2 de agosto de 1530. Minaya regresó a México "donde el Señor quiso traerme a tal tiempo que había venido provisión del Presidente Cardenal de Sevilla Loaysa en que mandaba los capitanes viniesen [sic, al parecer por vendiesen] a los indios esclavos a su voluntad". Minaya atribuía este cambio, que parece referirse a la cédula permisiva de la esclavitud de 20 de febrero de 1534, a la opinión dada por fray Domingo de Betanzos en el Consejo de Indias acerca de que los indios eran incapaces de la fe y que en cinco años se habían de acabar. Continúa refiriendo Minaya que venida esta provisión a manos de don Sebastián Ramírez, Obispo de Santo Domingo en la Española y presidente en México, "juntó a los religiosos y les dijo: esta provisión es venida y sé que por otras partes la han executado y se han estado por esclavos más de diez mil, mas yo temo mi conciencia y en cargo las vuestras escribáis a S. M. lo que sentís destas

¹ B. M. BIERMAN, "Zwei Briefe von Fray Bartolomé de las Casas. 1534-1535", en *Archivum Fratrum Praedicatorum*, Roma, IV, 1934, pp. 211 y ss.

pobres gentes de su habilidad y cristiandad; y así los de San Francisco escribieron a S. M.^{ca}. Minaya regresa a España y visita al Cardenal Loaysa en Valladolid y lo halla bajo la influencia del parecer de Betanzos. Procura entonces la ayuda del doctor Bernal Lugo [es decir, Bernal Díaz de Luco] y logra por mediación de éste una carta de la emperatriz para el Papa. La lleva a Roma y obtiene ciertos despachos en favor de la libertad de los indios [se refiere a la bula de Paulo III dada en 1537] y uno para don Juan de Tavera, Cardenal de Toledo, encomendándole la protección de los indios. Enterado Loaysa, hizo retraer a Minaya durante dos años. Este creía que Loaysa era la causa de la destrucción de aquellas tierras.²

Los medios oficiales se dejaron influir, otra vez, por la tendencia abolicionista. En las Leyes Nuevas, dadas en Barcelona en el año de 1542, se dispuso que los indios no se harían esclavos en el futuro por ninguna causa; los hechos anteriormente podrían subsistir, pero llevándose a cabo una revisión de todos los casos existentes; se pondrían en libertad los indios si las personas que los tuvieran en su poder no exhibían título legítimo.

Las Leyes Nuevas plantearon varios problemas de interpretación. La prueba que exigían acerca de que el español poseía legítimamente al esclavo ¿era posible? De no serlo, vendrían a quedar en libertad todos los esclavos. En segundo lugar, debía resolverse a quién se encomendaría la carga de la prueba: ¿demostraría el esclavo que era hombre libre y que indebidamente fue cautivado o probaría el amo que poseía justamente al indio mediante un título de derecho?

No fue fácil resolver este conjunto de dudas. En 1546 se convocaron en México importantes juntas de teólogos y letrados en las que se discutió la interpretación de las leyes de 1542. Las Casas defendió la posición extrema: para él todos los esclavos, o la gran mayoría de ellos, habían sido mal hechos y entendía que la voluntad del rey al promulgar las Leyes Nuevas había sido conceder la libertad a todos.

Según el cronista Remesal, seguido por Icazbalceta, la junta de 1546 llegó a las conclusiones siguientes: 1. Los infieles justamente poseen señorío sobre sus cosas que sin perjuicio de otro ad-

² El documento procede del Archivo General de Simancas, Sección de Estado, legajo 892, fols. 197 ss. Ha sido publicado por LEWIS HANKE, "Pope Paul III and the American Indians", *The Harvard Theological Review*, XXX-2 (abril 1937), pp. 99-101. Sobre las relaciones de amistad que mediaron entre el Cardenal Tavera, el Dr. Bernal Díaz de Luco y Vasco de Quiroga, y sobre la prevención que manifestaba ante los dos últimos Nuño de Guzmán, véase S. ZAVALA, *Recuerdo de Vasco de Quiroga*, México, Editorial Porrúa, 1965, p. 127.

quieren y con la misma justicia poseen sus principados, reinos, estados, dignidades, jurisdicciones y señoríos. 2. Hay cuatro maneras de infieles conforme a lo asentado por Las Casas en su tratado *De unico vocationis modo*.³ Los indios corresponden a la cuarta clase y la guerra que se les hace para sujetarlos al imperio de los cristianos y que de esta suerte se dispongan para recibir la fe cristiana o se quiten los impedimentos que para ello pueda haber, es injusta. 3. La causa final por la que la Sede Apostólica concedió el principado supremo de las Indias a los reyes de Castilla y León, fue la predicación del Evangelio y no por hacerlos mayores príncipes. 4. Con eso la Santa Sede no entendió privar a los señores naturales de las Indias de sus estados y señoríos. 5. Los reyes de Castilla y León, después que se ofrecieron a tener cargo de la predicación y conversión de las Indias, deben poner los gastos para que aquellos infieles sean cristianos.

Icazbalceta lamentó justamente que sólo existiera la versión incompleta y de segunda mano de Remesal sobre una junta tan importante. En adición a esa fuente cabe tener presente la carta que escribió el obispo Marroquín, de Guatemala, estando en la ciudad de México, el 20 de julio de 1546: "Después que llegué cada día nos habemos juntado, y se han tratado cosas más espirituales que corporales. En lo de los esclavos y servicio personal de los indios acordamos que no se hablase y que los confesores se lo hubiesen entre si por no alborotar al pueblo. El Obispo de Chiapa llegó algo tarde y está muy manso y lo estará más cada día, aunque ayer quiso empezar a respingar y no se le consintió".⁴

A consecuencia de la junta de 1546 se redactó un formulario para los sacerdotes que habían de confesar a los residentes en las Indias y se mandó un memorial al rey y al Consejo de Indias.

Según la versión de Icazbalceta, aunque las declaraciones de la junta eran avanzadas, no satisfacían a Las Casas ni a su compañero fray Luis Cáncer, "porque no se había tratado expresamente el punto de la esclavitud de los indios, aunque el Obispo le había propuesto muchas veces". Se pregunta Icazbalceta a qué fin había de tratarse, porque las Leyes Nuevas y la cédula de 2 de agosto de 1530 no estaban derogadas. Lo primero es cierto en cuanto a los esclavos,

³ Edición de capítulos V, VI y VII, por el Fondo de Cultura Económica, México, 1942.

⁴ Cf. FRAY FRANCISCO XIMÉNEZ, *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*, Guatemala, 1931, I, pp. 407-409. RAFAEL ARÉVALO, ed., *Colección de documentos antiguos del Archivo del Ayuntamiento de la ciudad de Guatemala*, Guatemala, 1857, p. 187. Cit. por M. BATAILLON, "La Vera Paz", *Bulletin Hispanique*, LIII, 3 (Burdeos, 1951), p. 297.

mas no lo segundo, pues sabemos que la cédula de 20 de febrero de 1534 había derogado la del año de '30.

Icazbalceta pensó: "la insistencia del Sr. Casas no tiene otra explicación sino la de que como esas leyes sólo prohibían hacer esclavos en lo sucesivo y ponían ciertas condiciones a la libertad de los ya hechos, él quería ir más adelante y que la esclavitud quedase totalmente abolida, de presente y de futuro". Ciertamente Las Casas ya había advertido que, respecto a las leyes de 1542, se perfilaban dos interpretaciones: una amplia en favor de la libertad y otra que admitía la emancipación de los indios en ciertos casos y la negaba en otros. No es de extrañar que fray Bartolomé quisiera que una junta, que por la ciencia y representación de sus componentes gozaría de reconocida autoridad, se pronunciara públicamente en el sentido más beneficioso a la libertad de los esclavos.

Según Icazbalceta, ante la insistencia de fray Bartolomé, el virrey Mendoza permitió que en el convento de Santo Domingo se hiciesen otras juntas en que se trataría de la esclavitud y cuantos otros puntos parecieran pertinentes. No concurrieron los obispos. Se discutió el requerimiento redactado por Palacios Rubios y la junta dio por mal hechos los esclavos de primera guerra y exceptuó de la calificación a los de la segunda entrada a Jalisco, cuando el virrey fue a reducir a los indios alzados.⁵

Acercas del alcance de la última reunión, trae Las Casas una cita que escapó a Icazbalceta y de la que se deduce que los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, de Nueva España, acordaron exigir, para absolver en la confesión a los españoles, que los poseedores de esclavos los llevaran a examinar a la audiencia real conforme a las Leyes Nuevas. Icazbalceta supone que en esta reunión Las Casas tenía seguro el triunfo de sus doctrinas. En realidad, tampoco le satisfizo el acuerdo a que se llegó, porque comentó más tarde que mejor hubieran hecho los religiosos de Nueva España si no hubieran exigido el examen dicho, porque tenían probable opinión de que todos los indios eran injustamente hechos esclavos y en los procesos ante las audiencias podían haber cautelas.⁶

Otros testimonios nos ayudan a conocer la opinión de Las Casas sobre la aplicación de las Leyes Nuevas en materia de esclavitud. En la Memoria, sin fecha, que presentaron al Consejo de Indias el propio fray Bartolomé y fray Rodrigo de Andrada [¿Ladrada?], en 1543, manifiestan que en una de las reales ordenanzas,

⁵ REMESAL, *Historia*, lib. VII, caps. 16 y 17. TELLO, *Crónica*, p. 532. ICAZBALCETA, *Zumárraga*, pp. 184-192. C. PÉREZ BUSTAMANTE, *D. Antonio de Mendoza*, p. 96.

⁶ *Tratado de la esclavitud...*, Sevilla, 1552.

el rey manda que en los esclavos que hasta aquí se han hecho contra razón y derecho y contra las provisiones e instrucciones dadas, que las audiencias, llamadas las personas, los pongan en libertad si quienes los tuvieren por esclavos no mostraren título como los tienen y poseen legítimamente. Si esta ordenanza real fuese sin declaración alguna, nacerían en las Indias grandes inconvenientes para la libertad de los indios que injustamente han hecho esclavos, porque en cien años no alcanzaría un indio libertad ni justicia de su injusto cautiverio, porque son muchas las cautelas que usan los cristianos. El rey debe restituir a los indios "a su prístina y natural libertad". Ofrecen los autores de la memoria dar información en la corte para probar que desde que las Indias se descubrieron hasta hoy, no ha habido ningún indio que justa y legítimamente haya sido hecho por españoles. Todo ha sido tiránico y contra razón y natura. Y se ha infamado la religión cristiana. Si no lo probaren, que se les castigue; y si lo probaren, que el rey mande declarar todos los indios que tienen nombre de esclavos, estén herrados o no con hierro de su majestad, por libres y con injusta servidumbre agraviados. Y no sea oído ninguno de los injustos y de mala fe poseedores que los tienen con mala conciencia. Con esto el rey hará justicia y excusará frívolas dilaciones, injustas alegaciones, infinitas injusticias, cautelas y pecados que harán para estorbar la libertad de los indios. Ofrecen informar en cuanto al hecho y el derecho y piden que se tome parecer de letrados, teólogos y juristas cristianos. Y el rey mande devolver a sus tierras a los indios que lo deseen, a costa de quienes los hicieron esclavos, que han enviado a las islas los alemanes de Venezuela navíos cargados de indios hechos esclavos. Y a los hechos esclavos de Santa Marta y Cartagena y Costa de las Perlas que se dice de Cumaná y Paria con lo demás. Y los hechos en provincias de Nicaragua, Honduras, Guatemala, Chiapa, Yucatán y Pánuco. Y en Xalisco (aquí aluden tanto a los primeros excesos, es decir, a los de Nuño, como a la represión de la rebelión cuya causa atribuyen a excesos de la gente que de Nueva España fue a Cibola). Que el rey les mande dar libertad porque se vayan a sus tierras. También piden que se ponga en libertad a los naborias que es una cautela de las usadas por los españoles para poner en servidumbre perpetua a los indios. Llámanlos naborias y humanas. A otros poniéndoles unas letras en el rostro que decían desterrado, dan a entender que por ser malos merecían esta pena y henchían navíos vendiéndolos por esclavos. El rey mande a todos los que estén vivos ponerlos en libertad, "por cualquier título y con cualquier nombre que los tuvieren", pues son injustamente hechos esclavos.

También denuncian que los españoles traen hurtados muchos indios, así libres como los que llaman esclavos, a estos reinos de Castilla, y otros dejan vendidos en las islas por donde pasan, especialmente en La Habana. Y hay hoy en Sevilla más de diez mil a lo que se dice y cada día ahora no cesan de traerlos. Que el rey los declare por libres y vuelvan a sus tierras a costa de los que injustamente los trajeron y se han servido de ellos, o a costa del rey. Y ninguno quede acá aunque quiera, porque en las Indias se casarán y poblarán y acá nunca hallarán con quien casarse y adquirirán vicios. Que lo mismo se mande para los cautivos en La Habana, que los envíen a sus tierras. Que también se pregone en las gradas de Sevilla y en las Indias, que ninguno traiga indio, por ninguna color, con o sin licencia de las autoridades de Indias, so pena de muerte así a los que los metieren en los navíos como a los maestros, pilotos, contra maestros y capitanes de los navíos. Y que se mande a las autoridades de Indias que no den licencias a nadie. Si algún señor o cacique desea besar las manos del rey, que lo escriban primero al rey o al real consejo los virreyes o audiencias y los religiosos.⁷

Algo más tarde, cuando ya Las Casas andaba otra vez por el Nuevo Mundo, escribió en Gracias a Dios, el 22 de octubre de 1545, una carta de requerimiento o amonestación a los oidores de la Audiencia de los Confines, en la que dice que por cumplir con su oficio pastoral—como obispo de Chiapa—y con su conciencia, y cumpliendo lo ordenado por los santos cánones, requiere a los oidores dichos las cosas siguientes: 1. Que se le ampare para ejercer su jurisdicción, porque su iglesia está opresa por inobediencia de las justicias ordinarias seculares. 2. Que se le dé ayuda del brazo real para castigar a delinquentes que han ofendido a la iglesia. 3. Que la audiencia remedie las opresiones que padecen los indios de aquel obispado de los españoles, en especial en los excesivos tributos y exacciones y en los servicios personales y en cargarlos como a bestias noches y días y en tener muchos hombres y mujeres libres por esclavos y en otras vejaciones, y que para predicarles es necesario que Su Alteza les dé la libertad que Su Majestad manda por sus nuevas ordenanzas como a vasallos suyos libres que son. 4. Que la audiencia declare pertenecer el conocimiento y protección de las causas de indios, como personas miserables, al juicio eclesiástico. Dice que esta declaración ya la han pedido los tres obispos que en la ciudad de Gracias a Dios al presente están, de Guatemala, Chia-

⁷ El documento procede del Archivo del Convento de San Felipe, Sucre, Bolivia. Lo ha publicado LEWIS HANKE, "Un festón de documentos lascasianos", *Revista Cubana*, XVI (julio-diciembre 1941), pp. 177-181.

pa y Nicaragua. 5. Que impidan que en las provincias de Yucatán no se haga guerra ni conquista ni entrada ni ranchería por los españoles, como ahora se hace. Razona que se destruyen aquellas gentes y alborotarán a indios de paz en provincias de Teculutlan que los están convirtiendo los religiosos de Santo Domingo. 6. Que manden tratar bien a los indios y pueblos que están ya incorporados en la corona real aunque son muy pocos. Que se haga conforme a las nuevas ordenanzas. Se dice que los oficiales del rey tiranizan para que los indios pidan que los tornen a encomendar a personas particulares. 7. Dice que tiene que usar su oficio pastoral en ambas provincias como obispo de Yucatán y Teculutlan. Que la audiencia ponga en cabeza y corona de Su Majestad los indios que manda en las ordenanzas dichas. Habla de los tiranos alzados en el Perú. Y del poder que tiene en Nicaragua Rodrigo de Contreras; no se le puede castigar pues le ayudan las gentes a que da de comer. De contar el rey con los tributos (son las tres partes de los indios de la provincia) daría de comer a los españoles y estarían por la justicia real. Explica Las Casas que lo que pide no es quitar los indios a los particulares, porque el rey no lo manda, sino a los oficiales para dar de comer a quien no lo tiene. Que si el pueblo lo hubiera entendido no hubiera habido tanto daño "ni pensarán los españoles que las leyes de Su Magestad les eran dañosas y que les quitaban la sustentación". El obispo de Chiapa da tres meses a la audiencia de plazo para que provean como pide, so pena de excomunió⁸.

Las Casas se había trasladado a España después de la junta de 1546 y continuaba su empeñosa lucha en favor de la interpretación liberal de las leyes de 1542. En el año de 1552 publicó en Sevilla un tratado sobre la esclavitud de los indios.

Aventurándonos en la fronda de las autoridades, ejemplos y distinciones escolásticas que agrupa el autor, hallamos una conclusión dividida en tres partes: 1. Los indios que se han hecho esclavos en las Indias del Mar Océano desde que se descubrieron hasta hoy lo han sido injustamente. 2. Los españoles los poseen por la mayor parte con mala conciencia. 3. Esto es así aun de los que hubieron de los indios.

La prueba de la primera proposición descansaba en la idea de la injusticia de las guerras que los españoles habían hecho a los indios y los abusos que habían cometido en las mismas. El argumento de la segunda sentencia consistía en reflexionar que así como

⁸ Este documento es manuscrito autógrafa de Las Casas, en dos folios, en excelente estado de conservación y firmado f. BME. DE LAS CASAS Obispo de Chiapa. Huntington Library, San Marino, California, HM21720.

caía en pecado cualquiera que usurpara al prójimo su capa, si no la restituía, con mayor razón podría censurarse a los españoles que usurparan a los indios su libertad. La tercera afirmación se basaba en que fuera de Nueva España muy pocos o ningunos indios practicaban la esclavitud entre sí y que no denotaban con esta voz lo mismo que los europeos sino una forma más benigna de servidumbre. Que los mexicanos se hacían esclavos por causas ligeras, ilícitas en derecho; carecían de la ley cristiana y, como eran injustos en hacer a su prójimos esclavos, se podía presumir que lo serían en la justicia de sus guerras, de suerte que los esclavos hechos en ellas podían fácilmente ser ilegítimos; los españoles que los adquirirían a sabiendas, o dudando, o estando obligados a dudar de que eran esclavos conforme a justicia y ley natural y divina, ya los obtuvieran por compra, conmutación o habidos de tributos o dados de gracia o por otra vía, los poseían con mala conciencia. Según Las Casas muy pocos eran los esclavos adquiridos por compra voluntaria de los caciques e indios; aún en estos casos, los españoles debieron hacer un previo examen antes de tomarlos. Deducía de todo lo anterior que el rey estaba obligado de precepto divino a mandar poner en libertad a todos los indios que los españoles tenían por esclavos; los obispos de las Indias debían procurarlo; aprobaba —como dijimos al estudiar la junta de 1546— que los religiosos de Nueva España hubieran exigido que los dueños de esclavos los llevaran a examinar a la audiencia conforme a las leyes nuevas, pero hubiera convenido más que, sin ese examen, los tuvieran por libres, porque tenían probable opinión de que todos eran esclavos injustamente y en los procedimientos ante las audiencias podían intervenir acciones de los letrados que difirieran la obtención de la libertad.

Un análisis cuidadoso del *Tratado* pone de manifiesto las dificultades que Las Casas tuvo que vencer, dentro del derecho de su época, para llegar a la conclusión antiesclavista absoluta. La suerte de los esclavos de guerra la resolvía de antemano al sostener la injusticia de la acción armada por parte de los españoles y el incumplimiento de las instrucciones que les habían dado los reyes, con lo cual, faltando los requisitos escolásticos indispensables de la causa y autoridad de la guerra, era ésta ilícita y no producía jurídicamente el efecto de esclavitud.

El tema de los indios esclavizados antes de la llegada de los españoles era más complejo. Las Casas atacaba en primer lugar las bases de esta esclavitud. Los mexicanos hacían esclavos porque los pobres entregaran sus hijos a los hombres ricos en tiempo de necesidad a cambio de dos o cinco cargas de maíz; por hurtos pe-

queños; por pérdidas en el juego de pelota; por preñar un hombre libre a una esclava; o por violarla; por tomar la esclava algo perteneciente a su amo y darlo a sus familiares, lo cual bastaba para causar la esclavitud de éstos; y por la usura. Ninguna de estas razones debía admitirse en un régimen cristiano, porque así como se impedía la poligamia del gentil, después de que se bautizaba, habían de quedar sin efecto sus costumbres irracionales en materia de esclavitud. Las Casas no creía tampoco que las guerras sostenidas entre los indios hubieran sido lo suficientemente justas para que se hicieran en ellas esclavos legítimos. Además, el esclavo prehispánico era como un hijo; tenía casa, peculio y familia como los demás vecinos, y salvo cuando el señor lo necesitaba en su casa o sementera, el resto del tiempo lo empleaba el siervo para sí. Concluía fray Bartolomé razonando que las dudas acerca de la legitimidad de la esclavitud prehispánica debieron preocupar a los españoles que adquirieron los indios y hacer indispensable una investigación satisfactoria.

Obsérvese que su dialéctica se basaba sobre una probabilidad de injusticia y no sobre un principio general absoluto que desconociera la institución de la esclavitud en sí misma. Por esto la petición final, en pro de la libertad de todos los indios, tenía que sortear el obstáculo de los pocos que hubieran sido hechos esclavos de acuerdo con las leyes entonces vigentes. En efecto, decía Las Casas: "siendo tantos y tan sin número los que contra toda ley y razón fueron cautivos: y a quien se les ha usurpado su libertad: de los cuales somos ciertos y de ninguno dudamos: y habiendo tan pocos: y aun pudiendo ser ningunos los que se hallaren legítimamente esclavos: y éstos incertísimos y de mil no se hallara uno: aunque con suma diligencia los quieran discernir o buscarlos", es mejor poner en libertad a todos. Las Casas llegó a admitir, en el caso del indio gentil esclavo vendido correctamente al español, que éste gozara de algún servicio del indio que le compensara el precio que había dado, aunque no en forma de esclavitud.⁹

⁹ La obra lleva por título: "Este es vn tratado q/ el obispo de la ciudad Real de Chiapa do/ fray Bartholome de las Casas o Casaus/ compuso por comision del Consejo Real/ de las Indias: sobre la materia de los yn-/ dios que se han hecho en ellas esclavos. El/ qual contiene muchas razones y aucto-/ ridades juridicas: que pueden apro-/ uechar a los lectores para deter-/ minar muchas y diuersas/ questiones dudosas/ en materia de re-/ stitucion: y de/ otras que al/ psente los/ hobres/ el tiempo de agora tratan/ Año 1552/". El colofón dice: "A loor y gloria de nuestro se/ ñor Jesu Christo y de la sacratissima virgen sancta/ Maria, fue impressa la presente obra en la muy/ noble e muy leal ciudad de Seuilla en casa/ de Sebastian Trugillo impressor de li-/ bros. Frontero de nuestra señora/ de Gracia.

Dos reflexiones sugiere la actitud de Las Casas: la imprenta comenzaba a influir en las contiendas sociales de las Indias; y el deseo de proteger a los indios y de tratarlos humanitariamente no se detenía estrictamente en las fórmulas del derecho europeo, sino que las rebasaba tratando de dotarlas así de una elasticidad nueva.

El tratado de fray Bartolomé produjo gran sensación en Nueva España. Como en ocasiones anteriores encabezó la protesta el cabildo de la ciudad de México, que presentó el 26 de octubre de 1555, sus capítulos a los obispos reunidos en sínodo provincial o santo concilio. Por lo que respecta al tratado de Las Casas: "yten dize esta ciudad que ya a V.S. le consta como don frai bartolomé de las casas obispo que fue de chiapa conpuso los dias pasados cierto librilla de cosas falsas y fabulosas en daño e perjuizio e deshonor de toda esta tierra y de los gouernadores e justicias e vezinos que han sido e son della e sustentando opiniones falsas e muy dañosas asi para lo que toca al servicio de dios nuestro señor y ensalzamiento de nuestra santa fee como por lo que toca al servicio de su magestad e seguridad destes sus Reynos e bien general de toda esta nueva españa e republicas della asi de españoles como de yndios, el qual obispo con el atrebimiento que siempre a tenido, e contra toda buena razon se le ha consentido, hizo inpremir en Sevilla de su avtoridad e dicho librilla o libello por mejor dezir e lo embio a estas partes de yndias, con el qual se cavso tanta alteracion generalmente en todos que parece fue necesario haver hecho el delito con tanta distancia de tierra e agua en medio, e porque a V.S. en esta santa junta es dado remediar tan graue mal suplicamos a V.S. vea el dicho livello e con sus excelentes letras y experiencia le contradiga e confunda todo e cada cosa del en particular, que para lo que fuere necesario informacion bastante de lo contrario esta ciudad se ofrece de dalla, y V. S. hordene y mande que los tales librillos se junten y no los pueda haber en estas partes e se escriua a españa para que alla junten los que huviere y no se publiquen, demás de que se prouea que el dicho obispo se recoja en algun monesterio donde se le viede el tratar negocio de yndias ni escrevir sobre cosa que a ellas ni a persona dellas toque, que con suplicar esto a V.S. descargamos de la obligacion que teníamos de bolver por la honrra desta tierra". Asimismo, el cabildo representa

Acabosse a doze/ dias del mes de Setiem-/bre. Año de mil e qui-/nientos y cincue-/ta y dos". En el argumento se explica que Las Casas trató con el Consejo de las Indias, como parte del remedio de los indios, que se pusiesen en libertad los que los españoles llamaban esclavos; el Consejo le pidió que pusiese por escrito la materia. El tratado ha sido reimpresso en *Biblioteca de Autores Españoles*, LXV, pp. 208-226.

que los frailes: "han dicho e jurado algunos que acabados de libertar los yndios condenados a servicio desta tierra han de libertar todos los negros siendo cosa tan escandalosa". "Yten dice esta ciudad que ya a V.S^{as}. le consta del notable daño que a esta tierra se ha hecho en libertar todos los esclauos della tan de golpe e sin oyr las partes e que de causa desto las mas minas de la tierra se se han despoblado e las demas haran presto lo mysmo e que los mismos esclauos con dalles libertad han recebido daño e perjuicio y no provecho alguno porque en poder de sus amos heran bien tratados e curados en sus enfermedades como hijos y sobrelleuados de trauajo cada uno por lo que le yba en tener biuo y sano e bueno su esclauo y heran yndustriados en las cosas de la fee y estauan ricos con la plata que sacauan para si que era mucha cantidad y en dándolos por libres se han buuelto a sus ydolatrias e bellaquerías e borracheras de que les han recrecido muertes e grandes daños y esta tierra e vecinos bella han sido agrabiados notablemente pues la mayor parte de los esclauos que les han libertado los compraron de los quintos a su magestad pertenecientes e de sus almonedas e seria justo que en esto la real conciencia se descargase, que se podría hazer de una de dos maneras: o mandando su magestad que todos los esclauos de la tierra se den en hefecto por libres, asi los dados como los que faltaren si algunos fueren, con que sirvan a sus amos ocho o seis años por una moderada soldada para que en este tienpo se puedan yr rrehaziendo de esclauos negros en sus haziendas; e si esto no hubiere lugar, que su magestad mande traer a esta tierra de su real hazienda dos mil negros a poder de sus oficiales e echada la quenta del costo, riesgos e costas, se tasen al valor que costaren y se rrepartan por las personas que han sido agraviadas en libertalles sus esclauos sin oilles con que los tales den fianças de pagar el valor e precio de los que a cada uno cupiere dentro de quatro o cinco años, cada año la quarta o quinta parte; suplicamos a V.S. platiquen esto y lo que dello paresciere mas conbiniente lo escriuan e suplique a su magestad para que se descarge su Real conciencia y se desagrauien y remedien los agraviados y destruydos".¹⁰

También originó el tratado de Las Casas una larga réplica del franciscano fray Toribio de Motolinía, fechada en Tlaxcala el 2 de enero de 1555. Este no admitía que todos los esclavos se poseyeran de mala fe, como decía Las Casas, porque muchos años se

¹⁰ Museo Nacional, México, Biblioteca, Mss. E.C.T. 2. 336, fols. 115v-116, 113, 117. Sobre el desarrollo general del Concilio Provincial de 1555, véase JOSÉ A. LLAGUNO, S.J., *La personalidad jurídica del indio...*, México, 1963, pp. 29-36.

vendieron por las plazas con el hierro del rey y los cristianos con buena fe e ignorancia invencible los poseyeron. Las Casas no estaba bien informado sobre la esclavitud practicada por los indios: "pone allí trece manera de hacellos, que una ninguna es así como él escribe. Bien parece que supo poco de los ritos y costumbres de los indios desta Nueva España... Tres o cuatro frailes hemos escrito de las antiguallas y costumbres que estos naturales tuvieron e yo tengo lo que los otros escribieron. Y porque a mí me costó más trabajo y más tiempo, no es maravilla que lo tenga mejor recopilado y entendido que otro". De esta manera Motolinía enfrentaba a la lucubración de Las Casas su investigación histórica sobre la vida de los indios antes de la dominación española, en la que sabemos que se distinguieron también otros hombres de estudio.

Los mexicanos, según Motolinía, no hacían esclavos de guerra, porque todos los prisioneros eran sacrificados.

Además del defecto de información que atribuía al tratado de Las Casas, Motolinía lo tachaba de exagerado cuando aseguraba que los esclavos hechos en México, Guazacualco, Pánuco, Jalisco, Chiapa, Guatemala, Honduras, Yucatán, Nicaragua, costa de San Miguel y Venezuela, hubieran sido tres o cuatro millones; no creía que pasaran de 200,000 y algunos opinaban que no fueron más de 100,000, "y este número de esclavos cosa es que se puede saber por lo libros de V.M. por los quintos que ha recibido". Que en Nueva España no quedaban mil por libertar y su emancipación se haría en un año; el rey había hecho con ellos lo que debía y aun más, pues encargó a los dueños probar que poseían con derecho los esclavos, "lo cual era casi imposible y de derecho incumbía lo contrario"; Motolinía, sin embargo, aprobaba lo mandado "porque los menos eran bien hechos", conclusión que concordaba fundamentalmente con la del tratado de Las Casas.

En su *Historia de los indios*, Motolinía mencionó como sexta plaga, entre las diez que habían caído sobre los naturales después de la conquista, el servicio de las minas, donde habían muerto muchos esclavos que no se podrían contar.¹¹ Sin embargo, ahora le parecía que Las Casas exageraba el mal tratamiento dado a los indios, porque las justicias y los frailes cuidaron de que no hubiera abusos y que los esclavos se doctrinaron "y muchos años ha que los esclavos y criados de españoles están casados *in facie ecclesiae* e yo he visto muy muchos así en lo de México, Guaxaca y Guate mala como en otras partes, casados con sus hijos e sus casas y su peculio, buenos cristianos e bien casados". Tal vez las dos descrip-

¹¹ ICAZBALCETA, *Documentos*, I, 17 y C. D. I. H. E., LIII, p. 297.

ciones contradictorias de Motolinía se debieran no sólo al distinto ánimo e intención con que las había escrito sino también a que pensara primero en los tiempos inmediatos a la conquista y luego en la organización más recta establecida durante el gobierno de la segunda audiencia de México y el virrey don Antonio de Mendoza.

Motolinía terminaba su carta con una defensa de la personalidad de Hernán Cortés, quien a su juicio había amado a los indios y, aunque pecador como hombre, había sido buen cristiano.¹²

Hemos reunido los documentos anteriores con la intención de presentar el cuadro dentro del cual se desarrolló la tenaz campaña de Las Casas en contra de la esclavitud de los indios. Todavía se percibe, a cuatro siglos de distancia, la aspereza del combate. Esperamos que sirvan también estos testimonios para aclarar un período particularmente crítico e incompletamente conocido de la batalladora existencia del defensor de los indios.

¹² C.D.I.A.I., VII, pp. 281 y ss. y 267. Sobre otros aspectos de la controversia entre Motolinía y Las Casas, cfr. J. F. RAMÍREZ, "Noticias de la vida y escritos de fray Toribio de Benavente, o Motolinía", en ICAZBALCETA, *Documentos*, I, XLVI ss, y S. ZAVALA, "Indigenistas del siglo XVI", en *Sur*, Buenos Aires, Año VIII, Núm. 42, pp. 73-76. Marzo de 1938. Debe tenerse en cuenta también, para lo que Motolinía escribió sobre los indios, la obra *Memoriales de fray Toribio Motolinía*. Manuscrito de la colección del señor D. Joaquín García Icazbalceta. Publicado por primera vez su hijo Luis García Pimentel. París, 1903.

UN ASPECTO INÉDITO DE LA INFLUENCIA LASCASIANA EN MÉJICO

Por *Santiago SEBASTIAN*

UNO de los caracteres más significativos que actualmente está tomando la investigación sobre la discutida figura del padre Bartolomé de las Casas es el desvío de la atención hacia otros aspectos de su poderosa personalidad que habían quedado oscurecidos por el estudio absorbente acerca del gran polemista. Parece natural que se haya producido esta evolución, como consecuencia de esa objetividad que debe llevar implícita toda investigación científica.

Vale la pena estudiar otros aspectos sobre los que el autor no tuvo prejuicios y que estaban al margen de sus propósitos, defendidos tesoneramente a lo largo de toda su vida. Estas noticias indirectas tienen un gran interés. Lo que voy a considerar aún es más indirecto, pues no sabemos si el mismo escritor pudo intervenir en la elección de los motivos grabados que ilustran algunos de sus libros. Es probable que Las Casas eligiera alguno de estos motivos, tal como el detalle de "Hércules atacando a la Hidra", que pese a su carácter esquemático, era algo que se avenía muy bien con el tono polémico de su literatura.

Me limito a estudiar dos portadas de sus tratados, aparecidos en 1552, porque son los únicos que por el momento he podido ver, que hayan influido sobre la pintura mural mejicana del siglo XVI. El Méjico moderno quiso hacer un homenaje al obispo de Chiapas en los murales del Ministerio de Educación, pero va en el siglo XVI la pintura mural de los anónimos maestros, tributó un implícito reconocimiento al discutido escritor, imitando con bastante fidelidad las ilustraciones de sus obras.

El año de 1552 señala un momento importante en la vida y en la obra de fray Bartolomé; en esa fecha se decide a darle a su campaña la máxima amplitud empleando para ello la fuerza y difusión de la palabra impresa. Desconocemos por qué razones se demoró tanto en tomar esta solución, quizá vivía muy ocupado y sin tiempo para dedicarlo a la edición de sus manuscritos; él era ante todo un hombre de acción. Debíó de comprender que la forma de convencer al mayor número de sus compatriotas era utilizar la

palabra impresa, pues a muchos de ellos no podía llegar de otra manera.

Recurrió para la publicación de los tratados, al impresor más importante de Sevilla en aquella época, Jácome Cromberger, pero se sirvió al mismo tiempo de otro sevillano, el impresor Sebastián Trugillo. El profesor Lewis Hanke dice al respecto que el "hecho de que Las Casas recurriese a dos impresores simultáneamente, indica la urgencia que le movía a dar a conocer sus ideas al mundo, a toda prisa, y tal vez se propusiese embarcar ejemplares en la flota que finalmente partió en octubre".¹ No se ha justipreciado hasta ahora el interés de estos grabados, y han sido considerados como modelos un tanto rudos. No fue así en su época, cuando los modelos de la casa Cromberger ejercieron influencia, como veremos; esta prensa sevillana, en opinión de Lyell, ocupó un puesto de honor en la historia tipográfica, no solamente en España, sino en Europa en el siglo xvi.² Por ello se comprenderá que los tratados de Las Casas constituyan hoy una rareza bibliográfica y que hayan sido buscados ávidamente por los coleccionistas americanos. "La publicación de estos tratados demostraba —si semejante demostración fuese necesaria entonces— el tremendo poder de la prensa. Convertíase en propiedad mundial lo que anteriormente habían sido memoriales privados para la Corona, pues, con la misma celeridad que eran enviados a América, los tratados se abrían camino hacia otros países de Europa, allende los Pirineos".³

Recientemente, estudiando los frescos del convento mejicano de Actopan, he descubierto un modelo grabado que es decisivo para explicar el origen de los grutescos pictóricos del citado edificio. En las decoraciones murales de la escalera fue reproducido el grabado de la portada del tratado lascasiano *Brevisísima relacion de la destruycion de las Indias* (1552). Dado el gran interés de los escritos de fray Bartolomé para los lectores americanos, se explica que pasasen pronto sus publicaciones al Nuevo Mundo; en este caso, seguramente se encontrarían en la biblioteca conventual de Actopan, donde se leerían con avidez. A falta de un catálogo de la biblioteca, tenemos el testimonio de los grutescos pictóricos que nos hablan de la presencia de otras obras del discutido obispo de Chiapas. Allí también se encuentra un grutesco pictórico con el tema

¹ L. HANKE y M. GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: *Bartolomé de Las Casas 1474-1566* (Bibliografía crítica), p. 142. Ed. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile, 1954.

² JAMES P. R., LYELL: *Early book illustration in Spain*, pp. 177-179. Ed. Grafton. Londres, 1926.

³ L. HANKE y M. GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: *Ob. cit.*, p. 143.

de "Hércules matando a la Hidra", que procede de un grabado que figura en dos tratados lascasianos: *Entre los remedios... y Aquí se contiene una disputa o controuersia...* (Sevilla, 1552). Cabe suponer pues, que uno u otro, o ambos, figuraron seguramente en la biblioteca conventual.⁴

Al cotejar los frescos de la arquería pictórica superior con la portada primeramente aludida, se ve que la franja inferior de la arquería fue tomada de la parte superior de la portada del libro, salvo el cambio del búcaro por un escudo, aunque lo demás permanece igual. La parte inferior de la portada del libro fue imitada en la franja superior de la citada arquería. Las columnas pictóricas de esta arquería son las mismas que hay en la dicha portada del libro titulado *Brevisima relación...* Con respecto a la portada repetida en los segundos tratados de Las Casas, cabe anotar que el grabado de la parte inferior alude a uno de los doce trabajos de Hércules, que por cierto parece muy indicado para una obra tan discutida como la del obispo de Chiapas.

No deja de llamar la atención el hecho de que grabados que ilustran los tratados de fray Bartolomé hayan servido como muestra para las decoraciones del convento citado. Tal encanto le dan que Toussaint escribió: "No hay monumento comparable por sus murales al fresco como el de Actopan".

¿Quiénes fueron los autores de estos frescos? Es muy posible que artistas indígenas, pues tenemos una referencia de una carta dirigida por don Vasco de Quiroga a fray Alonso de la Veracruz, en la que le daba las gracias por haberle enviado los pintores indios de Méjico que pintaban de romano.⁵ Es muy probable que en Actopan trabajara un equipo de pintores indios, aunque un fraile debió de dar las pautas de carácter iconográfico.

Quizá nunca pensó el obispo de Chiapas que los indios, cuya sensibilidad y capacidades tanto alabó, le harían este homenaje, tomando los grabados de las portadas de sus libros y reproduciéndolos en forma monumental, y justo es añadir, en honor de ellos, que hasta superando las muestras impresas en Europa. Puede el lector cotejar los grabados con los frescos para percatarse de este aspecto.

⁴ Justo es reconocer que el grabado existente en la *Brevisima relación* apareció antes en *Los Cuatro Libros Primeros de la Crónica General de España*, por FLORIÁN DE OCAMPO (Zamora c. 1542) y en la *Chronographia* de JERÓNIMO DE CHAVES (1543). Aunque no descarto que ambos libros pudieran pasar a la Nueva España, carecían del interés que tienen los tratados de fray Bartolomé para el lector americano.

⁵ L. MAC GREGOR: *Actopan*, p. 35. Ed. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1955.

Si Las Casas no pensó nunca en esta enseñanza indirecta de sus obras, no fue porque dudase de la capacidad de los artistas indígenas, pues de ellos escribió en el capítulo LXII de su *Apolo-gética historia*: "De los oficiales que entre ellos habia y hoy hay, pintores de pincel y el primor con que las cosas pintadas que quieren hacen, es ya tan manifiesto y claro, que será superfluo decillo por novedad, mayormente después que se dieron a pintar nuestras imágenes, las cuales hacen tan perfectas y con tanta gracia quanto los mas primos oficiales de Flandes. . . Otra cosa y primor tienen grande: si les piden que saquen una historia de un paño o retablo donde las figuras o imágenes sean grandes, y la pinten y metan en un paño o retablo muy chico, o de un chico la pinten y pongan en un grande, ver cómo las proporcionan según el tamaño del lienzo o del retablo donde las pasan, cosa es grande y de maravillar". Precisamente lo que cuenta en el último párrafo es lo que hicieron con los grabados de sus tratados: tomar un modelo diminuto y proporcionadamente reproducirlo en forma monumental, *cosa es grande y de maravillar*.



Brevísima rela
ción de la destrucción de las In-
diaracolegiadas por el Obispo dō
fray Bartolome de las Casas / o
Casilla de la orden de Sãctō Do-
mingo.

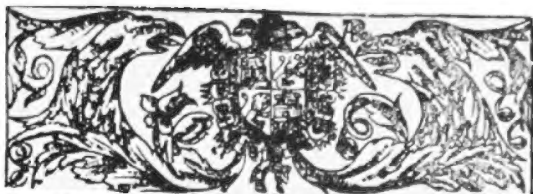
Año. 1552.



Este grabado fue imitado y aún superado en las decoraciones murales de la escalera de Actopan.



Detalle de los frisos de Actopan. Compárese con la parte inferior de la portada del libro *Aquí se contiene* . . .



Aqui se contiene

yna disputa/ o controuersia: entre el Obispo dō fray Bartholome de las Casas/ o Casaus/ obispo q̄ fue dela ciudad Real de Chiapa/ que es en las Indias/ parte dela nueua España: y el doctor Hines de Sepulueda Coronista del Emperador nuestro señor: sobre q̄ el doctor contendia: q̄ las conquistas delas Indias contra los indios eran licitas: y el obispo por el cōtrario d̄fendio y affirmo auer si lo y ser imposible no serlo: trancas/ injustas y iniquas. La qual questio se p̄tito y disputo en presencia d̄ muchos letrados theologos y juristas en yna cōgregacion q̄ mando su magestad juntar el año de mil y quientos y cinquenta en la villa de Valladolid.

Año. 1557.



La parte inferior de este grabado reproduce en forma esquemática uno de los trabajos de Hércules



Detalle de los murales de la escalera de Actopan.

LA OBRA DE LAS CASAS VISTA POR UN JURISTA

Por Ricardo GALLARDO

DEBEMOS a James Brown Scott la aserción según la cual la primera concepción moderna del Derecho de Gentes, o sea el origen del Derecho Internacional Público, se encuentra en la obra *Relectio de Indiis*, que contiene las lecciones dictadas por el padre Francisco de Vitoria en la célebre Universidad de Salamanca, probablemente en el año 1539, y no en 1532, como se había supuesto hasta ahora.

La tesis que combatió el padre Vitoria y que había sido formulada antes por Juan de Quevedo y Ginés de Sepúlveda, consistía en afirmar que el descubrimiento de un territorio y la conquista del mismo, seguidos de ocupación, constituía uno de los medios de adquisición de la soberanía. Desde el momento mismo en que el territorio así conquistado podía ser considerado, a justo título, como *res nullius* o territorio abandonado, su propiedad recaía en el primer ocupante, puesto que antes de la toma de posesión de éste no existía ninguna soberanía. De esta premisa derivaba un corolario cuyo sentido era —¿es preciso decirlo?— más que inhumano. Los habitantes de los territorios conquistados eran, en el caso de los indios, hombres nacidos para ser sometidos a la servidumbre, puesto que se les asimilaba a las bestias de carga, cuyos derechos no podían jamás ser salvaguardados ni tan sólo protegidos por el Derecho Civil en vigor.

El padre Vitoria debía levantarse contra estas ideas y forjar una doctrina que se sitúa al lado opuesto de estos dos principios tan inhumanos y contrarios a los principios jurídicos. Debe por ello ser considerado, a justo título, como el verdadero fundador del Derecho Internacional Público. Por una parte, era inconcebible considerar el continente americano como *res nullius*, puesto que antes de la llegada de los conquistadores españoles estaba ya ocupado por pueblos y tribus cuyos miembros debían ser aceptados como los verdaderos soberanos y propietarios. En segundo lugar, las diferencias de mentalidad entre los españoles y los indios, incluso si estos últimos se libran a prácticas bárbaras y

paganas, no podían en ningún caso ser consideradas como causas justas para declararles la guerra.

Indiscutiblemente, el descubrimiento de América, no tan sólo cambió el destino del mundo sino que, según el ejemplo de los acontecimientos históricos de las grandes potencias, debía provocar enormes cambios en la vida económica, política y jurídica en todos los países.

Al lado del derecho de conquista como medio de adquisición de la soberanía sobre nuevos territorios, apareció una nueva forma jurídica: a saber, el derecho de ocupación, precedido del derecho de descubrir nuevas tierras en el espacio. La emoción causada por esta verdadera revolución de principios, hizo necesaria la intervención del Papa Alejandro VI, cuya célebre Bula Pontifical del 3 de mayo de 1493, acordaba a los monarcas españoles la soberanía y el dominio sobre todos los territorios e islas descubiertos o por descubrir, partiendo de una línea imaginaria trazada del Polo Norte al Polo Sur y distante de cien leguas hacia el occidente, de las Islas Azores y del Cabo Verde. Ni Portugal ni la Gran Bretaña aceptaron esa demarcación, considerada ya en aquella época como bastante arbitraria, a tal punto que España y Portugal tuvieron que suscribir, en 1494, el Tratado de Tordesillas, que dio lugar a una nueva repartición de la Tierra. Por su parte, Francia argüía contra la Bula Pontifical con no menos vehemencia. Recordaré, de paso, que Francisco I reclamaba que se le mostrara el testamento de nuestros primeros padres, Adán y Eva y la cláusula en que éstos autorizaban al Soberano Pontífice a imponer en el mundo semejante reparto.

He aquí, en síntesis, los aspectos ideológicos del problema, que consistía en legitimar o en incriminar la guerra que los conquistadores españoles y portugueses sostenían a principios del siglo XVI contra los nativos del continente americano.

Los defensores de la escuela, que sostenían las prácticas esclavistas, debían proseguir su propaganda y ésta habría sin duda triunfado si otra voz, tan humana y tan caritativa, pero más fogosa aún que la del padre Vitoria, la del padre Bartolomé de Las Casas, no se hubiera levantado.

He de pedir excusas por haber hecho esta digresión alrededor del Derecho de Gentes, tal como se concebía en la época del descubrimiento de América, pero he considerado necesario establecer claramente estos datos que nos permitirán una mejor comprensión de la importancia de la huella que dejó la tradición lascasiana en el mundo jurídico de la época.

¿En qué momento puede decirse que los pueblos luchan entre sí, en una guerra justa? He aquí una cuestión casi inextricable y, en todo caso, espinosa, incluso en la actualidad, y a la cual se esforzaron en responder autores tales como Platón, Séneca, Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

En su libro primero del *Derecho de la Guerra y de la Paz*, que Grotius dedicó en 1635 a Luis XIII, rey cristiano de Francia y de Navarra, y donde lo califica del más justo y magnífico de los reyes, el célebre autor consideraba que eran tan sólo tres las causas justas para hacer la guerra, a saber:

—La defensa de su país y de su persona.

—La recuperación de los bienes que nos son debidos.

—El derecho de castigar las ofensas recibidas.

Todos los autores, tanto panegiristas como detractores del padre Las Casas, concuerdan en afirmar que los escritos, exposiciones, solicitudes y requerimientos que el padre Las Casas dirigió antes de 1516 a los reyes católicos o a los presidentes de los Asuntos de Indias en el seno del Consejo Real, como el obispo Fonseca, de Burgos, el cardenal Cisneros y Adrián de Utrecht, se fundaban sólo muy superficialmente en argumentos jurídicos. Sin duda alguna apercibimos ya en estos primeros escritos la larga lista de crueldades cometidas por los conquistadores españoles en las islas de Cuba, Jamaica, Hispanolia y San Juan de Puerto Rico, y a las que el padre Las Casas debía referirse reiteradamente durante su larga vida de apóstol y de polemista en favor de los indios.

La primera de sus obras en la que trata de la defensa de los indios desde un punto de vista general —aunque poco jurídico— es en su *Memoria de los Catorce Remedios*, publicado en 1516; obra notable en la que expone ya un plan de gobierno cuyas reminiscencias puede que se remonten a la *Utopía* de Tomás Moro y a la *Paraclesis* de Erasmo de Rotterdam. A pesar de los mentís hechos al respecto, el contenido del Memorial de Las Casas debía de inspirar más tarde al cardenal Cisneros en su plan de reformas administrativas puesto en práctica en las Indias.

En 1517, a los cuarenta y tres años de edad, el padre Las Casas inició sus estudios jurídicos y se especializó, sobre todo, en las cuestiones americanas gracias a los juristas y teólogos de los colegios San Pablo y San Gregorio de Valladolid. Cuando Las Casas se presentó ante el Consejo de Indias reunido en Barcelona en 1519, no se amedró al emplear por primera vez argumentos jurídicos y se esforzó en probar que la guerra declarada por los españoles contra los indios era una guerra injustificada, porque la conquista y la opresión no podían en ningún caso ser consideradas como

títulos de adquisición de la soberanía. Sin duda el "Protector de los indios" en aquella época no había adquirido aún la convicción de que todas las guerras debían ser condenadas. Efectivamente, todavía en 1521 juzgaba que era legítimo hacer la guerra y someter a la servidumbre a los indios que practicaban el canibalismo, rechazaban la prédica de la Buena Fe u obstaculizaban la explotación de las minas. Asimismo, antes de redactar, entre 1527 y 1531, la *Historia de las Indias* y la *Apologética de la historia de las Indias*, el padre Las Casas admitía que los negros podían ser sometidos a la esclavitud precisamente con el fin de aligerar las penalidades y los sufrimientos de la población indígena, cuyos representantes le inspiraban una mayor magnanimidad.

Esas cláusulas de salvaguardia del sistema de conquista tan fuertemente anclado en los espíritus de la época, nos permiten admirar mejor la esencia realista —y no utópica como se ha pretendido— que caracteriza el pensamiento y la acción del padre Las Casas.

Fue tan sólo a partir de 1530, que comenzó a estudiar como jurista, economista y sociólogo la fórmula de la "encomienda". Esta institución había sido reglamentada por Carlos V en 1523, presionado por sus consejeros y teólogos. Pero el emperador debía imponer más tarde la libertad absoluta de los indios y prohibir la "encomienda". Se valió para ello de un biés que consistía en establecer la imposición directa por la Corona de los tributos a los indios y eso, claro está, en detrimento de los conquistadores. Desgraciadamente, los escasos medios y el restringido número de funcionarios de que disponía la Corona española no le permitieron el mantenimiento de esta prohibición.

Para el padre Las Casas no hay comparación posible entre los habitantes de América por una parte y los turcos, moros, y otros pueblos semejantes por otra; solamente los últimos podían ser sometidos a la guerra. Es ahí donde los autores modernos que se declaran adversarios de Las Casas, le acusan de haber descubierto la noción de genocidio para aplicarla a España, mucho antes que el Derecho contemporáneo definiese qué debe entenderse por este término. Dichos autores afirman incluso que ninguna conjetura histórica puede permitir comparar el pueblo español a las innumerables razas del Nuevo Continente que yacían bajo la ignorancia de siglos de impotencia histórica. Estas afirmaciones colocan a los detractores del padre Las Casas en una situación precaria. Efectivamente, no hacen mención de los grandes progresos de todo orden que la arqueología y la etnología contemporáneas atribuyen a las razas indígenas de América. Al decir esto, pienso más especial-

mente en la raza "Maya" de América Central y de Yucatán, cuyas poblaciones los españoles conocieron tan sólo a través de grupos étnicos menos evolucionados. El Imperio Maya había desaparecido, en efecto, en la época del descubrimiento de América, dejando a los cronistas de esa época y a los historiadores contemporáneos en la mayor ignorancia en cuanto a las causas verdaderas de su declive.

Los eruditos trabajos emprendidos por el abate Brasseur de Bourbourg, Synvanus Griswold Morley, Bingham, Alfonso Caso y todos los americanistas alemanes e italianos que contribuyeron a resucitar el pasado de América, prueban de manera contundente que Las Casas no se equivocaba cuando calificaba de verdaderos *reinos* a los pueblos de América y de verdaderos *reyes* a sus jefes de la época.

¿Cómo puede alguien atreverse, en pleno siglo XX, hablando de las civilizaciones precolombinas, a expresarse en términos tan despectivos como los empleados por ciertos adversarios contemporáneos de Las Casas, si aún hoy los sistemas científicos que empleamos están lejos de sobrepasar ciertos conocimientos de la vida cotidiana de esos pueblos?

La subrogación de diversas dinastías americanas por la Corona española no podía efectuarse, según Las Casas, sin recurrir a la usurpación de funciones. Sin duda, los españoles podían ejercer sobre los americanos una presión bienhechora, del mismo modo que los jefes americanos podían concluir provechosas alianzas con su majestad católica. Pero eso no podía hacerse más que por pleno acuerdo; aún más, de igual a igual. Es así como Las Casas se convirtió no solamente en el defensor de la causa de los indios, sino en un preclaro precursor de los redactores de la *Declaración de los Derechos del Hombre* y en el precursor de los publicistas contemporáneos partidarios de la igualdad de razas y del buen entendimiento entre los pueblos, base de toda coexistencia pacífica de las naciones.

Es muy notable el hecho de que un simple eclesiástico que—es preciso recordarlo?—debía de vivir más de noventa años, consiguiera por sí solo hacer rayar la palabra "*conquista*" del texto de las Ordenanzas Reales. Desde entonces y salvo raras excepciones, los documentos reales debían dirigirse exclusivamente a los "descubridores", "colonizadores" y "pobladores" españoles del continente americano. Ninguna gracia, ninguna mención, ningún privilegio fue atribuido a los *conquistadores*, por lo menos cuando se trataba de recordar que los indígenas de América debían ser considerados como verdaderos vasallos de la Corona y no como esclavos o siervos de los "encomenderos".

En las conclusiones me permitiré insistir sobre las profundas repercusiones que la introducción del término "vasallos de la Corona" debía tener en el espíritu y en la mentalidad de los libertadores, en el momento de la emancipación americana. Baste por el momento recordar que Las Casas fue uno de los primeros inventores de la fórmula que consiste en afirmar la universalidad jurídica y política del Nuevo Mundo, continente entonces compuesto de una serie de reinos y de vicerreinos, debiendo todos ser considerados como Estados reales y auténticos a semejanza del Estado español que regía la Península Ibérica.

Pero examinemos primero la tesis según la cual las ideas expuestas por Vitoria difieren en lo esencial de las enunciadas por Las Casas. Parece más bien, si examinamos en los dos autores lo substancial de sus textos respectivos, que sus puntos de vista concuerdan plenamente; lo que por otra parte no nos impide reconocer en Vitoria su gran calidad como jurista, mientras que en Las Casas admiramos al apóstol, al tribuno y al Savonarola americano. En uno y en otro de esos dos grandes hombres encontramos la misma preocupación de proteger, por todos los medios, el principio de la libertad y de la igualdad jurídicas de todos los pueblos, sin distinción de religión ni de cultura. Sin duda Vitoria es a veces más reticente que Las Casas, pero ello es una consecuencia lógica de su cultura eminentemente jurídica. Para Las Casas, el único motivo que España podía invocar para justificar su penetración en el interior del nuevo continente era la evangelización. Justificación muy relativa puesto que en este caso no se trata de batirse contra los moros o los turcos para reconquistar territorios que fueron primitivamente propiedad de los cristianos. Por otra parte, Las Casas califica de errónea e incluso de hereje la doctrina según la cual el Papa puede hacer donación de las tierras del nuevo continente a los españoles. Pero es preciso hacer notar que acaba admitiendo que se trata de una simple "delegación" acordada por el soberano pontífice a los "descubridores" para alentarles en la propagación de la fe.

En realidad, el padre Vitoria y el padre Las Casas concuerdan en afirmar que los indios ejercían en las tierras que habitaban desde siglos un verdadero dominio de propiedad y que los habitantes de esas regiones estaban dirigidos por auténticos gobiernos. Así pues, siguiendo el mismo razonamiento, si el Papa no es el señor civil y temporal del mundo, es evidente que el emperador no puede, a mayor abundamiento, ser considerado como el propietario del globo. Y esto—añadían nuestros autores—por el hecho de que la ley supone jurisdicción en el dominio del legislador, lo que no es el caso de España en América. Esto es, además, un punto de vista

esencial y sobre el cual las ideas expresadas por los dos padres dominicos coinciden con el pensamiento del gran teólogo jesuita Francisco Suárez quien, aun reconociendo la suprema autoridad del pontífice, señalaba a su vez la necesidad que tenía el Papa de poner límites a la prédica.

Destaquemos finalmente que esos grandes pensadores no consideraban como motivo legítimo de guerra la negativa por parte de los indios de recibir la ley de Cristo, puesto que la ignoraban por no haber tenido ocasión de informarse sobre ella. En definitiva, la prédica del Evangelio, así como el libre comercio y la comunicación entre los pueblos, el *jus peregrinandi et defendi*, debía hacerse por medios pacíficos y amigables.

Siguiendo el curso de esta vida tan larga, pero tan admirable y llena de altos hechos, llegamos al período más trascendental en la obra del padre Las Casas.

En medio de innumerables guerras, de incesantes tareas y de las idas y venidas sin fin que todo ello le ocasionaba, Carlos V, antes de dejar Valladolid el 21 de mayo de 1542, debía ordenar la creación de una comisión compuesta de prelados, caballeros y juristas, presidida por el cardenal Loaysa de Sevilla, encargada de redactar las nuevas leyes de gobierno. Estas *nuevas leyes*, como se estipula en su prólogo, deben servir para propagar la santa fe católica en las Indias, pero sin olvidar por ello la conservación de los indígenas de esas tierras, así como el buen gobierno y la salvaguardia de sus personas.

La nueva reglamentación introducía la liberación de los esclavos y la prohibición de subyugarlos, ya fuese por medio de la guerra de conquista ya como consecuencia de su rebelión. En cuanto a las "encomiendas", prerrogativas de los virreyes, de los gobernadores oficiales, de los prelados, de los conventos y de los hospitales, debían estar bajo la jurisdicción de la corona real.

Eminentes autores, apasionados por los estudios lascasianos, tales como el jurista José María Ots y el historiador Lewis Hanke, no dudan en afirmar que Las Casas provocó en el imperio español de ultramar un cambio tan revolucionario como el originado por Nicolás Copérnico con la publicación de su *De revolutionibus orbium celestium*.

Ciertamente esta expresión es algo enfática y parece asustar aún en nuestros días a los detractores del padre Las Casas. Por nuestra parte, incluso teniendo en cuenta el carácter restringido de las *nuevas leyes* españolas de 1542, hemos encontrado en sus textos la mayor parte de los principios y de los derechos por los cuales el padre Las Casas había luchado tanto.

Quisiéramos sin embargo adentrarnos todavía más en la senda que nos inspira la exégesis de las obras del padre Bartolomé de Las Casas.

Aun admitiendo el hecho de que la supresión de la "encomienda" no se realizara en el Continente hispanoamericano hasta 1701, es decir, después de la muerte del ilustre eclesiástico, no dudamos en afirmar, sin embargo, que hemos encontrado su huella bien evidente e indiscutible en el texto de la *Recapitulación de las Leyes* de 1680. Es este un documento extraordinario que ha sido considerado, con razón, como el código del trabajo más antiguo del mundo y del cual la España colonial puede estar orgullosa.

Siempre infatigable en su afán de justicia, Las Casas publica en 1547 su trabajo sobre los *Indios esclavizados*, en el cual cita numerosos antecedentes, centenares de cánones, leyes y comentarios sacados de Valdo Bartoldo y de otros juristas medievales. Se entrega a estos trabajos con una delectación tan poco común en un hombre de acción, que nos sentimos tentados de creer que estimaba esta obra como su propio testamento. Concluye diciendo que no existe ningún poseedor de esclavos que pueda ser considerado de buena fe, puesto que las guerras llevadas al cabo con el fin de adquirir esclavos, ya sean declaradas por españoles o por indios, son injustificadas.

Cuando en este estadio hemos recorrido la mitad de su larga existencia ¿no cabe reconocer que hasta entonces le había faltado a Bartolomé de Las Casas un adversario digno de su talla? Este no podía ser otro que Juan Ginés de Sepúlveda, capellán y cronista de Carlos V, quien escribió un fascículo titulado *Democrates Alter*, en latín clásico, para defender la *práctica de la esclavitud* y la "encomienda" española en América, defensa tan vigorosa y tan virulenta como lo fuera el propio ataque de Las Casas contra las mismas instituciones.

Según la doctrina del *Democrates Alter*, la incapacidad de los indios era manifiesta y debían ser considerados por los españoles "como los niños por los adultos, las mujeres por los hombres, los salvajes y los crueles por los clementes y los monos por sus domadores".

Ninguna comparación, ningún intercambio de cultura podía pues preverse entre los indios y los españoles. Continuando ese mismo razonamiento, Sepúlveda admite la guerra por justa causa, teniendo como consecuencia, por parte de los vencidos, la esclavitud y la pérdida de sus bienes, de conformidad con el derecho natural y el derecho de gentes.

Las ideas caritativas y sensatas de Las Casas penetraron de tal manera en el espíritu de los universitarios de la época que las universidades de Alcalá y de Salamanca llegaron a rehusar su aprobación al trabajo de Sepúlveda. Por su parte, el emperador ordenó la confiscación de ciertos ejemplares publicados en Castilla y fue tan sólo un resumen de la primera edición que luego se publicó en Roma, en mayo de 1550.

Desgraciadamente, la cizaña había sido sembrada y autores tales como Raynal y Cornelius de Pauw prosiguieron la divulgación de buen número de las doctrinas de Sepúlveda. Sirviéndose de los argumentos de Buffon que pretendían probar la inferioridad de diversas especies zoológicas americanas con relación a las de Europa, Raynal, al igual que Pauw, admitió la flagrante inferioridad de los nativos de América, desde el triple punto de vista físico, moral e intelectual.

Claro está, el infatigable Las Casas no tardó en responder y al año siguiente publicó sus *Treinta Propositiones muy jurídicas*, a cuyo análisis hemos dedicado este comentario.

Hasta aquí lo que creemos puede abonarse en favor de las doctrinas jurídicas del padre Bartolomé de Las Casas. Pero queda todavía un punto que deseo precisar y que, a mi juicio, merece ser tenido en cuenta en el análisis que acabamos de hacer. No deberíamos olvidar nunca, cuando nos encontramos en presencia de apóstoles conscientes de llevar al cabo una vocación mesiánica, que el fanatismo y la aspereza de sus convicciones, el valor en la lucha y el encarnizamiento de sus enemigos hacen perder a veces a estos grandes hombres el sentido de la medida y de las proporciones. Esta es una gran lección que nos han legado los San Pablo, los San Francisco de Asís y los Savonarola.

Con su obstinación fanática, Las Casas debió sin duda sobrecargar los aspectos negativos de la acción de los conquistadores. Es un hecho innegable y de una absoluta evidencia. Sin embargo, he tenido la suerte, durante mis investigaciones históricas, de leer el original del *Proceso por infidencia* intentado contra don Pedro de Alvarado por las crueldades cometidas por éste en el país de los aztecas y de Guatemala y el cual se sobreesayó. Sin embargo, de su lectura se desprende claramente que el conquistador de Guatemala y del Cuxcatlán—El Salvador actual— se vio obligado a confesar muchas más atrocidades de las que había sido acusado por el propio padre Las Casas y por los demás acusadores. Por otra parte, he tenido que estudiar igualmente los informes redactados entre los años 1768 y 1770 por Cortés y Larraz, obispo de Guatemala quien, ~~cosa rara en aquella época,~~ había visitado a todos los fieles de su

diócesis. Esta crónica nos cuenta que buen número de excesos denunciados por el padre dominico continuaron haciendo estragos en los pueblos americanos muchos años después de su muerte.

Personalmente, y quizá se haya notado ya, soy un gran admirador del padre Las Casas y deseo que un día no lejano su cuerpo pueda descansar en tierra americana y, más concretamente, en uno de esos países de América Central donde vivió y luchó durante los mejores años de su vida. Creo que podría ser enterrado en esa franja de tierra que sirve de enlace entre la América del norte y la del sur y que es conocida bajo la denominación de Istmo de América Central. Allí, su cuerpo podría sentir las mareas acariciadoras de los dos océanos —el Atlántico y el Pacífico— por los que navegó tantas veces durante su vida, desvelándose por una de las más bellas causas de la humanidad doliente como es el rescate de los hombres.

Por lo que a mí respecta, y en tanto que jurista, no soy ni completamente partidario de la teoría de Sepúlveda ni de las ideas de Las Casas. Pienso que los dos representan a una España inmortal que supo conquistar todo un continente sin olvidar por ello que debía llevarle la divina palabra. Diré incluso que las figuras de Las Casas y de Sepúlveda pueden perfectamente representar el anverso y el reverso de una sola y misma medalla: la de la España en el apogeo de su gloria.

Es evidente que junto al poderío y al honor que proyectó sobre España el descubrimiento de América se inscribe, a contraluz, la imagen de los conquistadores, devorados por la sed de oro y de poder. Es con esta última comparación que me permitiré concluir, pero no sin antes haber recordado que al lado de conquistadores violentos e impetuosos, tales como Cortés, Alvarado, Pizarro, Alfin-ger y Valdivia, España nos dio hombres generosos y brillantes como Montesinos, Las Casas, Pedro de Córdoba y Ruiz Blanco.

Siete puntos esenciales nos proporcionarán, creo, no sólo el trasfondo que cubrió la vida del padre Las Casas sino la clave de los hechos de la historia hispanoamericana:

1º La emigración de la raza negra empezó en América en 1505, es decir, mucho antes de que los escritos de Las Casas hubieran podido tener una influencia determinante para impedirlo. En su deseo de proteger a los indios, llegó hasta a aconsejar dicha migración.

2º Desprovista de los medios económicos necesarios, la Corona española abandonó a menudo al cuidado de los "conquistadores" la percepción de los impuestos y de las tasas, en lugar de confiarla a funcionarios especializados.

3° En su fanatismo de "redentor de los indios", Las Casas no quiso nunca admitir los beneficios indiscutibles que el sistema español de colonización debía procurar más adelante a los países americanos.

4° La historiografía contemporánea acaba de abrirnos nuevos horizontes demostrando hasta la saciedad que si los grandes imperios precolombinos de América fueron fácilmente vencidos por un puñado de hombres resueltos y valientes—es cierto—pero en definitiva poco numerosos, fue debido en parte al separatismo y a las rivalidades que reinaban entre los indígenas en el momento de la conquista de sus reinos por España.

5° Es evidente que la conquista, lo mismo que la colonización españolas, obtuvieron resultados más espectaculares en los pueblos donde la población indígena era más densa y la civilización más evolucionada porque los españoles se aprovecharon de las rutas ya abiertas y de las ciudades ya construidas, y que su penetración fue mediocre o prácticamente nula en las regiones pantanosas o cubiertas de espesas selvas.

6° A fin de entrelazar la historia de la influencia española en América al movimiento cada vez más potente y más científico representado por el indigenismo moderno, me veo en la obligación de precisar un último punto y es que, por muy poderoso que fuera el papel desempeñado por España y la latinidad en el proceso de transculturación americana, no por ello fue menos incompleto. Sobre la gran tela de fondo llamada América, se destaca de manera pujante, paralelamente al factor español, el factor indígena.

7° Sin embargo, la influencia ejercida por las doctrinas del padre Las Casas es innegable por lo que respecta a la ideología en que se inspiraron los hombres de Estado latinoamericanos en su esfuerzo por obtener la proclamación de la Independencia de las antiguas colonias españolas. Por otra parte, los mismos principios de soberanía nacional y de autodeterminación de los pueblos que debían guiar en su lucha a los próceres de la Independencia, habían sido ya preconizados por autores como el padre Las Casas. Justo motivo de orgullo debe ser para aquel que lanzó el primero la idea de la existencia en el continente americano de auténticos reinos soberanos y que tarde o temprano sacudirían el yugo de la dominación europea a fin de que sus propias leyes y costumbres fueran respetadas.

ENTRE LA GUERRA CIVIL Y LA GUERRA MUNDIAL

Por Vicente GIRBAU LEÓN

Cinco meses de política internacional española

LA guerra que comenzó el 1 de septiembre era ciertamente para Franco, como dice Serrano Suñer, "una guerra inoportuna".¹ Los problemas de la reconstrucción material del país, de la represión y de la estructuración de la dictadura eran abrumadores. Sea por dos o tres años, como le dijo Serrano Suñer a Ciano en Roma, por cinco, como le dijo Franco al mismo Ciano en San Sebastián, o por más tiempo, lo cierto es que en 1939 Franco deseaba la paz.

Por el momento existía un motivo serio de tensión con Francia, el retraso en la ejecución de los acuerdos Jordana-Bérard. El mariscal Petain llegó a España a fines de marzo. El día 31 el corresponsal de *Le Temps* en Burgos explicaba en tonos líricos la llegada, en tren conducido por el Duque de Zaragoza y el Conde de Alcubierre, que, al parecer, lo habían conducido varias veces para Alfonso XIII. Según el corresponsal, sólo la actitud de grupos de franceses sectarios separaba a Francia de España. No obstante Franco tardó una semana en recibir al mariscal, y las credenciales no fueron presentadas hasta el 24 de abril. Ello fue debido a la retención de unos buques de guerra republicanos que se habían refugiado en Bizerta.² Finalmente, los barcos salieron el 2 de abril y se dirigieron a España. La presentación de credenciales fue acompañada de incidentes, ofensa que, según Du Moulin de Labarthète, nunca llegó a olvidar el mariscal.³ El retraso en la ejecución de los acuerdos

¹ SERRANO SUÑER. El título del Capítulo VIII es: "Una política de paz y una guerra inoportuna".

² *D.G.F.P.*, Vol. III, d.º 766.

³ H. DU MOULIN DE LABARTHÈTE. *Le Temps des Illusions: Souvenirs, Juillet 1940-Avril 1942*. Genève, Editions du Cheval Ailé, 1946.

SERRANO SUÑER (pp. 81, 82), explica esta presentación de credenciales como sigue: "Grupos de combatientes y falangistas mostraban inequívocos deseos de manifestarse en aquella ocasión... Temeroso de lo que pudiera ocurrir, el Conde Jordana se entrevistó conmigo. Lo hizo asimismo con el

se debía principalmente a ciertas cuestiones que estaban "pendientes" en Francia, pero también al deseo del gobierno francés de que el español sufragase parte de los gastos ocasionados por los refugiados republicanos. La situación llegó a ser muy tensa, con Lequerica publicando en la prensa de París comunicados acusatorios del gobierno francés. Finalmente en mayo se entregó el material ferroviario y el de guerra. El 26 de julio declaró la primera cámara del Tribunal del Sena que el único banco oficial de España era el Banco de Burgos. Días después salió el oro controvertido para España.

Las relaciones con Alemania, tal como las describe en despacho de fecha 14 de abril el embajador de Alemania en Burgos Von Stohrer, estaban basadas en el tratado de 31 de marzo de 1939, junto con los protocolos de marzo y de julio de 1937, el acuerdo cultural de enero de 1939, y el Pacto Anti-Komintern. Quedaban, dice Von Stohrer, dos tipos de cuestiones pendientes: las militares y las económicas. En cuanto a las primeras, se iba a estudiar el intercambio de oficiales, la "standardización" de armamentos y el establecimiento en España de fábricas de material de guerra. En cuanto a las segundas, las cuestiones a resolver eran: cuantía de las deudas procedentes de la guerra civil, intercambio general de bienes y participación en la reconstrucción de España. Stohrer consideraba que los objetivos alemanes estaban por el momento conseguidos en España, y proponía una serie de medidas tendentes a incrementar la buena voluntad recíproca, consistentes en su mayor parte en cuestiones de tipo honorífico. No obstante, el verdadero espíritu con que Alemania abordaba sus relaciones con España aparece con claridad en las ásperas discusiones del año siguiente, que veremos más adelante, y también en la conversación entre Goering y Mussolini celebrada en Roma el 16 de abril, en la que el primero instó a los italianos a permanecer en las Baleares.⁴ Italia celebraba por entonces conversaciones económicas con España. Siendo menor la potencia económica de Italia, y también el intercambio entre los dos países, la cuestión principal era la de la deuda procedente de la guerra civil. Mussolini hubiera querido concluir una alianza formal con

Jefe del Estado para que se tomaran las medidas más enérgicas contra cualquier clase de desorden o manifestación. Resueltamente hice saber que mientras yo fuese Ministro la fuerza pública no cargaría contra gentes que quisieran expresar sentimientos que a nadie podían sorprender. Esto no obstante, creí estar en condiciones de evitar sin violencias cualquier escándalo... ordené acordonar por la fuerza pública las calles que había de recorrer el Embajador y se ordenó, asimismo, que todas las ventanas permanecieran cerradas y sin gente. Desiertas también las aceras'.

⁴ *D.G.F.P.*, Vol. III, d.nº 786. Vol. VI, d.nº 211.

España en cuanto concluyó la guerra, y delimitar las futuras zonas de expansión en el norte de África.⁵ Aunque Alemania procuraba no excitar la susceptibilidad italiana, los italianos seguían sin embargo recelosos. Hemos visto ya la preocupación de Ciano porque no fuese conocido el tratado hispano-alemán antes que el hispano-italiano; ahora vamos a verlo inquieto ante la posibilidad de que Goering visitase España antes que él.⁶

En cuanto se produjo la caída de Madrid el gobierno alemán insistió en que se hiciese pública la adhesión de España al Pacto Anti-Komintern. El 29 de marzo, al día siguiente de la caída, se enviaron instrucciones al embajador en Burgos para que hiciese gestiones en este sentido al mismo tiempo que los de Italia y el Japón. La adhesión debería darse a conocer dos o tres días después, de un modo solemne y simultáneamente en Burgos, Berlín, Roma, Tokio, Budapest y Hingskin.⁷ Jordana puso objeciones a la inmediata publicación, y Franco pidió al almirante Canaris que se retrasase dos o tres semanas, hasta que se hubiese obtenido la devolución del material de guerra y otras mercancías internadas en Francia. No obstante las presiones alemanas el gobierno español resistió unos días. El día 5 cedió ante el hecho consumado de la publicación por la prensa mundial. Es de notarse que esta publicación fue debida a un comunicado de la agencia Trans-Ocean, del día 5, en el que se decía que era inminente el anuncio de la adhesión de España al Pacto Anti-Komintern. La noticia apareció en la prensa italiana y alemana el día 7.⁸

El anuncio aumentó la preocupación de los gobiernos británico y francés, ya considerable ante el problema de la retirada de los voluntarios. El 1º de abril, al terminar la guerra, estaban todavía en España, y, habiéndose comprobado la permanente voluntad agresiva de Alemania y de Italia el 15 de marzo y el 7 de abril respectivamente, mediante la ocupación de Checoslovaquia y de Albania,

⁵ CIANO, *Diario*. Notas del 8 de enero y del 14 de junio de 1939. En la segunda, Mussolini propone delimitar las zonas respectivas atribuyendo a España, Marruecos, y a Italia, Túnez, Argelia y una salida al Atlántico por Marruecos.

⁶ En un Memorándum preparado para el viaje a España de Helmut Wohltat, del que más adelante hablaremos, se señala que debe guiarse en su actitud por el deseo de no ofender ni a los españoles, ni a los italianos. (*D.G.F.P.*, Vol. III, d.nº 784). Goering, en la conversación con Mussolini de que acabamos de hablar, le propone que Italia y Alemania negocien previamente entre sí las cuestiones económicas pendientes con España.

La inquietud de CIANO aparece en *Diario*, nota del 21-IV-1939.

⁷ Capital del Mandchukuo.

⁸ *D.G.F.P.*, Vol. III, ds.nº 770, 772, 775, 776, 777, 778, 779, 781, 782.

la presencia de estas tropas había de constituir motivo de seria preocupación. El 7 de abril, al presentar el embajador de Inglaterra en Roma la protesta por la ocupación de Albania, planteó también este problema. Ciano le aseguró que se retirarían después del Desfile de la Victoria, e igual dijo Lequerica a Bonnet en su primera entrevista, pero los reiterados aplazamientos del desfile crearon gran nerviosismo en la prensa y la opinión pública de Francia e Inglaterra. En abril se hablaba de las fortificaciones del Estrecho y de los Pirineos, y de nuevos desembarcos en Cádiz.⁹ Luego, el 5 de mayo se retiró España de la Sociedad de Naciones. Por esas mismas fechas se anuncia que la flota alemana verificaría maniobras de primavera en puertos españoles; Churchill recuerda al "Goeben" en el *Daily Telegraph*.¹⁰ Y también por esas fechas dio la prensa la noticia de que Goering, que se encontraba en San Remo, iba a entrevistarse con Franco; aunque esta entrevista no se verificó finalmente.¹¹

El Desfile de la Victoria, que había sido fijado primeramente para el 12 de abril, fue aplazado sucesivamente para el 20, para el 2 de mayo, para el 15, y, finalmente, para el 19, fecha en que se verificó. El 1º de abril el deseo del gobierno alemán era retirar la Legión Cóndor lo más pronto posible, pero deseaba hacerlo al mis-

⁹ Parece ser que realmente se produjeron algunos desembarcos de italianos que volvían para participar en el Desfile de la Victoria.

¹⁰ El "Goeben" fue un crucero alemán que al comenzar la I Guerra Mundial quedó internado en Constantinopla y desempeñó un importante papel en los acontecimientos que llevaron a la intervención de Turquía en aquella guerra al lado de los Imperios Centrales. El artículo de CHURCHILL es de fecha 20 de abril.

¹¹ La visita de Goering ocasionó un considerable conflicto. Bernhardt (véase nota 28) lo propuso a Goering a comienzos de abril. El 15 le comunicaba que Franco estaba dispuesto a entrevistarse con él el 6 de mayo en Sitges. Pero posteriormente el gobierno español presentó objeciones. La razón fundamental era que no deseaba una entrevista con un dirigente alemán sin tenerla antes con uno italiano. Goering insistió, porque había obtenido ya la aprobación de Hitler y lo había informado a Mussolini. Finalmente toma el asunto entre sus manos Von Stohrer que hasta entonces ignoraba lo que estaba ocurriendo. Insistió y obtuvo que Franco reservase para la entrevista la mañana del día 11 en Zaragoza. Pero Goering sólo tenía autorización para entrevistarse con Franco en la costa. Entretanto, además, la prensa europea llevaba días discutiendo el asunto, y Franco temió se le diese un alcance político que él no deseaba. *D.G.F.P.*, Vol. III, ds.nº 788, 789, 790, 791, 793, 796, 798, 799, 800.

Estos documentos muestran las rivalidades existentes en la representación alemana en España por entonces. Por un lado el embajador Von Stohrer, frente a él, y peleando entre sí, Bernhardt, el Jefe de la Legión Cóndor, Von Richtofen, y el representante del Ministerio de Propaganda Wilhelm Köhn.

mo tiempo que los italianos. Ciano no tenía prisa y deseaba que permaneciesen algún tiempo más, no a causa de los españoles, sino de "otros". No se pensaba sin embargo en un retraso tan considerable, el motivo del cual fue el deseo de Franco de que participasen en el desfile.¹² Verificado éste la despedida de la Legión Cóndor tuvo lugar en León, embarcando los alemanes en Vigo. Los italianos embarcaron en Cádiz, después de una despedida realizada allí mismo. Las expediciones llegaron a Hamburgo y Nápoles, respectivamente, el día 6 de junio.

La misión que acompañó a la Legión Cóndor estaba presidida por el general Aranda, y formaban parte de ella un elevado número de jefes de los ejércitos de tierra, mar y aire.¹³ En Hamburgo salió a recibirles Goering, a bordo del Graff Von Spee, acompañado de otros 15 barcos de guerra. Grandes ceremonias se celebraron en Hamburgo, y después en Berlín, con un gran desfile presidido por Hitler y Aranda. Pero no parece que en Alemania se celebraran conversaciones importantes. Al marcharse hizo Aranda unas declaraciones al *Daily Express*, el 19 de junio, en las que dijo que España mantendría en caso de conflicto una actitud amistosa hacia Italia y Alemania, pero permaneciendo neutral, y que no contraería más obligaciones que comerciales o culturales.¹⁴

El viaje a Italia fue aún más solemne. Con los legionarios italianos fueron 3,200 soldados españoles, y la comisión que los acompañaba fue presidida por Serrano Suñer, que se desplazó de Cádiz a Nápoles a bordo del crucero italiano Duque de Aosta.¹⁵ El 12 de junio salieron además de Cádiz 1,230 aviadores, que llegaron a Gé-

¹² *D.G.F.P.*, Vol. III, ds.nº 771, 774 y 780.

¹³ El general Aranda fue el defensor de Oviedo durante la guerra civil. En este momento era capitán general de la región de Valencia. Sin tardar mucho vamos a ver a Aranda provocando conflictos por sus declaraciones a la prensa. Años después Aranda perdió todo puesto militar por sus actividades monárquicas. Después de la Guerra Mundial fue Presidente de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Pero no se procedió contra él.

¹⁴ Estas declaraciones de Aranda motivaron una gestión de Von Stohrer cerca de Jordana. Alemania, dijo, pedía a España que no descubriese su postura, pues podía así servir de fuerza de disuasión, y, en caso de guerra, retener tropas francesas en los Pirineos y el norte de Africa. Según *El Times* del 21-VI, Lequerica visitó a Bonnet para decirle que las declaraciones hechas el 15-VI a *La Stampa* de Roma por el general Kindelán (véase nota 16), no constituían la postura oficial del gobierno español. Kindelán había dicho que si Italia se veía arrastrada a la guerra las armas españolas no podrían permanecer impasibles. Stohrer hizo una gestión análoga a la anterior. Pero le negaron la realidad de las declaraciones de Aranda y de la gestión de Lequerica. *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 605.

¹⁵ Serrano Suñer pronunció unas grandilocuentes palabras en Cádiz en la ceremonia de despedida: "Siempre que la guerra resuene en las orillas

nova el día 15, acompañados por el general Kindelán.¹⁶ Ciano esperaba a Serrano Suñer en Nápoles, y parece que desde un principio se estableció una gran corriente de simpatía entre ambos hombres, que después se esfumó bastante. El día 7 desfilaron en Roma las tropas delante de Mussolini y Serrano Suñer. Mussolini pronunció una arenga en la que les felicitó por la derrota inflingida a "las democracias occidentales". La visita fue ocasión de innumerables expansiones líricas, y al terminar hizo Serrano Suñer unas violentas declaraciones a *Le Temps*.¹⁷ Según la versión de Serrano Suñer, confirmada por Ciano,¹⁸ dijo éste a Mussolini que España necesitaba paz y reconstrucción, deseaba sin duda intervenir en un futuro conflicto, pero no podía hacerlo antes de dos o tres años.¹⁹ Sus objetivos serían entonces Gibraltar y Marruecos. Italia y España debían colaborar estrechamente, pero esta alianza no podía, por el momento, concretarse en un protocolo. Serrano Suñer tenía, como Mussolini, la idea del eje Roma-Madrid, que él deseaba extender hasta Lisboa, por lo que dice a Ciano que entre España e Italia debían arrancar a Portugal de la alianza inglesa. Luego, cuando el viaje de Ciano a España, quería Serrano Suñer que fuese también a Lisboa, pero esta idea no tuvo favorable acogida ni entre los italianos ni entre los portugueses.²⁰ Serrano Suñer causó gran impresión sobre Ciano y Mussolini, su violencia, su mística nacionalista, su odio

italianas del Mediterráneo, el pueblo español, desde las orillas iberas, responderá con el grito de ¡Roma, Roma, Roma!".

¹⁶ El general Kindelán es uno de los pioneros de la aviación española. Formó parte desde el comienzo de la rebelión de la Junta de Defensa. Fue de los que eligieron a Franco el 1º de octubre de 1936. Kindelán fue en los años siguientes uno de los generales que cayeron en desgracia por sus actividades monárquicas, llegando a cumplir un año de arresto en un castillo.

¹⁷ Las declaraciones aparecieron en *Le Temps* del 14-VI: "... sólo los enemigos de España pueden pensar que podemos renegar de los amigos de las horas difíciles... a pesar de su oro y de su poder, los servicios de información de los países que se proponen este objetivo (suscitar agitaciones con determinados objetivos, es decir, Francia e Inglaterra), y que no desdeñan ni la calumnia ni el crimen, son suficientemente conocidos".

¹⁸ SERRANO SUÑER, pp. 91-121. CIANO, *Diario*, Notas del 1º al 14 de junio.

¹⁹ Mussolini le dijo a Serrano Suñer que si la guerra comenzaba pronto nadie pensaría en pedirle a España que interviniese, pero que la cuestión sería diferente si comenzase en el plazo de dos o tres años. *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 665.

²⁰ El 3 de abril comunicó Von Stohrer que el gobierno español estaba sondeando la posibilidad de adhesión de Portugal al Pacto Anti-Komintern. Pero el 21 informó el Embajador de Alemania en Lisboa de que Nicolás Franco le había dicho que era impensable tal adhesión. *D.G.F.P.*, Vol. VI, ds.nº 274 y 302.

violento a Francia e Inglaterra,²¹ su antimonarquismo no menos violento, tenía que ser del agrado de Mussolini. Por otra parte Serrano Suñer se entregó completamente a Italia, y este gran defensor de la independencia nacional invitó directamente a los italianos a diversas intervenciones en los asuntos internos de España.²²

Durante la estancia de Serrano Suñer en Roma se anunció el viaje de Ciano a España en el mes siguiente. Y también el de Franco a Roma y Berlín, que había de celebrarse en septiembre. Ciano salió de Génova el 19 de julio, a bordo del crucero Eugenio de Saboya, y llegó a Barcelona, donde le esperaba Serrano Suñer, el día 20. El día 21 visitó Tarragona, donde inauguró una estatua al emperador Augusto. El día 11 siguiente llegó a San Sebastián, donde tuvo una entrevista con Franco el mismo día, y se celebraron diversas ceremonias en días sucesivos. Después visitó Bilbao, Santander, Madrid, Toledo, Sevilla y Málaga. El viaje de Ciano fue ocasión también de muchas expansiones lificofascistas.²³ El comunicado oficial

²¹ El Embajador de Alemania en Roma le encontraba excesivamente exaltado en su oposición a Inglaterra y Francia. *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 507. Durante su estancia en Roma se produjo un incidente, cuando en el brindis que pronunció en el banquete que se dio en su honor no mencionó la ayuda de Alemania durante la guerra civil. Mackensen estaba muy indignado, pero Ciano le convenció de que era una pura inadvertencia resultado de su in-experiencia. Tanto lo que le dijeron Mussolini y Ciano, como su propia conversación con él, convenció a Mackensen de que Serrano Suñer era absolutamente germanófilo. En este sentido conviene señalar aquí que los dirigentes italianos señalaron a Mackensen el deseo de Serrano Suñer de ser invitado a Alemania, deseo que transmitió éste a Berlín, donde fue bien acogido. *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 506.

²² Las siguientes:

a) Previno a los italianos contra el Ministro de Asuntos Exteriores y el embajador en Roma, *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 506. CIANO, *Diario*.

b) Al despedirse de Ciano le pide que vigile al general Kindelán, pues lo considera poco de fiar. Quisiera pruebas para denunciarlo a Franco. CIANO, *Diario* nota del 13-VI-1939.

c) Estando Ciano en España el mes siguiente le pidió Serrano Suñer que Mussolini interviniese cerca de Franco para que éste le nombrase Ministro de Asuntos Exteriores. CIANO, *L'Europa*, Colloquio col Generalissimo Franco, pp. 439-446. Aunque no sea un caso de intervención extranjera en un asunto español, quizá sea este el lugar de mencionar la denuncia formulada por Serrano Suñer contra un oficial alemán. Durante su conversación con Mussolini mencionó a un oficial alemán que comentaba desfavorablemente la situación en Alemania; Ciano le preguntó si tenía inconveniente en que utilizase esta información, y Serrano Suñer respondió: "yo lo denuncié formalmente". *D.G.F.P.*, Vol. VI, d.nº 522.

²³ VIRGINIO GAYDA publicó en el *Giacinale d'Italia* un artículo titulado: "Nell regno dello spirito". Ciano, en su discurso de Tarragona, habló de cómo el Mediterráneo ha unido, y unirá cada vez más en el futuro, a las dos grandes naciones fascistas. Franco, en un banquete celebrado en el Palacio

conjunto hablaba de "la franqueza y confianza que caracteriza las relaciones entre los dos pueblos indisolublemente ligados por las pruebas afrontadas y superadas junto con Alemania". En *Informazione Diplomatica*, boletín semioficial del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, se decía que España se había alineado ya en el campo opuesto al de las dos grandes democracias después de las dos primeras etapas en el camino que se propone seguir, es decir, la firma del Pacto Anti-Komintern y la retirada de la Sociedad de Naciones. La entrevista de Ciano con Franco la conocemos por el informe que el primero envió a Mussolini. Franco le dijo que su próxima entrevista con Mussolini iba a ser el acontecimiento fundamental que había de sellar la orientación futura de España. Más tarde, dice Ciano, el viaje del Duce a Madrid determinaría la entrada definitiva de España en el Imperio Romano. Franco le afirmó su intención de orientarse de un modo cada vez más claro hacia el Eje, en espera del momento en que las condiciones militares y económicas le permitieran integrarse plenamente, pero para ello necesitaban cinco años de paz. Entretanto, estaba dispuesto a comenzar enseguida los preparativos bélicos, aceptando por lo pronto la sugerencia de Mussolini de iniciar la construcción de cuatro acorazados de 35,000 toneladas, y para ello pedía los planos del Vittorio Veneto. Si la guerra estallaba antes, tendría que permanecer neutral, pero sería una neutralidad netamente favorable al Eje, y en todo caso se daba cuenta de que esta neutralidad no podría ser duradera.²⁴

Estos viajes son una muestra aparatosa de la orientación que Franco hubiera deseado dar a su política exterior en el caso de haber podido disfrutar de unos años de libertad. Una libertad muy relativa la de aquellos momentos, dado el desastroso estado de España, pero una libertad superior a la que le permitió posteriormente el bloqueo aliado y las victorias alemanas, más tarde el cerco diplomático, y después la dependencia de los Estados Unidos. En aquellas jornadas de San Sebastián, mientras miles y miles de españoles conocían la prisión y el pelotón de ejecución o el exilio, la España oficial se bañaba en el optimismo de un sol brillante, de los blancos uniformes fascistas, y de miles de falangistas gritando: "¡Franco, Duce!".²⁵ Estrecha dependencia del Eje, preparación para poder intervenir cuando llegara el momento, preferencia por Italia.

de San Telmo en San Sebastián, habló de la amistad centuplicada por la camaradería de los dos ejércitos. Y el cardenal Gomá de "la cruz levantada sobre el mar latino, protegida por españoles e italianos".

²⁴ La conversación con Franco se encuentra en CIANO, *L'Europa*, pp. 439-446.

²⁵ Ciano, en el lugar citado en la nota anterior, explica cómo durante

La realidad de la situación española en aquel momento obligó sin embargo, a Franco a aproximarse en cierta medida al otro bando. En el verano de 1939 estaban pidiendo mercancías, y créditos para comprarlas, los representantes españoles en Argentina, Brasil, Gran Bretaña y Dominios, y los Estados Unidos. En mayo se supo de negociaciones para obtener de un grupo bancario un préstamo de 20 millones de libras, y que el ex primer ministro belga Van Zeeland iba a visitar España para estudiar la situación. Pero al conocerse esto prematuramente se despertó la hostilidad de los supergermanófilos, y no pudo llevarse a cabo. Franco en el discurso pronunciado el Día de la Victoria (19 de mayo), habló de algunos países que, "con la idea de presionar nuestra soberanía, con un claro objetivo político, tratan de cercarnos económicamente". Y este discurso fue seguido de violencias mucho mayores de Serrano Suñer.²⁶ También en mayo pidió España un crédito por dos años al Export-Import Bank para comprar 300,000 balas de algodón. El gobierno americano se oponía a causa de una demanda judicial por la que el gobierno español reclamaba una cantidad de plata vendida en 1938 por el gobierno republicano. La demanda fue retirada, pero existían otras tres condiciones americanas: seguridad de trato favorable a los intereses americanos; que se levantase el secuestro de la Compañía Telefónica; que se liberase a los norteamericanos de la Brigada Lincoln que habían caído prisioneros. A fines de junio fueron liberados los prisioneros, y, aunque no se resolvió el problema de la Telefónica, se permitió sin embargo visitar España a los antiguos dirigentes.²⁷ El 7 de julio se concedió el 80% del crédito, 13,700,000 dólares, es decir, un año de algodón para la industria catalana.

En junio visitó España una comisión económica alemana presidida por Helmut Wehlrat, ayudante de Schacht, que meses antes había firmado acuerdos que colocaban a Hungría y Rumania bajo el control económico de Alemania. La prensa mundial esperaba que

los días que él pasó en España se fusilaban en Madrid de 200 a 250 personas diariamente, en Barcelona 150 y en Sevilla 80; 10,000 personas esperaban por entonces el fusilamiento.

²⁶ Según un número de *The Economist* de Londres, de finales de junio, las importaciones británicas y alemanas de mineral de hierro (de España y el Rif) habían evolucionado del modo siguiente:

Inglaterra: 1934, 1.425,000; 1935, 1.430,000; 1938, 760,000 (en toneladas).

Alemania: 1934, 634,000; 1935, 1.321,000; 1938, 1.868,000 (en toneladas).

Las exportaciones inglesas a España habían disminuido por aquellas fechas un 25% desde el fin de la guerra tres meses antes.

²⁷ El control del Estado sobre la Compañía Telefónica se levantó en 1940. Más tarde se solucionó el conflicto comprando el gobierno español.

ocurriese lo mismo con España. Alemania llevaba ya tres años esforzándose por ello. Poco después de la decisión de Hitler de ayudar a Franco, se organizaron dos compañías que habían de controlar todas las operaciones comerciales entre España y Alemania. La Hisma (Compañía hispano marroquí de transportes) y la Rowak (Rohstoff und Waren Einkaufsgesellschaft), ambas controladas por Goering a través del Plan Cuatrienal.²⁸ Hisma y Rowak poseían medios abundantes, resultado de sus operaciones, y los empleaban en la compra de concesiones mineras y en inversiones industriales. Hacia fines de 1937 los alemanes habían preparado un plan llamado "Montaña" para controlar gran parte de la producción minera española. Pero el 9 de octubre la Junta de Burgos anuló todos los títulos de propiedad de minas obtenidos desde la guerra civil; decreto que completaba otro anterior que prohibía que las inversiones extranjeras en cualquier empresa sobrepasasen el 25% del capital. Ya hemos visto la tensión que estas disposiciones determinaron, y cómo el gobierno español tuvo que ceder ante la urgente necesidad de armas en que se encontraba.²⁹

Las negociaciones con Wohltat duraron desde el 12 de junio hasta el 5 de julio. El objetivo que llevaba era triple: delimitar la deuda española procedente de la guerra civil; negociaciones comerciales; precisar la participación alemana en la reconstrucción de España. Las negociaciones no fueron excesivamente cordiales. El presidente de la comisión española, general Abilio Barbero, se negó

²⁸ Ambas Compañías estaban bajo el control de Johann Bernhardt, que luego fue Presidente de Sofindus. Al comienzo de la guerra civil Bernhardt trabajaba como empleado de una empresa comercial alemana en Tetuán, y como tal tenía relaciones con elementos del ejército español en Marruecos. Allí intimó con el Jefe del Partido Nazi en Tetuán, y ambos fueron a Berlín a finales de julio de 1936 con la delegación enviada por Franco. Allí vencieron a Hitler. El 2 de agosto organizó Bernhardt un verdadero puente aéreo de Tetuán a Jerez y Sevilla. Bernhardt tuvo una enorme influencia en España, por los pasados servicios, y también por los que seguía prestando a muchos de los dirigentes del Régimen; su influencia política y su fuerza la hemos visto anteriormente con ocasión del viaje de Goering. Sofindus llegó a tener una gran fuerza. Monopolizó todo el comercio entre España y Alemania, excepto en lo relativo a material de guerra. Tenía una flota mercante y otra verdadera flota de camiones para el comercio con Alemania. Controlaba empresas de minería, corcho y lana. Poseía minas de wolfram, estaño, plomo y hierro. Organizó el contrabando de wolfram. Parece ser que perdió la amistad de Franco en 1943, pero conservó otros importantes protectores. Al acabar la guerra consiguió no ser repatriado y siguió viviendo prósperamente en España. Véase *Feis*, Apéndice IV.

²⁹ El límite fue elevado hasta un 40% y, para algunos casos, totalmente suprimido. Se estableció un "holding" para España llamado Sofindus, y otro para las minas de Marruecos llamado Mauritania.

a discutir ninguna otra cuestión antes de haber resuelto el problema de la deuda. Otros españoles fueron más conciliantes, pero incluso el que lo fue más, que fue Suanzes, se opuso a que la deuda fuera pagada en forma de inversiones en el interior de España, como pretendían los alemanes. Los alemanes debieron tener una actitud muy dura, y se produjeron los roces habituales en todo trato concreto con ellos.³⁰ Finalmente se decidió proseguir las negociaciones más adelante.³¹

Los italianos esperaban poder intervenir también en la industria española, y poco después la Snia Viscosa y la Montecatini establecieron fábricas de copropiedad hispano-italiana. El cártel italiano del mercurio extendió su control a las minas de Almaden. Y los italianos importaron considerable cantidad de materias primas españolas. Pero el comercio hispano-italiano no había sido nunca importante, y las economías de los dos países eran, en cierta medida, paralelas.

Conforme avanzan los meses la actitud de Franco es más prudente. Las declaraciones son más moderadas, y la actitud de la prensa más objetiva.³² La actitud es, en cierta medida, semejante a la de Mussolini. Ciano nos muestra a este último vacilante; las líneas directrices de su conducta son el deseo de algún tiempo más de paz, pero el temor de apartarse de Alemania, y al mismo tiempo la idea del contraseguro. El 24 de julio envió un documento a Hitler en el que insistía en que no podía hacer la guerra por entonces, uno de los argumentos es que España no podía participar todavía. Luego, cuando en la entrevista del Obersalzberg del 12 de agosto trató Ciano de disuadir a los alemanes del propósito, recién revelado, de iniciar inmediatamente la guerra, el principal argumento empleado fue el de la necesidad de rearmar a Italia, España y Japón. Pero no es este el lugar de considerar la actitud italiana, los temores de Mussolini, y sus esfuerzos desmayados de última hora para evitar la guerra. Señalemos únicamente su salida hacia la no-beligerancia por ser semejante a la actitud adoptada unos años después por Franco. Mussolini dijo a Hitler que Italia no podía participar en el conflicto

³⁰ Al salir de una de las reuniones se preguntó al general Barbero cuál era la actitud de los alemanes. "¡Insultante!", respondió. Conozco este detalle por su hijo.

³¹ Un memorándum alemán sobre estas negociaciones en *D.G.F.P.*, Vol. III, d.nº 809.

³² El 28 de junio declaró el general Aranda en Valencia al *Diario* de Lisboa que él era partidario de sostener relaciones amistosas con Inglaterra, y que cuando visitó Alemania, Franco le había dicho que no contrajera en modo alguno compromisos políticos. Nicolás Franco las desmintió, y Serrano Suñer las declaró apócrifas, pero el *Diario* las confirmó.

sin una fuerte ayuda. Hitler pidió que concretase sus peticiones, y Ciano envió una lista que decía sería suficiente para matar a un toro, si un toro pudiese leerla.

En agosto hay en España un cambio de gobierno. En Asuntos Exteriores entra el coronel Beigbeder, en quien luego va a encontrar ayuda el embajador de Inglaterra.³³

España no participó en los diversos llamamientos de los neutrales realizados en agosto. El mensaje de Franco fue en favor de la localización del conflicto, y después de que éste hubiese ya comenzado, es decir, de hecho, una petición de que se dejase a Alemania las manos libres para destruir a Polonia.

España recibió, como todos los neutrales, seguridades de Alemania y consejos de que vigilase la posible violación de sus derechos. El 25 de agosto el agregado militar en París garantizó al general Gamelin, y Lequerica al Ministro de Asuntos Exteriores, que España permanecería estrictamente neutral. Y el día 3 apareció el decreto en que España proclamaba su más estricta neutralidad.

³³ Es conocido el encendido elogio que del coronel Beigbeder hace sir Samuel Hoare en el libro sobre su Embajada en España, "una de las más románticas personalidades que me ha sido dado conocer" dice de él. Y explica la actitud anglófila que luego consideraremos. Sin embargo, Serrano Suñer dice que fue nombrado a propuesta suya y por ser muy falangista. Es cierto que en julio de 1936 fue Beigbeder, que estaba destinado en Marruecos, el que, junto con Bernhardt, estableció el primer contacto con los alemanes, a través de relaciones anudadas en los puestos diplomáticos en que había servido. Los documentos alemanes del verano de 1940 nos lo muestran no menos empeñado que los otros en la tarea de hacer intervenir a España en la guerra, aunque en algunas ocasiones hablan de sus relaciones con la Embajada inglesa. ¿Doble juego de Beigbeder?, ¿cambio sobrevenido?, imposible determinarlos. Si bien es cierto que a lo largo de 20 años Franco ha tenido con casi todos los Ministros que ha sustituido las mismas desconsideraciones que tuvo con Beigbeder, no es menos cierto que la mayor parte han seguido ocupando un lugar importante en la vida pública española. Beigbeder se esfumó por completo, y llegó a residir bastante tiempo fuera de España. Durante algún tiempo circuló por Madrid el rumor de que había tenido relaciones íntimas con una señora que resultó ser una espía inglesa. No hice mucho caso de ello hasta el momento en que Franco recibió a la promoción de la Escuela Diplomática de la que formaba parte. En aquella ocasión Franco, después de prevenciones contra los espías que pudiéramos encontrar, nos habló de la esposa de un Embajador acreditado en Madrid que había seducido a un Ministro de Asuntos Exteriores español y que luego resultó ser agente de sir Samuel Hoare. Franco dijo "del Samuel". Como resulta poco probable que pudiera aludir a Serrano Suñer o al viejo Conde de Jordana, resulta ser evidente que se refería a Beigbeder. No tengo ningún otro dato para decir si ello era cierto o no.

Dimensión Imaginaria

EL SIGLO DE LAS LUCES, DE ALEJO CARPENTIER, NOVELA FILOSÓFICA

Por *Claude DUMAS*

LA novela del escritor cubano se presenta, en su conjunto, como un edificio bastante insólito. Esta obra escrita en castellano se publica primero traducida al francés, en mayo de 1962, apareciendo sólo la edición original en noviembre del mismo año (Compañía General de Ediciones, México), lo que constituye condiciones de publicación poco corrientes.

El mismo título elegido por el autor parece, a simple vista, anunciar una disertación sobre el siglo de los filósofos, lo que no cuadra manifiestamente con el contenido global de la novela. En el comentario que figura al final de la obra, Carpentier insiste en el carácter histórico del libro y, sobre todo, en la historicidad de Víctor Hugues, personaje por el cual se interesó. Resume sus designios y propósitos de esta manera:

De ahí que el autor haya creído interesante revelar la existencia de ese ignorado personaje histórico en una novela que abarcara, a la vez, todo el ámbito del Caribe (ed. citada, p. 300).

Dicho de otra forma, el autor afirma que su novela evoca la vida y milagros de uno de los héroes de la Revolución Francesa sobre el fondo geográfico del Caribe. Pero esta definición no parece corresponder perfectamente con el título elegido, evocador, por lo común, de cierto sistema ideológico en el ámbito europeo.

Aparece, sin embargo, por encima de esta contradicción aparente, una posibilidad de conciliar título y contenido de la obra. Una buena parte de la obra está consagrada a la revista de los vicios y de las virtudes de la Revolución Francesa y de su tiempo, tanto en Francia como en el Caribe, con énfasis en el último. Y los vicios más que las virtudes, al menos aparentemente. Así es como el autor mostrará los errores, abusos, ingenuidades, incoherencias y horrores imputables a la revolución de 1789, muy particularmente en lo que atañe al problema de los negros en el Caribe, cuya suerte no fue mejorada, al contrario, por los varios decretos contradictorios de la Revolución y del período siguiente.

Además, en las ideas de los hombres de la época, hasta los más ilustrados, no falta el apego a creencias dudosas como el esoterismo, satanismo y demás doctrinas retrógradas.

De modo que el tan decantado "siglo de las luces" aparece aquí, según la visión del autor, como un período en que perduran no pocas zonas oscuras, cobrando así el título un matiz de sarcasmo que orientaría toda la obra en el sentido de una crítica de la época y de su acontecimiento trascendental, la Revolución Francesa.

No cabe duda que cierta parte de la novela queda, de esta forma, definida por el título, cobrando así un marcado carácter de obra de ideas.

Sentado esto, es evidente que la declaración de intención cita da anteriormente se queda muy para atrás. Si se trata aquí del propósito inicial, en el proceso de su elaboración se le fue al autor la novela de la mano, como le ocurrió a cierto manco genial con su caballero histórico-literario errando por el ámbito deslumbrante de La Mancha.

De modo que en esta obra compleja que es *El siglo de las luces* se pueden seguir, cuando menos, tres direcciones o temas generales: la historia, la geografía y la filosofía.

Ya que nuestro estudio se propone analizar este último aspecto conviene aclarar lo que entendemos por filosofía de la obra. Hablando más concretamente —y de manera menos ambiciosa— digamos que trataremos de recoger en la obra un conjunto de ideas que constituyen, desde el punto de vista del autor, lo esencial de las preocupaciones del hombre en el "reino de este mundo".

Esta expresión es, en realidad, el título de una novela anterior de Carpentier (1949); nos indica la orientación general de la obra hacia el estudio del hombre y de las condiciones de su vida sobre la tierra. Es evidente que también en *Los pasos perdidos* (1953) y *Guerra del tiempo* (1956), detrás de los episodios exteriores de la acción corre el cauce profundo de la inquietud metafísica, manifestada por una serie de interrogaciones acerca de la presencia del hombre y de su existencia terrestre.

Pero si las preocupaciones filosóficas de Carpentier aparecen claramente en el conjunto de su obra, ¿cuáles son los temas particulares tratados en *El siglo de las luces*?

EL personaje que parece ser a menudo el vocero de Carpentier es Esteban. En particular, veremos gran parte de la Revolución Francesa con los ojos del joven cubano, quien adopta muchas veces

ante el prodigioso espectáculo revolucionario de París, la actitud y las reacciones maliciosas del joven persa de Montesquieu:

Nous sommes à Paris depuis un mois et nous avons tous jours été dans un mouvement continuel.

(*Lettres Persanes*, XXIV)

El autor expresa, además, a la manera de Montesquieu el asombro de Esteban que escuchaba los discursos de los oradores revolucionarios con la misma sorpresa que la de un lapón llevado de repente ante el Congreso de los Estados Unidos (p. 85).

Después del deslumbramiento entusiasta del principio viene pronto, para Esteban, el desengaño. A través de la toma de conciencia del personaje, y de su actitud cada vez más crítica acerca de la Revolución y de los hombres que la dirigen, aparece un verdadero pleito en contra suya. En San-Juan-de-Luz, cierta escena nos muestra hasta qué grado se había estancado la Revolución en lo cotidiano de una guillotina que no encontraba más que indiferencia. Esteban y su amigo, el coronel español Martínez de Ballesteros, paseándose por el puerto,

se cruzaron con la carreta de siempre, donde un cura, de manos atadas, era llevado al patíbulo, y siguiendo al muelle, se detuvieron ante una barca pesquera en cuya cubierta coleaban sardinas y atunes en torno de una leonada raya de bodegaño flamenco. (p. 99).

Huelga todo comentario para aclarar este trozo en que de una escena de muerte vista con ojo indiferente pasamos sin transición a otra de exaltación de vida jugosa y risueña. El choque de las dos estampas y el comportamiento de los dos hombres frente a ellas expresa la idea mejor que cualquier explicación.

En la novela aparece así un verdadero debate sobre los vicios y las virtudes de la Revolución Francesa y de sus diversas fases. A menudo, el autor utiliza el diálogo para exponer las ideas contradictorias que pueden cambiarse sobre el tema. Es evocado por Esteban y Víctor Hugues, por ejemplo, durante el viaje a las Antillas de la escuadra francesa. El primero, vuelto ya el crítico de la revolución, muestra ciertos aspectos chocantes de ésta: lo ridículo de ciertas ceremonias cívicas, los textos de la Constitución encuadrados con piel humana, los epílogos cívicos que se añadían, desfigurándolas, a ciertas obras del teatro clásico, el desprecio por la inteligencia, y la desconfianza en que habían caído los escritores.

Pero, después de esta condena violenta viene la defensa presentada por Víctor Hugues, quien le hace observar primero a Esteban que habla como hablarían los emigrados de Coblenza; luego, calentándose:

Estamos cambiando la faz del mundo, pero lo único que les preocupa es la mala calidad de una pieza teatral. Estamos transformando la vida del hombre, pero se duelen de que unas gentes de letras no puedan reunirse ya para leer idilios y pendejadas. Serían capaces de perdonar la vida a un traidor con tal de que hubiese escrito hermosos versos! (p. 108).

Hay que notar el vigor y la pertinencia de esta defensa concebida en forma de ataque. ¿Qué son, en efecto, los abusos señalados por Esteban al lado de un movimiento histórico que se propone cambiar la faz del mundo? El autor nos incita aquí, según parece, a separar la costra superficial de la médula profunda y de su significación trascendental.

De la misma manera, cuando Esteban se indigna de que la guillotina se haya embarcado en el barco *La Pique*, Hugues le revela que trae también al Nuevo Mundo el Decreto del 16 de Pluvió del año II que abolía la esclavitud. Situando entonces la escuadra que avanza hacia el Caribe en la perspectiva de la historia, hace hincapié en la diferencia entre el cristianismo falsamente redentor, según él, y la verdadera redención de los hombres constituida por el espíritu y la ideología de la Revolución:

Por primera vez una escuadra avanza hacia América sin llevar cruces en alto. La flota de Colón las llevaba pintadas en las velas. Eran el signo de una esclavitud que se impondría a los hombres del Nuevo Mundo en nombre de un Redentor que había muerto—dirían los capellanes— para salvar a los hombres y confundir a los ricos. Nosotros (y volviéndose bruscamente designó el decreto), nosotros los sin-cruces, los sin-redentores, los sin-Dios, vamos allá, en barcos sin capellanes, para abolir los privilegios y establecer la igualdad. (p. 109).

Es la significación profunda de la revolución considerada como uno de los grandes sistemas de liberación del hombre lo que subraya aquí con elocuencia Víctor Hugues—Carpentier. Un poco más adelante el autor, con esta tendencia al simbolismo muy patente en toda la obra, pintará a V. Hugues con la mano derecha apoyada en la guillotina, y transformado "en una alegoría":

Con la libertad llegaba la primera guillotina al Nuevo Mundo (p. 114).

Es evidente que esa libertad no tiene la cara sonriente y amable que se podría desear. De todas formas, el propósito del autor en este debate contradictorio es visiblemente disertar acerca de este problema de la libertad e igualdad del hombre, o en dos palabras, de la filosofía de la Revolución. Los argumentos de Víctor Hugues parecen haber conmovido a Esteban, el cual siente vergüenza por haber hablado a trochemoche —“atropelladamente”—y baja la cabeza (p. 109).

Otros muchos diálogos, y hasta monólogos, opondrán los protagonistas sobre este tema de la Revolución Francesa, y aparecerán así, en boca de Esteban y de otros, numerosos aspectos incoherentes, absurdos y contraproducentes del movimiento revolucionario. Sin embargo, debajo de la paja es el grano, y pensamos que el citado debate y su orientación son reveladores del pensamiento del autor y encierran la idea de que la filosofía de la Revolución con todo y sus yerros logró transformar el mundo caduco que terminó con ella.

ENTRE los diversos aspectos del impacto de la Revolución en el Caribe, Carpentier evoca con particular insistencia las repercusiones que provocó en la suerte de los negros. Según el procedimiento apuntado ya, varios personajes expondrán los diferentes elementos del problema.

Hemos visto que la escuadra de 1794 traía a los negros el Decreto del 16 de Pluvioso del año II aboliendo la esclavitud. V. Hugues había subrayado que esto significaba la igualdad absoluta de derechos entre todos los hombres, sin distinción de razas. A lo largo de la novela, en varias ocasiones, el autor nos muestra lo que fue la reacción y lo que pasó con los negros a consecuencias del decreto de Pluvioso. Después de la inmensa jubilación de los primeros días se instaló entre la gente negra de la Guadalupe una situación bastante confusa. Muchos aprovecharon su “flamante ciudadanía” para negarse a cultivar los campos que se volvieron baldíos (p. 125). V. Hugues, que había guardado, nos dice el autor, cierto prejuicio racial en contra de los negros, hizo cortar la cabeza de unos cuantos para escarmiento de los demás, decretó el trabajo obligatorio y mandó condenar a muerte a todo negro “perezoso, desobediente, discutidor o levantisco”. En cuanto a los soldados de la República, no se solían portar muy mansamente con sus conciudadanos negros (p. 132).

Pintar un cuadro tan sombrío de los efectos de un decreto que se quería libertador equivale a mostrar el fracaso de la acción

revolucionaria en este dominio. Sin embargo, el autor parece sugerir que la culpa se comparte en diversas proporciones, entre los negros, que no entendieron bien la noción de libertad, y los hombres de la Revolución que trajeron la letra pero no el espíritu de un decreto de libertad. El colmo de la incoherencia en este asunto será el restablecimiento de la esclavitud por la ley del 30 de Floreal del año X, complicada por la ley del 5 Mesidor que prohibía la entrada en Francia de cualquier ciudadano de color.

Pero la meditación de Carpentier frente al problema de los negros en el mundo caribe no se limita a estas fluctuaciones de 1794 a 1803. En el curso de la novela, presentará una recapitulación de las diversas fases de la cuestión negra antes y después de la época revolucionaria. Hará, por ejemplo, una lista—"un recuento"—de las sublevaciones negras que estremecieron las islas y el continente caribes desde el siglo XVI (p. 197 a 199). Es una precisa cronología de la rebelión negra que pone en boca del suizo Sieger, la cual parece el resultado de una amplia documentación del propio autor—"con un conocimiento de crónicas americanas"...—El Decreto de Pluvioso no ha hecho más que legalizar una gran cimarronada que duraba desde hacía casi tres siglos y Las Casas, quien en su obra geenrosa para los indios ha preconizado la introducción de la mano de obra negra en el Nuevo Mundo es "uno de los mayores criminales de la Historia"; de él procede un problema "que rebasa el mismo alcance de un acontecimiento como la Revolución". Vistos por nuestros nietos, dice el hacendado suizo, los horrores de la Revolución parecerán "ínfimas peripecias del padecer humano", mientras el problema negro quedará sin solucionar—"seguirá en pie"—(p. 200).

Ya se ve cómo el autor, a través del diálogo, ha situado el asunto en la perspectiva general de la historia, alejándose así del solo aspecto particular del siglo XVIII para intentar de descubrir las raíces profundas de este dramático problema humano.

Entre los varios aspectos del problema aparece inevitablemente el tema de las relaciones entre negros y blancos (p. 199-200). El revolucionario exilado Billaud-Varenes expone su opinión acerca del nivel respectivo de ambas culturas. Según él, y su posición no deja de sorprendernos, los negros no conseguirán igualarse con los blancos:

Porque somos distintos. Estoy muy de vueltas de ciertos sueños filantrópicos, señor Abate. Mucho tiene que caminar un nómada para llegar a ser romano. Un garamanta no es un ateniense. Este Ponte Euxino donde estamos desterrados no es el Mediterráneo. (p. 200).

Es evidente que nada permite afirmar que estos comentarios racistas y escépticos del jacobino deportado expresan el pensamiento del autor, ni muchos menos. A lo mejor habrá que ver aquí otro sarcasmo más dirigido a la Revolución en lo de poner en boca de uno de sus corifeos opinión tan retrógrada. No es fácil, sin embargo, limitarse estrechamente a esta explicación de la actitud de Billaud-Varenes frente al problema de las relaciones entre negros y blancos.

Una cosa llama la atención primero, y es el tono de actualidad que aparece en el comentario del jacobino. Es más o menos, una de las posturas clásicas en el problema de la emancipación de los negros en nuestra época: la discriminación racial. Pero, allende la incoherencia aparente de esa posición de parte de un hombre que había votado el Decreto libertador de Pluvioso, vemos asomar otro aspecto. Se trata del mismo personaje pero no se trata de la misma situación. El Decreto de Pluvioso está en la perspectiva filantrópica de la Revolución. Fue ideado en Francia, lejos de la realidad, en nombre de elevados y generosos principios de un humanismo teórico. Pero Billaud-Varenes se ha enfrentado con la realidad, la ha tocado con la mano, ha podido conocer y juzgar el carácter y el comportamiento verdadero de los negros y su opinión ha cambiado. Se declarará entonces "muy de vueltas de ciertos sueños filantrópicos".

Pero el autor no se limita a exponer esta tesis de las diferencias entre blancos y negros en términos generales; aporta ciertos ejemplos concretos para ilustrarla.

Las dos razas, por ejemplo, no tienen las mismas reacciones, la misma filosofía, delante del fin inexorable del hombre. El autor nos muestra la lucha angustiada y dramática de Jorge, el marido de Sofía, en trance de muerte:

Varias veces, Esteban había visto morir a un indio, a un negro: para ellos las cosas ocurrían de muy distinta manera. Se postraban sin protestas, como bestias malheridas, cada vez más ajenos a cuanto les rodeaba, cada vez más deseosos de que los dejaran tranquilos, como resignados de antemano a la derrota final. Jorge, en cambio, se crispaba, alegaba, gemía, incapaz de aceptar lo que ya se había tornado evidencia para los demás. Tal parecía que la civilización hubiese despojado al hombre de toda entereza ante la muerte, a pesar de cuantos argumentos hubiera forjado a través de los siglos, para explicársela lúcidamente y admitirla con serenidad. (p. 237).

Carpentier hace que intervenga otra vez el concepto de civilización entre el negro y el blanco—el primitivo y el civilizado—

pero esta vez, al contrario de cómo lo ve Billaud-Varenes, considerando la noción como negativa. El civilizado ha perdido el sentido de la vida y de la muerte. La novela *Los pasos perdidos* desarrolla ampliamente este concepto.

Incluso entre espíritus a los que una misma luz alumbraba, como son los del doctor Ogé y de V. Hugues, los dos liberales, filántropos y francmasones, aparecen diferencias profundas en las creencias. En tanto que el francés es ateo y escéptico, el mulato es adepto y partidario de ciertas doctrinas esotéricas de origen africano tanto como de origen europeo. No se ignora que ejerce una medicina muy particular, impregnada del todo de las prácticas del Vodú, y así será como curará el asma de Esteban. Igualmente cree en las enseñanzas del "filósofo desconocido", el célebre Martínez de Pasqually, que militó en el iluminismo, y que había muerto en Santo Domingo unos años antes (p. 64 y 223). Tiene fe también en el poder de las cascadas de las islas del golfo de Gonave, las cuales transforman a las mujeres que se bañan en otras tantas pitonisas (p. 67). Naturalmente, cada vez que afirma sus creencias hace exclamar a V. Hugues, el cual no acaba de comprender cómo un médico, un hombre de ciencia, puede interesarse por semejantes consejas.

Los dos hombres se opondrán también en otras disputas: a propósito de la educación de los niños en la nueva sociedad, espartana o no, y del tema del espíritu religioso en el hombre:

"'No' decía Ogé. 'Sí', decía Víctor" (p. 65).

Es evidente que esta inclinación del doctor mulato hacia las creencias esotéricas, esta religiosidad en un espíritu nutrido de ideas avanzadas, constituye una mezcla original, que le diferencia netamente de la actitud racionalista del blanco.

El autor suele, pues, presentar las diversas facetas del tema a través de las opiniones y comportamientos de diversos personajes. El problema negro, que viene a ser, en parte, el de las relaciones y trato con los blancos toma, visto así bajo varios puntos de vista, una amplitud que rebasa el cuadro estrecho del caribe en la época de la Revolución para aparecer planteado en términos universales fuera del espacio y del tiempo. No es que el autor quiera aportar solución precisa; se contenta con exponer la trama del asunto. La novela se vuelve, de este modo, mucho más que una evocación histórica en un marco geográfico determinado; se eleva a la altura de una libre meditación acerca de uno de los grandes problemas humanos cuyas raíces se hunden en el lejano siglo XVI, y cuyos frutos envenenados siguen emponzoñando la época actual.

EL doctor Ogé señalaba en el hombre la permanencia de la religiosidad que él mismo definía como "una aspiración tenaz hacia algo que podía llamarse imitación de Cristo" (p. 65). Parece ser, en efecto, que Carpentier en su novela ha dado gran importancia al problema de la religión en el hombre. Recuérdese las alusiones a la religión compuesta de los negros en la que se acoplan sin dificultad los dioses del cristianismo y los de las religiones africanas. En la ciudad de Regla, ubicada enfrente de La Habana, en el lado opuesto de la bahía, el autor nos habla de las iglesias cristianas acompañadas de ciertas iglesias "cimarronas" consagradas a divinidades africanas como Obatalá, Ochum o Yemanyá (p. 227). Pero esto es sólo un aspecto episódico de la cuestión. Lo esencial del tema parece ser la búsqueda alrededor de la necesidad de una religión en el hombre. Y sobre esto, también, es menester volver a la Revolución Francesa.

Esteban, encontrándose por casualidad en Cayena, delante de un crucifijo, experimenta cierto choque psicológico, y siente que le gana cierta nostalgia de la religión perdida. Luego, interrumpido en su profunda meditación, su espíritu se pone entonces a examinar la Revolución Francesa bajo el ángulo de la religión:

pasó bruscamente a pensar que la debilidad de la Revolución, que tanto atronaba el mundo con las voces de un nuevo Dies Irae, estaba en su ausencia de dioses válidos. El Ser Supremo era un dios sin historia. No le había surgido un Moisés con estatura suficiente para escuchar las palabras de la Zarza Ardiente, concertando una alianza entre el Eterno y las tribus de su predilección. No se había hecho carne ni había habitado entre nosotros. A las ceremonias celebradas en su honor faltaba la Sacralidad. (p. 191).

Es cierto que ello es una visión original y personal, lo de la ausencia de "dioses válidos", cuya necesidad se impone al espíritu del hombre. Este aspecto de la filosofía de las religiones no puede ser otra cosa sino la opinión del autor mismo. Tanto más cuanto que la idea se repetirá varias veces y con una mayor claridad aún. Esteban, otra vez, a sus primos que le escuchan, les mostrará cómo la Iglesia sale finalmente victoriosa de la prueba a que la somete la Revolución:

El viejo Jehová, cuyas iglesias y catedrales volvían a abrirse en todos los lugares momentáneamente entregados al ateísmo, había salido victorioso de la prueba. Podían decir sus adoradores, ahora, que lo ocurrido no había sido, en fin de cuentas, sino una manifestación de Su Cólera

contra tantos filósofos como, en este siglo que estaba alcanzando sus últimas semanas, se hubiesen atrevido a tirarle de las barbas, tratando a su Moisés de impostor, a su San Pablo de majadero. (p. 223).

Y para coronar todo esto, el autor recurrirá a una alegoría que le servirá para recalcar los vaivenes y la resistencia de la Iglesia durante la "época", empleando una expresión de Carpentier.

Se sabe que entre los cuadros colgados en las paredes de la casa de La Habana hay uno llamado "Explosión en una catedral", que el autor gustará de emplear simbólicamente repetidas veces y, en particular, al final de la novela. Esteban, de vuelta a La Habana, revé emocionado su cuadro predilecto, imagen para él de cataclismos personales. Entonces, Esteban-Carpentier, medita sobre los posibles significados encerrados en el lienzo del antiguo artista francés.

Primero, en el drama personal de Esteban, la explosión de todas sus creencias profundas trastrocadas por los sucesos que acaba de vivir, "destruyendo altares, símbolos y objetos de veneración". Puede ser también el símbolo de la "época" que ha hecho que muchas cosas estallen y que ha ido a enterrarse ella misma bajo los escombros. En fin:

Si la catedral era la Iglesia Cristiana, observaba Esteban que una hilera de fuertes columnas le quedaba intacta, frente a la que, rota a pedazos, se desplomaba en el apocalíptico cuadro, como un anuncio de resistencia, perdurabilidad y reconstrucciones, después de los tiempos de estragos y de estrellas anunciadoras de abismos. (pp. 216-217).

Está claro que el acento recae, otra vez, sobre la firme solidez del edificio que, perdiendo algunos de sus morrillos, conserva sin embargo lo esencial de sus robustas columnas.

Es de creer que en esto reside la idea profunda de Carpentier acerca del problema de la existencia de la Iglesia en la sociedad de los hombres. Por otra parte parece que no se pregunta para saber si esto es bueno o malo para el hombre, sino que se limita a comprobar y declarar esta solidez a prueba de todo el templo, es decir de la religión, pues se basa ésta en el espíritu religioso que es una de las constantes del espíritu humano.

Si volvemos ahora a la primera meditación de Esteban, veremos cómo el problema se precisa y matiza.

En el cuarto en que se halla Esteban, el crucifijo da cara al mar, y al joven le llama la atención el diálogo entre estas dos entidades: por un lado la cruz, y por el otro el océano; entre ellos,

"aquel cuerpo interpuesto, en trance de agonía y renacer..." (p. 190).

"Agonía y renacer" se aplica aquí, según parece, a la vez a la Historia Sagrada y a la Historia de la Religión con sus vaivenes. Lo que es más extraño son los comentarios que el autor hace al evocar el océano, calificado de "la inmensidad flúida y una de la placenta universal". Reduciendo todo esto a sus elementos simples, se llega a la idea de un diálogo a solas entre el Cristo y el océano, siendo éste, según el autor, la placenta universal o sea, el crisol en donde la vida ha aparecido.

A partir de aquí hay que avanzar con mucha cautela en la búsqueda del pensamiento del autor. El patetismo del diálogo ¿acaso nace del simple diálogo a solas entre el Cristo y el mundo, entre el Dios de los cristianos y su creación? Por el contrario, ¿es menester volver otra vez sobre el concepto de la placenta universal y ver ahí una alusión a la teoría científica del origen de la vida que, precisamente, hace aparecer la primera célula viviente en el mar, como el niño en el vientre materno? Es de observar que esta explicación científica se opone evidentemente a la idea de la creación del mundo por el Creador según la versión del antiguo testamento.

Otro pasaje del libro confirma la alusión a la hipótesis científica. Cuando Esteban se encuentra en presencia de las maravillas del mar, la descripción llena de inspiración que el autor hace, nos lleva igualmente bajo las aguas. Pero el hombre, para descubrir los tesoros escondidos, "tendría que remedar el pez que hubiese sido antes de ser esculpido por una matriz" (p. 151); y en ello hay una referencia clara indiscutible a esa teoría de la aparición de la vida al interior de los océanos y de la lenta evolución desde el pez hasta el mamífero, de que habla la ciencia.

El patetismo profundo y eterno del diálogo sería entonces el de estos debates sin aparente solución, una "agonía", en el sentido griego de la palabra, el de lucha, combate, como lo quiere Unamuno en su *Agonía del cristianismo*. Pues bien, se trata ahí, para el hombre, del problema de sus orígenes y de su destino, el más lancinante, el más patético de todos los problemas "del Hombre en su mundo".

Como las palabras no caen en el vacío, así tampoco las palabras se escriben en vano. Carpentier viene a decir en cierta forma que el océano es el cobertor al interior del que la vida ha aparecido, bajo ciertas condiciones de humedad y calor, de luz y presión, y la religión de Cristo dice que la vida fue creada por Dios, como una operación de su voluntad. El hombre debe escoger, y esto supo-

ne una elección desgarradora. Tal parece ser, a través de las palabras empleadas, el pensamiento del autor.

Un detalle impedirá quizá al lector el que tenga la misma opinión; y es que estamos con Esteban en el siglo XVIII, en una época en que la teoría del origen marino de la vida no se había formulado aún. Se puede pensar, sin embargo, que esto no basta para invalidar todo lo dicho. Más que el espíritu de Esteban, es el espíritu del autor el que parece funcionar. No es la primera vez que se siente a este último substituirse en repetidas ocasiones al espíritu que le representa, lo que explica, por otra parte, la génesis de este anacronismo. Hagamos hincapié, en fin, en que Esteban saldrá por un toque de corneta de "sus reflexiones intemporales" (p. 191), lo que parece indicar que el autor ha querido objetivamente situar el debate en los siglos de los siglos.

Por otra parte, este encuentro con el crucifijo produce en Esteban una impresión profunda y una vuelta a sí mismo que hará aparecer en su espíritu y en su corazón la primitiva formación cristiana de su niñez, todas las escenas familiares de la vida de Cristo:

Sin necesidad de orar, puesto que no tenía fe, Esteban se complacía en la compañía del crucificado, sintiéndose devuelto a un clima familiar. Aquel Dios le pertenecía por herencia y derecho; podía rechazarlo, pero formaba parte del patrimonio de los de su raza. (p. 191).

Cabe preguntarse por qué el autor ha imaginado esta vuelta de la formación religiosa al incrédulo que está hecho Esteban. Ello es debido, sin duda, al hecho de que Esteban es lo que es, o sea, un hombre que ha nacido en una colonia española del siglo XVIII y que ha recibido una fuerte capa de religiosidad al modo hispánico. El estado de crisis latente en que se encuentra su espíritu tras todo lo que ha visto y pasado, provoca esta reaparición del antiguo patrimonio religioso luego de su encuentro con el crucifijo. El hombre a quien los nuevos dioses han decepcionado vuelve al de su infancia.

Sin duda que es esto, en lo esencial, lo que hay que pensar de este episodio. Pero acaso no sea esto todo. La religión considerada como parte integrante del patrimonio de la raza, como una herencia innegable, cobra entonces una importancia grande. Caracteriza una sociedad, una civilización, forma una de las capas imposibles de extirpar de la mentalidad de los individuos que la componen. Está al alcance de la mano, siempre disponible, y siempre capaz de venir a rellenar el vacío dejado en el hombre por los vaivenes y las decepciones de la vida, y siempre capaz de venir a socorrerle en los momentos de crisis o de peligro, ya sea español ya sea francés.

Collot-d'Herbois, el sangriento revolucionario, "el fusilador de Lyon", el hombre que había pedido la condenación inmediata de Louis XVI, ante la muerte olvida toda su dignidad revolucionaria y pide un confesor: "empezó a llamar al Señor y a la Virgen, implorando el perdón de sus culpas" (p. 186).

En lo más recio del bombardeo inglés de Pointe-à-Pitre, el viejo impresor Loeillet, "en tales momentos de miseria", saca una biblia de su escondrijo, y profiere desde su refugio versículos del Apocalipsis (p. 119). Algunos dominicos salen igualmente de sus refugios para volver a su ministerio con heridos y agonizantes:

Ese contrabando de la fe se insinuaba donde más gangrenas y heridas hubiera, no faltando quien reclamara los sacramentos, arrojando la escarapela al sentir la proximidad de la muerte. (p. 118).

Cuando al barco pirata *El amigo del pueblo* lo coge una terrible tempestad del mes de octubre; los marineros de la Revolución, congregados en el puente, entonan el cántico a la Virgen del Buen Socorro, patrona de los marineros:

Remozando oportunamente una vieja tradición francesa, los Corsarios de la República invocaban la Madre del Redentor, en su miseria, para que acabara de aplacar las olas y calmara el viento. (p. 166).

Esteban, por su parte, se santigua y sube al puente.

Con estos ejemplos convergentes el autor seguramente ha querido mostrar no sólo que el antiguo fondo religioso reaparece en los momentos críticos, sino también que el hombre necesita creer que una potencia superior puede salvarle del peligro. Delante del peligro de muerte el hombre pide auxilio y se vuelve hacia el cielo, por más incrédulo y descreído que sea.

De nuevo es esta necesidad de creer en algo o en alguien lo que es expresado por Esteban-Carpentier a propósito del restablecimiento de la francmasonería por los marineros piratas en Pointe-à-Pitre:

Toda esta confusión —pensaba Esteban— se debe a que añoran el *Crucifijo*. No se puede ser torero ni corsario sin tener un Templo donde dar las gracias a Alguien por llevar todavía la vida a costas. (p. 171).

Se ve, pues, que en esta insistencia para mostrar en el hombre la necesidad de creer hay una verdadera meditación del autor sobre el problema del hombre y de la religión. La vuelta, en Esteban,

frente al Crucificado de la religión de su niñez no es un hecho aislado y contingente, sino un ejemplo, entre los otros, de esta mentalidad religiosa que se puede rechazar, pero que reaparece antes o después, irresistiblemente.

El autor, además, no se ha limitado con eso a la búsqueda de las relaciones entre el hombre y la religión. Muestra repetidas veces el papel benéfico representado por la Iglesia y sus servidores, particularmente en el dominio de la asistencia a los enfermos en los hospitales.

Billaud-Varennes, durante una grave enfermedad contraída a su llegada a Cayena, es asistido por la superiora de las hermanas de San Pablo de Chartres, y él le tenía mucha estima (p. 190). En tiempo de peste, "el mal egipcio", en Cayena, es de nuevo el hospital de estas mismas religiosas el que acogerá a los enfermos para curarlos mientras que a San Roque, San Prudencio y San Carlos Borromeo, se les reza naturalmente. Cuando el bombardeo de Pointe-à-Pitre, los dominicos asisten a los heridos no sólo con el crucifijo y los santos óleos, sino también "con una pócima o una tisana en la mano", y todos aceptan los cuidados y los alivios que así se les trae (p. 118).

Pero la meditación del autor sobre el tema de la religión no se detiene en el hombre; va hasta la creación. Esteban descubriendo con los corsarios el mundo hechicero de Las Antillas, se entrega a una serie de contemplaciones y meditaciones que tienen mucho que ver, sin duda, con las del autor: "abismábase en la contemplación de un caracol"; "contemplando un caracol—uno solo—pensaba Esteban en la presencia de la espiral durante milenios y milenios..."; "meditaba acerca de la poma del erizo, la hélice del muergo..." (p. 155).

Tomando, pues, al caracol como tema de estudio, hace de él el símbolo "en cifras y proporciones de lo que precisamente faltaba a la madre". Obsérvese de nuevo la referencia a la mar, considerada como la madre universal de la vida, e intentemos penetrar aquí el pensamiento del autor. En la hechura del caracol y de los otros moluscos, en la Espiral, parece simbolizarse una "ciencia de formas", que en las civilizaciones primitivas ha pasado desapercibida. Pero el mundo moderno puede, él igualmente, no comprender ciertas realidades, ciertos signos inscritos alrededor suyo. Las formas de las cosas creadas son acaso una observación, un alfabeto, una geometría que no acabamos de comprender. ¿Qué mensaje se esconde en las líneas de las plantas, de los musgos, de las conchas marinas? En las formas de "esos sorprendentes carapachos" el autor ve como una prefiguración de las arquitecturas del porvenir:

Fijación de desarrollos lineales, volutas legisladas, arquitecturas cónicas de una maravillosa precisión, equilibrios de volúmenes, arabescos tangibles que intuían todos los barroquismos por venir. (p. 155).

Esta idea de que la arquitectura, barroca o no, se inspira de las líneas esenciales de la creación hace pensar en el tratado de John Ruskin, *The seven lamps of architecture*. En este célebre estudio de finales del siglo XIX, el sociólogo y crítico de arte inglés planteaba el principio de que la arquitectura tenía que inspirarse de las líneas, las formas y los colores que existen en la naturaleza. En nombre de este principio básico, rechazaba la greca por ser línea artificial y sin modelo conocido.

No se encuentra, sin embargo, en Ruskin una exaltación concreta de las líneas inspiradas de las conchas marinas, como la espiral. Para llegar a esto, hay que echar mano de uno de los lectores entusiastas de Ruskin, el mexicano José Vasconcelos. En su *Ulises Criollo* (1935), el autor cuenta cómo, en Nueva York, descubrió este tratado de filosofía del Arte y edificó, a consecuencias de esta lectura, toda una teoría estética. La arquitectura del porvenir levantaría edificios construidos a partir del principio de la espiral, la cual destronaría de este modo las construcciones horizontales, así como el círculo que suscitó las cúpulas y demás artes románicas. La época moderna se fundaría sobre la dinámica de la espiral, que es también la del espíritu.

Esta teoría permanecía fiel al principio edictado por Ruskin de una arquitectura trasunto de las líneas de la naturaleza:

El modelo nos lo dan los caparazones de la vida animal que llega a la perfección en el caracol, instrumento de captación de los ritmos superiores del universo, además de estructura que sostiene una vida.

Ulises Criollo

Aguilar, 1960, Tomo I, p. 703.

Ruskin no había ido tan adelante. Hablando de arquitecturas deseables para el futuro, el autor piensa que se podría elegir entre ciertos estilos conocidos ya, como el gótico veneciano o el estilo primitivo inglés. Vemos, pues, cómo Vasconcelos, aunque quedándose dentro del sistema, releva a Ruskin e imagina aquellas urbes del futuro edificadas a partir de la Espiral y de su modelo.

Es muy posible, por lo visto, que a Carpentier le haya llamado la atención dicha página de *Ulises Criollo*, por encontrar en ella un eco de sus propias ideas y concepciones. Comprendemos mejor, de esta manera, la importancia tomada, en este verdadero ensayo,

por el caracol, "instrumento de captación de los ritmos superiores del universo". Bien es éste el sentido profundo de aquel trozo inspirado. Contemplando la naturaleza, en particular las maravillas del mar, el hombre puede asomarse a la comprensión de los ritmos que rigen el universo y dar así un paso más en el dominio del conocimiento.

"¡Mirar un caracol. Uno solo. Tedéum!" (p. 155)

¿Pero a quién es menester dirigir este Tedéum, esta acción de gracias que brota del espíritu humano ante las supremas bellezas de la creación o del instinto del alcastraz que acaba de engullir un pez (p. 154)? ¿Quién fue el organizador de los ritmos superiores del Universo? Parece ser que el autor no contesta a esta pregunta y que tengamos que contentarnos con esta actitud, bastante ambigua al fin y al cabo, frente al problema de la creación y del creador. Carpentier nos mostrará, por lo menos, que el hombre se ve obligado a enfrentarse con su inquietud metafísica, incluso quedando ésta sin apaciguar.

Hagamos ahora un balance de este conjunto de ideas y de puntos de vista sobre el problema del hombre, de la religión y del creador. Se ha puesto de manifiesto que el autor se da a estas investigaciones a partir de dos temas complementarios: la historia de la Revolución en el Caribe, y la naturaleza caribe propiamente dicha. Una primera conclusión será, pues, que la historia y la geografía del Caribe parecen haber sido un punto de partida y un pretexto para plantear estos problemas trascendentales. No que el autor lo haya ideado así, pero conscientemente o no, todas estas graves consideraciones sobre el hombre y lo divino se han insertado en esta visión del mundo caribe.

Obsérvese finalmente que las advertencias de Carpentier tienen más del espíritu de sociología que del de proselitismo. No se dice que el hombre deba tener una religión, sino que tiene una necesidad natural y profunda de ella, que es así, y que hay que admitirlo, y la Revolución Francesa con sus dioses razonantes y abstractos no ha conseguido extirpar los antiguos, ni, de hecho, el espíritu religioso de los hombres. Es, también en este dominio, un fracaso, pero un fracaso lleno de enseñanzas en lo que atañe a ciertas condiciones de la felicidad del hombre en el reino de este mundo.

PORQUE, la novela de Carpentier presenta también este tema de la búsqueda de la felicidad en la tierra. A lo largo de toda la

novela se encuentran personajes momentáneamente felices, y con felicidades diferentes. Hay la dicha de los jóvenes, en *La Habana*, basada en una vida insólita, "olvidados de la ciudad, desatendidos del mundo", y llevando una vida al revés de los otros, durmiendo durante el día y viviendo durante la noche, en un batiborrillo de objetos heteróclitos, comportándose como bárbaros, en palabras y actos, por el placer de "desquite" de la vida severa y aburrida que llevaban cuando el padre vivía (pp. 26 a 30).

Hay también la dicha de Sofía en Cayena, tras haber hallado otra vez a Víctor Hugues. Es la dicha de una mujer satisfecha, amorosamente satisfecha:

Hubiese querido que todos participaran de su gran dicha interior, de su contento, de su soberana calma. (p. 267).

Hay en ello un verdadero discurso sobre el tema de la dicha física gracias a la cual la mujer siente que se vuelve más inteligente, y siente afianzarse en ella, "una insospechada capacidad de entendimiento" (pp. 266-67-68). El autor parece haber reflexionado sobre esta cuestión y diversos personajes expresan su opinión de forma a veces bastante original. El doctor Ogé, por ejemplo, pensaba que el pecado original se lavaba cada vez por el acto físico y que el apaciguamiento de la pareja era como "figuración, eternamente repetida, de la pureza del Hombre y de la Mujer antes de la Culpa..." (p. 71).

El tema de la dicha física o corporal aparece también en *Los Pasos Perdidos*. El héroe de la novela experimenta esta alegría de la carne al lado de Mouche, primero, luego después al lado de Rosario, pero con diferencias profundas sin embargo, que constituyen precisamente como un estudio clínico del tema o algo por el estilo. Todos los personajes de primer orden tienen, por cierto, este amor a la vida. Los personajes de Carpentier gozan con todos sus sentidos en el mundo que los rodea, y es evidente que el autor ha colocado en lugar preponderante, con mucha naturalidad, el placer carnal. Así Sofía, por lo menos la Sofía radiante y satisfecha, segura de sí misma. Fácil sería mostrar cómo el autor se ha esmerado en trazar la evolución de la sensualidad de Sofía, y también de Esteban. El Víctor Hugues de Carpentier aprecia igualmente en gran manera los placeres de la carne. La insatisfacción carnal representa en la casada Sofía, o en Víctor Hugues navegando hacia las Antillas, cierto sufrimiento. Obsérvese que todos los personajes importantes de la obra de Carpentier participan de este rasgo, ya sean blancos, ya sean negros, como en *El Reino de este Mundo*,

El Acoso, Los Pasos Perdidos, El Siglo de las Luces, por citar sólo los principales. Referente a Víctor Hugues, conviene notar que esto es un rasgo de su personalidad cuyo punto de partida se halla en el retrato del personaje histórico tal como aparece en ciertas fuentes,¹ pero que, de todas formas, se trata de un rasgo de carácter que es compartido por todos los demás personajes puramente novelescos y creados por el autor.

El tema del placer sólo es un aspecto de esta meditación sobre las condiciones de la felicidad en el hombre que es visible en toda la obra literaria de Carpentier. Limitándonos a sus dos últimas novelas, que contienen numerosos elementos comunes, hay en éstas un estudio de lo que se podría llamar la felicidad del hombre desnudo.

Llegado a la lejana "villa" fundada por "el Adelantado", el héroe de *Los Pasos Perdidos* halla las condiciones de la vida sencilla y feliz de los hombres que viven en el seno de la naturaleza:

Los hombres que aquí viven sus destinos se contentan de cosas muy simples, hallando motivo de júbilo en la tibieza de una mañana, una pesca abundante, la lluvia que cae tras de la sequía, con explosiones de alegría colectiva, de cantos y de tambores, promovidos por sucesos muy sencillos como fue el de nuestra llegada. (p. 203).

Varias veces durante el día va con Rosario a bañarse en una poza alimentada por una cascada:

Aquí es donde nos bañamos desnudos, los de la Pareja, en agua que bulle y corre... No hay alarde, no hay fingimiento edénico en esta limpia desnudez... y que aquí liberamos con una suerte de travesura, asombrados de que sea tan grato sentir la brisa y la luz en partes del cuerpo que la gente "de allá" muere sin haber expuesto alguna vez al aire libre. (p. 206).

Toda la página se podría citar como ejemplo. En ella se describe la sensación inefable que siente el hombre desnudo al ser acariciado por el agua, el sol, la luz, en una naturaleza suntuosa y

¹ Por ejemplo en: *Biographie universelle ancienne et moderne*, de Michaud, Paris, 1858, Tomo 20, pp. 131 a 133.

Visiblemente, Carpentier utilizó más de un elemento de esta biografía para crear su personaje. Entre otros, su sensualidad parece inspirada del comentario que hace el biógrafo, con el estilo rimbombante de su tiempo, de cierto aspecto del comportamiento de V. Hugues: "et, dans sa lubricité féroce, trop souvent il envoyait à l'échafaud ceux dont le crime était d'avoir épousé une belle femme."

maternal. Es la dicha de Adán en los días del Paraíso. El hombre resuelve entonces ya "no regresar allá":

Voy a sustraerme al destino de Sisifo que me impuso el mundo de donde vengo, huyendo de las profesiones huera, el girar de la ardilla presa en tambor de alambre, del tiempo medido y de los oficios de tinieblas. (p. 206).

Tomada esta decisión plenamente consciente, y echada la cuenta de todas las delicias que le reserva esta nueva vida, dirá: "Me invade una inmensa alegría".

Esta felicidad del hombre de las ciudades que vuelve a la vida de la naturaleza es un tema predilecto de Carpentier. En *El Siglo de las Luces*, hará que Esteban descubra esta misma felicidad. A Esteban, que ha partido con la flota pirata, nos lo muestra el autor, a lo largo de páginas descriptivas del mundo caribe, descubriendo la dicha de vivir rodeado de aquella naturaleza maravillosa. Desembarcado Esteban, se entrega a los placeres del sol y del agua que le traen una exaltación física rayando en anonadamiento; queda como ebrio de placer:

Se sentía tan feliz, tan envuelto, tan saturado de luz que, a veces, al estar nuevamente en el suelo firme, tenía el aturdido y vacilante andar de un hombre ebrio. A eso llamaba sus "borracheras de agua", ofreciendo el cuerpo desnudo al ascenso del sol, echado de bruces en la arena, o de boca arriba, abierto de piernas y de brazos, aspado con tal expresión de deleite en el rostro que parecía un místico bienaventurado, favorecido por alguna Inefable Visión! (p. 150).

Se ve que la felicidad de Esteban, que procede del contacto íntimo del hombre con la arena, el sol, el agua, es la misma que la del héroe de *Los Pasos Perdidos*. Procede de una serie de sensaciones profundas que tienen por origen la esencia de la naturaleza que los rodea, naturaleza virgen y suntuosa. Así el hombre descubre el mundo tal y como es, es decir maravilloso. Pero para esos personajes no se trata de cualquier mundo; es el mundo americano, es el mundo caribe. Porque, tras los personajes, hay el deseo, por parte del autor, de mostrar las maravillas del mundo tropical que es el suyo. Ello es lo que da a los personajes la actitud frecuente de contemplación o de descubrimiento, de hechizo ante el esplendor de la naturaleza americana del Caribe:

Asomado a una oquedad en la que apenas pudiera ocultarse un niño, contemplo una vida de líquenes, de musgos, de pigmentos plateados, de

herrumbres vegetales, que es, en escala minúscula un mundo tan complejo como el de la gran selva de abajo. (*Los Pasos Perdidos*, p. 205).

En lo que concierne a Esteban, tras haberse bañado un buen rato comienza la exploración de este mundo encantado de las islas:

maravillándose de cuanto descubría al pie de las rocas. Maravilloso era, en la multiplicidad de aquellas Océánidas, hallar la Vida en todas partes... Esteban se maravillaba al observar como el lenguaje en estas islas, había tenido que usar de la aglutinación, la amalgama verbal y la metáfora para traducir la ambigüedad formal de cosas que participaban de varias esencias. (pp. 152-153).

También nosotros sentimos con fuerza este hechizo que experimenta el personaje e intuimos que es la visión del autor lo que aquí se despliega en páginas descriptivas que hubieran de citarse por entero, y que constituyen trozos característicos de la inspiración y del estilo del autor. Son ellas cuadros prodigiosos de las maravillas del mundo caribe en los que Carpentier pinta los "barroquismos de la creación", según una de sus expresiones. La palabra barroquismo conviene, por cierto, particularmente a esta profusión de detalles que hace pensar en los delirios arquitectónicos del arte barroco de ciertos templos americanos. Sostenido en un prodigioso hormigueo interior, el estilo acumula las palabras, principalmente los adjetivos y los sustantivos, en una especie de delirio verbal, de imágenes, de metáforas, de comparaciones sacadas de una infinidad de registros, y que se aplican tanto a conjuntos como al detalle de un objeto mirado como a través de una lupa. Hay que leer una y otra vez dichas páginas que contienen una infinita riqueza decorativa, aunque parezcan a veces un poco largas, recargadas, en una "perenne confusión", empleando la imagen que el autor aplica a la vida que hormiguea en este mar privilegiado.

Esteban, en medio de esta naturaleza prodigiosa, se aísla, y olvidando la época, "se sentía dueño de todo":

Suyas eran las caracolas ... suyos los cayeres ... suyas las esplendorosas piedras azules ... suyos eran también los alcatraces ... (p. 154).

Todas estas sensaciones, esta contemplación de lo maravilloso de la naturaleza, esta impresión de ser el amo y el hermano de todas las criaturas, produce en Esteban la sensación de una felicidad absoluta:

Echado sobre una arena tan leve que el menor insecto dibujaba en ella la huella de sus pasos, Esteban, desnudo, solo en el mundo, miraba las nubes, luminosas inmóviles . . . Dicha total, sin ubicación ni época. Tedéum . . . (p. 155).

Habría que añadir a esta evocación de las maravillas del mar otro trozo en que el autor compone una especie de himno descriptivo a la vegetación, a las aguas, a los colores, a las plantas, a los frutos, a los árboles del trópico (pp. 139 a 142). Las mismas observaciones sobre el estilo hechas más arriba serían igualmente válidas para esta descripción de los barroquismos de la vegetación del caribe. Además, a Esteban se le ve en la misma actitud de exaltación y de disfrute encantados:

Una exaltación inexplicable, rara, profunda, alegraba a Esteban . . . las sombras del atardecer sorprendían a Esteban en el mecimiento de algún alto tronco, entregado a una soñolienta voluptuosidad que hubiera podido prolongarse indefinidamente . . . Cuando Esteban volvía de tales andanzas regresando a Pointe-à-Pitre, se sentía ajeno a la época. (pp. 140 et 142).

Esteban vuelve sobre un caballo majado y refocilado del todo por la tormenta del trópico que da ocasión al autor de orquestrar los mil ruidos de la lluvia y del viento al modo de una sinfonía.

Citaremos, para acabar este análisis, una frase del mismo autor, en que subraya la actitud de Esteban ante este gran espectáculo de las Islas:

Por lo demás, el mundo de las Antillas fascinaba al joven, con su perpetuo tornasol de luces en juego sobre formas diversas, portentosamente diversas, dentro de la unidad de un clima y de una vegetación común. (p. 165).

El mundo caribe presenta, pues, al individuo cierto número de condiciones naturales en las que resultan colmadas las sensaciones del hombre: es una de las formas esenciales de la felicidad.²

² No pueden menos de llamar la atención los numerosos puntos de contacto que aparecen entre Carpentier y Albert Camus en este tema de la búsqueda de la felicidad. Constituye ésta, en la obra del escritor francés, una constante dentro de su evolución con el tiempo. Hay, en efecto, en los ensayos y las novelas de Camus, una exaltación de "la joie de vivre" (Unamuno decía que esta expresión es un galicismo y no se puede traducir), apoyada en un panteísmo sensual, un abandonarse a las impulsiones del cuerpo entregado a las fruiciones del mar, del viento, de la luz y del placer.

Pero ese mismo mundo ha sido igualmente para el hombre, a lo largo de la historia, el lugar de la suprema dicha colectiva o del "Mundo Mejor", empleando una expresión del autor. En páginas por las que pasa un soplo épico, nos pinta Carpentier la lenta marcha del pueblo caribe por el corazón de las penumbras verdes de la selva del Amazonas y del Orinoco, empujado irresistiblemente hacia la tierra de promisión que le han anunciado los objetos, enigmáticos y solemnes, "traídos por trueques y navegaciones sin número" (p. 207). El autor presenta en esta epopeya las teorías recientes sobre las migraciones caribes con un estilo inspirado y visionario que hace de este trozo uno de los más impresionantes de una obra que contiene muchos. Nos muestra la expansión caribe brutalmente detenida en el archipiélago al que ya le ha alcanzado la "gran migración", y medita sobre las Antillas, hechas una inmensa vidriera, un "Archipiélago teológico". Luego, el autor, cambiando de campo, se va con los descubridores para mostrárnoslos llevados de sus propios mitos, el del oro, del Eldorado, y el paraíso terrestre que Cristóbal Colón, basándose en un pasaje de la Biblia, creía haber descubierto frente a la desembocadura del Orinoco (p. 210).

Sobre esto también habría que insistir para mostrar toda la potente inspiración de Carpentier. El lector es arrastrado por una oleada bramante de imágenes, metáforas, puntos de vista, recuerdos históricos. Esteban, apoyado en la borda del barco "Amazón" piensa, descubriendo la costa, que no ha cambiado desde que el Almirante Mayor la contempló a través del mito de la Tierra Prometida. El autor entonces se remonta hasta una meditación sobre el tema de los mitos que llevan a los hombres de todos los tiempos hacia el descubrimiento de nuevos horizontes:

Según el color de los siglos, cambiaba el mito de carácter, respondiendo a siempre renovadas apetencias, pero era siempre el mismo: había, de-

El autor aparece así gozando con todos sus sentidos de su presencia en el mundo.

Este hedonismo vital se nota, sobre todo, en las obras de la juventud, como *Noces*, *L'Envers et l'Endroit* (el prefacio, en particular), *l'Été*; pero aparece también, aunque matizado, en los textos de la edad madura, como *La peste* y *l'Exil et le Royaume*.

Las maravillas del Caribe de Esteban el cubano son como un trasunto de las maravillas del Mediterráneo de Camus el argelino. Parecen ser unos de los ejemplos de esta asimilación, que hace Carpentier en su obra, del mar americano al mar latino.

En los *Cahiers*, en enero de 1936, CAMUS escribía: "Je suis heureux dans ce monde car mon royaume est de ce monde". *El Reino de este mundo*, de CARPENTIER, se publicó en 1949.

bía haber, era necesario que hubiese en el tiempo presente —cualquier tiempo presente— un Mundo Mejor (p. 211).

Muestra entonces el autor que los caribes habían imaginado a su manera este mito en la forma del misterioso imperio del Norte —el Imperio de los Mayas—; que los descubridores tenían igualmente el suyo, al igual que los portugueses en su búsqueda del reino fabuloso del Preste Juan de las Indias, o también los chiquillos de la meseta castellana, soñando con el valle de "Jauja", "después de cenarse un mendrugo de pan con aceite y ajo". Los enciclopedistas creyeron encontrar su "Mundo Mejor" en la sociedad de los antiguos Incas —alusión clara al conocido libro de Marmontel— Esteban, él también, creyó encontrar su "Mundo Mejor" en la grande aurora que acababa de ascender en el Oriente.

Pues bien, si se hace el resumen de todas estas búsquedas ansiosas, se ve que ni una sola ha alcanzado su finalidad; testigo Esteban:

y regresaba ahora de lo inalcanzado con un cansancio enorme... (p. 211).

Lo que parece ser, por cierto, una conclusión pesimista sobre este tema de la búsqueda por el hombre, por las comunidades humanas, a lo largo del tiempo, de un mundo mejor que nunca se halla. A esta conclusión negativa, contesta como un eco la frase varias veces repetida por la mujer —Sofía—: "hay que hacer algo"; éstas serán sus últimas palabras y acaso el mensaje del autor. Lo importante, parece decir Carpentier, es que el mito exista y que haga obrar a los hombres ("Había, debía haber, era necesario que hubiese...").

Desde *El reino de este mundo*, el mensaje parece seguir siendo el mismo. Al final de su vida el esclavo negro Ti Noël comprende que el hombre prosigue siempre buscando una felicidad que está más allá de lo que ve y de lo que toca, y la grandeza del hombre consiste precisamente en querer mejorar el mundo —"el Mundo Mejor"—, e imponerse tareas "hay que hacer algo".

Sin embargo, la suerte de los buscadores de Tierra Prometida puede ser, como lo hemos visto, el desencanto. Es lo que ocurre a Esteban; por eso que sea de él también este consejo cuerdo:

Cuidémonos de las palabras demasiado hermosas; de los Mundos Mejores creados por las palabras. Nuestra época sucumbe por un exceso de palabras. No hay más Tierra Prometida que la que el hombre puede encontrar en sí mismo. (p. 223).

Puestas una junto a otra, estas diversas conclusiones sobre la búsqueda del Mundo Mejor, de la Tierra Prometida, parecen contradecirse. ¿Es necesario que el hombre se vaya a la búsqueda del mito hasta si es imposible, o bien debe buscarlo prudentemente en sí mismo? El mensaje que el autor parece querer transmitir al hombre contiene cierta ambigüedad. Hemos visto de paso que en la obra no es el único de esa alquimia.

De todas formas, queda bien asentado que si el examen de este último tema ha tenido su punto de partida en el cuadro del mundo caribe, y en el siglo XVIII, ha alcanzado rápidamente, como los demás, la amplitud de un problema que se plantea a los hombres de todas las latitudes y de todos los tiempos.

Todo lo que acabamos de analizar y de poner de relieve ¿encaja o no en la sencilla definición que el autor daba de su novela, o sea la vida de un "ignorado personaje histórico" en "el ámbito del Caribe"?

Ya hemos visto que si estos elementos se encuentran indudablemente en la novela, no son los únicos que forman la trama de la obra, ni tampoco, creemos, los de más importancia. Más que la historia de un hombre en las Antillas el autor ha intentado hacer, como en el resto de su obra, la Historia del Hombre en la Tierra. Desde el marco estrecho del punto de partida la visión se eleva hasta las alturas de lo universal.

Además de una disertación sobre la Revolución Francesa y su influencia en las islas y costas del Caribe, aparecen amplias meditaciones sobre los problemas más generales de la vida y de la muerte, de la religión y de la felicidad; se debaten aquí los problemas esenciales de las relaciones del hombre consigo mismo y con sus semejantes, con el medio exterior, con el tiempo y con la historia, temas que constituyen los diversos ámbitos de la filosofía.

No negaremos que *El siglo de las luces* es una obra histórica en que aparece un panorama geográfico y social del mundo caribe; pero tampoco nos podrán negar que aquella obra es también, y quizás sobre todo, una novela de ideas, una novela filosófica.

REFLEXIONES EN TORNO A LA DEFINICIÓN DEL MODERNISMO

Por *Ivan A. SCHULMAN*

I

Planteamiento de un problema historiográfico

EN el diario madrileño *La Voz* correspondiente al 18 de marzo de 1935, Juan Ramón Jiménez publicó sus ideas críticas sobre el modernismo, las cuales resultaron heterodoxas y controvertibles en su época. Hoy en día estos conceptos conservan un tono polémico pese a las más recientes investigaciones literarias que le han dado la razón al poeta español.

El modernismo —afirmó hace treinta años— no fue solamente una tendencia literaria: el modernismo fue una tendencia general. Alcanzó a todo. Creo que el nombre vino de Alemania, donde se producía un movimiento reformador por los curas llamados modernistas. Y aquí, en España, la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Porque lo que se llama modernismo no es cosa de escuela ni de forma, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza.¹

¹ Citado por RICARDO GULLÓN en su ensayo introductorio "Juan Ramón Jiménez y el modernismo" al libro de Juan Ramón, *El modernismo; notas de un curso* (1953) (México: Aguilar, 1962), p. 17. La fecha temprana en que Juan Ramón Jiménez emitió estas ideas vicia la capacidad suasoria del argumento de GUILLERMO DÍAZ-PLAJA quien afirma que los conceptos del laureado Nobel tienen el propósito de rebatir las ideas expresadas en *Modernismo frente a noventa y ocho*, editado por primera vez en 1951. V. el artículo de DÍAZ-PLAJA, "El modernismo, cuestión disputada", *Hispania*, XLVIII (1965), pp. 407-412. Debemos señalar que un año antes—en 1934— FEDERICO DE ONÍS en su *Antología de la poesía española e hispano-americana* había expresado conceptos similares a los de Juan Ramón de *La Voz*.

Al comentar estos pensamientos, Ricardo Gullón lamenta que la crítica posterior no haya tenido en cuenta "la precisión juanramoniana" porque de haber aceptado su visión "... la disputa en cuanto a lo que fue el modernismo y quiénes los modernistas se habría zanjado pronto".² Tal afirmación, a nuestro entender, no va al fondo de la materia, pues no toma en cuenta la fuerza avasalladora de los pronunciamientos de Rubén Darío cuyas ideas alusivas al tema dejaron huella profunda en los críticos e historiadores de la época modernista, muchos de los cuales fueron seducidos por la tergiversada, trunca y ególatra perspectiva del genial nicaragüense. De la pluma de Rubén proceden afirmaciones autoenaltecedoras como la siguiente de 1905: "El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América..."³ La antecedió en nueve años otro comentario evocado en relación a *Azul*...: "Y he aquí como pensando en francés y escribiendo en castellano... publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano..."⁴

El prestigio y el brillo del arte de Darío, tanto en América como en España hicieron que sus opiniones en torno a los orígenes del modernismo resonaran y cobraran categoría de verídicos. Y, en consecuencia de la aceptación amplia lograda por los conceptos historiográficos de Darío, los críticos hoy llamados tradicionalistas empezaron a fijar los albores del modernismo en 1888 —año de la publicación de *Azul*... en su edición de Valparaíso. *A posteriori*, y por una dialéctica absurda, Rubén se convirtió en el iniciador y la figura prototípica y cumbre del modernismo.⁵ En menosprecio flagrante de la verdad histórica, los artistas coetáneos que integran lo que, con razón histórica, podría denominarse la primera generación modernista —Martí, Nájera, Silva, Casal— se convirtieron, en el concepto de los tradicionalistas, en los "precursores" del moder-

² *Op. cit.*, p. 18.

³ En el prólogo a *Cantos de vida y esperanza, Obras completas* (Madrid: Mundo Latino, 1917), VIII, 9.

⁴ "Los colores del estandarte" en *Escritos inéditos de Rubén Darío* (Nueva York: Instituto de las Españas, 1938), p. 121.

⁵ V. por ejemplo ARTURO TORRES RIOSECO, *Precursores del modernismo* (Madrid: Calpe, 1925), p. 15. En la p. 12 del libro nos enteramos de que "toda nuestra literatura contemporánea se ha podido producir gracias al genio de Rubén Darío", apreciación hiperbólica que el crítico suaviza con estas palabras: "Sin embargo, no debemos olvidar a los otros, a los verdaderos precursores de nuestro Modernismo. Para nuestra historia literaria Martí, Silva, Gutiérrez Nájera y Julián del Casal valen tanto como el autor de *Azul*". También puede verse la introducción de RAÚL SILVA CASTRO a su *Antología crítica del modernismo hispanoamericano* (Nueva York: Las Américas, 1963), p. 19 donde el crítico chileno alude a Darío como "el principal escritor del Modernismo hispanoamericano".

nismo. Es decir, como lo expresa Arturo Torres Ríoseco, los cuatro hicieron sentir las nuevas palpitaciones y abrieron el camino a Darío.⁶ Este camino no estaba abierto, por lo visto, hasta 1888; y por el mismo razonamiento, el sendero se bifurcó o se borró completamente, por arte de birlibirloque con la muerte de Darío (1916). Pues, como lo indica Raúl Silva Castro en su recién publicado ensayo sobre el modernismo,⁷ éste es "... un movimiento literario circunscrito en el tiempo, pues no parece fácil extenderlo más allá de 1888 ni más acá de 1916".⁸ Pero, una visión de la evolución del modernismo concebida de tal modo plantea contradicciones inmediatas respecto a su génesis, alguna de las cuales señalamos en otra ocasión:

Limitándonos a la poesía, es innegable que Darío no adquirió categoría de creador refinado y exquisito sino cuando comenzaron a circular los poemas que luego recogió en *Prosas profanas* (1896), aunque los primeros atisbos de esta capacidad artística se manifestaron ya, en los poemas añadidos a la segunda edición de *Azul...* (Guatemala, 1890).

No hay en *Prosas profanas* una sola poesía fechada antes de 1891, el año de la "Sinfonía en gris mayor", inspirada sin duda en el ejercicio cromático de Gautier, "Symphonie en blanc majeur". Para entonces Martí había escrito ya los tres volúmenes más importantes de su poesía, *Ismaelillo*, *Versos libres* y *Versos sencillos*, y la mayor parte de su estupenda prosa, a la que tanto debe la de Darío; Gutiérrez Nájera había dado a conocer lo más destacado de su obra en verso y en prosa; Casal había publicado *Hojas al viento*, y escrito casi todos los poemas de *Ni:ve*; y Silva llevaba ya varios años explorando la expresión musical en la poesía. En vista de esto, ¿cómo es posible conceder a Darío una absoluta primacía cronológica, con menosprecio de los poetas y prosistas que entre 1888 y 1891 ya habían llegado a expresiones maduras de la tendencia renovadora?⁹

No es nuestro deseo volver sobre lo andado, sino más bien insistir sobre la necesidad de adoptar un punto de vista crítico en conso-

⁶ *Op. cit.*, p. 15.

⁷ Debe notarse que lo que SILVA CASTRO escribe "para la audiencia que se presta a los *Cuadernos Americanos*" en "¿Es posible definir el modernismo?" CXLI, julio-agosto, 1965, pp. 172-179, ya había aparecido con muy ligeras diferencias en la introducción a su ya citada *Antología crítica del modernismo hispanoamericano*, secciones IV y VI, pp. 22-29 y 33-37 respectivamente.

⁸ "¿Es posible definir el modernismo?", p. 172.

⁹ "Los supuestos 'precursores' del modernismo hispanoamericano" *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XII (1958), pp. 63-64.

nancia con los resultados de las investigaciones sobre el arte modernista de los últimos tres lustros. El libro clásico de esta renovada perspectiva del Modernismo es el de Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1954; 2ª ed., 1962); indispensables son dos ensayos de Federico de Onís, "José Martí: Vida y obra, Valoración", *Revista Hispánica Moderna*, XVIII (1952), 145-150, y "Martí y el modernismo" en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos* (La Habana, 1953), 431-446; y, entre los volúmenes más recientes de mayor trascendencia figuran el de Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo* (Madrid: Gredos, 1963), la ya citada obra de Juan Ramón Jiménez, *El modernismo...*, y los ensayos de Manuel Pedro González, *Notas en torno al modernismo* (México: Universidad Nacional, 1958), *Indagaciones martianas* (Santa Clara: Universidad Central de las Villas, 1961). Sorprende que, a pesar de la revisión de las ideas estéticas y cronológicas en torno al modernismo, representada por los arriba citados libros y ensayos amén de otros, tengan vigencia ideas críticas anquilosadas ya y sin fundamento alguno en la estética y la estilística. Indagar, por lo tanto, como lo hace últimamente Raúl Silva Castro en su artículo, "¿Es posible definir el modernismo?" el tema del arte modernista con el fin de entronizar a Rubén como líder máximo de la literatura modernista, y reducir las creaciones multifacéticas de esta vasta época —un siglo en el concepto de Juan Ramón—¹⁰ a Darío y su arte preciosista y barroco de las *Prosas profanas*, es negar unos quince años de pesquisas que han encauzado los estudios críticos por el camino de la verdad histórica.

Para los que han intervenido en esta labor revalorativa, el modernismo no es una escuela —pues no tiene reglas ni cánones fijos—¹¹ sino una época regeneradora. Y, en esta era de "debasamiento" y "re-basamiento" (para sustantivar dos neologismos verbales de Martí) de la cultura universal, la renovación literaria de Hispanoamérica se manifiesta primero en la prosa de José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera quienes, entre 1875 y 1882, cultivaban distintas pero novadoras maneras expresivas: Nájera una prosa de patente filiación francesa, reveladora de la presencia del simbolismo, parnasismo, impresionismo y expresionismo, y, Martí, una prosa que incorporó estas mismas influencias dentro de estructuras de raíz hispánica. Por consiguiente, es en la prosa, tan injustamente arrinconada,

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 249-250.

¹¹ No porque no se manifiesta "en una sucesión temporal indefinida de fenómenos concordantes", como afirma RAÚL SILVA CASTRO en la introducción a su *Antología crítica del modernismo hispanoamericano*, p. 23.

donde primero se perfila la estética modernista, y son el cubano y el mexicano arriba nombrados los que prepararon el terreno en que se nutre y se madura posteriormente tanto la prosa como el verso del vate nicaragüense¹² y los demás artistas del modernismo.

LAS raíces de la historiografía del modernismo hispanoamericano —mal conocidas todavía hoy— arrojan luz sobre la auténtica definición del arte modernista, y, a la vez, indican hasta qué punto la figura monumental de Darío y sus hiperbólicas consideraciones críticas desorientaron a los que en pos de 1916 escribieron sobre el modernismo. Como ejemplo de la trascendencia de la crítica primigenia deseamos aducir primero el relevante comentario publicado en 1895 por el modernista panameño, Darío Herrera. Disintió éste de la opinión expresada por Clemente Palma, y, con perspicacia y claridad sentenció: "Para mí Darío y Casal han sido los propagadores del modernismo, pero no los iniciadores. Este título corresponde más propiamente a José Martí —olvidado por Palma en las citas que hace de los modernistas americanos— y a Manuel Gutiérrez Nájera. Ambos vinieron a la vida literaria mucho antes que Darío y Casal, y eran modernistas cuando todavía no había escrito Darío su *Azul* ni Casal su *Nieve*".¹³ El testimonio de José Enrique Rodó es igualmente valioso para constatar que muy temprano en la evolución del modernismo —en 1899— se entendió que el modernismo distaba mucho de ser una literatura insubstancial; al contrario, brotaba de hondas corrientes ideológicas y filosóficas, como bien lo hace notar el escritor uruguayo en su ensayo sobre Rubén Darío:

Yo tengo la seguridad de que, ahondando un poco más bajo nuestros *pensares*, nos reconoceríamos buenos camaradas de ideas. Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvir-

¹² Para estudiar la huella de Martí en Darío, v. MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, "I. Iniciación de Rubén Darío en el culto a Martí. II. Resonancias de la prosa martiana en la de Darío (1886-1900)" en *Memoria del Congreso de Escritores Marianos* (La Habana, 1953), pp. 503-569. Para una discusión general de estos problemas de la cronología modernista, v. nuestro estudio "José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: Iniciadores del modernismo, 1875-1877", *Revista Iberoamericana*, XXX (1964), pp. 9-50.

¹³ Publicado originalmente en la revista *Letras y ciencias* (Santo Domingo), N° 79, julio de 1895. Citamos de la reproducción en la *Revista Dominicana de Cultura*, 2 (1955), p. 255.

tuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior; *es en el arte una de las formas personales de nuestro anárquico idealismo contemporáneo...*¹⁴ (El subrayado es mío).

Esta visión del arte modernista rubeniano¹⁵ desmiente la trillada y superficial afirmación de que el modernismo refleja comúnmente el arte francés, siendo en el fondo una trivial manifestación traslaticia hispanoamericana de modas, formas y temas del París literario.¹⁶

Para rastrear el tenor de la crítica modernista anterior a 1916 una de las mejores fuentes es la encuesta sobre el modernismo dirigida por Enrique Gómez Carrillo en su efímera publicación parisense *El Nuevo Mercurio* (1907) que desapareció después de doce entregas.¹⁷ En las respuestas enviadas al director de la revista por los artistas y críticos coevales topamos con valoraciones y conceptos teóricos cuyos detalles constituyen una confirmación de la renovada perspectiva del modernismo a que hoy se ha llegado.

Hay en los comentarios publicados en el *Nuevo Mercurio* un mosaico noético, pero, la contemporaneidad de los puntos de vista expresados, revela al lector de hoy hasta qué punto debieron Darío y los que bajo su férula cayeron, trabucar el concepto del modernismo, convirtiéndolo en producto preciosista, en arte monolítico dariano de la variante de *Azul... y Prosas profanas*.

A la pregunta planteada por Gómez Carrillo: "¿Qué ideas tiene Ud. de lo que se llama modernismo?" hubo una variedad sin fin de respuestas. Pero, entre ellas no ocupaba lugar central la definición

¹⁴ *Obras completas* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1956), II, pp. 101-102.

¹⁵ Después de caracterizar la obra de Rubén, las "voces extrañas" le preguntan a Rodó: "¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, a fin de *bis:cerla enfermar* de selección, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así". [*Obras completas*, ed. cit., II, p. 63].

¹⁶ V. SILVA CASTRO, "¿Es posible definir el modernismo?": "Darío se inspiró directamente en algunos [autores franceses]; otros modernistas acogieron a los restantes, y en conjunto el modernismo es una transposición de temas literarios franceses a la lengua española, todo ello en una escala y con una profusión como jamás se habían dado antes". [p. 176].

¹⁷ Quisiéramos expresar nuestro agradecimiento al crítico uruguayo, Alfonso Llambías de Azevedo, quien llamó nuestra atención sobre la importancia histórica de esta revista, y a Boyd G. Carter quien nos ayudó a localizar algunos de los números.

de esta estética en términos de un arte afrancesado y alambicado. Aparecen opiniones de algunos de los muchos detractores del modernismo¹⁸ como Rafael López de Haro para quien el modernismo era una manifestación literaria efímera: "El modernismo aquí [en España] es una bella mariposa que vivirá dos días. Nació en el afán de distinguirse y morirá por extravagante. De tanto vestirse de colores, viste ya de payaso. Se empeña en buscar la quintaesencia de las cosas simples".¹⁹ En general, sin embargo, los pareceres son positivos y tienden a expresar una visión amplia en sus perfiles estéticos, sociales, filosóficos, o sea, se patentiza el concepto del modernismo que Federico de Onís, Juan Ramón Jiménez, Manuel Pedro González, Ricardo Gullón, y el que esto escribe, han defendido frente a la restringida concepción de los tradicionalistas.²⁰ "Para mí —atestiguó, por ejemplo, Carlos Arturo Torres— el modernismo existe como una orientación general de los espíritus, como una modalidad abstracta de la literatura contemporánea, como una tendencia intelectual. . . es, para valerme de una definición de Emile Fog, la totalidad de obras en que se formulan, viven y combaten las necesidades y aspiraciones de nuestro tiempo".²¹ Roberto Brenes Mesén sostuvo que el modernismo "es una expresión incomprensible como denominación de una escuela literaria. El modernismo en el arte es simplemente una manifestación de un estado de espíritu contemporáneo, de una tendencia universal, cuyos orígenes se hallan profundamente arraigados en la filosofía trascendental que va conmoviendo los fundamentos de la vasta fábrica social que llamamos el mundo moderno".²² La defensa de la raíz coeval del modernismo, refutación de la irrealidad de su escapismo o de su exotismo, se transparenta en las contestaciones de Guillermo Andreve ("es [el modernismo] la redención del alma moderna y del pensamiento moderno de las estrechas ligaduras escolásticas")²³ y de Eduardo Talero para quien el modernismo es

¹⁸ Sobre este tema, v. el reciente estudio de CARLOS LOZANO, "Parodia y sátira en el modernismo", *Cuadernos Americanos*, CXLI, N° 4 (1965), pp. 180-200.

¹⁹ N° 6, 672.

²⁰ O, de la crítica orientada hacia una filosofía marxista. V. por ejemplo, JUAN MARINELLO, *José Martí, escritor americano* (México: Grijalbo, 1958). Nótese que de todos los críticos que intervinieron en la encuesta de Gómez Carrillo, sólo dos —Francisco Contreras y Miguel A. Ródenas— defendieron la perspectiva que denominamos "tradicionalista", señalando a Darío como iniciador del modernismo (N° 6, 636 y 649 respectivamente).

²¹ N° 5, pp. 508-509.

²² N° 6, p. 663.

²³ N° 12, p. 1424.

... la tendencia que aspira a una literatura armónica con el ambiente, ideas, pasiones e ideales modernos; y que usando, según las circunstancias, tal o cual recurso del archivo literario, sin pedir venia a ningún maestro de escuela, pugna por restablecer la comunicación directa entre la sensibilidad y el mundo externo.²⁴

En esta misma encuesta Manuel Machado sostuvo que el modernismo era la anarquía, el individualismo absoluto.²⁵ En términos estéticos esta anarquía se traduce, para J. Suárez de Figueroa en "la libertad de expresión del pensamiento: es [el modernismo] hablar, es escribir en forma literaria lo que se siente; por eso el modernismo no tiene reglas, rompe los metros que para nada valen, sino para encerrar al poeta en un estrecho círculo".²⁶ Y, en lo social y lo filosófico, como bien lo percibió el ya citado modernista costarricense, Brenes Mesén, el modernismo reflejó corrientes epocales: "La renovación de la filosofía y de la ciencia durante las postreras décadas, así como la hirviente agitación social y política del siglo XIX han producido esa resplandeciente anarquía intelectual que abarca los más amplios horizontes".²⁷ Estas caracterizaciones son una corroboración de las palabras de Rodó en su ya citado ensayo sobre Darío (1899), es decir, de la relación entre el individualismo y la libertad de los artistas modernistas y el "anárquico idealismo poético".

El modernismo, entonces de acuerdo con los conceptos primigenios y la labor investigadora de los últimos años, es la forma literaria de un mundo en estado de transformación, metamorfosis universal que percibió Martí con clarividencia en 1882:

Esta es en todas partes época de reenquiciamiento y de remolde. El siglo pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja. Estorbando en su paso por las ruinas, que a cada instante, con vida galvánica amenazan y se animan, este siglo, que es de detalle y preparación, acumula los elementos durables de la vida nueva.²⁸

²⁴ N° 5, p. 512.

²⁵ N° 3, p. 337.

²⁶ N° 4, p. 403.

²⁷ N° 6, pp. 663-664.

²⁸ *Obras completas* (La Habana: Trópico, 1936-1953), XXVIII, p. 220.

II.

La naturaleza del modernismo

Los comentarios aparecidos en *El Nuevo Mercurio* evidencian una tendencia a establecer nexos entre el modernismo como expresión literaria y aspectos filosóficos, ideológicos y sociales de la época, esfuerzo que, a nuestro entender, es más que una manifestación de un positivismo tardío en que opera un principio determinante a la luz del cual se analiza toda una cultura. Estas son equiparaciones imprescindibles para la definición cabal de un fenómeno polifacético como el modernismo. Es más; su comprensión por parte de los artistas y críticos de antaño, y, su confirmación contemporánea inducen a poner en tela de juicio la descripción del arte modernista como exótico, como literatura escapista y creación elaborada por el esteta a espaldas de la realidad y con óptica parisiense. Es precisamente por la relación vital en el modernismo entre arte, existencia y cultura que rechazamos la dicotomía establecida por Raúl Silva Castro: "Los problemas americanos, grandes, pequeños o minúsculos, nada ganan con el concurso o con el entrometimiento de los hombres de arte... ¿Qué tienen qué decir allí los artistas? Nada..."²⁹ Si a veces la expresión artística en su contexto social o político es un balbuceo, o el producto nebuloso de una intuición genial, no por eso carecen tales observaciones de interés o significación. En la época modernista, como en otras de la historia literaria, el ambiente se revela en la obra del artista sin que éste se percate siempre de factores externos al proceso creador. "Nadie se libra de su época" sentenció Martí sagazmente.

El modernismo: época y esquema

PRECISAR la época modernista es el primer paso en la elucidación de las características, pues, en vista de sus relaciones ideológico-literarias asentadas en el apartado anterior, sus amplias fronteras temporales del modernismo sugieren una estética evolutiva, multi-facética y hasta contradictoria. Sus normas expresivas son indefinibles en términos de un solo hombre³⁰ porque se trata de un estilo epocal que reputamos ser, si no vigente, al menos, de una presencia influ-

²⁹ "¿Es posible definir el modernismo?", p. 178.

³⁰ Es decir, en los términos de SILVA CASTRO quien da las fechas darianas, 1888-1916, *ibid.*, p. 172.

yente. Debiera hablarse, en rigor, de un medio siglo modernista³¹ que abarcaría los años entre 1882 y 1932, y cuya literatura protéica dejó una herencia, patente todavía hoy, sobre todo en la prosa artística, como más adelante veremos.

En consecuencia, de sus amplios lindes temporales, es natural que haya cierta confusión en la fijación de las constantes de la estética modernista. Pasa con el modernismo lo mismo que con el Renacimiento, es decir, sus poliédricas creaciones artísticas resisten el estrecho molde esquemático.³² El que intente tal clasificación fracasará *ab initio*, pues lo que mejor define el arte modernista es su cualidad individual, su rebeldía frente a las hueras formas expresivas de los académicos de la época. Con razón, exclamó el Darío de las *Prosas profanas*: "Porque proclamando como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código, implicaría una contradicción".³³ El sincretismo, en fin, es la piedra de toque de la estética modernista, la cual nace como producto de la maduración de la cultura hispanoamericana. Después de tres siglos de modelos peninsulares durante los cuales abrevaron los artistas de América refritas y astigmáticas versiones de la literatura francesa, los modernistas se abrieron a las corrientes universales, conservando, a veces, lo tradicional, y rechazándolo otras, conforme a su vigencia. Distinguió magistralmente esta nota amalgámica Eduardo de la Barra, tan olvidado por Darío, en el prólogo de la primera edición de *Azul*... donde comenta la naturaleza del arte rubeniano: "Su originalidad incontestable está en que todo lo

³¹ V. RICARDO GULLÓN en su "Juan Ramón Jiménez y el modernismo", introducción a la ya citada obra de Juan Ramón, En la p. 17 GULLÓN fija las siguientes fechas aproximadas del medio siglo: 1890-1940.

³² Disentimos de la opinión de SILVA CASTRO quien afirma que "si así se consiguiera [reducir a una síntesis los rasgos constitutivos del modernismo], sería posible, también, hablar del Modernismo, en lo porvenir, con una certeza similar a la que se emplea, en la historia de las culturas para juzgar del Renacimiento..." [*op. cit.* p. 172]. Pero, es que, como observa WYLIE SYPHER,

... there are several different orders of style competing during the period included within "the renaissance", from the opening of the fourteenth to the closing of the seventeenth centuries. One might, indeed, say that styles in renaissance painting, sculpture and architecture run through a full scale of change in which we can identify at least four stages: a provisional formulation, a disintegration, and a final academic codification—a cycle roughly equivalent to a succession of art styles or forms known as "renaissance" ... mannerism, baroque, and late baroque.

[*Four Stages of Renaissance Style* (Nueva York: Doubleday, 1955), p. 6].

³³ "Palabras liminares" en *Obras completas, ed. cit.*, II, p. 8.

amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco...³⁴ Se trata en el caso de Darío, como en el de los demás modernistas, de una literatura de asombrosas divergencias y de marcada idiosincrasia. Por consiguiente, ¿cómo reducir el arte modernista a esquemas? ¿En qué consiste el común denominador estético de las siguientes expresiones, todas de autores incluidos en la citada antología crítica de Raúl Silva Castro?:

Darío

Yo soy en Dios lo que soy
y mi ser es voluntad
que, perseverando hoy,
existe en la eternidad.

Cuatro horizontes de abismo
tiene mi razonamiento,
y el abismo que más siento
es el que siento en mí mismo.

.....
¡Señor, que la fe se muere!
Señor, mira mi dolor.
Miserere! Miserere!...
Dame la mano, Señor...

[“Sum...” (*El casto errante*)]

* * *

Presidía nuestra Aspasía, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviendo del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.³⁵

* * *

³⁴ Valparaíso: Imprenta y Litografía Excelsior, 1888, p. VIII. El comentario de PEDRO SALINAS, respecto al mismo tema, es igualmente pertinente: "...Rubén Darío procede en su elaboración de la poesía nueva con una *mente sintética*. Rubén Darío se acerca a todas las formas de la lírica europea del siglo XIX, desde el romanticismo al decadentismo. Y encontrando en cada una un encanto o una gracia las acepta, sin ponerlas en tela de juicio, y las va echando en el *acomodaticio crisol del modernismo*". [*Literatura española del siglo XX* (México: Robredo, 1949), p. 15. Lo subrayado es mío].

³⁵ *Azul...*, ed. cit., p. 11.

Martí

Así, celebrando el músculo y el arrojo; invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanas se extienden y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la Primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, "desembarazado, triunfante, muerto!"³⁶

* * *

Figuraos un vestíbulo amplio y bien dispuesto, con pavimento de exquisitos mármoles, y en cuyo centro derramaba perlas cristalinas, un grifo colocado en una fuentecilla de alabastro. . .

Nájera

Convenido conmigo en que este *parterre* lindísimo es el summum de la belleza y la elengancia. . . El floripondio de alabastro y el nenúfar de flexible tallo crecen al lado de la camelia aristocrática y del plebeyo nardo.³⁷

* * *

Lugones

Corazón que bien se da,
tiene que darse callado,
sin que el mismo objeto amado
llegue a saberlo quizá.

Que ni un suspiro indiscreto
nuestros firmes labios abra.

³⁶ *Obras completas, ed. cit.*, XV, pp. 208-209.

³⁷ *Cuentos completos y otras narraciones* (México: Fondo de Cultura Económica, 1958), p. 12.

Que la más dulce palabra
muera en dichoso secreto.

Todo calla alrededor.
Y la noche, sobre el mundo,
se embellece en el profundo
misterio de nuestro amor.

[“Lied del secreto dichoso”
(*Romancero*)]

* * *

González
Martínez

Mañana de viento,
de frío, de lluvia
en el mar.
Ansias y memorias
se enredan, se embrollan, y de la madeja
el alma recoge y anuda los hilos
al azar.

Mañana de viento,
de frío, de lluvia
en el mar.
¡Cabos sueltos de cosas que fueron,
hebras rotas de lo que vendrá!

Yo con un recuerdo até una esperanza,
y ligué mi vida con la eternidad...

[“Hilos” (*Poemas truncos*)]

Estos trozos escogidos al azar revelan una disparidad estética que va del afrancesamiento hasta el tradicionalismo hispánico. Pero, entre todos estos trozos hay una nota común —la exploración de nuevos senderos expresivos, la búsqueda de renovadas formas estilísticas frente al academismo de ribetes neoclásicos que imperaba antes de la revolución modernista. ¿Cómo entonces hablar de una estructura monolítica al elucidar el arte modernista? Habría que decir con Rubén que cada uno de estos artistas es grande y noble en sí y que, todos, en su común afán por innovar y ampliar las dimensiones expresivas del lenguaje literario decimonónico, van

por su propio camino. No hay una definición capaz de precisar todos sus atributos estilísticos e ideológicos, precisamente porque el modernismo es el estilo de una época. "*Style is not an absolute, and here we shall assume that a style seldom has total control over any poem, painting, sculpture, or building whatever. A style emerges only from the restless activity of many temperaments. A critic of the arts must invoke Proteus, not Procrustes*".³⁸

Además de las divergencias estéticas en la obra de los modernistas, se da el curioso hecho de reacciones y tensiones internas entre los que intervinieron en la formación de la estética del modernismo. No obstante el peligro de regirse por los pronunciamientos y observaciones críticas y teóricas de los que moldearon esta literatura novadora,³⁹ la naturaleza heterogénea de los conceptos que a continuación presentamos prueba, en nuestro sentir, la futilidad de tratar de reducir a un esquema la expresión literaria de toda una época.

Encontramos, por ejemplo, declaraciones en oposición al parnasismo, el cual, junto con el impresionismo, el expresionismo y el simbolismo, forma la base de las influencias extranjeras del modernismo. Entre los escritos dispersos de Martí, leemos estas observaciones alusivas al arte marmóreo y frío de los poetas parnasianos:

Parnasianos llaman en Francia a esos trabajadores del verso a quienes la idea viene como arrastrada por la rima, y que extiende el verso en el papel como medida que ha de ser llenada, y en esta hendidja, porque caiga majestuosamente, se encaja un vocablo pesado y luengo; y en aquella otra, porque parezca alado, le acomodan un esdrújulo ligero y arrogante... Ni ha de ponerse el bardo a poner en montón frases melodiosas, huecas de sentido, que son como esas abominables mujeres bellas vacías de ella [sic].⁴⁰

* * *

³⁸ SYPHER, *op. cit.*, p. 7.

³⁹ Ya hemos visto cómo las afirmaciones de Rubén despistaron a los críticos. Sin embargo, LUIS MONGUIÓ, en su estudio "Sobre la caracterización del modernismo" recomienda la formulación de una definición del modernismo a base de dos elementos: "1º, el punto de vista de la crítica, es decir, la caracterización del movimiento o escuela modernista por los críticos que de ella se han ocupado; y 2º, el punto de vista de los artistas de la escuela misma, es decir, la definición o definiciones dadas por los propios artistas, por los creadores del movimiento modernista, de lo que ellos entendían por su obra de arte". [*Revista Iberoamericana*, VII (1943), p. 69].

⁴⁰ *Obras completas, ed. cit.*, XLVII, pp. 33-34.

Otro amaneramiento hay en el estilo, —que consiste en fingir, contra lo que enseña la naturaleza, una frialdad marmórea que suele dar hermosura de mármol a lo que se escribe, pero le quita lo que el estilo debe tener, el salto del arroyo, el color de las hojas, la majestad de la palma, la lava del volcán.⁴¹

Pese a estas y otras similares advertencias, Martí, quien se inclinó siempre hacia una expresión apasionada, fue seducido por los valores estéticos del arte parnasiano, y, en su estilo abundan ejemplos reveladores de la ascendencia de las creaciones plásticas de los parnasistas.

Contra el preciosismo rubeniano hay numerosas quejas; unas, como la siguiente de Blanco Fombona, van dirigidas directamente al bardo nicaragüense:

Nacido en algunos poemas de *Prosas profanas*, la obra que dio más crédito a Darío, y que mayor influencia ejerció, primero en América y más tarde en España, el rubendarismo consiste en la más alquitarada gracia verbal, en un burbujeo de espumas líricas, en un frívolo sonreír de labios pintados, en una superficialidad cínica y luminosa, con algo exótico, preciosista, afectado, insincero.⁴²

Otras están dirigidas a los imitadores de Rubén (con burla de la retórica ruberiana) como el siguiente vapuleo en verso de José Asunción Silva intitulado "Sinfonía color de fresa con leche" con el epígrafe-dedicatoria "(A los colibríes decadentes)":

¡Rítmica Reina lírica! Con venusinos
cantos de sol y rosa, de mirra y laca,
y polícromos cromos de tonos mil,
oye los constelados versos mirrinos,
escúchame esta historia rubendariaca
de la Princesa Verde y el paje Abril,
rubio y sutil.

En esta primera estrofa del poema, Silva se burla de las modalidades expresivas de los segundones darianos; con el poeta santafereño convendría Rubén, quien, citando a Wagner, declara en las "Palabras liminares" de *Prosas profanas*: "Wagner a Augusta

⁴¹ *Ibid.*, LXXIII, p. 30.

⁴² *El modernismo y los poetas modernistas* (Madrid: Mundo Latino, 1929), p. 32.

Holmes, su discípula, dijo un día: 'lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí'. Gran decir".⁴³

Imprescindible en cualquier registro de conceptos críticos y negativos del modernismo, en especial, de la variante rubendariaca, es la defensa de González Martínez de la vida profunda y de la expresión sencilla, sin retórica:

Tuércle el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje
.....

["Tuércle el cuello al cisne..."
(*Los senderos ocultos*)]

La disimilitud de perspectiva que se patentiza en los arriba citados trozos, son, a nuestro modo de ver, una comprobación más de que el modernismo no es Rubén, pues los que tal posición defienden equiparan el arte modernista con *Azul... y Prosas profanas*.⁴⁴ Además, si se reduce el modernismo a la estética de estos dos tomos, rechazamos necesariamente una porción relevante de la obra madura de Darío, gran parte o la totalidad de la de otros escritores, y se desdora el modernismo, al rebajarlo a la categoría de una literatura amanerada, preciosista y extranjerizante de limitadas producciones. Defender tal concepto truncado, implica negar la idea imprescindible, respecto al modernismo, de evolución y de diferenciación —de la libertad creadora, en fin— no sólo tocante a la época modernista, sino en relación al estro del artista individual, cuya obra, en algunos casos, evidencia una sucesión de etapas distintas (por ejemplo, la de Darío y Lugones) que reflejan su esfuerzo por exteriorizar disímiles elementos emotivos y noéticos.

Estética, ideología y época

SIN querer perseguir una lógica circular, la discusión del apartado anterior, nos lleva al planteamiento más detenido de la cues-

⁴³ *Obras completas, ed. cit.*, II, p. 8. En 1894, dirigiéndose a Clarín en su artículo "Pro domo mea" exclama: "...Yo no soy jefe de escuela ni aconsejo a los jóvenes que me imiten; y el 'ejército de Jerges' puede estar descuidado, que no he de ir a hacer prédicas de decadentismo ni a aplaudir extravagancias y dislocaciones literarias". [*Escritos inéditos* (Nueva York: Instituto de las Españas, 1938), p. 51].

⁴⁴ V. RAÚL SILVA CASTRO, "¿Es posible definir el modernismo?" quien de Darío se limita a citar de estos dos volúmenes y de "Carta del país azul".

tión epocal, ya esbozada en sus aspectos cronológicos. Nos proponemos ahora enfocar la estética modernista en términos de sus abundantes corrientes ideológicas⁴⁵ y filosóficas contribuyentes todas a la creación de un ambiente en que llegó a su madurez una expresión híbrida, a veces indígena, sin ser siempre auténtica, y otras foráneas sin carecer necesariamente de autenticidad.

Manuel Pedro González ha indicado cómo el crecer de un espíritu libre de investigación fomentado por el positivismo americano es instrumental en la búsqueda de formas literarias renovadas que superan las manoseadas y anticuadas maneras expresivas de la época.⁴⁶ De igual trascendencia ideológica, sobre todo, en la creación de una insistencia sobre el punto de vista idealista, es el "neoespiritualismo" señalado por Gullón.⁴⁷ El espiritualismo, se apoderó de los modernistas como reacción al cientificismo del momento, conflicto filosófico que caracteriza y hasta motiva el debate que sostuvo Martí (defensor del espiritualismo, pero influido, de todos modos, por el positivismo) en el Liceo Hidalgo en el México de 1875.

Que exista esta nota contradictoria en la génesis del modernismo no debe sorprendernos, pues se trata de una era de transformaciones radicales, las cuales siembran las semillas de una visión antagonica, de valores heterodoxos en la religión donde se supone que el modernismo primero se manifestó,⁴⁸ al igual que en todas las ramas de la conducta y el saber humanos. El complejo y tras-

⁴⁵ CARLOS REAL DE AZÚA caracteriza de la manera siguiente el ambiente espiritual e intelectual de fines del siglo XIX y principios del XX:

En una provisoria aproximación, podría ordenarse escenográficamente el medio intelectual novecentista hispanoamericano. Colocaríamos, como telón, al fondo, lo romántico, lo tradicional y lo burgués. El positivismo, en todas sus modalidades, dispondríase en un plano intermedio, muy visible sobre el anterior pero sin dibujar y recortar sus contornos con una última nitidez. Y más adelante, una primera línea de influencias renovadoras, de corrientes, de nombres, sobresaliendo los de Nietzsche, Le Bon, Kropotkin, France, Tolstoy, Stimer, Schopenhauer, Ferri, Renan, Guyau, Fouillée...

["Ambiente espiritual del novecientos", *Número*, 2 (6-7-8), p. 15].

⁴⁶ V. por ejemplo, "Conciencia y voluntad de estilo en Martí, (1875-1880)" en el *Libro jubilar de Emeterio S. Santovenia en su cincuentenario de escritor* (La Habana, 1957), pp. 191-192.

⁴⁷ *Direcciones del modernismo*, pp. 46-48.

⁴⁸ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ considera el modernismo, en sus orígenes, un movimiento heterodoxo que luego contagió otras esferas de la vida social y artística. V. pp. 222-223 de su ya citado libro *El modernismo; notas de un curso* (1953).

centente proceso evolutivo incluye, como se ha observado "la industrialización, el positivismo filosófico, la politización creciente de la vida, el anarquismo ideológico y práctico, el marxismo incipiente, el militarismo, la lucha de clases, la ciencia experimental, el auge del capitalismo y la burguesía, neoidealismo y utopías...".⁴⁹

El artista modernista refleja en su obra estas fuerzas polares. De allí, por ejemplo, las estructuras antitéticas que tan relevante función tienen en la literatura modernista. Recuérdese, en lo moral, la aseveración martiana: "Y la pelea del mundo viene a ser la de la dualidad hindú: bien contra mal",⁵⁰ o la formulación arquetípica de esta dicotomía "alas-raíz" que tanto intriga al maestro cubano. Su triste y malogrado coterráneo, Julián del Casal, se servirá de semejante polarización en estos versos de "¡O Altitud!": "Joven, desde el azul de tu idealismo, / viste al cieno bajar tus ilusiones". Y, Darío, acosado por análogas contradicciones y frustraciones, tanto en lo social, como en lo personal, hablará con melancolía de una dualidad que más que étnica era cultural: "¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués...".⁵¹ La tensión y la distensión de estos factores culturales en conflicto, produjo una estética "acrática", al decir de Rubén, una literatura multifacética, elucidable sólo en términos estético-noéticos.

Por lo tanto, el empeño de algunos críticos como Raúl Silva Castro de poner en sordina o silenciar toda una escala de notas ideológicas⁵² cuya omisión achica y desvirtúa la literatura modernista, difícilmente se justifica; tal esfuerzo limita el antemodernista a una expresión que "...procuró, con especial relieve, alcanzar la gracia de la forma, en un período en el cual la poesía no había decidido aún renunciar a ser un arte del bien decir... en consecuencia, se produjo entre los escritores americanos de lengua española una especie de rumorosa emulación para obtener del manejo del idioma los más elevados logros".⁵³

Pero, entre los mayores logros del modernismo contamos, a más de los originales hallazgos expresivos en prosa y en verso, una profunda preocupación metafísica de carácter agónico que responde a la confusión ideológica y la soledad espiritual de la época. Estos elementos —la confusión y la soledad— tienen una vitalidad y relevancia contemporáneas. En la literatura de duda y de angustia

⁴⁹ RICARDO GULLÓN, *Direcciones del modernismo*, p. 69.

⁵⁰ *Obras completas, ed. cit.*, X, p. 143.

⁵¹ *Obras completas, ed. cit.*, II, p. 9.

⁵² "¿Es posible definir el modernismo?" p. 178.

⁵³ *Ibid.*, p. 178.

que hoy se estila, se patentiza, en lo noético, una justificación del concepto epocal del modernismo, pues, el agonismo de ayer se cuela y se presenta en la literatura hispanoamericana posterior al florecimiento del modernismo. Vemos, otra vez, cómo hay en esta literatura una sucesión de etapas evolutivas cuya dinámica se remonta al desquiciamiento efectuado, en gran parte, por las ideas positivistas, desequilibrio decimonónico que se proyecta sobre nuestra cultura de hoy —aunque por otras razones— y el cual capta y define el pensamiento existencialista. Junto con el desmoronamiento de los valores aceptados como tradicionales, surge en la América positivista el desgarramiento espiritual e intelectual, que, al mismo tiempo que libera la mente de trabas y normas, crea un vacío, un abismo aterrador que las angustiadas expresiones de la literatura modernista reflejan:

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
.....
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

[Rubén Darío, "Lo fatal",
(*Los cisnes y otros poemas*)]

* * *

¿Qué somos? ¿A dó vamos? ¿Por qué hasta aquí vivimos?
¿Conocen los secretos del más allá los muertos?
¿Por qué la vida inútil y triste recibimos?
.....
La tierra, como siempre, displicente y callada,
al gran poeta lírico no le contestó nada.

[José Asunción Silva,
"La respuesta de la tierra"]

* * *

¡Oh Destino! La lluvia humedece
en verano la tierra tostada;
en las rocas abruptas retozan,
su frescor esparciendo las aguas;
pero el hombre de sed agoniza,

y sollozan las huérfanas almas:
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

[Manuel Gutiérrez Nájera,
 "Las almas huérfanas"]

* * *

Aun en Martí, cuya dedicación revolucionaria dio sentido y dirección a su vida, se dan momentos de desesperación los que si bien nacen del desencanto del Homagno frente a la estrechez del carácter humano, también expresan la vana tentativa del hombre de profundizar el secreto de la naturaleza:

Las ciencias aumentan la capacidad de juzgar que posee el hombre, y le nutren de datos seguros; pero a la postre el problema nunca estará resuelto; sucederá sólo que estará mejor planteado el problema. El hombre no puede ser Dios, puesto que es hombre. Hay que reconocer lo inexcrutable del misterio, y obrar bien, puesto que eso produce positivo gozo, y deja al hombre como purificado y crecido.⁵⁴

La misión del redentor se manifiesta en la recomendación moral de la última sentencia. Pero, en vista de que, en la mayoría de los modernistas, el vacío creado por la crisis de la época, el desgaste de tradicionales contextos filosóficos y religiosos,⁵⁵ sin que pudiera reemplazarlos la ideología cientificista de la era, ni el espíritu burgués campante (recuérdense los cuentos de Darío, "El rei burgués; cuento alegre" y "La canción del oro"), todo esto dio origen a un estado de inseguridad y de insuficiencia que Rodó concretizó en las líneas siguientes:

...en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el

⁵⁴ *Sección constante* (Caracas: Imprenta Nacional, 1955), p. 401.

⁵⁵ V. CARLOS REAL DE AZÚA, *op. cit.*, p. 24:

Corrían en materia de exegética y filosofía o historia religiosa, las obras de Renan, Harnack, Strauss, el libelo de Jorge Brandes, los tratados y manuales de Salomón Reinach y Max Müller. Se reeditaban los libros de intención antirreligiosa, de Volney, de Voltaire, de Holbach, de Diderot, el catecismo del cristianismo democrático y romántico de Lammenais, *Paroles d'un croyant*...

bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre...⁵⁶

Era natural, por consiguiente, que el artista de la época, sensible a las corrientes filosóficas e ideológicas, y perplejo ante sus enigmas, produjera una literatura escéptica, la cual, por cierto, no es la primera ni siempre la más original del género. El modernismo, como afirma Raúl Silva Castro, no engendró "... un gran número de pensadores",⁵⁷ de pensadores sistemáticos, pero, las expresiones angustiadas de Martí, Nájera, Silva, Casal, Nervo, González Martínez y Rodó, amén de otros, tampoco deben pasarse por alto, pues sus buceos y preguntas definen el modernismo y anticipan el ansia contemporánea. Rodó, por ejemplo, escrutando el ambiente en que le tocó vivir, dio expresión a la duda modernista de tal modo que sus palabras sugieren los patrones ideológicos del momento actual: "la duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia..."⁵⁸ El deseo frenético de afirmar una fe se convierte en congoja, como dice Darío en *Historia de mis libros*:

Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo... Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que "el busto sobrevive a la ciudad", no es menos cierto que lo infinito del tiempo y del espacio, el busto, como la ciudad, y, ¡ay!, ¡el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad!⁵⁹

Fue aquella, en fin, una era de revaloración, y, el artista, no se sentía a gusto en el ambiente burgués que le circundaba. De ahí, la presencia y la justificación —en términos de una realidad vital— de lo que se ha tildado con cierta inexactitud la 'evasión modernista'.

⁵⁶ *Obras completas* (Buenos Aires: Zamora, 1956), p. 115. Sin embargo es un período de tendencias ideológicas antagónicas: optimismo en la eficacia de la ciencia para los que tenían fe en el positivismo, y, pesimismo para los que no confiaban en la ciencia y sufrían la angustia de perder las tradiciones antiguas sin encontrar otras que las reemplazaran.

⁵⁷ *Op. cit.*, p. 178.

⁵⁸ *Ed. cit.*, p. 117.

⁵⁹ *Obras completas, ed. cit.*, XVII, pp. 214-215.

EL mundo poblado de cisnes, pavos reales, sátiros, ninfas; el decorado de diamantes, rubíes, jaspe; los trabajos de orfebrería, de ebanistería y cristalería que decoran las páginas de prosistas y poetas del modernismo; los ambientes regios, exóticos, aristocráticos; las trasposiciones pictóricas, son elementos típicos de sólo un aspecto del arte modernista.

Para los modernistas, el venero exótico representaba una manera de concretizar los anhelos estéticos e ideales, vedados por la realidad cotidiana. En ésta faltaban los objetos bellos y nobles de la vida, los cuales el artista necesitaba crear o nombrar, no porque deseara en el fondo evadirse de la realidad, sino porque la realidad soñada era la única valedera en términos de una concepción empírea de la existencia. Por lo tanto, su ideal, quimérico para el no iniciado, para el modernista asumía visos de una realidad palpable, y, paradójicamente, carente de irrealidad. Su mundo visionario era una especie de velo de la reina Mab, el que hacía llevadera la ida rutinaria y las opiniones despreciativas de los que no comprendían el arte. La "evasión" modernista, entonces, como sagazmente observa Gullón, afirmó los valores eternos de nuestra cultura con "palabras imperecederas".⁶⁰ Imposible poner en tela de juicio la sinceridad del escapismo de un Darío: "En verdad, vivo de poesía. Mi ilusión tuvo una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte".⁶¹ Examinado con detenimiento, lo que tradicionalmente se ha caracterizado como evasiónismo, entraña mucho realismo como puede verse por ejemplo en "El rei burgués", "El velo de la reina Mab" o "La canción del oro", un realismo que corta más hondo —pues revela la mezquindad humana, la misma de las "Gotas amargas" de Silva— que el menos poético e idealizado de "El fardo". Conviene, además, reflexionar sobre el sentido del realismo hispanoamericano, en especial, la cuestión de su veracidad, de su capacidad para reflejar objetivamente la realidad externa. Ilustran el problema, dos novelas escritas en el período del auge modernista, del mexicano José López Portillo y Rojas. La primera, de 1898, *La parcela*, encarna el punto de vista del porfiriato, al presentar un cuadro utópico e idealizado de la realidad campesina; la segunda, de 1919, *Fuertes y débiles*, corrige la perspectiva errada de la primera a la luz de

⁶⁰ *Direcciones del modernismo*, pp. 42-43.

⁶¹ En "Los colores del estandarte", *Poesías y prosas raras* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1938), p. 68.

la Revolución, liberado el novelista de su compromiso con la dictadura. Por lo tanto, cabe preguntarnos si lo que solemos llamar realismo es siempre tan "real" y verídico, pues grandes irrealidades pueden presentarse con técnica objetiva. De ahí que urja considerar si lo que calificamos de evasiónismo en el caso del modernismo son construcciones artísticas de contornos escapistas, o más bien retratos de la *única realidad* del artista, asediado por angustias y rechazado por los 'reyes burgueses'. Nos parece la obra del artista modernista tan auténtica y tan realista como la del novelista porfiriano, quien reflejaba su aceptación tácita de un régimen dictatorial —y, por ende, una visión deformada del cuadro social— en consecuencia de su compromiso político y de clase.

El anverso del medallón —lo que suele señalarse como "mundo novismo"— es, a veces, una preocupación mitológica americana ("Caupolicán", "Motobombo") que revela al modernista —igual que al hombre de nuestra época— buscando raíces fuera del ámbito de la realidad circundante, y, por lo tanto, en postura escapista y exótica, a pesar del indigenismo de su interés.

El fidedigno elemento contrapuntal en esta discusión de realidad y evasión no es el indigenismo, sino más bien la preocupación por los males y defectos políticos y sociales; es, por ejemplo, el americanismo tan patente de Martí quien, además, se percató con su acostumbrada videncia de la rémora principal para la plasmación de una expresión americana en la época modernista:

No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura Hispano Americana, hasta que no haya —Hispano América. Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género.⁶²

El modernismo: arte sincrético

Si el modernismo ha de definirse cronológicamente en términos de una época extensa, o de medio siglo de sucesivas etapas, entonces, la naturaleza estética y noética de las expresiones modernistas debe ser eminentemente sincrética. Téngase en cuenta que los años entre 1875 y 1925 (ó 1882-1932) son de enorme fecundidad de "ebullición", como dijo Martí en el arriba citado texto, máxime en comparación con los tres siglos de *tempo lento* de la colonia.

⁶² *Obras completas, ed. cit., LXII, p. 98.*

El holocausto de la Independencia, y la liberación consiguiente de la tutela española, plantearon cuestiones de identificación y de definición culturales (v. al respecto las ideas de Sarmiento, Alberdi, Lastarria), en particular, frente a Europa y los Estados Unidos. La independencia política obtenida en 1824, no se consigue en lo literario hasta la renovación modernista, o sea, cinco décadas más tarde. Pero, curiosamente, acompaña esta restauración, una inclinación, entre algunos de los modernistas, a desplazar lo español y entronizar lo francés:

Hoy toda publicación artística, así como toda publicación vulgarizadora de conocimientos, tiene de [sic] hacer en Francia su principal acopio de provisiones, porque en Francia, hoy por hoy, el arte vive más intensa vida que en ningún otro pueblo...⁶³

* * *

Mi adoración por Francia fue desde mis primeros pasos espirituales honda e inmensa. Mi sueño era escribir en lengua francesa.⁶⁴

Pero, hubo defensores de la tradición clásica española, y, tanto Darío como Nájera, sí rechazaron las hueras expresiones poéticas de la España de aquellas calendas (Nájera, por ejemplo, ciñéndose a la idea de Clarín, hablará de dos poetas, pocos medios poetas, y muchos centavos de poetas en España),⁶⁵ en su obra madura, incorporarán los mejores elementos de la literatura peninsular del Siglo de Oro. Estos, ya desde 1875, los había introducido José Martí en su prosa rítmica, plástica y musical, tan hispánica, pero, a la vez, tan reveladora de las huellas del parnasismo, del simbolismo del impresionismo y del expresionismo franceses. De Martí fue la insistencia sobre lo americano, al mismo tiempo que recomendaba la incorporación de lo foráneo en moldes personales. Abogó por la asimilación de las literaturas extranjeras en construcciones hispánicas: "El uso de una palabra extranjera entre las palabras castellanas me hace el mismo efecto que me haría un sombrero de qua sobre el Apolo de Belvedere".⁶⁶

Teniendo en cuenta estas ideas, no sería ocioso recalcar, a modo de resumen, que el modernismo, desde el momento de su

⁶³ MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, *Obras I* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959), p. 101.

⁶⁴ RUBÉN DARÍO, *Escritos inéditos*, p. 121.

⁶⁵ *Obras I*, p. 102n.

⁶⁶ *Obras completas, ed. cit.*, LXIV, p. 177.

aparición en la prosa (1875-1880), se bifurcó en dos modalidades expresivas. Una era de oriundez hispánica —sobre todo de los maestros del Siglo de Oro—, plástica, musical y cromática (Martí), y, la otra, igualmente artística y reflejadora del parnasismo, simbolismo, expresionismo e impresionismo, se ajustaba a las formas francesas contemporáneas: temas frívolos parisienses, y el vocabulario, los giros, la puntuación, y las construcciones sintácticas francesas (Nájera).

Otra perspectiva del modernismo —la temática— revela que hay en él tres corrientes: una extranjerizante, otra americana, y, la tercera hispánica. En la obra de Darío, por ejemplo, al lado de "Bouquet", "Garconnière", "Dream", "Tant mieux", "Toast" encontramos "Caupolicán" y "Canto a la Argentina". Y, asimismo una preocupación por y dedicación a lo hispánico: "Un soneto a Cervantes", "Cyrano en España", "A Maestre Gonzalo de Berceo", "Letanía de Nuestro Señor Don Quijote". En la temática, como en lo lingüístico y lo estilístico, lo hispánico se impuso como norma expresiva, sin que por eso desaparecieran los elementos extranjeros que tanto contribuyeron a la renovación modernista en sus etapas primigenias.

Las contradicciones y los antagonismos, el flujo y reflujo de los componentes del arte modernista, se manifiestan en numerosas antítesis que el artista esperaba armonizar. La síntesis se efectúa no sólo dentro de lo literario ("¿La prosa en verso es un defecto? Creo que no si el asunto es por esencia poético")⁶⁷ sino a través de la incorporación en la expresión literaria de procedimientos y técnicas que generalmente pertenecen a otras artes: pintura, escultura, música. El escritor ha de pintar como el pintor, sentenció Martí.⁶⁸ Y, Nájera, como Martí, siguiendo la tradición becqueriana, ambicionó "... presentar un estudio de claroscuro, hacer con palabras un mal lienzo de la escuela de Rembrandt, oponerle luz a la sombra, el negro intenso al blanco deslumbrante"⁶⁹. Casi todos los modernistas, en su afán por ensanchar la expresividad del

⁶⁷ MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, *Obras I*, p. 94.

⁶⁸ *Obras completas, ed. cit.*, XX, p. 32.

⁶⁹ *Obras I*, p. 317. V. también de NÁJERA estas palabras reveladoras de una mezcla de procedimientos artísticos, formulada con recursos sinestésicos: "Otros, 'sienten un color' y lo reflejan en las almas... Leconte de Lisle siente una línea y la burila en el cerebro de los que saben leerle". [*Ibid.*, p. 95]. Y, sobre los efectos musicales en la literatura: "Entonces la r se retuerce, retumba el período, relampaguea la frase descarada, raya la pluma el papel en que escribimos... [*ibid.*, p. 96]. Y, MARTÍ: "Los versos han de ser como la porcelana: sonora y transparente". [*Sección constante*, p. 283].

español literario, asimilaron elementos descomunales que enriquecieron la lengua: el color, la plasticidad, ritmos desusados, esculturas en prosa y verso, transposiciones pictóricas, estructuras impresionistas y expresionistas. Sirviéndose de estos novedosos recursos, los modernistas crearon el multifacético arte en prosa y verso que tildamos epocal y sincrético.⁷⁰

III.

*El modernismo: ¿movimiento concluso?*⁷¹

EL medio siglo modernista, anteriormente discutido, coincide exactamente con la organización cronológica que Federico de Onís dio a su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*,⁷² o sea, "Transición del Romanticismo al Modernismo (1882-1896)" hasta "Ultramodernismo (1914-1932)". Onís, en su introducción advirtió al lector que en el caso del último período (1914-1932) se trataba de una expresión poética que "...tiene su origen en el modernismo y el posmodernismo cuyos principios trata de llevar a sus últimas consecuencias, [y] acaba en una serie de audaces y originales intentos de creación de una poesía totalmente nueva".⁷³ Según esta exégesis, puede afirmarse que a pesar de sus diferencias individuales, los poetas que escriben en pos del período que el antologista llama "Triunfo del Modernismo (1896-1905)", todos, o casi todos, producen su obra en relación al arte modernista, ya sea a modo de continuación, reacción o "última consecuencia" del modernismo. ¿Es justo, entonces, reducir el modernismo a las fechas darianas, 1888-1916,⁷⁴ o conviene, más bien, ampliar la óptica y estudiar el modernismo en sus distintas etapas, sin dejar fuera de la perspectiva sus supervivencias contemporáneas? En efecto,

⁷⁰ Las relaciones entre el modernismo literario y las otras artes quedan todavía por estudiar. V., por ejemplo, las páginas 43-48 de mi ensayo "José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera: Iniciadores del Modernismo, 1875-1877" y el recién publicado estudio de ESPERANZA FIGUEROA, "El cisne modernista", *Cuadernos Americanos*, CXLII (1965), pp. 253-268. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ en su libro sobre el modernismo, alude con frecuencia a la plástica cuya influencia en y relación con el modernismo literario debiera estudiarse desde "l'école pittoresque" hasta el arte "nouveau" y nabi.

⁷¹ La caracterización no es nuestra, sino de RAÚL SILVA CASTRO, *op. cit.*, p. 172.

⁷² Usamos la reimpresión de 1961 (Nueva York: Las Américas).

⁷³ *Ibid.*, p. XIX.

⁷⁴ RAÚL SILVA CASTRO, *op. cit.*, p. 172.

nos toca analizar, siquiera ligeramente, como conclusión a estas reflexiones, si el modernismo es, en verdad "época ya pasada", o si en el desarrollo literario hispanoamericano posterior a 1932 se delata su presencia, si no rectora, al menos ascendiente. Si enfocamos esta literatura desde el ángulo juanramoniano, o sea, el de un siglo modernista, las huellas del modernismo deben descubrirse en la etapa actual de lo que Juan Ramón considera la revolución modernista. Nos hemos propuesto una tarea monumental que en verdad rebasa los límites de este estudio. Pero, creo que si nos ceñimos al estudio de la prosa narrativa de hoy, observaremos en ella, sobre todo en la hispanoamericana, una insistencia sobre la perfección de la forma, una preocupación poética y estética, la misma que señaló el crítico español, José María Valverde, miembro del jurado que le concedió a Mario Vargas Llosa el Premio Biblioteca Breve de 1962 por su novela *La ciudad y los perros*: "Pues, para resumirlo en una palabra clave: se trata de una novela 'poética', en que culmina la manera actual de entender la prosa poética entre los hispanoamericanos —por fortuna para ellos—. La caracterización de esta prosa artística hecha por Valverde podría servir para dilucidar el arte de la expresión en prosa de los modernistas en su época cumbre; pero el crítico sigue hablando de la novela de Vargas Llosa: "... el lenguaje se musicaliza, se pone en trance hipnótico: hasta las palabrotas se convierten en elemento rítmico, se depuran en su función de sonido, de creación de atmósfera, confusa y sugerente a la vez, en que importa más el estado de ánimo que lo que pasa".⁷⁵ Hay, en fin, en esta y otras obras contemporáneas de América una voluntad de estilo de que carece, en general, la novelística peninsular de hoy. (Nótese a este respecto la terminación de la sentencia de Valverde "por fortuna para ellos".) No creo aventurado, por otra parte, afirmar que la disparidad entre la expresión hispánica de ambos lados del Atlántico se explica en términos del carácter efímero del modernismo peninsular en contraste con su perdurabilidad hispanoamericana. El modernismo americano, como el barroco anteriormente,⁷⁶ se prolonga, y su ascendencia y legado se perciben más allá de los límites temporales de su período de mayor florecimiento.

Tomando pie de la fecha señalada por Raúl Silva Castro como la de la conclusión del modernismo, o sea, 1916, podríamos reunir

⁷⁵ "Un juicio del Dr. José Ma. Valverde" en MARIO VARGAS LLOSA, *La ciudad y los perros* (2ª ed., Barcelona: Seix Barral, 1963), s.p.

⁷⁶ V. ALEJO CARPENTIER, *Tientos y diferencias* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964), p. 42: "Nuestro arte siempre fue barroco".

abundantes ejemplos de prosa artística en defensa de la vigencia contemporánea de la estética modernista, o, cuando menos, de su determinante efecto sobre las expresiones literarias posteriores a 1918. En 1919, por ejemplo, Alcides Arguedas, cuya obra no pertenece específicamente al modernismo, publica *Raza de bronce* donde notamos cualidades modernistas: la plasticidad, el fuerte cromatismo y un ingente lirismo, ya sea en la descripción de la naturaleza boliviana, ya en la narración de las leyendas indígenas.⁷⁷

Max Henríquez Ureña, en su *Breve historia del modernismo*, ofrece otro ejemplo de la persistencia del arte modernista; señala que en José Eustasio Rivera el modernismo se supervive "...no tanto en los sonetos admirables de *Tierra de promisión* (1921), como en la prosa deslumbrante y barroca de su famosa novela *La vorágine* (1924)".⁷⁸ A modo de ilustración, citamos este trozo corto de la novela prototípica de la selva:

Lentamente, dentro del perímetro de los ranchos, empezó a flotar una melodía semirreligiosa, leve como el humo de los turibulos. Tuve la impresión de que una flauta estaba dialogando con las estrellas. Luego me pareció que la noche era más azul y que un coro de monjas cantaba en el seno de las montañas, con acento adelgazado por los follajes, desde inconcebibles lejanías. Era que la madona Zoraida Ayram tocaba sobre sus muslos un acordeón.⁷⁹

En estas líneas de *La vorágine* la prosa poética de entronque modernista se caracteriza por los valores sensoriales, la cualidad etérea de la expresión vaga y musical, y, por fin, el carácter anímico de las imágenes. Pero, la perennidad de la modalidad modernista puede manifestarse de otras maneras, siendo sus formas coeales tan variadas como las de su época álgida.

En *Al filo del agua* (1947) el "Acto preparatorio" de prosa rítmica y bíblica revela cuán profunda huella ha dejado sobre los artistas del momento la búsqueda modernista de novadoras expresiones literarias capaces de concretizar la escala humana de emociones y conceptos. En las líneas siguientes se verá cómo Yáñez

⁷⁷ V. por ejemplo, el comienzo de la obra:

El rojo dominaba en el paisaje. Fulgía el lago como un ascua a los reflejos del sol muriente, y, tintas en rosa, se destacaban las nevadas crestas de la cordillera por detrás de los cerros grises que enmarcan al Titicaca poniendo blanco festón a su cima angulosa y resquebrajada, donde se deshacían los restos de nieve que recientes tormentas acumularon en sus oquedades. [Buenos Aires: Losada, 1945, p. 1].

⁷⁸ *Ibid.*, p. 325.

⁷⁹ Buenos Aires: Losada, 1952, p. 201.

crea un ambiente de *tempo lento*, de monotonía asfixiante en que el papel regulador y limitador de la Iglesia ocupa el primer plano de la narración:

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncós. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca.⁸⁰

Podríamos multiplicar los ejemplos en prueba de nuestro punto de vista, examinando obras como la de Miguel Angel Asturias, *Hombres de maíz* (1949); *El día señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo; *Los pasos perdidos* (1953) y *El acoso* (1958) de Alejo Carpentier. La evocación poética de temas y ambientes en estas y otras narraciones es, a nuestro modo de ver, una extensión y consecuencia del profundo cambio efectuado por la literatura heterogénea, artística y novedosa del modernismo. Pero, en apoyo de nuestra visión de la contemporaneidad del modernismo, a más de los factores estilísticos, existen convincentes razones de índole ideológica para examinar la producción literaria de nuestros días a la luz de la del modernismo. Pues, el espíritu de desorientación patente en esta literatura, y el cual se transparenta en la soledad, el acoso metafísico, la angustia existencial, la futilidad y el pesimismo, que permearon y enriquecieron gran parte de la producción modernista impera también en la narrativa actual. La lectura de obras típicas de ella como *La ciudad y los perros*, *Gestos* de Severo Sarduy y *El día señalado* bastará para convencernos de que, en verdad, estamos presenciando, desde el punto de vista estilístico e ideológico, una proyección del pasado sobre el presente, una etapa más en la evolución de aquel siglo modernista juanramoniano que en América dio su impulso dinámico a la cultura hispánica desde 1882. Las palabras siguientes, redactadas en el siglo pasado, tienen para la literatura del siglo veinte un eco familiar: "Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto y nos trae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, a veces irresistible, de arrojarlos en él".⁸¹

⁸⁰ México: Porrúa, 1947, p. 10.

⁸¹ JUAN VALERA, en su carta-prólogo a *Azul...* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1939), p. 17.

Reconociendo las diferencias, y pensando más bien en las semejanzas, podemos decir de la literatura de la segunda mitad del siglo XIX y de una porción de la producida en lo que va de éste: "será el afán de siempre y el idéntico arcano / y la misma tiniebla dentro del corazón".⁸² El modernismo, como estilo de época, y como legado ideológico en la literatura de hoy sobrevive y se patentiza precisamente porque se trata de artistas que son, como llamó Ricardo Gullón a los modernistas, "Edipos sin esfinge" frente a "la misma tiniebla".⁸³

⁸² ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, "Mañana los poetas" en *La muerte del cisne*.

⁸³ *Direcciones del modernismo*, p. 42.

LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS

Por *Max AUB*

PERDONE que venga a molestarle. Pero he leído su novela, o lo que sea, acerca de los últimos días de la guerra, en Valencia y en Alicante. Claro; yo no soy nadie para decirle si está bien o no. Yo no entiendo de eso, pero sí le quiero hacer notar algo que no es cierto. Usted deja constancia allí de que Molina Conejero, el último gobernador republicano de Valencia, fue, en coche, con varios compañeros, hasta Benidorm y que de allí regresó al gobierno civil de Valencia, ya ocupado por los franquistas y que al entrar le detuvieron. No fue así. Bueno, no fue exactamente así. Es decir que, efectivamente, regresó a Valencia y fue al gobierno civil. Llegó allí a las once de la mañana; todavía firmó algunas cosas y como ya iban a entrar las tropas de Franco, los moros a la cabeza, volvió a tomar su coche y regresó a Alicante. Se metió en el puerto, pasó lo de todos y, al salir, uno de los que estaban en la puerta—no llegó a ningún campo ni a la plaza de toros—dijo, gritando como un energúmeno:

—¡Ese, ese es el Gobernador de Valencia!

Le metieron en un coche y le llevaron de vuelta al gobierno civil de Valencia. Allí le tuvieron unos días y, luego, tres meses en la Cárcel Modelo. Hicieron el paripé del juicio y lo condenaron a muerte.

Las cárceles estaban no llenas sino a reventar, y no sólo las cárceles sino conventos y cuarteles que habilitaron para eso. Ya le hablaré de esas cosas, si le interesan. Para mí es muy difícil hablarle hilando las cosas. ¡Fueron tantas! El que se portó bien e hizo todo lo que pudo fue monsieur Durand, el vicecónsul francés de Valencia: fue a Alicante, tan pronto como supo que Molina Conejero se había marchado, para ver de rescatarlo. Pero no pudo hacer nada. Llegó tarde. Como yo.

Yo estaba en Onteniente. Mandó por mí, en un coche, y al pasar por Ayelo de Malferit recogí al secretario del Ayuntamiento. Era un hombre joven, muy amigo nuestro, enfermo, de reuma; casi no se podía mover. Los pies envueltos en trapos. No se quería ir, de ninguna manera:

—¿Yo qué he hecho?, ¿a mí qué me pueden hacer?

—Usted no los conoce. Véngase.

Y a la fuerza lo metí en el coche y me lo llevé. Se escondió en casa de unos parientes, porque cuando llegamos a Valencia ya no había nada qué hacer, andaban los fachas por la calle, medio disfrazados, pero ya por la calle, algunos con una bufanda roja y una camisa amarilla, otros con camisa azul para no engañar a nadie, y los moros entrando, echando botes de leche condensada y sacos de harina a la gente como para hacer creer que con ellos llegaba la abundancia. Sí, sí; habían arramblado con los almacenes. Luego ya no hubo nada, sino el hambre que pasamos durante cinco años. Usted no se puede dar una idea.

Aquel pobre muchacho se cansó de estar encerrado y a los tres meses salió a la calle y lo enchiqueraron. Lo juzgaron con otros del mismo pueblo y otros de Onteniente. Con el alcalde, que también era amigo nuestro. Al alcalde lo condenaron a muerte y luego le condonaron la sentencia por treinta años. Al pobre reumático lo condenaron a veinte. Pero no le sirvió. Ahí no valía más que lo que querían los falangistas. Y una noche los sacaron y los fusilaron. A los dos y a todos los que había del pueblo. No sé por qué le cuento estas cosas, las ha oído uno tantas veces que ya no le interesan a nadie.

Durante meses, en la Cárcel Modelo—supongo que en las demás era igual, tal vez otros días— los jueves, viernes y sábados de cada semana sacaban tres camiones de presos, los llevaban a Paterna y los fusilaban. Lo mismo daba que estuvieran condenados o no.

Y, de eso de Paterna, le tengo que contar lo del sepulturero. Encontró un negocio muy bueno, de acuerdo con los de la funeraria del pueblo. Esos se hicieron ricos. El sepulturero, que era un jovencito de nada, cortaba un trozo del traje de los fusilados por la noche y a la mañana siguiente se iba a la cola de las mujeres que esperaban frente a la cárcel y buscaba, entre las que llevaban comida o ropa limpia, quien reconociera el terno. El se contentaba con la propina que le dieran y la comisión de la funeraria. Las pobres iban a recoger el cuerpo y la funeraria se encargaba de lo demás. Por cierto que el capitán de la Guardia Civil de Paterna fue un día al cementerio y vio que, en las tumbas, además del nombre, había muchos azulejos—que hicieron en Manises— que decían: "Tu familia no te olvida". Se puso furioso:

—¿Ah, con que no olvidan? —y los rompió todos o los hizo romper a culatazos. En el cementerio civil de Valencia hicieron lo

mismo. Destrozaron cuanta lápida e inscripción había, que recordara lo nuestro.

Fusilaron a Molina el 25 de noviembre. De los tres camiones en que sacaron a los de la hornada del día, a él y a dos más los fusilaron primero:

—Para que veais lo que os espera —dijeron a los demás.

El había salvado por lo menos a veinticinco mil personas, porque los últimos días las gentes querían asaltar las cárceles y él se opuso y logró que no pasara nada. Lo sabían los falangistas. Yo hablé con el fiscal:

—Lo mató el cargo —me dijo.

—Usted también tiene cargo.

—Hoy por ti, mañana por mí.

Molina estaba convencido de que no le iban a matar. Pude verle cada quince días. Me mandaba aquí y allá. Yo iba. Hasta que un día, en la Audiencia, se me acercó un tipo, un jefe y me dijo:

—¿Usted qué quiere? Usted, ¿a qué viene?

—Yo hago lo que puedo y lo que me mandan.

Por una amiga que trabajaba allí supe, con ocho días de anticipación, que lo iban a fusilar. Pero no le avisé. ¿Para qué? ¿Para que escribiera su testamento? No. Yo no doy a pasar a nadie esos ocho días. Esos ocho días que pasé. No estoy arrepentido de no habérselo dicho aunque bastantes me lo han echado en cara. No estoy arrepentido. ¿Qué hubiera podido hacer? ¿Usted qué hubiera hecho? Cuando fusilaban, no avisaban a nadie, sencillamente al ir las mujeres a la cárcel, les decían:

—Ya no está.

A mí me seguían, mejor que detenerme, para ver a dónde iba, con quién hablaba, pero yo sólo lo hacía con quien sabía que era de ellos. No soy tonto. Al suegro de Molina, que tenía 80 años le pegaron una paliza porque dijo que su yerno era una persona decente.

Usted no sabe lo que fue aquéllo. A mis hermanos los llevaron al convento del Puig, que habían convertido en cárcel. Ahí estuvieron un año. Una vez a la semana iban las mujeres, por la mañana, con la ropa y los cien gramos de comida que permitían llevarles. Allí, en la cola, las hacían esperar todo el día y a veces les decían:

—Pues no, hasta mañana.

Y allí se quedaban toda la noche.

Si alguno se asomaba a una ventana, los centinelas disparaban y les mataban. Es lo que le pasó al pobrecito encargado de recoger la ropa. Se asomó por una ventana, precisamente un día antes de salir libre. Y lo mataron.

Hablo del Puig porque me consta. Tenían sed y les daban para beber agua hirviendo, agua donde habían hervido, revueltas, las tripas que mandaban del matadero.

Lo que habría que escribir es lo que pasó en la Cárcel de Mujeres, pero eso no lo escribirá nadie.

A una muchacha, de dieciocho años, es decir que tenía quince al empezar la guerra (¿qué podía saber de la vida o de política?) la mataron porque se había vestido con mono. Las monjas de la cárcel le decían:

—No te van a matar.

Cantaba muy bien y la mañana que se la llevaron, para fusilarla, le hicieron cantar el Ave María. ¡Qué Ave María les hubiera cantado yo!

En la Cárcel de Mujeres, en la Dirección de Policía: a latigazos, sí, a las mujeres. Sangrando. Les arrancaban las pestañas, los dientes, las uñas. A una, muerta de hambre, le dieron de comer puro bacalao; estaba sentada en una silla, atada, y luego le pusieron, en una mesa, delante, un jarro de agua. Y luego un litro de aceite de ricino. ¿Me entiende? Un litro. Y después de una patada, la silla a tierra. Ya sé que eso se ha hecho en todas partes. Yo le hablo de Valencia, donde yo estaba. Pero en los pueblos pasó lo mismo o peor; meses, años. En Benaguacil, pasearon a todos los detenidos por el pueblo —eso lo hacían en todas partes—, y en la plaza del pueblo, los fusilaron, como lo habían hecho en la plaza del Torico, en Teruel. Y, como allí, echaron los cadáveres a un lado y obligaron a todos los demás, a los del pueblo, a bailar la jota sobre la sangre todavía derramada. Es posible que alguno lo hiciera a gusto.

Pasará el tiempo que pasará. Cómo pasará, eso nadie lo sabe; pero lo evidente, lo que nadie podrá ocultar, olvidar ni borrar es que aquí se mató porque sí. Es decir, porque fulano le tenía ganas a mengano, con razón o sin ella. Ese es otro problema. Pero allá, del otro lado, y aquí, cuando entraron, mataron a sabiendas de quien mandaba. Se mataba con y por orden, con listas bien establecidas, medidas. En el último año de la guerra nosotros no fusilamos a nadie. Ellos, después de la guerra siguieron matando como al principio. Aquí, entonces, por lo que habían hecho, allá por lo que pensaban. Esta es la diferencia, señor.

Hoy ya se ha olvidado mucho, dentro de poco se habrá olvidado todo. Claro está que, a pesar de todo, queda siempre algo en el aire. Como con los carlistas, pero eso aun fue ayer. Antes debió de pasar lo mismo, y pisamos la misma tierra. Yo creo que la tierra está hecha del polvo de los muertos.

Claro que queda el otro mundo, y hablando de él le tengo que contar lo de la Virgen de los Desamparados, la famosa historia de

la Virgen de los Desamparados. Al principio de la guerra el alcalde, republicano claro está, la mandó sacar de su camarín, y la puso en la biblioteca del Ayuntamiento. Le aseguro que no le faltaba nada, absolutamente nada. Intacta. Lo sé porque una amiga era la encargada de quitarle el polvo. No le faltó nada hasta el día en que entraron ellos. Luego dijeron que le faltaba la corona y que tenía un rayón en la cara. Y la llamaron "La Mutilada" y la condecoraron. Y se hizo un llamamiento para que todo el mundo entregara joyas o dinero para hacerle una corona nueva, y se la hicieron. A mí me gustaría saber quién tiene la corona, la antigua. Le aseguro que no es ninguno de nosotros.

Ya sé que me cree porque usted fue amigo del doctor Peset, al que tardaron más de un año en fusilar porque fue rector de la Universidad. Tampoco creía él que le iban a matar, igual que Manuel. Fíjese por qué cargos mataban a uno... Y él pudo haberse marchado, Negrín se lo quiso llevar. No se quería ir sin su hijo. Y luego:

—¿A mí por qué me han de hacer algo?

Y era un hombre bueno como ya no los hay. Y un sabio, un sabio de verdad. Luego la gente come y se olvida... Yo no, tal vez porque aquello me cogió ya viejo. Y lo que le he dicho de esa niña de Alcira, la que cantaba tan bien, la que les cantó el Ave María a las monjas antes de que la fusilaran... Se llamaba Amparo, como la Virgen. Era mi hija.

UNA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA*

Este volumen constituye la segunda parte de la *Historia de la literatura española* que, desde el Prólogo de la primera (*La Edad Media y el Siglo de Oro*), nos anunciara hace tres años su autor. Cuando en 1962 los editores de "Las Américas" publicaron aquella obra, sabían que era necesaria una historia de superior jerarquía, pero no pudieron suponer, a pesar de sus fundadas esperanzas, la excepcional acogida que desde entonces ha tenido en el mundo académico y en la crítica. No puede esperarse distinta reacción con este segundo tomo; más bien debe producir un interés mayor, si cabe aún, porque con el anterior forman ahora una obra de esencial importancia para el estudio de la literatura española hasta el siglo xix.

Desde la primera parte de esta *Historia*, cuando González López iniciaba la detallada revisión de la Edad Media y del Siglo de Oro, estábamos advertidos del interesante enfoque que se proponía el autor. Por ser la literatura, afirmaba allí, "una de las formas, quizás la más expresiva y representativa, de la cultura de un pueblo, guardan una interdependencia muy estrecha con las demás manifestaciones culturales del mismo, desde las Bellas Artes hasta la Política". Y esa íntima relación representada en todas sus dimensiones, es la que también da vida a este segundo volumen donde aparece el fenómeno de las letras con todo el dinamismo que lo origina y explica.

Tres niveles contemplan así el acontecimiento literario y le descubren toda su magnitud: el primero logra la revisión integral del hecho sin trascender sus fronteras, el segundo lo identifica dentro de la estética, el último lo refiere al marco histórico. El equilibrio de tales factores es el mayor mérito de la obra, porque en cada caso concurren en la necesaria proporción, para lograr la acabada perspectiva del suceso. Esta armonía es consecuencia de la personalidad del autor que ha sabido extraer de sus dotes de maestro, crítico e historiador los oportunos elementos de orden, análisis y rigor científico que siempre están presentes en su *Historia de la literatura española*. El efecto que produce la lectura es, por tal motivo, de que se ha ido preparando el camino para evitar los vacíos frecuentes de estos empeños: la presentación incompleta del dato, la falta de explicación de un concepto y la abstracción de las letras de su contexto histórico. La autoridad, sensibilidad y erudición del autor han coordinado el factor literario, crítico e histórico en un plan de trabajo que se verá en seguida.

* EMILIO GONZÁLEZ LÓPEZ, *Historia de la literatura española. La Edad Moderna. Siglos XVIII y XIX* (New York: Las Américas Publishing Co., 1965).

En las primeras páginas de este volumen, dedicado a los siglos XVIII y XIX, se nos presentan los elementos necesarios para ubicar en el tiempo el Neoclasicismo, y en el segundo capítulo ya se aborda el análisis de su contenido artístico. En ambos casos se procede a la revisión y discusión de las figuras y sucesos literarios que son consecuencia y síntesis de la nueva actitud intelectual: el padre Feijoo, sus impugnadores y defensores; Luzán con la polémica en torno al arte dramático y, finalmente, las nuevas "instituciones culturales". En los capítulos III ("Eruditos y pensadores"), VII ("Cadalso y Jovellanos") y XII ("De la ilustración a la Constitución") se van siguiendo las corrientes del pensamiento en el siglo XVIII. La estrecha correspondencia de aquella reflexión sobre España con el género ensayístico ofrecen la oportunidad para apuntar el origen y los primeros pasos de esa estructura literaria; Feijoo, dice el autor, "es el creador del ensayo moderno en la literatura española", y cada vez que se fijan las líneas del mapa ideológico de España se irá explicando en él, hasta la generación del '98, el desarrollo del ensayismo. Después de estudiar el período neoclásico desde el punto de vista histórico y estético, se siguen el desarrollo de otros géneros literarios. Primero el teatro: "De la comedia barroca al arte dramático neoclásico" (IV) y "La comedia moratiniana" (V), conteniendo el último título un valioso estudio sobre la técnica de Fernández de Moratín y sus principales obras.

"La prosa novelesca" (VI) es el primer paso del autor al trazar, en este volumen, el más impresionante estudio de un género. La bibliografía de González López acusa una dedicación superior a la narrativa, por eso se enriquece especialmente, en tal aspecto, su *Historia de la literatura española*. Como veremos más adelante, toda la importancia de la novela en el siglo XIX se nos revelará en magistrales estudios de las corrientes literarias y de los novelistas más representativos; mientras tanto, en este capítulo IV se señala "la evolución de los tipos novelescos en el siglo XVIII" hasta dejarnos, con el *Eusebio* de Montegón, a las puertas de la próxima centuria.

La poesía y el teatro por ser los géneros que mejor sobrevivieron la herencia del Barroco hasta 1850, "fueron los más combatidos por los neoclásicos"; y basado en esta realidad se examinan, en los capítulos VII y IX, las profundas modificaciones de la expresión poética desde fines del siglo XVII hasta la obra de Meléndez Valdés, Cadalso y Quintana. No sólo deja el autor explicados aquí los cambios formales de la poesía, también nos adentra en la vida de los poetas para justificar la peculiar actitud de cada uno frente a la realidad española de la época.

Después de estos nueve capítulos, agrupados bajo el título de "Neoclasicismo", se fijan los momentos que preludian el movimiento romántico. Los poetas que forman "el grupo castellano", con Alvarez Cienfuegos y Juan Nicasio Gallegos a la cabeza, ocupan el capítulo X; el siguiente estudia a los de Sevilla: la sonoridad y estilo en el verso de Arjona, la preocupación ética de Reinoso y Alberto Lista, la efusión poética de Marchena, la angustia de Blanco White.

En la tercera parte de este volumen dividido en nueve, González López revisa las manifestaciones literarias del movimiento romántico. Los trece capítulos que la forman están repartidos entre la poesía, el teatro, la novela y el ensayo como expresiones del pensamiento y la cultura de la época. Pero antes de entrar en la exposición de los hechos, explica el desarrollo y las características del romanticismo español. Luego analiza la preferencia del escritor romántico "por lo histórico y lo particular geográfico", y queda abierto el camino para estudiar los acentos de esa índole en todos los géneros literarios. Además, en estos prolegómenos que ocupan el capítulo XIII, se diferencian "las tres generaciones del romanticismo español": la de Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas, la de Larra y Espronceda, y la de Zorrilla y Campoamor. En el próximo título (XIV) se estudia la obra de los primeros —teatro y poesía— presentando la evolución del arte neoclásico hacia el romántico; Larra y Espronceda merecen cada uno capítulo aparte: en el primero (XV) se llega "de la sátira neoclásica a la ironía romántica" a través de la obra de "Fígaro"; el segundo muestra "la exaltación" del romanticismo con un detallado estudio del Bayron español (XVI). La última promoción se centra en Zorrilla; todo el capítulo XIX lo ocupa ese poeta porque Campoamor, su compañero de generación, sirve más adelante para explicar la transición hacia el realismo en la poesía. En seguida se presentan los poetas con acento regional (XVIII) —Pastor Díaz, Gertrudis Gómez de Avellaneda— y la obra de los "Poetas románticos menores" (XXII).

El desarrollo del drama romántico se sigue en la obra de García Gutiérrez y Hartzembusch (XVII), Bretón de los Herreros (XX) y de los "dramaturgos menores" (XXI), señalando en cada caso los matices que los diferencian o los identifican. "La novela histórica", "Los costumbristas", "El pensamiento católico" y "Eruditos y pensadores" son los títulos de los últimos capítulos dedicados al romanticismo. Los dos primeros ofrecen la continuidad de la exhaustiva historia de la novela que se viene realizando. Los dos finales también tienen particular interés: el primero porque, con la obra de Balmes y Donoso Cortés, muestra cómo el movimiento romántico "produjo un renacimiento y florecimiento de las corrientes tradicionalistas con un fuerte sentido religioso", y el siguiente porque, al revisar los centros de erudición que nacieron en Barcelona, Madrid y París, comprendemos la actitud de la crítica anterior a Menéndez y Pelayo, unas veces liberalizante y otras dentro de las corrientes más tradicionales.

Emilio González López es siempre un profesor, y consciente de la función pedagógica de su obra procura llevarnos, de un momento a otro de la historia literaria, por los caminos más claros y lógicos. Antes de llegar al realismo hace desaparecer la estética de los románticos en los cuatro capítulos que denomina "El postromanticismo". La poesía, el teatro y la novela nos dejan ver la evolución progresiva, mientras en aquellos géneros resaltan las figuras

de Carolina Coronado, Ventura de la Vega y del novelista Fernández y González.

A continuación aparece el importante período del arte realista. Más de una tercera parte de este precioso volumen está consagrado a esa doctrina artística que incluye el naturalismo. De los diez y nueve capítulos que la forman sólo seis no se ocupan de la novela. Es que la narrativa fue el instrumento preferido de la nueva actitud y en ella se manifestaron los grandes escritores que ocupan toda la segunda mitad del siglo XIX. Se inician estos estudios con uno que explica "el realismo, su carácter y sus formas" (XXXI); en él se detallan los acontecimientos históricos que justifican su aparición en Europa y la forma en que lograron condicionar el pensamiento. El hecho se interpreta como "el resultado de la confluencia de una serie de factores ideológicos, políticos, sociales y económicos que colocaron a la burguesía, a la clase media, en el centro de las fuerzas sociales, y despertaron en el hombre la curiosidad por las cosas de la vida y con ella, la elevación a la categoría de materia artística del mundo de la realidad física que rodea a los seres humanos". Sentadas estas premisas se adentra en la discusión del tema con referencia a la literatura. Revisa la mejor crítica, comprende la dificultad de llegar a una "definición absoluta" del fenómeno reflejado en las letras, y lo contrasta con otras doctrinas (Neoclasicismo y Romanticismo) que aclaran el difícil concepto. Divide el largo período en tres momentos definidos: prerrealismo, realismo, naturalismo, y luego precisa las características esenciales de cada uno. Estas generalidades fundamentarán los sucesivos estudios sobre Fernán Caballero y Alarcón; Valera, Pereda y Galdós; la Pardo Bazán, Palacio Valdez, Clarín y Blasco Ibáñez. A excepción de Galdós cuya novelística ocupa dos capítulos, los demás escritores quedan revisados en uno. Los de Valera, Pereda y la Pardo Bazán son excepcionales; este último, junto a los que han de estudiar la literatura regional, recoge la preciosa herencia de dos conocidas obras de González López: *Emilia Pardo Bazán, novelista gallega* (1944) y *Galicia su alma y su cultura* (1954). También son excelentes los tres de Galdós: "Episodios nacionales" (XXVI), "Las novelas contemporáneas" (XXXVII) y "El drama galdosiano" (XXXVIII), siendo un acierto el resaltar la importancia de Galdós en el teatro pues cada día se ve mejor su influencia en los dramaturgos que le siguieron. Con estos tres estudios se muestra detalladamente la evolución total del gran escritor, desde el realismo hasta la superación del naturalismo en la plenitud de su obra. Sin contar las novelas de este último se analizan cuidadosamente más de treinta, empezando en las de Fernán Caballero para terminar con *Entre naranjos* de Blasco Ibáñez; y en cada caso se destacan las peculiaridades del estilo, queda señalado el momento que le corresponde en la evolución del género y se completa un amplio cuadro biográfico del novelista siempre referido a su producción literaria.

Siguen cuatro capítulos (XLIV-XLVIII) sobre el teatro del realismo. Uno tiene como figura central a Tamayo y Baus, otro a Echegaray, un tercero estudia el cambio que se produce en la escena española en 1868 con la revolución de septiembre. El último de esta serie tiene especial interés por ser una revisión del teatro catalán; con los dedicados a la poesía gallega y catalana—que a pesar de no encontrarse en esta sección los mencionaremos en seguida—forman originales y acertados acentos dentro de una obra de esta índole. Ya en el primer tomo de esta *Historia*, al estudiar la Edad Media, fueron ampliamente tratadas la lírica y la prosa de estas dos regiones porque, como explicó el autor, "dejaron una honda huella en la literatura española y constituyen una valiosa aportación de España a la cultura universal". Ahora contemplamos su renacimiento en pleno siglo XIX. Al hablarnos de la literatura catalana, por ejemplo, vemos cuando empieza, con el romanticismo, a despertar de su largo sueño y a librarse de la servidumbre a que se dejó someter, para pronto formar "una literatura propia en su sensibilidad y en su temática". Aquel resurgimiento se inicia en la poesía, pero logró su meta en el teatro. Con esta incursión de González López en la literatura dramática de Cataluña, se revisa la producción de sus más famosos autores: los que escribieron en castellano y los que triunfaron en su lengua. Los capítulos que tratan sobre la poesía de aquellas regiones del norte son el L y el LI. No sólo muestran la importante contribución de los poetas sino que sirven para comprender mejor la poesía castellana y en general toda la literatura de la época. Mientras en Madrid, se dice allí, los escritores "se adocenaban bajo el peso de los cargos públicos" (con pocas excepciones), en las literaturas regionales vibra "una inquietud de renovación cultural, unida a cierta independencia política". Así se nos explica el curioso fenómeno de la poesía en los últimos cincuenta años del siglo, pues de las "cuatro voces poéticas más notables de ese tiempo"—Becquer, Rosalía de Castro, Eduardo Pondal y Jacinto Verdaguer—tres proceden de Galicia y Cataluña. El autor de esta *Historia* lo interpreta no sólo "como un alejamiento de los mundos oficiales, políticos y sociales de la capital de España, sino también de los círculos intelectuales de la villa y corte, los cuales se vengaron de este alejamiento condenando al ostracismo en las letras españolas a los que procedían de esas literaturas". Todavía otro capítulo se dedicará en este volumen al justificado rescate de las literaturas regionales, por eso lo traemos aquí; es el que estudia la figura de Curros Enríquez (LIV). El gran escritor galaico sólo con la obra en castellano podría justificar su alta posición en las letras de España, pero en este caso se le añade el crédito de su producción más íntima y menos conocida, la de su prosa y poesía gallegas.

El extenso y cuidadoso estudio del realismo—al que nos veníamos refiriendo antes de mencionar las páginas dedicadas a Cataluña y Galicia—termina con un capítulo sobre la poesía de Campoamor (XLVIII) y otro que trata de Núñez de Arce y su escuela (XLIX). Se refieren a los dos princi-

pales caminos del período realista: el de la poesía "satírica que procede en gran parte de la ironía sentimental romántica", y el de "la poesía de sentido social".

Sigue la penúltima división de la obra: "Simbolistas y Parnasianos". Ya hemos mencionado tres de los capítulos que la forman: el de Verdaguer, el de Pondal y el de Curros Enríquez. En parte también pertenecería a ese grupo el LIII que estudia a la autora de *En las orillas del Sw.* Esta bellísima apología y crítica de Rosalía de Castro, como de quien ha consagrado valiosos estudios a su revelación y conocimiento, termina con una acertada comparación entre la gran poetisa gallega y el autor de las *Rimas*. En seguida presenciamos "los albores del modernismo" en la obra de Rueda; luego se llega a las mayores conquistas de la renovación poética con Rubén Darío. Es curiosa una observación, sobre el modernismo, que leemos en las últimas páginas de este volumen. En las que tratan de "Los historiadores", al revisar la obra de Emilio Castelar y Ripoll —a quien debe González López el nombre de pila y el que escribe estas líneas el apellido— se afirma que "por su estilo, sus ideas, la riqueza de sus imágenes, el período ampuloso de sus oraciones, el colorido y melodía de su frase, es como el eslabón que une los últimos destellos del romanticismo con las primeras claras del modernismo, a través del período realista". Y es cierto, pues por sus defectos y virtudes la prosa de Castelar pertenece a aquellos dos momentos de la literatura que están quebrados por la estética del realismo. Quizás por eso, por no pertenecer decididamente a ninguna escuela, se le mantiene algo apartado en las historias de la literatura española, sin redimirle del fácil latiguillo de su expresión.

Los cuatro últimos capítulos de esta obra estudian el pensamiento de la segunda mitad del siglo XIX. "El krausismo" (LVI), Menéndez y Pelayo (LVII), "Los historiadores" (LVIII) y "El ensayo político y sociológico" (LIX). El pensamiento liberal y heterodoxo de esta época se explica como reacción contra la apologética católica que había dominado la primera parte del siglo. La crítica erudita también se contrasta con el período del romanticismo; en ella se descubre un nuevo punto de partida ya que anteriormente se prefirieron los temas de la Edad Media y con el realismo se dirige la crítica hacia la literatura contemporánea. Pero Menéndez y Pelayo supera "las limitaciones del medievalismo romántico y del actualismo realista" en la más amplia concepción de la "crítica histórico-literaria"; y por la gran significación de su obra, fundamento de la moderna crítica española, se estudia con todo detalle su extensa y valiosa obra. En España "no hubo en este tiempo un historiador de la talla de los europeos distinguidos", pero con la obra de Castelar, Morayta, Pi y Margall, Cánovas del Castillo, etc., se presenta el aporte de España a la historiografía de la época. También en estas últimas páginas el ensayo recoge la preocupación española; los temas han de ser: "el porvenir de España" en la obra de Joaquín Costa; "la ciencia española"

en Santiago Ramón y Cajal; "el regionalismo político" en Alfredo Brañas; "la renovación de España en términos regionales, más de cara a las letras" en Martínez Murguía; "el mejoramiento de la sociedad" en Concepción Arenal. Queda así abierto el camino para entrar en la generación del '98. Se han señalado las conciencias agitadas que preludian las de Ganivet, Unamuno, Valle Inclán, Azorín, y desembocan en la literatura contemporánea. Pero ahí se detiene el esclarecedor estudio de González López.

Sería más incompleta, aún, esta modesta reseña, si no mencionáramos la valiosa bibliografía que ha incluido el autor en este segundo tomo. Casi tres mil obras aparecen anotadas en las ochenta y seis páginas dedicadas a ese propósito. Cada sección—de las cincuenta y nueve en que está dividida—corresponde a un capítulo de la *Historia*; allí se relacionan las obras del autor estudiado, o las principales del tema o períodos a que se refiere, y el material crítico publicado hasta muy reciente fecha.

Para todos los interesados en la historia y la cultura de España, la obra de González López habrá de ser un aporte valioso. Pero para los que estudian o se dedican a la enseñanza de la literatura será, de manera muy especial y además de emocionada lectura, instrumento indispensable para el conocimiento e interpretación del desarrollo y sentido íntimo de las letras españolas.

Carlos RIPOLL

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

NEWTON CARLOS, *Santo Domingo, La guerra de América Latina*, Edit. Iguazú, 120 págs., Buenos Aires, Argentina, 1965.

Este es un libro de no abultado volumen que merece difundirse; tal vez por ello durante el mismo año se hicieron de él dos ediciones en distintos idiomas; primero fue publicado en portugués por una casa de Río de Janeiro y luego, traducido al español por Manrique Salbarrey Gaudín, se publicó en Buenos Aires; en efecto, el libro merece difundirse no sólo porque contiene el testimonio veraz de un escritor honrado sobre un problema tan difícil como es el dominicano a partir del 24 de abril de 1965, sino porque además vincula la determinación intervencionista norteamericana en Santo Domingo con el esquema de una política futura entre los Estados Unidos y América Latina.

Newton Carlos fue uno de los doscientos periodistas de todo el mundo que se apresuraron a visitar República Dominicana pocas horas después de la intervención estadounidense; con el material informativo que obtuvo entonces y el de otra visita anterior realizada cuando aún vivía el dictador Trujillo, ha ordenado los siete capítulos que integran *Santo Domingo, La guerra de América Latina*.

Podemos asegurar que sin que los sucesos dominicanos dejen de ocupar un primer plano en la atención del autor, éstos funcionan a modo de motivación para exponer un aspecto derivado, entendible en la decisión de ciertos círculos norteamericanos de intervenir en cualquier país de América Latina siempre que lo juzguen conveniente para la defensa de sus intereses, razón por la cual señalaron como el mejor fruto "de la crisis dominicana el hecho de haber sido posible, por primera vez, organizar una fuerza militar interamericana". En el capítulo I, "Las guerras de nuestra época", Newton Carlos se refiere a dicho aspecto advirtiendo un peligro que reiterará a lo largo de las páginas de su libro; alude al discurso del presidente Johnson pronunciado en la Universidad de Baylor (Waco, Texas) el 28 de mayo de 1965, discurso en el que dejó entrever los puntos básicos de lo que puede interpretarse como una especie de doctrina que regiría en su trato para con América Latina; Newton Carlos denuncia intentos frustrados de interven-

ciones como las conocidas "Operación América" en 1963 y la "Operación Ayacucho" en 1964; asimismo, señala el objetivo directo de la doctrina Johnson: destruir cualquier semilla revolucionaria latinoamericana, objetivo para el que cuenta no sólo con la CIA (Central Intelligence Agency) y el Pentágono sino también con el denominado ejército subterráneo o "Los boinas verdes", ejército compuesto por 25 mil combatientes bien entrenados y miles de millones de dólares a su disposición.

Fue señalada la presencia de muchos "boinas verdes" en territorio dominicano. Se dedicaban especialmente a la caza de franco-tiradores, utilizando un nuevo tipo de armas, denominado "law". Es una especie de fusil, cuya munición se expande después del disparo, ampliando el área de impacto. Toda la copa de un árbol puede ser abarcada de un solo tiro, lo que hace que el artillero difícilmente erre.

En el capítulo II, "Premisas de una tragedia", el autor recuerda su visita hecha a República Dominicana en agosto de 1960; nos da pormenores del cinismo, la megalomanía, el nepotismo, la persecución y el terror que caracterizaban al dictador, sirviéndose Newton Carlos para ello, en buena parte, de *La era de Trujillo*, libro por el que fue asesinado su autor, Jesús de Galíndez, pero ampliando la exposición con observaciones y notas valiosas, por ejemplo lo relativo al tacto de Trujillo para escoger a sus hombres de confianza como en el caso de Joaquín Balaguer, quien el 3 de agosto de 1960 recibía la Presidencia de la República sólo nominalmente, mientras el dictador capeaba una crisis que lo obligó, incluso, a retirarle el cargo de Presidente a su hermano Héctor Bienvenido; Balaguer, en 1959, había pronunciando un discurso aseverando entre otras cosas:

El advenimiento de Trujillo al poder parece un milagro del cual participaron las propias manos de la Virgen, como instrumento de designios superiores. El Mesías de 1930 (Trujillo) llegó precisamente cuando estaba a la vista la catástrofe final y cuando parecía que el Estado dominicano, abatido por toda clase de adversidades, había llegado a un eclipse definitivo.

"Juan Bosch o el entreacto", capítulo III, es quizá uno de los dos mejores capítulos del volumen, porque explica en él cómo un pueblo aletargado, atemorizado, va evolucionando hasta tomar conciencia de la realidad política que ha vivido y de la que se avecina; Juan Bosch, "un hombre alto, de cabellos blancos, agitando flores en el aire" empezó, tal vez sin proponérselo, la lucha de clases en República Dominicana; su culto a la libertad, su inclinación hacia el respeto por los derechos de la mayoría y su vocación de justicia decidieron a la oligarquía dominicana para acusarle después, ganadas las elecciones de 1962, de condescendiente con el comunismo y de inepto en la administración pública. La verdad es que:

El líder popular triunfó por la fuerza de los votos ya que a su lado estaba la mayoría del pueblo dominicano... En la lucha de clases que se iniciara en República Dominicana, la parte numéricamente más fuerte sólo se atrevía a usar, entonces, el arma del voto. Arma de muy corto calibre en un país donde la hegemonía política aún no se había liberado de sus tradiciones de fuerza bruta... La elección de Bosch dio al pueblo dominicano cierta conciencia de fuerza. En septiembre de 1963 esa conciencia no se desarrollaba lo suficiente... Pero el desarrollo de esa conciencia continuó y hoy los dominicanos constituyen un pueblo que toma las armas en la lucha por su liberación. La ley de la selva deja de ser un instrumento eficiente en favor de la oligarquía dominicana aliada a los intereses extranjeros.

El capítulo IV, "La tragedia de Santo Domingo", expone la situación del país durante la segunda visita efectuada por Newton Carlos; describe la ciudad y el pueblo distintos que ahora descubre y hace historia de los dos años transcurridos desde el derrocamiento de Bosch: la oligarquía ha sido incapaz de superar sus contradicciones; en sólo siete meses la dictadura había acumulado una deuda de 200 millones de dólares; los artículos de primera necesidad suben de precio casi diariamente; el índice de desocupación, 25 por ciento, es uno de los más altos del mundo; gran descontento de industriales y comerciantes; la Federación Nacional de Profesores pide reducir los gastos de los militares y de los diplomáticos; huelga de los trabajadores del transporte; prisión de oficiales jóvenes que, fieles al reformismo de Juan Bosch, conspiran contra la dictadura; intervención de Francisco Caamaño desde el 24 de abril, cuando detiene a Donald Reid Cabral, hasta las semanas siguientes de la resistencia heroica durante las que se convierte en líder absoluto del pueblo dominicano.

A las impresiones que causó a Newton Carlos aquella segunda visita pertenecen las de este párrafo:

El pueblo estaba en la calle. Casi todo estaba cerrado, pero la actividad humana era sorprendente. La guerra se había transformado en una rutina... Yo llegaba a una ciudad en guerra, pero los elementos visuales no me permitirían saberlo hasta mucho después. Sin embargo, más de dos mil dominicanos habían muerto en los combates y la sangría no terminaría en eso. Una visita a los poblados de la zona norte de la ciudad, la parte que tiende al interior del país, me mostró, finalmente, las cicatrices de la violenta batalla que había terminado acorralando a las fuerzas de Caamaño en el centro comercial de Santo Domingo junto al mar. Sepulturas improvisadas en plena calle y hasta cadáveres aún sin enterrar, parecían decir que la muerte perdía todo significado para un pueblo que se hiciera heroico a los ojos del mundo, y que caminaba con las armas en las manos como si fuera a la feria. Viendo esto era imposible desmentir el carácter auténticamente popular de la rebelión dominicana.

Los tres capítulos finales, "Llegando a Johnson", "Bandera de una rebelión" y "Es un poco de América Latina", son, como apuntamos al principio, reiterativos de una preocupación del autor que se resume en el

peligro de la doctrina Johnson, el precedente creado para hacer posible la intervención en cualquiera de nuestros países y la decisión de ciertos círculos de los Estados Unidos a no permitir que nuestros pueblos se liberen de sus explotadores. Tal vez el capítulo VI se diferencie de los otros dos porque transcribe los 71 artículos de la Constitución Política de Bosch, la cual fue, como titula Newton Carlos, "Bandera de una rebelión".

ROBERT SOSA, *Muros*, Edit. Imprenta la Democracia, 70 págs., Tegucigalpa, Honduras, 1966.

Con una portada modernista, no común, ilustrada por el artista hondureño Arturo Luna, el poeta también hondureño Roberto Sosa ha hecho circular su más reciente poemario; el anterior, titulado *Caligramas*, lo publicó en 1958.

Poseído de un lirismo muy personal puesto que la emoción le lleva a ser descriptivo, Roberto Sosa escribe una poesía decididamente expositiva, que casi podríamos denominar narrativa por construirla en base de contar lo que le conmueve; sin embargo, dicha poesía no resulta escueta o seca porque crece superando su ámbito narrativo y expresa su sentido yendo más allá del simple lenguaje directo, o sea que se enriquece literariamente utilizando desde la sugerencia y el símil hasta la metáfora y la imagen.

Quizá podamos suponer el clima de esta poesía sabiendo que el título del libro, *Muros*, es bastante expresivo del aliento anímico que fluye en cada poema: sombras, muertes, soledad, tristes recuerdos que aprisionan la vida como si fuesen insalvables muros; es más, la lectura de los veinte poemas que integran el volumen deja una impresión de tristeza, tal vez ello se deba a cierta lentitud de ritmo y a cierta suavidad de expresión con que el poeta va exponiendo sus motivos. Se nos antoja decir que es esta una poesía, además, para leer en voz baja.

Roberto Sosa revela una voz muy propia hasta para cantar sus elegías, su estilo es identificable lo mismo en el verso que en la prosa poética; ello como su vida entre *muros* podemos comprobarlo en el poema "Los estibadores":

Mensajero de ayer y cruz de escombros. Desde algún sitio se inventaban muros, muelles y buques negros; vagones que ocultaban la mañana y estibadores ya sin estatura a causa de los bultos constituían ultrajes hasta el hielo. Mensajero de ayer, mi padre fue uno de ellos.

Ola de atardecer vencida siempre y sin embargo siempre en rebeldía. Todo me parecía anochecido: viajero y pescador; mástiles y escuadras de gavio-tas, todo, todo, excepto las alas de la espuma.

Los trabajadores marítimos volvían al hogar como ángeles fracasados. Yo tenía seis años y ya el espanto era el espanto.

GUSTAVO SÁINZ, *Gazapo*, Edit. Joaquín Mortiz, 189 págs., México, D. F., 1965, Serie del Volador.

Entre los puntos que favorecen al autor de esta novela está la ausencia de intención de sorprendernos de mala fe, pues bien que sí nos sorprende con otros aspectos positivos; el título de la obra—según el Diccionario de la Lengua Española, 18ª edición, 1956—acoge tres acepciones de las cuales no se identifica plenamente con la de *yerro* que deja escapar quien habla o escribe, pero sí con la de *conejo nuevo* y, por supuesto, nunca con la de *hombre disimulado y astuto*.

El título anticipa que el protagonista, que los personajes, son jóvenes, adolescentes, bisoños lejos de la astucia y el disimulo que concede la experiencia, "conejos nuevos" por inhábiles para sortear los peligros de la vida y para entender, con no escasa timidez, el medio que los rodea.

Una novela sobre hechos de la infancia o memorables sucesos de la adolescencia presupone, para el lector de relatos, una serie de lugares comunes que, según la inteligencia del novelista, se tratarán de diluir mediante la utilización de recursos literarios; hay, pues, cierta prevención y hasta cierto prejuicio en contra de un relato cuyo contenido sea cualquiera de los señalados, y se es más exigente con un volumen que desarrolla el segundo o referente a la adolescencia, puesto que, a menos que la novela exponga—excepciones aceptadas—la brillante biografía religiosa de un adolescente santo o la política de un ejemplar joven revolucionario, la atracción por lo sexual es insuperable, si no que nos desmientan las obras de este tipo escritas por autores italianos, franceses y norteamericanos.

Ahora bien, ¿afirmamos que esta novela de Gustavo Sainz está desprovista de lo sexual?, sí, en cuanto que las anécdotas relativas al sexo, especialmente la de Menelao y Gisela, se desenvuelven más dentro del cauce de la apacible seducción que dentro del de la consumación del hecho o del delirio sensual, obsesivo, persecutorio.

Los adolescentes de *Gazapo* (Vulbo, Fidel, Tricardio, Mauricio, Jacobo, Nácar, Balmori) no son, respecto a su trato con el sexo, enfermizos, y resultan hasta recatados. Esto quiere decir que temáticamente la novela sale bien librada de un lugar común que pesa, en el género de su tipo, como indescargable lastre.

Por otra parte, la misma apacible seducción es indefinida, improbablemente real, inasible, sujeta no a lo que es sino a lo que puede ser, a lo posible, punto de partida temático de una generación en determinado momento y, ahí mismo, tránsito hacia la preparación técnica del relato.

En ese instante cabe ya el recurso creador puesto que tanto la seducción como otros hechos de la narración, son acciones figuradas o, bien, prefiguradas por el adecuado empleo de las cintas magnetofónicas y, sin duda, de la graba-

dora. Aquí, la importancia de las voces narrativas desaparece y no importa *quién* sino *cuándo* y *cuando* se narra.

El tiempo del relato es eje en la estructura de *Gazapo*; por lo mismo, carece también de interés si el lector desea fijarlo para apreciar el "cuándo fue" o el "cuándo sucedió", pero resulta riquísimo como experiencia literaria o verdadera labor de ficción si se juzga como multiplicidad temporal apta para el fluido y creador tejido narrativo.

El empleo del tiempo manejando el autor una grabadora y sus correspondientes cintas magnetofónicas es lo que define el hallazgo técnico y lo que, indudablemente, ubica a Gustavo Sainz como un novelista mexicano de talento en ambiciosa búsqueda relativista de tanto valor como la de Vicente Leñero en su novela *Los albañiles*. Acerca de *Gazapo* y su elaboración Sainz ha escrito lo siguiente en un librito autobiográfico publicado hace unos días:

Recomencé la novela una vez más, asustado al advertir que todos los capítulos terminaban igual, con una fórmula, que al final del libro era arquetípico: el clásico nudo a todos los cabos sueltos, a la Richardson, a la Hadley Chase. Había demasiadas anécdotas para conseguir un solo resultado: el mundo de varios adolescentes. Comencé a eliminarlas. Cambié los nombres de algunos personajes... Decidí que la relación de Menelao y Gisela era más importante que la de Mauricio y Bikina o la de Vu'bo y Nácar... Para utilizar distintas personas gramaticales y distancias del punto de vista, planteé un problema de estructura. Menelao cuenta todo en el curso de un lunes: escribe, habla, recuerda, graba o escucha grabaciones. La narración, excepto un flash-back, retrocede nada más hasta el viernes inmediato, y va hacia adelante hasta el miércoles o jueves, pero entonces en un terreno de hipótesis y posibilidades.

El hallazgo técnico en *Gazapo* no se circunscribe a la utilización de la grabadora ni se limita a la oportuna colocación de las cintas magnetofónicas, Gustavo Sainz incorpora otros recursos, no sólo las tradicionales cartas y diarios con el sello romántico de la etapa de la adolescencia sino también las conversaciones telefónicas.

En cuanto a los personajes, admitamos que aun cuando representan una esfera social en la que se deducen como víctimas y por lo tanto dependen de ella, viven su propia edad y la época que conforme a su pensamiento generacional les corresponde; esto quiere decir que amanecen y anohecen sin darse cuenta de los problemas que sufren sus familiares, o bien que si se percatan de ellos no les conceden la importancia vital que tienen.

Si observamos las acciones de Menelao y Gisela veremos que ambos se deslumbran ante dos imágenes localizables en las dos historias de *Gazapo*: la que refleja el seducir a la muchacha y la que se relaciona con la huida de Menelao de su casa; el pensamiento de los jóvenes nace y muere alrededor de las vivencias que estimulan estos dos puntos de sus vidas; sin embargo, ello no significa que la mentalidad adolescente sea rígida o que carezca del buen humor acorde con la edad del personaje; veamos:

—Estuve un rato con Gisela—le digo a Arnaldo, en el teléfono—. Te mandé saludar. Me contó un chiste formidable. Sabes en qué se diferencia un piano de un excusado "No", le respondí, para que dijera el chiste. ¿Ya te lo sabes?

—No—dice Arnaldo.

—Entonces nunca te voy a invitar a mi casa. Ja, ja. Yo también reí, como tú ahorita. Nos despatarramos de risa. Luego fuimos al supermercado y compramos tres sobres de seviche y un paquete de malvaviscos. Me robé un cuento de *La pequeña Lulú*. Gisela rió y me dijo que iría al infierno. Le dije que mejor, que el cielo estaba lleno de solteronas insípidas y de señores aburridos; que en el infierno está toda la gente interesante: artistas, perversas mujeres semidesnudas, políticos, delincuentes, magos, pintores, bellas adolescentes muertas sin confesión...

Pero como dijimos antes, viven su mundo muy apartados del de los demás, sean éstos mayores o menores que ellos; son personajes marginales en su propio medio; a Menelao, por ejemplo no le preocupa gran cosa el sentimiento de la madre que huyendo de sus deudores abandona la ciudad, o el del padre en conflicto con la actual mujer, o el de la abuela desvalida y casi inválida, o el del padre de Gisela enfurecido con él porque lleva a ésta a su departamento, su modo de entender la vida lo adivinamos cuando relata cómo conoció a su madre cuando era ya estudiante de secundaria:

—Mamá lloriqueaba muy artificialmente. Había muchos compañeros alrededor, no decían nada y nunca me dijeron nada. Parecía una representación teatral, ellos eran los espectadores, mamá resultaba una mala actriz. Pero para aliviar su actuación me dio cincuenta pesos y se despidió...

LUCILA LEAL DE ARAUJO, *Aspectos económicos del Instituto Mexicano del Seguro Social*, Edit. Cuadernos Americanos, 221 págs., México, D. F., 1966.

La autora de este libro advierte en necesario prólogo que su experiencia como investigador de los problemas económicos mexicanos, así como de Asesor Técnico—durante doce años—en el Instituto Mexicano del Seguro Social la responsabilizó para elaborar el presente estudio.

Hace cinco años, en un trabajo de regular extensión, al ocuparnos de las realizaciones del Seguro Social y de la seguridad social en México, dijimos que ambos no son frutos del azar o de la espontaneidad colectiva, sino que por el contrario son productos de una larga lucha, de un prolongado esfuerzo en el cual han participado, con sus mejores medios de acción, los trabajadores, los empleadores y el Estado.

Para hablar del Instituto Mexicano del Seguro Social y de sus realizaciones, que es hablar, concretamente, de la seguridad social en beneficio del

pueblo mexicano, es necesario aludir a esa lucha histórica, así como fijar algunos conceptos previos que proporcionen una visión más amplia acerca de lo que tales hechos sociales significan; éste, incluso, sería un buen camino para apreciar justamente el valor de las instituciones de progreso social en los países latinoamericanos, ya que permite comprobar cómo se responde en nuestro medio a los problemas seculares del hombre y cuál es nuestro aporte de soluciones para los mismos.

Lucila Leal de Araujo en su libro no se detiene en la importancia de tal lucha histórica ni se entretiene en fijar los antes dichos conceptos previos, simplemente procede a ocuparse de lo que a ella le interesa, de los *aspectos económicos* del Instituto y, para ello, ordena en la siguiente forma los capítulos del tomo: I, Organigrama; II, La población amparada; III, Ingresos; IV, Egresos; V, Las reservas del Instituto Mexicano del Seguro Social; y VI, Conclusiones. Cada capítulo viene reforzado por sus respectivos índices de cuadros y de gráficas. Por otra parte, la investigadora nos anticipa:

Las cuestiones fundamentales que se plantean son: la importancia de determinar si el régimen actual funciona en forma eficaz, como instrumento complementario de redistribución del ingreso; la necesidad de definir el criterio que fundamente la política de inversiones de este organismo: la extensión de sus beneficios a los diversos sectores de la población; la trascendencia del obsolescencia estructural en la eficacia y economía de las operaciones de dicha Institución y la necesidad de integrar este sector a una planificación de orden nacional.

Bien claro está, pues, que la autora para el desarrollo de su estudio da por investigados el origen e historia del Seguro Social en México y demás países preocupados por esta conquista arrancada al mundo capitalista; parte Lucía Leal de Araujo del dato puramente económico producido en el país durante veinte años (1944-63).

Se desprende de ahí que el libro está dirigido a personas enteradas e interesadas sobre el funcionamiento del Instituto como realización concreta, como un decidido logro del Estado mexicano; por ello, el cauce a seguir es el de la información básica, estadística o no, facilitada por los archivos de la propia Institución.

Mediante esa información los interesados en los *Aspectos económicos del Instituto Mexicano del Seguro Social* podrán conocer de cerca datos relativos a la problemática de la inseguridad economicosocial en la vida del hombre mexicano dependiente de su fuerza de trabajo para la satisfacción de sus propias necesidades.

Algunos de esos datos globalmente concentrados son, por ejemplo, que la cifra de 31,427 patrones afiliados en 1944 subió a 127,797 en 1963; que de 136,741 el número de trabajadores asegurados ascendió en veinte años a

más de millón y medio; y que los ingresos de 53 millones de pesos en 1944 alcanzaron la cifra de 3,126 millones de pesos en 1963.

Lucila Leal de Araujo, en uno de los párrafos del capítulo referido a las Conclusiones, redondea de esta manera sus preocupaciones sobre el tema:

Un país como México en etapa de transición económica, hacia niveles superiores, requiere el aprovechamiento máximo de sus recursos. Por lo tanto, no sólo se presenta la necesidad de incorporar su sistema de seguridad social a una planificación económica nacional, sino también la de que los diversos organismos, que integran este sistema, se coordinen en forma interna, para que la aplicación de sus programas de trabajo, signifiquen la canalización y utilización más adecuada de recursos, en beneficio del mayor número posible de la población mexicana.

ARTURO GIOVANNITTI, *Poemas-Poems*, Edit. El Corno Emplumado, 72 págs., México, D. F., 1966. Colec. Acuario.

En honor a la honradez, repetiremos algunos de los datos que el editor nos proporciona en sus Notas sobre Giovannitti; diremos que, nacido en Italia al finalizar el siglo pasado, vino a este Continente antes de la Primera Guerra Mundial y, ya residiendo en los Estados Unidos, fue el líder de la famosa huelga Lawrence de 1912. En la lucha de esa huelga un obrero fue muerto, y Giovannitti y Joseph Ettor, otro líder, fueron acusados de asesinato... Luego de diez meses de prisión ambos hombres fueron puestos en libertad.

El presente volumen es una edición bilingüe en la cual nueve de once poemas se publican en inglés y español, los dos restantes sólo en inglés, ya "que la versión española no haría justicia a su complicada versificación". Giovannitti, "hasta el día de su muerte, en 1959, escribió una extraña y poderosa poesía"; al sorprenderlo aquella se encontraba entregado, después de la edición (1957) de su poesía italiana titulada *Quando canta il gallo*, a la preparación de "un libro de poemas en inglés, que sus amigos publicaron póstumamente".

Socialista de la acción italiana y antifascista en todo momento, Arturo Giovannitti respalda con estos *Poemas* la lucha que mantuvo en alto los ideales de su vida; los once títulos que contiene este libro proporcionan material suficiente para extenderse sobre las excelencias de su poesía y la sinceridad de los motivos que la inspiraron. En un fragmento de "Cuando llegó el gran día", poema escrito para un aniversario de la Revolución Rusa, leemos:

Y he aquí que se cumplió la profecía, después de un millón de años,
después de mil doctrinas, después de un centenar de dioses,

sí, aun después del gran diluvio de la sangre en la más pequeña de las naciones, tal como fue profetizado.
 Porque el hombre que midió la tierra con la longitud de su látigo ha caído de su carreta y balbucea una oración en el polvo,
 y su corona, que brillaba más que el sol, ahora está tirada al suelo, como un juguete de un niño campesino,
 y su caballo, que atropelló a las naciones, está ahora uncido a un carro de estiércol,
 y su mastín, que desgarró la carne de los santos, ahora guía los pasos de un mendigo ciego;
 y la choza del hermitaño es ahora demasiado espaciosa para aquél, que consideró demasiado pequeña una provincia para sus perreras,
 y una rebanada de pan negro es más apetecible para él ahora que una montaña de oro... ¡Oh, mirad! La mujer se ha levantado y ha rasgado su vestidura de luto y ha sacudido el polvo de sus rodillas y se ha puesto la armadura... ha apagado las lámparas del templo y ha encendido una fogata en la colina y una antorcha a orillas del mar...

LUISA CARNÉS, *Los vendedores de miedo*, Edit. Alejandro Finisterre, 101 págs., México, D. F., 1966.

De la desaparecida escritora española Luisa Carnés el mismo editor había publicado ya otros dos títulos: el ensayo *Rosalía de Castro, raiz apasionada de Galicia* y el monólogo *Cumpleaños*; ahora le edita esta obra dramática en tres actos.

Unos datos acerca de la personalidad y la obra de Luisa Carnés no son inútiles al ocuparnos de su más reciente libro; el último título que publicó en vida —y que comentamos en esta revista hace nueve años— fue la novela *Juan Caballero*, en la que relata la lucha y el drama de un joven guerrillero español.

El ensayo sobre *Rosalía de Castro* (1964) publicado dos décadas atrás debe haber sido corregido para la nueva edición, pero la autora ya no alcanzó a verlo fuera de las prensas; en este libro Luisa Carnés se preocupa por hacer luz en la biografía de la gran poetisa española, sobre todo por combatir algunos prejuicios acerca de su origen.

En la novela y el ensayo se repite un sentimiento atribuido por igual a Juan y a Rosalía: la nostalgia, sentimiento que como se sabe era bien comprendido o entendido puesto que Luisa Carnés fue una republicana española asilada en México.

Cumpleaños y *Los vendedores de miedo* son, entonces, obras póstumas; esta última, cargada de responsabilidad, abierta a la comprensión de un problema social, político y bélico.

La temática de *Los vendedores de miedo* no está ubicada en ningún país, pero su desarrollo tiende a denunciar peligros químicos, de laboratorio,

que pueden amenazar a la población de cualquier Estado. La denuncia no se muestra en su aspecto político sino en su trascendencia humana y moral, aunque es indudable que aquél no está desligado de ésta. El contenido es, propiamente, la lucha de un hijo por convencer a su madre de que no debe aceptar la medalla que el Gobierno le da por la labor de su esposo, muerto cuando trabajaba como ingeniero químico en los laboratorios que preparan bacterias para la guerra. Un párrafo de diálogo sirve para orientarnos:

—¿Que si ha trascendido? ¿Crees que se puede hacer desaparecer al doctor Miller como un prestidigitador escamotea una baraja? Nadie se ha tragado lo de la enfermedad transmisible, sobre todo después del trabajo que se realizó hace un año, cuando unos cuantos estuvimos a punto de ir a la cárcel. Ya es del dominio público que en el laboratorio oficial se preparan bacterias para la guerra, aunque nadie, claro está, podría probarlo. Los periódicos están comprados, y los que ahí trabajan y exponen la vida, ignoran que trabajan para la muerte, e incluso para su propia muerte. Y si alguno sospecha, cierra el pico, por temor a las represalias del Gobierno. Ignoro si sería ese el caso de tu padre... Pero necesitamos saber la verdad.

La madre sostiene que no aceptar la medalla es condenar públicamente al marido; el hijo esgrime que aun cuando su padre haya sido una gloria nacional que va a ser enlodada por ellos dos, no importa puesto que existe el peligro del contagio a toda la población; el rechazo de la medalla significa un freno para los "experimentadores"; en cambio, aceptarla es un egoísmo y una crueldad incalculable.

La intensidad de esta obra de Luisa Carnés se mantiene precisamente en la difícil posición de la esposa que, desesperada, grita a uno de los funcionarios del Gobierno: "No soy política. Sólo soy una mujer, un ser humano; la viuda de un hombre bueno que han sacrificado en el altar de la guerra, sin haber disparado un tiro".

HORACIO RUIZ DE LA FUENTE, *El hijo de bronce*, Edit. Alejandro Finisterre, 70 págs. México, D. F., 1966.

De Horacio Ruiz de la Fuente es la primera vez que Finisterre publica una obra, misma que al parecer no pudo ser editada o "puesta" en la patria del autor, España. En verdad, Ruiz de la Fuente es un dramaturgo "blanco", o sea muy distante de lo que podría entenderse por subversivo, por "rosado"; si acaso, expresa instantes reales sociológicos, cargados de gran dramatismo, incluso de cierto tono sensiblero, como ha de constar a quienes recuerden su monólogo *Bandera negra*.

Sobre esa línea está elaborada la obra que ahora se le edita en México: *El hijo de bronce*, "comedia dramática en dos partes, la segunda dividida

en dos cuadros". De nuevo el centro de la preocupación es el hijo, sólo que aquí visto a través de una doble comprensión: la del padre, oficial del ejército, que desea verlo continuar la tradición, peleando en el frente de batalla, y la de la madre, socióloga pacifista, que le ha inculcado el desprecio a la guerra.

El hijo se inclina por las ideas de la madre y por ello sacrifica el amor a la novia que no desea casarse con un cobarde, soporta las burlas de los amigos que le llaman "gallina", pero, finalmente, contra su propia voluntad cede y se incorpora al ejército.

Para entender la tesis de esta obra de Ruiz de la Fuente, es necesario copiar fragmentos del diálogo sostenido por el hijo y el padre cuando éste alega la conveniencia de pelear en la guerra. Oigamos al hijo:

—...una vez más: me niego a ir a la guerra porque soy católico, apostólico y romano... Y para un católico, apostólico y romano, la guerra, por mucha dialéctica que se derroche, no puede ser más de lo que es: un desacato, una infracción a las normas divinas.

—Muy bien pero ¿en qué peligro se encuentra la patria si somos nosotros los que vamos a pelear a Europa, según tengo entendido? Por otra parte, a tal ¡deber! se opone otro, anterior y principal, ya que entre lo que se sirva disponer la Casa Blanca y aquello que Dios me dejó muy recomendado... me inclino por Dios, resueltamente.

—Tampoco, papá: nuestras leyes me conceden el derecho... y a él me acoyo... de negarme a matar cuando tal negativa se fundamenta en mis creencias religiosas... pero aunque no fuera así, ¡no iría!; no acataría una ley que me obligase a matar... porque las leyes, para obligar, han de ser justas, ¿comprendes?, y la guerra no es más que la manifestación de un salvajismo que hay que borrar del planeta... y con esto creo haber contestado a tus preguntas. ¡He dicho!

El padre, el coronel Cobb, trastocando valores reprocha:

—¡Tú... eres un jovencuelo... un ¡mequetrefe! con la cabeza atiborrada de estúpidos idealismos, ¡eso es lo que eres! ¡Y mucha parte de la culpa le corresponde a tu madre, sí, señor, que a poco te hace cura... y que te envienó con sus libros ¡pacifistas! y... con esa ¡adoración! que parece que... que lo único importante que hay en el mundo eres tú y que todos los demás no somos más que... que porquerías, eso es! ¡Buen hijo me dio, sí, señor! ¡No puedo agradecérselo, con todos los diablos!

El final de esta "comedia dramática" es el sacrificio del hijo, la complacencia del honor militar del padre y el enloquecimiento y muerte de la madre, quien no se conforma con el trueque que presupone dejar de tener el hijo de carne y hueso en casa para admirarlo, ya convertido en estatua de bronce, en el centro de la plaza de su pueblo natal.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO, *Siete de espadas*, Edit. Joaquín Mortiz, 76 págs., México, D. F., 1966. Colec. Las Dos Orillas.

No es ocioso recordar con motivo de la aparición de este nuevo poemario del poeta veracruzano, algunas afirmaciones expresadas al ocuparnos en anteriores títulos suyos, especialmente porque *Siete de espadas* conserva no pocos motivos de dichos títulos. En efecto, afirmamos entonces que desde los poemas que integraron el volumen *Imágenes* (1953) Rubén Bonifaz Nuño se mostró estudioso y practicante del limpio afán formalista, limpieza que se hermanaba con lo nítido y claro de sus conceptos.

Por supuesto, con ello no deseamos significar que su producción es uniforme ya que, si bien se juzga, el poeta procura separarse en cada libro que publica, para lo cual intenta todos los cambios posibles dentro de las categorías de forma y contenido. Quizá por ello su mejor identificación consiste en no parecerse a ningún otro poeta mexicano y hasta se distancie de él mismo en la creación poética de sus libros anteriores; su bien ganada independencia estética se origina de su constante búsqueda y de su inconstancia con el constante hallazgo.

Y precisamente, en base de las modalidades logradas Bonifaz Nuño ha erigido una personalidad armónica con su voz poética, aun cuando ésta recorra las variantes que van de la observación realista en *Los demonios y los días* (1956) a la fraternización social en *Fuego de pobres* (1961), pasando por la entonación amorosa en *El manto y la corona* (1958) y la visión histórica en *Canto llano a Simón Bolívar* (1958).

En esta reiterante búsqueda el poeta ha llegado a las ciento cuarenta y tres estancias de su *Siete de espadas*, poemario donde el rigor conceptual y métrico nos sumerge en un caudal poético y distinto de lo que ya conocíamos en la creación de Rubén Bonifaz Nuño, distinto por dos observaciones: porque la temática sintetiza las diversas experiencias contentivas expuestas por aparte en cada uno de sus libros, y porque las figuras literarias construidas de verso a verso están logradas mediante el manejo de la precisión en el empleo de las palabras, sublimándolas a tal punto que nos hace pensar no en lo que es (poesía que canta lo hermosamente cotidiano) sino en una poesía difícil, decidida por ocultas claves subjetivas. Comprobemos algo de este aserto:

20

Nadie, ya, tenga miedo. Juntos
 los enemigos lloran. Ya septiembre
 de alcohol melancólico su guerra
 infantil abandera, y en la plaza
 trajes de fiesta, la maldita
 tristeza, y las mujeres. Y arma el canto
 —dando vueltas— de la patria pobre.

21

Chispa en nube de piedra;
 fiebre en casa de vidrio ensismada;
 en mar de cera llama retenida;
 relámpago fluvial domado
 en cauce de oro de carbón fluyendo;
 muchedumbre bucal del grito, sordas
 paredes del hambre que lo encierra.

23

Despojo, el despojado; ya vendido
 de raíz. Ya en ayunas, ya en silencio
 bajo su casa derrumbada
 por el que vino a gobernar. De ruinas
 vino su gobierno, de ir cayendo
 y luego no ser otro, y aunque fuera
 ni modo de llorar. Y sin palabras.

104

A lo menos nos alumbre, amantes
 desvalidos por años, la memoria
 tragaluz del muslo incombustible,
 la quemazón de aromas verdes,
 y la creencia en que será vedada
 —bárbara— la invasión de los espejos
 de alquiler que alguna vez poblamos.

VARIOS RESPONSABLES, *Anuario estadístico*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 514 págs., México, D. F. 1965.

La palabra "estadística" no resulta muy atractiva para quienes no están familiarizados con alguna de las especialidades o disciplinas académicas que con ella se vinculan; se piensa en la "estadística" y de inmediato la mente prejuiciosa se emborrona anticipadamente de raras abstracciones, columnas, centenares de datos, miles de números o cifras, "curvas", índices, "rectas", "vacíos", etc.

Sin embargo, la realidad que expresa un cuadro o un volumen relacionado con la estadística no es otra que la realidad que en poco o mucho alcanza el interés de cada ciudadano.

La Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México ha puesto en circulación un *Anuario estadístico*, de gran volumen, correspondiente a 1963; en él, un poco de paciencia y mucho de curiosidad nos lleva a comprobar lo útil que resulta cada página, cada cuadro, cada dato en lo referente a la vida administrativa universitaria; nos elimina la pereza mental o el prejuicio que hemos mantenido en reserva durante tanto tiempo al pensar, quizá, en eso que conocemos como "estadística".

El presente *Anuario* relativo a la U.N.A.M. trae a manera de introducción unos párrafos de Diego López Rosado, quien, entre otros puntos de interés, escribe:

En general, esto representa el conjunto de gráficas que ahora se inauguran, con ellas tratan las autoridades universitarias no sólo de señalar los avances, los cuales quedarán plasmados en la declaración de las diferentes gráficas y de las cifras, sino también se tiene el propósito de señalar los esfuerzos que aún necesitamos realizar, si es que la Universidad Nacional Autónoma de México desea cumplir en forma cabal la misión que se le ha encomendado. Ello no podrá realizarse si todos los que participan en la vida universitaria y en general todos, los que de alguna manera están conectados con ella, no entienden y conocen sus problemas a través de esta información y los aquilatan con un espíritu crítico, pero también con el propósito sano y noble de ayudar a la Universidad, a las autoridades, a sus profesores, a sus investigadores y a sus alumnos, para que igualmente realicen esta tarea con un criterio más realista...

JAIME GIL DE BIEDMA, *Moralidades*, Edit. Joaquín Mortiz, 76 págs., México, D. F., 1966. Colec. Las Dos Orillas.

Ignoramos si el título que nos ocupa incluye los *Cuatro poemas morales* difundidos por su autor en 1961, pero sí sabemos que el volumen contiene treinta y tres poemas cuya temática se escinde entre lo íntimo o amoroso, subjetivo, personalísimo y lo exterior o político ligado al problema del franquismo, problema que el poeta, Jaime Gil de Biedma, como español no podría eludir.

Para quienes no conocen la obra de este autor será útil apuntar que nació en (1929) Barcelona, que es traductor y prologuista de T. S. Eliot, que ha escrito un ensayo denominado: *Cántico, el mundo y la poesía de Jorge Guillén* (Edit. Seix Barral, Biblioteca Breve, 145), que se dio a conocer en 1953 con el poemario *Según sentencia del tiempo*, que seis años después publicó *Compañeros de viaje* y que, el año pasado, le editaron *En favor de Venus*.

La poesía de Jaime Gil de Biedma es, como la de muchos de su generación, una poesía clara, sonora e incorforme; dicha inconformidad no sólo es válida en el tema político o social, se nota aun en el lírico; no obstante, nos inclinaremos por el primero a fin de tener oportunidad de copiar estos versos referidos a la situación de España; concretamente al aspecto de esa situación recogido en el poema "En el Castillo de Luna":

Hoy te miran cano y viejo,
ya con la muerte en el alma,
las paredes de la casa
donde esperó tu mujer

tantas noches, tantos años,
y vuelves hecho un destrozo,
llenos de sombra los ojos
que casi no pueden ver.

En abril del treintainueve,
cuando entraste, primavera
embellecía la escena
de nuestra guerra civil.
Y era azul el cielo, claras
las aguas, y se pudrían
en las zanjas removidas
los muertos de mil en mil.

Ahora vuelve a la vida
y a ser libre, si es que puedes:
aunque es tarde y no te queden
esperanzas por cumplir
.....
España después de todo
se parece a una prisión.

CARLOS D. HAMILTON, *Nuevo lenguaje poético, de Silva a Neruda*, Edit. Instituto Caro y Cuervo, 261 págs., Bogotá, Colombia, 1965.

Un viejo proyecto de este acucioso investigador de la literatura, Carlos D. Hamilton, pudo realizarse cuando, nombrado catedrático del Seminario Andrés Bello en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, impartió un curso sobre el nuevo lenguaje poético abarcando de José Asunción Silva a Pablo Neruda.

Valioso del libro que ahora recoge los frutos de aquel proyecto convertido en curso de seminario es la libertad del autor para aceptar, difícil si consideramos que escribe y sirve cátedras en los Estados Unidos, la delimitación del valor poético y el político o social.

Carlos D. Hamilton expone la evolución del lenguaje poético en nuestra lengua a través de las tendencias y escuelas literarias "de las dos orillas del mundo hispánico, así como también mediante la aportación creadora de dieciocho poetas; entre Silva y Neruda algunos de los incluidos son: Darío, Jiménez (Juan Ramón), Machado (Antonio), Nervo, Lorca, Vallejo, Huidobro, Guillén (Nicolás) y, el más joven de los dieciocho, Jorge Enrique Adoum; respecto a éste e ilustrando lo de la liberalidad del autor, que atrás apuntamos, transcribimos:

Quiero presentar a un poeta que no figura todavía en las antologías, cuyo nombre ignoran aún los historiadores de la literatura hispanoamericana... Su ideología marxista, opuesta a la mía, como reconocía el poeta en carta-*envío*

de su último libro, no me impide estimar su alta poesía ni le impide a él ser un buen poeta... Revolucionario, en política y en poesía, entre la íntima melancolía de Vallejo y el desborde imaginero de Neruda; más musical y menos rico que Neruda; más rebelde y menos hondo que Vallejo, tiene Adoum una seriedad comunicativa que asimila toda la amargura y el odio reconcentrado en milenios de arcilla primordial pisoteada por la historia.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

EL ESCARABAJO DE ORO, Revista sospechosa, Director: Abelardo Castillo, Núm. 30, Buenos Aires, Argentina, 1966.

No es ahora la primera vez que nos ocupamos de esta revista argentina, ni la primera que aseguramos nos parece una de las más originales que se publican en nuestro idioma; original por su composición tipográfica, por su exigencia en materia de cine, teatro, literatura y posición política de los artistas e intelectuales, y por su "modo" irónico de abordar los problemas más serios de nuestro tiempo. Ese "modo" que en este número treinta se advierte en el ("Pitecantropus erectus") Editorial referido a los esfuerzos que los redactores del *Escarabajo de Oro* han realizado para alcanzar el *Sexto Aniversario*; en unas líneas comprobamos: "Eramos seis, en una mesa del viejo Café Cultural, el otro, y al decir 'viejo' ya empezamos a notar que pasa el tiempo, que también a uno le cambian la ciudad, que cualquier día no vamos a sorprender diciendo: esto que les cuento sucedió allá por el '59, cuando aún había tranvías en Buenos Aires. Eramos seis, pues. Y estábamos a punto de sacar 'El grillo de papel', todavía sin nombre. Varios comenzaron a echarse atrás, a asustarse ante la inminencia de algo que, días antes, era lindo y no muy comprometido. Uno de nosotros dijo que había que salir; sacar, aunque sea, un número. Otro dijo: no. O nos ponemos como límite, por lo menos, treinta, o no vale la pena pensar en una revista. Gran silencio. Otro dijo: si ustedes no se animan, yo me animo, con él solo. Y te animaste y así fue, Liberman. Con la diferencia que nos pasamos de treinta, si me dejas que sumémos los de 'Tiempos Modernos'... Y bien. El primer número fue de 30 números, lo que significaba, claro, cinco años por lo menos de andar juntos. Fueron seis años. El segundo límite es a morir".

Entre los trabajos que aquí se publican destacan los de Julio Cortázar ("Sobre Leopoldo Marechal"), Raúl Roa Bastos ("Imagen y perspectiva de la literatura hispanoamericana"), Abelardo Castillo ("Negro Ortega"), Jean Paul Sartre ("Coloquio en Praga"), Ernst Fisher ("Sobre el arte y las masas"), Max Brod ("Kafka, el antisemitismo, Israel, la Unión Soviética, y *El vicario*"), Franz Kafka ("Final inédito de *El castillo*"), Bertolt Brecht ("Historia del señor Keutner") y Samuel Beckett ("La partida, pieza en 1 acto").

Cualquiera de estos trabajos contiene méritos suficientes para estimular el comentario o la transcripción; no obstante, debido al auge que goza el

novelista francés Robbe-Grillet, a los centenares de seguidores de su tendencia novelística, a sus tesis polémicas respecto a la construcción relativista, seleccionamos y transcribimos párrafos del lúcido ensayo escrito por el novelista argentino Ernesto Sábato, quien en desacuerdo con el francés sostiene:

El principio fundamental de que parte este narrador es que existen dos maneras de escribir una novela: En la de antes (cuando él dice "antes" quiere decir, modestamente, antes que RG) el autor desciende o pretende descender al alma de sus personajes mediante el tradicional método del análisis psicológico, analizando la conciencia como un químico hace con una materia cualquiera... La otra, la novedosa, consciente de que esa pretensión es falsa, que es imposible descender al alma de los personajes mediante el análisis, que es ridículo hablar de una conciencia que nadie ha visto ni verificado, procede exactamente al revés, limitándose a dar una visión externa de los personajes, como pudiera hacerlo una cámara cinematográfica, registrando la superficie de los rostros y seres que nos rodean, describiendo sus gestos, sus voces, sus silencios, sus distancias.

¿Por qué habremos de renunciar a esa internación en el alma del personaje? Si yo soy un hombre de ciencia y quiero estudiar a los monos, es natural que deba hacerlo sobre la única fuente de información de que dispongo, que son los movimientos que el animal hace al buscar una banana, al pelarla, al comerla, al disputarla con otros animales de su cercanía, etc. Si soy un psicólogo que quiere estudiar el alma de un hombre, sería bastante tonto al ceñirme a esa metodología óptima para monos o ratones, ya que dispongo de otras inapreciables ventajas: preguntarle a mi hombre sobre lo que siente y piensa, oír sus sueños, hipnotizarlo y escuchar sus frases, etc. Pero si soy novelista, entonces el famoso conductismo es ya no sólo una equivocación sino una falacia, pues es harto sabido que los personajes fundamentales de una novela salen del corazón del propio autor, y es muy tonto o muy mal escritor o muy candoroso si hace la comedia de la prescindencia o 'a objetividad. Pero a esto me referiré en otra parte.

Resumiendo, pues, no tenemos por qué pasar de los átomos a los monos. El hombre no es un átomo, pero tampoco es un mono. Y no veo la ventaja de escribir novelas como si lo fueran... El auténtico dilema no es ese. El auténtico dilema es el de la vieja concepción mecanicista y abstracta del atomismo con la nueva concepción fenomenológica de la existencia. Desde Husserl sabemos que es apócrifa y abstracta la separación entre el sujeto y el objeto, y que ni el yo existe sin el mundo que lo rodea ni el mundo sin el yo. Y el novelista de hoy debe dar la descripción *total* de esa interacción y debe mostrar la sutil trama que vincula lo más profundo de la subjetividad de un ser humano con lo más externo de la objetividad: en el árbol que pinta Van Gogh está su autobiografía, pero el escritor va más allá pues puede valerse de instrumentales que desdichadamente no tiene el pintor a su alcance para describir los abismos de su conciencia y el mundo de sus sueños: riqueza portentosa que el llamado objetivismo extremo tiene fatalmente que perder.

Una rigurosa descripción de la realidad externa debería hacerse con todos los sentidos. Pero, cosa singular, en RG predomina en forma abrumadora la descripción visual, el más intelectual y abstracto de los sentidos; a veces se oyen voces y algún ruido; casi nunca, que yo recuerde, hay sensaciones táctiles u olfativas. Si tenemos presente que el viejo método del análisis es un resultado de la mentalidad científica, resulta significativo que este escritor

elija precisamente el más intelectual de los sentidos, ese sentido que por algo figura en toda la historia de la filosofía con palabras como "especulación", "idea" e "intuición"... De acuerdo con la doctrina de la total prescindencia del autor, no se comprende por qué escribir precisamente *La jaulouie*. Una novela en que el autor no interviniese tendría que ser una vasta, qué digo, una *total* descripción del universo entero; y para limitarnos a la tesis conductista, de todo lo visible, audible, palpable, gustable y olible. Cualquier selección de un tema sobre otro, otro, de un objeto sobre otro, de un ser humano sobre el vecino, sería una intolerable intervención del autor.

Quedaría por examinar la furia antimetáforica de RG, pues para él todo lo que no sea un lenguaje literal y sustantivo es repudiable, pues tiene que ver con ese mundo de la psicología profunda que considera apócrifo y escarnece... Digamos, en resumen, que a las inconsecuencias filosóficas y a la vasta pretensión estética se une en el caso de RG su mala fe. Pues él sabe, como todos, que el autor no puede estar sino presente: elige un tema y no otro, elige este personaje y no aquél. Elige esos dos personajes que deben estar en una plantación lejos del poblado para que pueda suceder el equívoco viaje de los presuntos amantes. Elige no sólo sus personajes, sino su carácter, las palabras que pronuncian o susurran. Incluso las elige con suma astucia.

En este número hay trabajos de: Dardo Cúneo, Enrique Revol, Víctor García Robles, Jorge Vázquez, Ezequiel Martínez Estrada, Juan José Manauta, Liliana Hecker, Lelia Varsi, Alberto Lagunas, Adriano González León, Arnoldo Liberman, Marcelo Covían, Carina Trilnik, Witold Gombrowicz, Oscar Wilde, Thomas S. Eliot, Seguei Bondarchuk, Carlos Alonso, Raúl Schurjin y José Guadalupe Posada.

BOLETÍN DEL CONSEJO MUNDIAL DE LA PAZ, por la Presidencia: Isabel Blume, Año XIII, Núm. 3, Viena, Austria, 1966.

Ciencia, arte, hombre, cultura, civilización, todo, no cabe duda, puede conducirse a un abismo si una mínima chispa se deja inflamar hasta convertirse en una catástrofe nuclear; de ahí la importancia de insistir una y otra vez sobre la necesidad de apagar no esa chispa sino ese creciente incendio que es la guerra en Vietnam.

Revisando las publicaciones que se preocupan por mantener en estado de alerta a las poblaciones de los distintos países del mundo, acerca del peligro que entraña la intransigencia norteamericana para continuar asediando y bombardeando a Vietnam, los boletines del Consejo Mundial de la Paz son, quizá, los órganos de difusión que más conscientemente nos informan de la magnitud del peligro antes dicho.

En el ejemplar de abril que tenemos a la vista se nos dan toda clase de informaciones sobre los esfuerzos de los pueblos para evitar que lo de Vietnam siga adelante y pueda convertirse en una devastación nuclear; una fotografía de la primera página muestra a más de cien mil manifestantes

en la Piazza del Popolo en Roma; luego, en páginas siguientes, respaldadas con fotos, hay noticias relativas a la movilización de hombres y mujeres en grandes masas para protestar por lo que consideran una indescriptible injusticia; esas grandes masas se hacen presentes en los mismos Estados Unidos, donde sólo en Nueva York una manifestación de 50 mil "personas —excombatientes, estudiantes, sacerdotes, profesores, mujeres—" desfilaron por la Quinta Avenida como "un ejército que avanzaba convencido de lo que debe hacerse, sin pánico ni histeria"; al igual que esta manifestación de repudio al Gobierno de los Estados Unidos por su intervención irracional en Vietnam han desfilaro, como otros cien ejércitos, otras masas en otras tantas ciudades norteamericanas.

En Francia, los hombres y mujeres de ciento veinte ciudades se han manifestado contra aquella agresión estadounidense; en una sola ocasión "quince mil parisinos ocuparon la Plaza de la Concordia reclamando el *Cese de la agresión*, y la *Paz para el Vietnam*. El mismo grito resonó en Brive, Nimes, Blois, Burdeos, Amiens, Langres, Grenoble, Orsay; Poitiers... a lo largo de tres jornadas de acciones".

Otros países en los que se recolecta dinero, se organizan grandes marchas y se manifiestan en todas formas a favor del pueblo vietnamita y en contra del gobierno de los Estados Unidos, son: Argentina, Chile, Panamá, Puerto Rico, Canadá, Australia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Suiza, Japón, Líbano, Austria, Brasil, Grecia, India, Israel, España, Holanda, Perú y, por supuesto, todos los países socialistas.

El presente *Boletín*... trae como Suplemento una documentación tendiente, también, a informar sobre los puntos importantes acordados durante la reunión de la Presidencia del Consejo Mundial de la Paz, celebrada en Budapest el 20 y 21 de marzo de 1966; entre esos puntos ("Proposición de acción por el desarme y por la no proliferación y la no diseminación de las armas nucleares", "Mensaje al pueblo español", "Declaración sobre los problemas de África", "Telegrama al Presidente Kwame N'Krumah", etc.), sobresalen, en nuestra opinión, dos: del primero, "Llamamiento internacional a la acción en favor del Vietnam", copiamos estos párrafos:

Han transcurrido más de 11 años desde la firma de los Acuerdos de Ginebra sobre el Vietnam, en 1954, y el Sur Vietnam continúa siendo el teatro de una guerra de agresión, proseguida por el gobierno de los EE.UU. El mundo entero condena la guerra llevada a cabo por el imperialismo norteamericano, violando con ello los Acuerdos de Ginebra de 1954. Anualmente mueren millares de hombres y son absorbidos miles de millones de dólares y un inmenso material. La llegada incesante de refuerzos acelera la "escalada" de la agresión. De esta forma queda desonmascarada la falaz "ofensiva de paz" del Presidente Johnson... En todo el mundo, aquellos que aman la paz elevan una enérgica protesta, que reviste múltiples formas, contra la política del gobierno norteamericano que recurre a una ingerencia injustificada y a la agresión del Sur y Norte del Vietnam. Expresamos nuestra calurosa solidaridad

al heroico pueblo del Sur de Vietnam que, con la resistencia victoriosa que opone a la agresión de los EE.UU., aporta una gran contribución a la lucha por la paz y la libertad.

Esta guerra, impuesta al pueblo vietnamita que lucha legítimamente por su libertad y su independencia, le ocasiona grandes pérdidas y constituye un obstáculo que le impide construir su país y una vida feliz en la paz. Para el pueblo norteamericano constituye una afrenta a su honor y un derroche ilimitado en vidas humanas y material... Hacemos un llamamiento a los pueblos de todos los países para que actúen en pro del restablecimiento de la paz en el Vietnam. El 20 de julio de 1966 marcará el duodécimo aniversario de la firma de los Acuerdos de Ginebra. Este día, organicemos un encuentro internacional en Ginebra y mítines en cada país para exigir que el Gobierno de los EE.UU. respete y aplique estrictamente estos Acuerdos. De esta forma estimularemos mucho más las actividades variadas y numerosas de diferentes regiones del mundo... Podemos y debemos acelerar la llegada del día en que el pueblo vietnamita pueda decidir de su propio porvenir sin la ingerencia del extranjero.

Y del segundo punto de la mencionada Documentación, "Declaración sobre el empleo cada día más intenso de productos químicos y gases tóxicos por los imperialistas yanquis en el Vietnam", transcribimos este fragmento:

Pruebas irrefutables muestran que durante esta guerra de agresión los Estados Unidos utilizan abierta y continuamente, sobre regiones cada vez más importantes del Sur Vietnam, gases tóxicos y armamentos químicos cada vez más potentes con el fin de exterminar las poblaciones civiles y destruir las cosechas. Estos actos bárbaros e inhumanos están expresamente prohibidos por las leyes internacionales y constituyen un desafío a toda la humanidad. Al no haber conseguido vencer al pueblo vietnamita con su salvaje guerra, llevada a cabo mediante el empleo de las armas más modernas, el gobierno de los Estados Unidos recurre ahora al genocidio; al perpetrar actos tan inhumanos, los agresores norteamericanos violan las leyes internacionales. No solamente han recurrido a la guerra química, sino que también destruyen escuelas, hospitales y otros objetivos no militares del Sur y el Norte Vietnam.

La Presidencia del Consejo Mundial de la Paz... hace un llamamiento a todas las personas amantes de la paz y a todos los defensores de los derechos del hombre, particularmente los médicos y los sabios, para que condenen severamente y hagan cesar inmediatamente la acción inhumana que representa el empleo de productos químicos y de gases tóxicos contra el pueblo del Sur Vietnam, para que refuercen su campaña de solidaridad con el pueblo vietnamita en su justa lucha por la defensa de su independencia nacional y, con ella, de la libertad de los pueblos del mundo entero.

TESTIMONIO, Revista de Artes y Letras, Dirigen: Lupo Hernández Rueda, Luis Alfredo Torres, Alberto Peña Lebrón y Ramón Cifre Navarro, Núm. 17, febrero, Santo Domingo, República Dominicana, 1966.

Las noticias que la prensa internacional nos sirve respecto a República Dominicana en el instante de escribir estas líneas, no son determinantes en

lo que afirman, pero sí, desde ya, dejan entrever lo que ha sucedido o lo que está sucediendo en aquella mitad de la Isla mártir: los enemigos de la auténtica democracia, los explotadores del pueblo dominicano, han utilizado todos los medios a su alcance —represión, terror, fraude, etc.— para evitar que Juan Bosch gane el ascenso al Gobierno; de otra manera no se explica que un pueblo que ha peleado denodadamente por sacudirse el yugo trujillista, vote, en elecciones "libres", precisamente contra el candidato que le garantiza la destrucción de dicho yugo.

Por el momento, la misma prensa internacional informa que centenares de jóvenes recorren las calles gritando su descontento contra el fraude electoral ("si Juan Bosch no coge el mando, volveremos a los comandos"), que la Policía apresa a los partidarios del candidato popular, que miembros de la escolta de Héctor Aristy, ex Ministro de la Presidencia Constitucionalista, fueron muertos por la Policía cuando trataron de protegerlo, que ante la ola de terror desatada por los militares pro oligarcas e intervención norteamericana no pocos ciudadanos han buscado el asilo diplomático; en fin, que actualmente República Dominicana continúa viviendo un estado de tensión nada disminuido del que empezó a soportar en abril de 1965, cuando la invasión norteamericana arrebató al pueblo dominicano el triunfo contra el entreguismo oligarca o los remanentes del trujillismo.

Los párrafos anteriores se nos ocurrieron después de indignarnos hojeando esta revista *Testimonio* que, por el contrario, no da testimonio de nada vital, que da la impresión a través de sus colaboradores y editores de vivir en un país utópico donde nada sucede como no sea lamentarse de la incomprensión de otros intelectuales que no buscan la "unión"; así es, esos párrafos se nos ocurrieron al encontrarnos con una publicación de "Artes y Letras" dominicanas donde lo primero que leímos en su Editorial, es:

Dentro del hondo malestar que agobia y divide a la familia dominicana, hay señales alentadoras. La Dirección General de Bellas Artes anuncia el inicio del próximo período de Conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional...

Por supuesto, quizá uno sea demasiado ingenuo, pero en principio creímos que las "señales alentadoras" se referían a la salida de los norteamericanos de la Isla, o bien al sometimiento de los militares y de la Policía a la voluntad popular. Ni modo, qué más pueden pedir los dominicanos que sentarse a escuchar a la Orquesta Sinfónica Nacional sobre el recuerdo de sus muertos y frente a la realidad de las bayonetas intervencionistas.

Luego, en otra parte, el editorialista se duele de que los escritores e intelectuales anden divididos y de que no se haya podido reestructurar la Sociedad Dominicana de Escritores.

Pero la verdad es que esta revista fue fundada algunos meses antes del trágico abril dominicano, y que tuvo tiempo y oportunidad para convertirse

en una tribuna del pensamiento indignado de la intelectualidad de aquel pueblo invadido y ensangrentado; sin embargo, los editores, que obtienen "ayudas" o subsidios de la Administración de la Lotería Nacional, de la Sociedad Industrial Dominicana, de los Molineros Dominicanos, de la Compañía Nacional de Seguros, de la Radiotelevisión Dominicana y de Fomento Industrial, optaron por anticiparse a cualquier justo reproche e imprimieron entre los puntos que guían su responsabilidad y su ideario que "*Testimonio* es un órgano de cultura, no una revista política".

¡Perfecto, muy cómodo! Recogen una vieja y oportuna tesis: no ensuciar el arte con politiquerías; en este caso ¿cuál arte?, ¿el de los que subsidian a la revista?, ¿el de los que pagan el comedido silencio?, ¿el arte de los industriales que se macularía recogiendo la denuncia popular?, ¿cuál arte?, ¿el de los que piensan en la Orquesta Sinfónica Nacional ejecutando sobre promontorios de cadáveres del pueblo dominicano? Por otra parte, quién les ha dicho a estos intelectuales dominicanos que la cultura no tiene nada que ver con la política, cuando ellos mismos, al hacer esa diferenciación que adula a los subsidiadores, están, precisamente, jugando a la abstención política que, en su caso, es una manera de "hacer política" y por lo tanto de involucrar a determinada cultura, aunque sea la de ellos, la marginal a lo que sucede hoy y ahí social y políticamente.

En cuanto a las colaboraciones, juzgadas desde un punto de vista estrictamente literario, no pueden ser más inocuas; no hay un cuento que se acerque, siquiera vergonzosamente, a la categoría relativista del político Juan Bosch, ni un poema que nos recuerde algo del arte social o comprometido en la poesía del ilustre Manuel del Cabral. Sí, las colaboraciones son tan indignantes como el Editorial, pero por lo menos en él se refiere a "los hechos sangrientos iniciados en abril, 1965" como un motivo por el cual los escritores han interrumpido sus importantísimas actividades.

Además, en ese Editorial, sin sarcasmo ni buen humor, el desorientado editorialista anuncia con no envidiable entusiasmo:

De modo, que el panorama intelectual y artístico dominicano empieza a animarse, después de la sangre de hermanos derramada. Quiera Dios que la paz sea duradera y el progreso económico estable, para que nuestras actividades culturales se encaucen por un sendero definitivo de superación... Se ha anunciado también, la reorganización del Teatro Escuela de Arte Nacional.

En este número hay trabajos de: Domingo Moreno Jiménez, Freddy Leonel Rosario, Alberto Baeza Flores, Jorge Lara, Federico Henríquez Grateaux, Sócrates Nolasco, Manuel Valldeperes y Alfredo Lebrón Pumarol.

COMENTARIO, Publicación bimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información, Director: Mario Scheingart, Año XII, Núm. 45, noviembre-diciembre, Buenos Aires, Argentina, 1965.

En este número hay trabajos de: Emil L. Fackenheim, Boleslao Lewin, Carlos Villafuerte, Martín Buber, Alberto Blasi Brambila, Maurice Friedberg, E. Revello, Seymour Martin Lipset, Horacio Hugo López, Carlos Mastronardi, Juan Bartleby, Juan Pinto, Carlos A. Velazco, Fernando Rosemberg, Juan Jacobo Bajaría y Mateo Kaufman.

CUADERNOS DEL GUAYAS, Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Director: J. A. Falconi Villagómez, Año X, 2ª Epoca, Núm. 20, marzo, Guayaquil, Ecuador, 1966.

En este número hay trabajos de: Carlos Ordóñez Goetta, Jacques Walzter, Teodoro Alvarado Garaicoa, Arteaga Calderón, Nicol Fasejo, J. A. Falconi Villagómez, Ignacio Carvallo Castillo, Mercedes Arzube de Roca, Ezequiel González Mas, Luis Pastori, Arturo Croce, Otto Raúl González, Luisa Pasamanik, Angela Name de Miranda, J. J. Pino de Icaza, Agustín Retto A., F. J. Falquez Ampuero, Ernesto Noboa Caamaño, María Lorena, Margot Reyna, Francisco Pérez Febres Cordero, Carmen Acevedo Vega, J. C. Sánchez Vinces, Medardo Angel Silva, Alejandro Carrión, Augusto Arias, Esperanza Matheus de Peña, César Tiempo, Zoraida Vásquez de Maechier, Francisco Huerta Rendón, Santos Miranda, J. M. Egas, José Manrique Izquieta, Miguel Sánchez Astudillo y Zulema J. Blacio G.

LETRAS DEL ECUADOR, Director: Gonzalo Maldonado Jarrín, Año XX, Núm. 132, diciembre, Quito, Ecuador, 1965.

En este número hay trabajos de: Hugo Alemán, Alfonso Moscoso, Dora Isella Russell, Frank Peñalosa, Jean Aristiguieta, Lupe Rumazo, Alejandro Carrión, Augusto Arias, Fray José María Vargas, Cristóbal Garcés Larrea, Gonzalo Maldonado Jarrín, Francisco Alexander, José Alfredo Llerena, Jorge Crespo Toral, Arturo Weilbauer, Paulo de Carvalho-Neto y Carlos A. Rodríguez.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maraval, Número 193, enero, Madrid, España, 1966.

En este número hay trabajos de: Emiliano Aguirre, Soledad Ortega, Manuel Pinillos, Diego I. Matco del Peral, Juan Gil Albert, Fernando Qui-

ñones, Francisco Umbral, Graciela de Sola, José Ignacio Martín Artajo, José Antonio Gómez Marín, Carlos José Costas, Antonio Genovés, Carmen Bravo Villa-sante, Enrique Conde Gargollo, Emma de Cartosio, Ricardo Doménech, Manuel Sánchez Camargo, José Blanco Amor, Rafael Soto Vergés, Antonio Romero Márquez, Raúl Chávarri, Andrés Amorós, Romano García, Pilar Gómez Bedate y Enrique Ruiz-Fornells.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación mensual, Director: José Ortega Spottorno, Año IV, 2ª Epoca, Núm. 36, marzo, Madrid, España 1966.

En este número hay trabajos de: José Medina Echavarría, Heinz Dombrowski, Manuel García Pelayo, Juan Gil Albert, Salvador de Madariaga, Rafael Lapesa, James F. Drane, Alberto Adell, Manuel Villegas y P. Palazuelo.

HISPANIA, Publicación trimestral del The American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, Editor: Irving P. Rothberg, Vol. XLIX, Núm. 2, mayo, Massachusetts, Estados Unidos, 1966.

En este número hay trabajos de: José Olivio Jiménez, Kessel Schwartz, Leo L. Barrow, Solomon H. Tilles, Brenda Segall, Judith Doolin Spikes, Ciriaco Morón Arroyo, Gemma Marie Del Duca, David William Foster, Robert S. Picciotto, Eloy L. Placer, Claude L. Hulet, Bernard Bernstein, Chris N. Nacci, Norman P. Sacks, H. Ned Seelye, Stanley Levenson, Robert G. Mead, George J. Edberg, George O. Schanzer, Donald W. Bleznick y Marian Templeton.

ABSIDE, Revista de cultura mexicana, Director: Alfonso Junco, Vol. XXX, Núm. 2, abril-junio, México, D. F., 1966.

En este número hay trabajos de: María Enriqueta González Padilla, Fray Jerónimo Verdusco, Fernando Díez de Urdanivia S., Alfonso Junco, Mauro J. Colunga Dávila, Roque Esteban Scarpa, José María Altamirano, Miguel Sánchez Astudillo, Salvador Castro Pallares, Joaquín Antonio Peñalosa, Emma Godoy, Alberto Valenzuela Rodarte, J. Ignacio Núñez, Luz María Rodríguez y María Alicia Domínguez.

AMÉRICA INDÍGENA, Órgano trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, Director: Miguel León-Portilla, Vol. XXVI, Núm. 2, abril, México, D. F., 1966.

En este número hay trabajos de: Ralph W. Eichenberg, Dwight B. Heath, Johannes J. M. Heijmerink, María Julia Pourchet, William H. Kelly, Eugene Schreider y Santiago Genovés.

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN HUMANÍSTICA, Revista trimestral del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (Escuela de Letras), Consejo Editorial: Alfonso Rubio y Rubio, Moisés Gary Chollow y otros, Año I, Núm. 1, Monterrey, N. L., México, 1966.

En este número hay trabajos de: Jesús Montejano Uranga, Hans Wilhelm Schaefer, Eduardo Guerra Castellanos, Elisabeth K. de Hinojosa, Roberto Bravo Villarroel y Gertrudis W. de Gossler.

CUADERNOS DE LA HEMEROTECA NACIONAL, Responsables: María del Carmen Ruiz Castañeda y Miguel Capistrán, Vol. I, Núm. 1, enero-marzo, México, D. F., 1966.

En este número hay trabajos de: Gustavo A. Pérez Trejo, María del Carmen Ruiz Castañeda, Emilia Romero de Valle y Miguel Capistrán.

LA PALABRA Y EL HOMBRE, Publicación trimestral de la Universidad Veracruzana, Director: César Rodríguez Chicharro, II Época, Núm. 37, enero-marzo, Xalapa, Veracruz, México, 1966.

En este número hay trabajos de: W. B. Yeats, Alberto Beltrán, Juan José Barrientos, James Willis Rob, Salvador Novo, Dagoberto Guillaumin, Emilio Carballido, Marcelo Díaz de Salas, Luis Reyes García, Carlos Juan Islas, Octavio Castro L., T. S. Eliot, César Rodríguez Ch., Silvia Sigüenza S., Roberto Williams García, Rafael Solana y José Olivo Jiménez.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE YUCATÁN, Publicación bimestral, Director: Conrado Menéndez Díez, Año VII, Vol. VII, Núms. 41-42, septiembre-diciembre, Mérida, Yucatán, México, 1965.

En este número hay trabajos de: Francisco Repetto Milan, Giovanni B. Dalla Pozza, Annamaria Navarra de Puccini, Humberto Lara y Lara, Fer-

nando Alb1 Andrade, Carlos Romero Campos, Renán Irigoyen y Gabriel Ferrer del Villar.

UNIVERSIDADES, Publicación de la Unión de Universidades de América Latina, Segunda Serie, Año V, Núms. 21-22, julio-diciembre, México, D. F., 1965.

En este número hay trabajos de: Francisco Villagrán Kramer, Eduardo García Máynes, Jaime Peralta y otros.

VIDA NICOLAÍTA, Órgano Oficial de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Época I, Año III, Núm. 20, enero, Morelia, Mich. México, 1966.

En este número hay trabajos de: Alejandro Oparin, Rafael de Buen, José Luis Balcárcel, Jesús Romero Flores, Fernando Juárez Aranda, María Luisa Rodríguez, Arnaldo Córdova y Alberto Bremauntz.

CAHIERS POLONAIS, Revista de Economía Polaca, Núm. 2, febrero, Varsovia, Polonia, 1966.

En este número hay discursos sobre la Economía de Polonia, pronunciados por: Jozef Cyrankiewicz y Eugeniusz Szyr.

REVISTA POLACA (Información acerca de los acontecimientos políticos, económicos, sociales, culturales y deportivos más importantes de Polonia), Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 10, marzo, Varsovia, Polonia, 1966.

En este número hay trabajos de: Wladyslaw Gomulka, Luigi Longo, Jozef Cyrankiewicz, Henryk Galat, Jerzy Szaniawski, Roman Szydowski, Tadeusz Janczyk, Aleksander Paszynski, Jerzy Kasprzycki, Mariusz Kwiatkowski y Juan A. Aragón.

ASOMANTE, Revista trimestral de la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, Directora: Nilita Vientós Gastón, Año XXI, Vol. XXI, Núm. 4, octubre-diciembre, San Juan, Puerto Rico, 1965.

En este número hay trabajos de: José Ferrer Canales, Francisco Ayala, Julio Rodríguez Luis, Nímia Vicéns, Juan Antonio Corretjer, José Luis

Abellán, José Ballester Gozalvo, José Luis Cano, Damián Carlos Bayón, José Emilio González, Emilia de Zuleta, Iris M. Zavala, Lamberto A. Cano, Rosa C. Marín, Harriet de Onís y Aída Fajardo.

LA TORRE, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, Publicación cuatrimestre, Director: Jaime Benítez, Año XIII, Núm. 50, mayo-agosto, San Juan, Puerto Rico, 1965.

En este número hay trabajos de: Jaime Benítez, J. del Castillo, Manuel Valldeperes, Lorenzo Sícarí, Carmen Conde, Vicente Murga, Federico Carlos Sainz de Robles, Gastón Figueira y Emilio Rodríguez Demorizi.

RUMANIA, Documentos, artículos e informaciones de, Año XVII, Núm. 3, febrero, Bucarest, Rumania, 1966.

En este número hay varios trabajos y documentos políticos y económicos.

SECOLUL 20, Revista de Literatura Universal, Publicación de la Unión de Escritores de la República Socialista de Rumania, Comité Editorial: Marcel Breslasu, Ion Brand y otros, Núm. 11, Bucarest, Rumania, 1965.

En este número hay trabajos de: Isaak Babel, K. Paustovski, Ghiorghios Seferis, Ion Lancranjan, Rainer Maria Rilke, Robert Musil, Edgar Papu, Oskar Maurus Fontana, Michael Springer, Ion Biberi, Hugo Von Hofmannsthal, N. Tertulian Geo Serban y Andrei Ionescu.

LITERATURA SOVIÉTICA, Órgano de la Unión de Escritores de la U.R.S.S., Publicación mensual, Director: V. Azháev, Núm. 2, Moscú, U.R.S.S., 1966.

En este número hay trabajos de: V. Bogomolov, S. Barusdin, V. Sanguí, A. Vorobiov, B. Egorov, A. Tostoi, V. Ogniev, M. Dzhailil, G. Markov, V. Kozhevnikov, B. Meilaj, L. Guinsburg, V. Dokuchaeva y L. Shur.

REVISTA HISTÓRICA, Publicación del Museo Histórico Nacional, Directora: María Julia Ardao, Año LVIII (2ª Epoca), Tomo XXXV, Núms. 103-105, diciembre, Montevideo, Uruguay, 1964.

En este número hay trabajos y documentos históricos de Uruguay.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, Publicación del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Fundador: Mariano Picón Salas, Año XXVIII, Núm. 172, noviembre-diciembre, Caracas, Venezuela, 1965.

En este número hay trabajos de: Rafael Caldera, Alfredo Boulton, Guillermo Meneses, Carlos Manuel Möller, José Antonio Calcaño, Pedro Grases, Ricardo Donoso, J. D. García Bacca, Ernesto Mayz Vallenilla, Guillermo Morón, María Josefina Tejera, Antonio Sánchez Carrillo, Darío Puccini, Gabriel Carvajal, Armando Rojas, Pedro Díaz Seijas, Pablo Ojer, José Nucete Sardi, Ramón González Paredes, Jorge Gamboa Correa, Bernardo Márquez Bretón, Raúl Agudo Freytes, Oswaldo Trejo, Mateo Manauare, Juan Calzadilla, Pedro Briceño y Rafael Pineda.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 4 DE
JULIO DE 1966 EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL
CVLTVRA, T. G., S. A., DE
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96, DE LA CIUDAD DE
MEXICO, D. F., SIENDO SU
TIRO DE 1,700 EJEMPLARES.

Nº 1586

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

* * *

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Revista Trimestral literaria editada por la
ASOCIACION DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

Directora:
NILITA VIENTOS GASTON

Subdirectora:
MONELISA L. PEREZ MARCHAND

SUMARIO

(Núm. 4, 1965)

*JOSE FERRER CANALES; Hostos y Giner. *FRANCISCO AYALA; ¡Aleluya, hermano! *NIMIA VICENS; Canto a Ciales. *JUAN ANTONIO CORRETTJER; Pausa para el amor. *JOSE LUIS ABELLAN; El humanismo renacentista de Ortega. *JOSE BALLESTER GOZALVO; El Marqués de Bescarria. *JOSE LUIS CANO; Carta de España. *DAMIAN CARLOS BAYON; Carta de París. *LOS LIROS; JOSE EMILIO GONZALEZ, EMILIA DE ZULETA, IRIS M. ZAVALA, LAMBERTO A. CANO, ROSA C. MARIN, HARRIET DE ONIS. *GUIA DEL LECTOR. *COLABORADORES.

Dirección postal:

Apartado 1142, San Juan de Puerto Rico

SUSCRIPCIONES:

| | |
|--|--------|
| Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos | \$4.00 |
| Otros Países | 4.50 |
| Ejemplar suelto | 1.25 |

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

•

Han aparecido 60 números

(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

REVISTA SUR

dirigida por VICTORIA OCAMPO

1931 — 1966

LA REVISTA SUR CUMPLE XXXV AÑOS

Nº 298-299: enero-abril 1966

Número Especial Aniversario

S U M A R I O

Jorge Luis Borges: Sobre los clásicos. **Victoria Ocampo:** Comienzos de una autobiografía. **María Rosa Oliver:** Años de placida inquietud. **Eduardo Milla:** Infima parte. **Roger Caillois:** Soles inscritos. **Silvina Ocampo:** Monólogo. **Eduardo González LaPlaza:** ¿Es posible una historia del arte? **Adolfo Bloy Casás:** La cara de la verdad. **Guillermo de Torre:** Neorealismo. **Alberto Girri:** A un lector de Keats; a lo que el mirar con atención revela. **Francisco Ayala:** La noche de San Silvestre. **Frydón S. de Mantovani:** América y el espectador. **Ernesto Sábato:** Reflexiones sobre la obra del arte. **Alberto Salas:** La ventana y otros lugares. **Juan José Hernández:** Fin del amor. **Enrique Anderson Imbert:** Originalidad y expresión en Hispanoamérica. **Manuel Peyrou:** La doradilla. **Federico Gorbea:** Poemas.

Documentos

Impresiones de España. (Dos cartas inéditas de **Carlos Pellegrini**).
Crónicas-Notas Bibliográficas-Artes Plásticas-Los Trabajos y los días

| | |
|--------------------|---------|
| Suscripción anual | \$ 6.00 |
| Números simples | 1.50 |
| Números especiales | 2.00 |

REDACCION Y ADMINISTRACION

Viamonte 494, 8º piso

Buenos Aires

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•
Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•
6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA EL CASO DE MEXICO

por

FERNANDO CARMONA

UN LIBRO SENSACIONAL

De venta en las principales librerías

Precios:

| | |
|----------------------|-----------|
| México | \$25.00 |
| Extranjero | 2.30 Dls. |

Distribuye

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado 975
México 1, D. F.

Tel.: 23-34-68

CUADERNOS DE RUEDO IBERICO
Número 4

Sumario del número 4

Jordi Blanc: *Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española.*

Maurice Godelier: *Teoría marginalista y teoría del valor de los precios: algunas hipótesis.*

Asturias: Ramón Bulnes. *Asturias frente a su reconversión industrial.*

Miguel Cervera: *Actitudes políticas de obreros asturianos.*

Macrino Suárez: *La situación agraria en Asturias.*

Libertad de crítica: Antonio Linares. *¿Cultura o condicionamiento?*

Manuel Sáizar: *La mentalidad española y la democracia.*

Juan Villa: *El movimiento obrero en España.*

Una página de Alfonso Rodríguez Castelao. *Municipalismo rural.*

Ges: *Viñetas.*

Notas: Luis Ramírez: *Enseñanza religiosa;* Joan Misser: *Un artículo de exportación: el proyecto de estatuto para los protestantes;* Enrique García: *La modificación del artículo 222 y un gol imparables;* Xavier Valls: *¿Desaparecerá la Universidad española?;* Rafael Lozano: *"The brig" y "Scorpio rising", dos parábolas sobre la violencia;* M. García: *El "factor R", los monopolios eléctricos y otras cosas;* M. García: *El capital americano en Europa;* Nicolás Sánchez-Albornoz: *Por una historia rural: agitación campesina y coyuntura.*

Tribuna libre: Ignacio Fernández de Castro. *Frente popular*

EDITIONS RUEDO IBERICO
5 rue Aubriot
Paris 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

| | PRECIO | |
|--|--------|------|
| | Pesos | Dls |
| RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea | 20.00 | 2.00 |
| EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas | 20.00 | 2.00 |
| LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez .. | 20.00 | 2.00 |
| ESTUDIOS SOBRE LITERATURA HISPANOAMERICANA, GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (en tlel) | 30.00 | 3.00 |
| SIGNO, por Horacio Ignacio Magaloni | 10.00 | 1.00 |
| LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe | 25.00 | 2.50 |
| LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García | 20.00 | 2.00 |
| LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña | 20.00 | 2.00 |
| NAVE DE ROSAS ANTIGUAS. POEMAS, por Miguel Alvaraz Acosta | 20.00 | 2.00 |
| MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvaraz Acosta | 25.00 | 2.50 |
| EL OTRO OLVIDO, por Dora Irala Rusell | 8.00 | 0.80 |
| DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo .. | 10.00 | 1.00 |
| DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes .. | 20.00 | 2.00 |
| ACTO POETICO, por Germán Pardo García | 20.00 | 2.00 |
| NO ES CORDERO, QUE ES CORDERA, Cuento infantil Versión castellana de León Felipe | 20.00 | 2.00 |
| CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez | 20.00 | 2.00 |
| U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García .. | 20.00 | 2.00 |
| ARETINO. AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cosío del Pamar | 20.00 | 2.00 |
| OTRO MUNDO, por Luis Suárez | 20.00 | 2.00 |
| EL HECHICERO, por Carlos Salazar | 8.00 | 0.80 |
| POESIA RESISTE, por Lucila Velásquez | 20.00 | 2.00 |
| AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón | 20.00 | 2.00 |
| RAZON DE SER, por Juan Larrea | 25.00 | 2.50 |
| CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alvaraz | 18.00 | 1.80 |
| EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria .. | 12.00 | 1.20 |
| LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea | 45.00 | 4.50 |
| ETERNIDAD DEL BUISEÑOR, por Germán Pardo García .. | 20.00 | 2.00 |
| ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Madaleno | 10.00 | 1.00 |
| INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce .. | 20.00 | 2.00 |
| PACTO CON LOS ASTROS. galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón | 20.00 | 2.00 |
| LA EXPOSICION. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Uagli | 20.00 | 2.00 |
| LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young | 20.00 | 2.00 |
| HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por varios autores | 20.00 | 2.00 |
| TRAYECTORIA IDEOLOGICA DE LA REVOLUCION MEXICANA, por Jesús Silva Herzog | 12.00 | 1.20 |
| LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinosa | 12.00 | 1.20 |
| EL PUEBLO Y SU TIERRA. MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA, por Moisés T. de la Peña | 60.00 | 5.50 |
| EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de México, por Fernando Carmona | 25.00 | 2.50 |
| DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Seda | 15.00 | 1.50 |
| GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLUCION, por Fedro Guillén | 8.00 | 0.80 |
| LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles | 25.00 | 2.50 |
| INQUETUD SIN TREGUA, ensayos y artículos escogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog | 40.00 | 4.00 |
| EL PANAMERICANISMO. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por Alonzo Aguilar Montecorde | 10.00 | 1.00 |
| MARZO DE JARDINES, por Isak Tinsnes | 12.00 | 1.20 |
| ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Iral de Arango | 25.00 | 2.50 |

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

| | |
|--|--------|
| MEXICO | 100.00 |
| OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPANA | 8.00 |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES | 11.00 |
| PRECIO DEL EJEMPLAR | |
| MEXICO | 20.00 |
| OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPANA | 1.50 |
| EUROPA Y OTROS CONTINENTES | 2.15 |

Ejemplares sustraídos, precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

Robert G. Mead, Jr.

Literatura y política: imágenes iberoamericanas de los Estados Unidos.

Benito Rey Romay

¿Es México un país industrializado?

Fedro Guillén

Las relaciones de México con Centro América.

Julio Alvarez del Vayo

La modalidad rumana del socialismo.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Alvaro Fernández Suárez

Los naufragos de la ballena.

León Pacheco

Albert Camus y la filosofía del absurdo.

Frances Benge

Bergson y Prado.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Eduardo Noguera

La metalurgia en Mesoamérica.

Samuel Martí

Diquiyú, centro ceremonial Olmeca.

Silvio Zavala

Bartolomé de las Casas ante la esclavitud de los indios.

Santiago Sebastián

Un aspecto inédito de la influencia lascasiana en Méjico.

Ricardo Gallardo

La obra de Las Casas vista por un jurista.

Vicente Girbau León

Entre la guerra civil y la guerra mundial.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Claude Dumas

El siglo de las luces, de Alejo Carpentier, novela filosófica.

Ivan A. Schulman

Reflexiones en torno a la definición del Modernismo.

Max Aub

La virgen de los desamparados.

Nota por CARLOS RIPOLL

L I B R O S Y R E V I S T A S

Mauricio de la Selva

Libros y revistas.